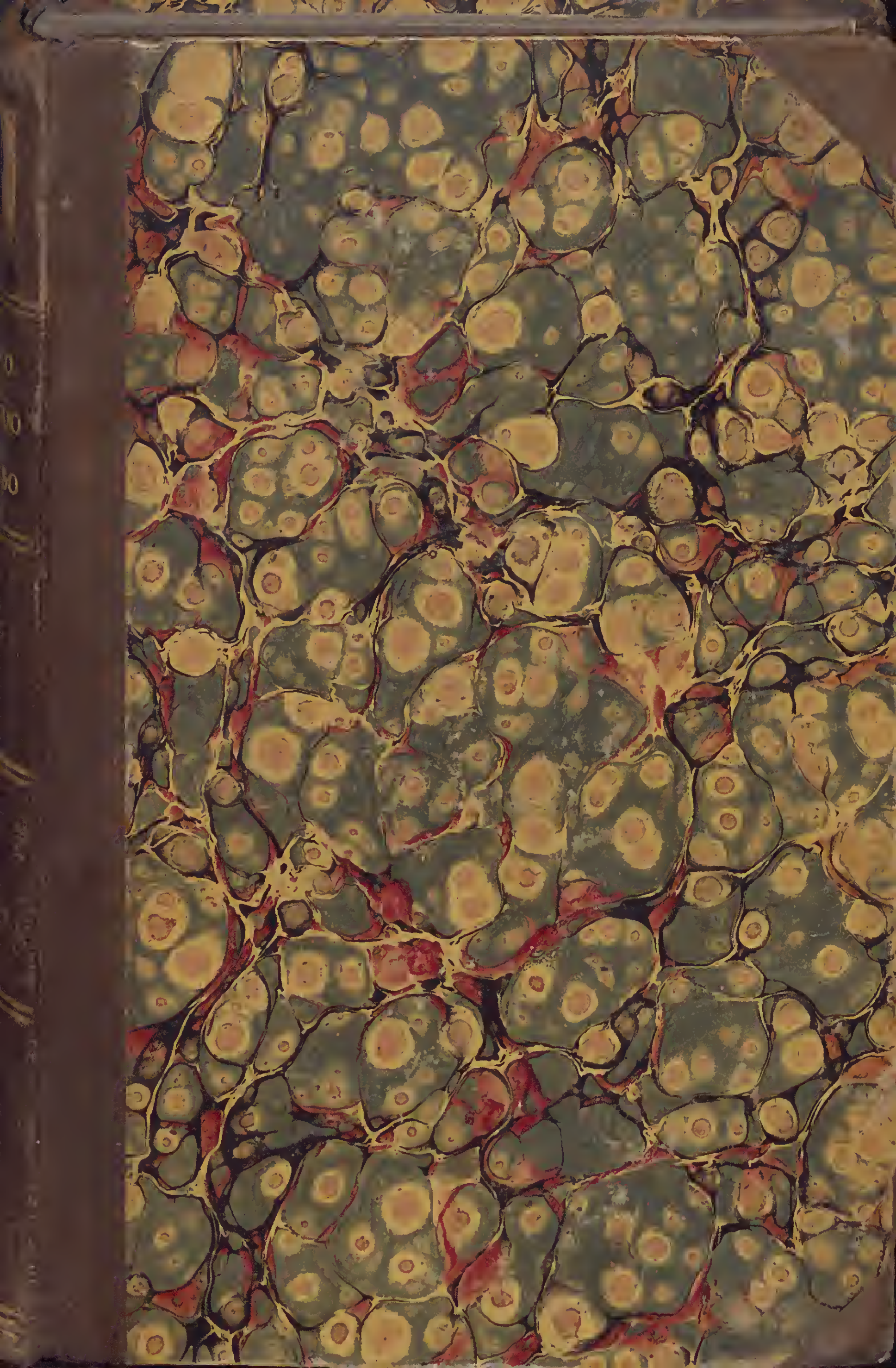
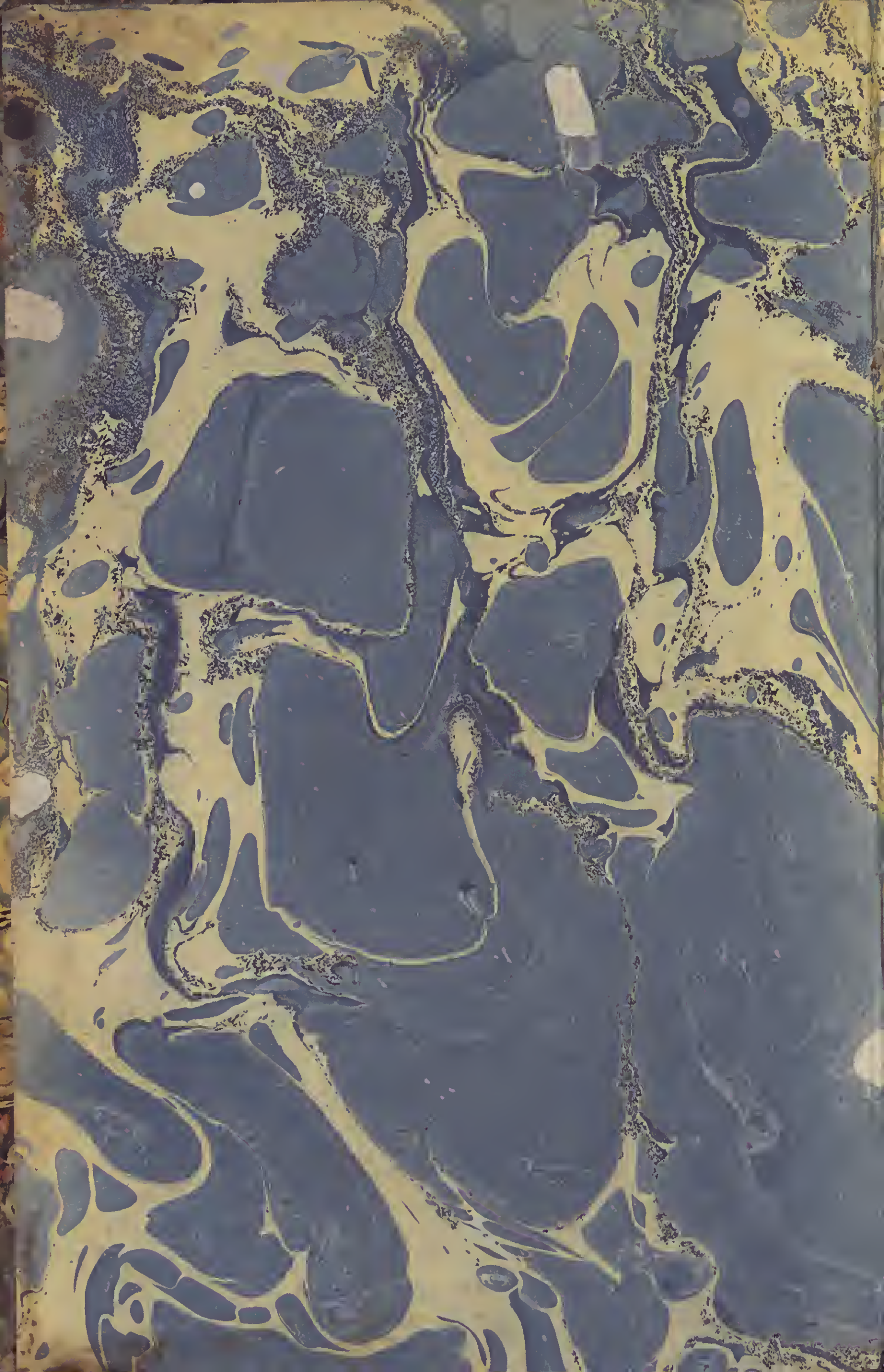
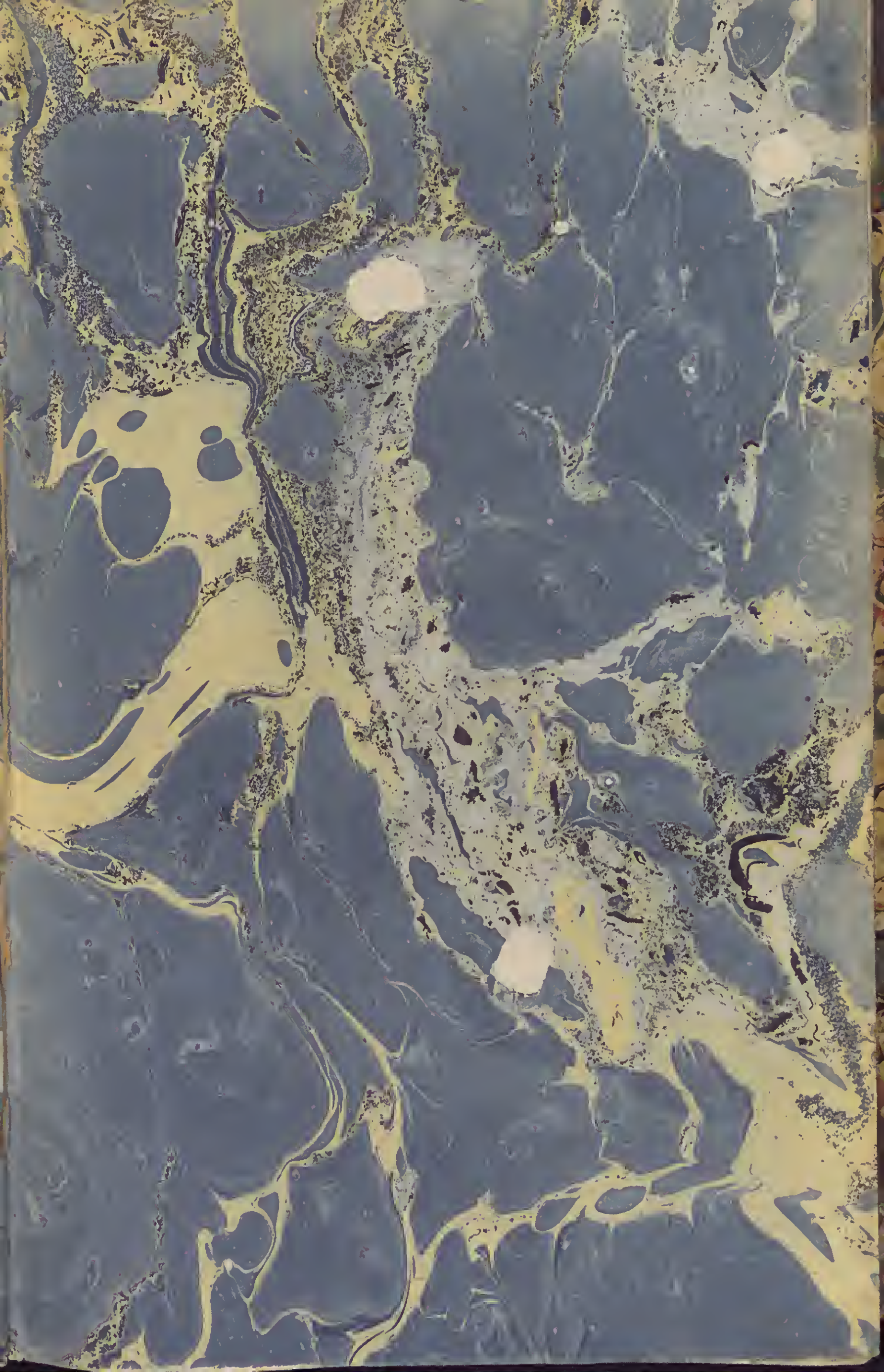






TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO XI.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1841.

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO,

COMEDIA.

PERSONAS.

ALFONSO.	LUCRECIA.
ASCANIO.	ARNESTO.
SERAFINA.	PORTILLO.
FEDERICO.	

La escena es en Milan.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio que ocupa el emperador.

ESCENA I.

ALFONSO *y* ASCANIO, *envainando las espadas.*

ALFONSO.

Vuelve á ocultar el acero
mientras que pasa esa gente;
que en lugar menos patente
concluir, Ascanio, quiero
dificultades de amor,
que en tu competencia estriban.

ASCANIO.

De ordinario los que privan
hacen deidad el favor

que sus príncipes les dan;
y en señal de su altivez,
pasan la raya tal vez
de la modestia.—Ya estan
en su lugar las espadas,
y la mia, te prometo
que (en fe del nuevo respeto
que á privanzas bien logradas,
en quien usa cuerdo de ellas,
debe el vasallo de ley
porque el gusto de su rey
mira retratado en ellas),
no salga, aunque la provoques,
segunda vez á ofenderte.
Témplate, conde, y advierte
que no porque el cielo toques
del favor que el Cesar te hace,
es bien que deslumbrado,
con las alas de privado;
si el sol Ícaros deshace,
te atrevas á quien te iguala,
si no en dicha, en calidad.

ALFONSO.

No niego yo la igualdad
que por noble te señala,
ni al verme favorecido,
atribuyas intereses
de venganzas, que corteses
en mi privanza, han tenido
hasta este punto encerrado
en el alma mi rigor;
que á valerme del favor
con que el Cesar me ha premiado,
con él te descompusiera,
de Milan te desterrara,
los estados te quitara,
y su enojo te prendiera,
sin necesitar agora
desafios, permitidos
generalmente á ofendidos;
pues tu discrecion no ignora
que el privar suele poner

freno á quien se le atrevió,
no con las armas cual yo,
sino con las del poder.

ASCANIO.

Juntas, don Alfonso, en una
esas dos cosas opuestas,
agravios me manifiestas
con dichas de la fortuna
que con el Cesar alcanzas,
y hacen tu esfuerzo mayor
arrojos de tu valor,
soberbias de tus privanzas;
y como uno y otro abarca
la ciega pasion que tienes,
no miras que á reñir vienes
con espada mas de marca.
Pero supuesto que yo
ya me dispuse á envainarla,
sin que intente desnudarla
contra tí, porque te dió
autoridad quien te nombra
esfera de su secreto,
y que en tí al Cesar respeto,
(que en efeto eres su sombra);
declárame la ocasion
del enojo que te obliga
á que conmigo desdiga
tu hasta aquí cuerda opinion:
satisfaré su recelo,
guardando tu autoridad
con lenguas de la amistad
mejor que con las del duelo.

ALFONSO.

Si quien eres ignorara,
Ascanio, ocasion tenia
de juzgar á cobardia
la lealtad que en tí es tan clara;
mas no por ese respeto
te procures evadir;
que hemos los dos de reñir
en sitio mas solo y quieto,
hasta que uno quede muerto,

mientras el otro procura
la quietud que no asegura
viviendo tú ó yo; esto es cierto.
Y así para que no ignores
quejas que en la voluntad
engendran mi enemistad
por gustos competidores,
oye la justa razon
con que me agravio, y advierte
que menos que con tu muerte,
no admito satisfaccion.—
La condesa del Casal,
si Serafina en el nombre,
tambien en naturaleza
á tanto combate inmovil,
Gonzaga en sangre, y mi prima
en deudo, aunque desconforme
en la aplicacion del alma
que me olvida y que te escoge,
quedó sin padres tan niña,
que apenas dió al tiempo en flores
esperanzas su hermosura,
si para mí sinrazones,
cuando en la ilustre tutela
de mi madre, viuda entonces,
ensayando ingratitudes,
dió el primer filo á rigores.
Criámonos los dos juntos,
puesto que en la edad conformes,
tan opuestos en las almas,
en gustos y inclinaciones,
que cuanto yo apetecia,
le daba en rostro: desorden
bella por varia, que influyen
celestes constelaciones.
Yo adorándola penaba
los instantes que en la noche
de su ausencia padecia
amorosas privaciones;
y ella en viéndome presente,
llorando sembraba en flores
desdenes que ya gigantes,

son de mi imposible montes.
Jamás en juegos pueriles
pudieron años menores
reconciliar amistades
ni recíprocas acciones,
hasta que aborrecimientos
contraponiéndose á amores,
pronosticaron desdichas
que ya mis males conocen.
Creció mi amor con desvios,
si hasta allí niño, ya joven,
y crecieron sentimientos
mas fieros cuanto mas hombres:
parece que en Serafina
los años y disfavores
sobre apuesta se aumentaban
al paso que mis temores.
Ya en el abril nuestra edad,
á su gusto humilde y docil,
buscaba con que obligarla:
tal vez despoblando el bosque
de amorosos pajarillos,
en azafates de flores
nidos la llevaba, ó cunas
de Géminis ruiseñores;
tal vez el corzo manchado;
y tal discurriendo el monte,
la dí, por prendarla Venus,
al homicida de Adonis.
Mil fiestas vestí de galas,
mil galas cubrí de motes,
mil motes cifraron quejas,
y mil quejas dieron voces
contra mil ingratitudes,
que hallando piedad en bronces,
en ella solo sirvieron
de aumentar desprecios dobles.
Como es amor mercader,
y si no le corresponden,
quiebra su caudal fallido,
y por lo mas flaco rompe,
rompió en mí por la salud.

¿Qué mucho? Valientes robles
besan las rústicas plantas
de quien les duplica golpes.
Llegué á la muerte. ¡Ojalá,
como perdí las colores,
perdiera el último aliento,
y ahorrara penas atroces,
que aumentando de dia en dia
agravios á indignaciones,
para hacerse inespugnables,
buscan celos coadjutores.
Vió mi madre mi peligro,
y adivinando de donde
procedian los efetos
de causas que el pecho esconde,
piadosas solicitudes
inventaron persuasiones,
encaminaron promesas,
ruegos, caricias y amores
con que obligar á mi ingrata
á que añadiendo eslabones
al parentesco, aceptase
el ser mi amada consorte.
Propúsola de mi muerte
los infalibles temores,
el malogro de mis años,
las muchas obligaciones
de parienta, de pupila,
de generosa, de noble,
y la crueldad que ganaba
con el cielo y con los hombres,
ocasionando mi muerte;
apoyando persuasiones
con lágrimas que ablandaran
á los tigres mas feroces.
Oyó, si no enternecida,
atenta, importunaciones
piadosas, no voluntarias;
pidió plazo, y resolvióse,
al parecer, á pagar
amantes ejecuciones;
mas cuando el alma no admite,

¿qué importa que el cuerpo otorgue?
Dióme salud en albricias
este contento, y quitóle
la suya á mi hermoso dueño:
yo convaleciente entonces
por ver mi amor admitido,
y ella enferma, con un golpe
nos dieron la vida y muerte
unas mismas ocasiones:
como al paso me aborrece,
que quiere mi amor la adore,
fue la causa mi esperanza
de sus desesperaciones.
Llegó al cabo, visitéla;
y ella eclipsados los soles
perdicion de mi quietud,
cuando de mis gustos norte,
gualda el jazmin y el clavel,
nublados los arreboles,
los granates ya violetas,
y el rubio oriente ya noche,
viéndose á solas conmigo,
animada incorporóse
en la cama, y tras un ay,
me dijo aquestas razones:
«don Alfonso de Gonzaga,
el ordenado desorden
de las estrellas distingue
las almas y inclinaciones.
Si tuvieran las dos nuestras
influencias uniformes,
y la voluntad pagara
las deudas que os reconoce,
y el cielo imposibilita;
el ser, que de un tronco noble
en los dos nos da una sangre,
que generosa nos honre;
la regalada tutela
que en esta casa da nombre
mas de madre que nutriz
á quien mis años deudores
mi crianza le confiesan;

las partes que os anteponen
á todos vuestros iguales,
cuando no á vuestros mayores;
¿qué dichas no ocasionaran,
á darme amor los blasones
que su yugo hacen felices,
que su paz hacen conformes?
No quiso el cielo, no quieren
las opuestas condiciones
que en los dos se contrarían,
que suerte tan feliz goce.
Alfonso, yo os aborrezco
mas que la luz (no os asombre)
á las tinieblas eternas,
la lealtad á las traiciones.
¿Qué importará que obligada
el sí á vuestra madre otorgue
de esposa vuestra, si al fin
es fuerza que se malogren
mis años, que no pudiendo
amaros, ligeros corren
en el abril de su curso
al mar que las vidas sorbe?
Si sois verdadero amante,
antepondreis mis pasiones
á las vuestras (¿quién lo duda?),
y sin sufrir que despoje
la muerte, que espero cierta,
mi edad en flor, dareis orden
de olvidarme, ó permitirme
que en piélagos no me engolfe,
imposibles de vencer;
porque antes el primer movil
dejará de arrebatar
tras sí los celestes orbes,
que yo quereros bien pueda.
Esto baste, y esto sobre
para quien ama perfeto,
ó adquirirá fama torpe.»
Dijo, y con un parasismo
peligroso, persuadióme
á los repudios vitales

castigo del primer hombre.
Juzgad vos ¡de qué manera
queda quien la sentencia oye
capital, y ve sin vida
el alma de sus acciones!
Sentí.... Pero esto se deje
á amantes contemplaciones,
que cuanto mas las pondero,
se quedan mas inferiores.
Volvió en sí desde allí á un rato,
y yo con pasos veloces,
con desengaños mortales,
con homicidas dolores,
sin hablarla y despedirme,
en un caballo de monte
solo, aunque no de pesares,
cuando espiraba la noche,
salí de Milan, poblando
de quejas y compasiones
los aires con mis suspiros,
con mis desdichas los bosques,
deseando hallar la muerte
que al infelice se esconde.
Pasé á Alemania, y en ella
mudando el trage y el nombre,
serví al Cesar Federico
que allanaba los cantones
del esgüízaro rebelde,
tudesco y grison, adonde
con solamente una pica,
fueron desesperaciones
hazañas que me ganaron,
si no ventura, blasones.
Obligado el Cesar de ellas,
generoso aficionóse
á honrarme, y fuéme premiando
desde los mas inferiores
á los cargos mas sublimes,
hasta fiarme en su corte
el gobierno de su imperio,
consultas y provisiones.
Como mi apellido y patria

negué, y me llamo don Lope
de Haro, linage ilustre
entre Martes españoles,
no me conoció ninguno;
y así en Milan publicóse
mi muerte por la codicia
de intereses sucesores,
que causándola á mi madre,
estados y posesiones
dividieron avarientos,
perdieron disipadores.
Era yo de Castellon
y Castelgofredo conde,
que feudatario al imperio,
no pueden nuevos señores
poseerle, si del Cesar
confirmados con el nombre
y investidura, primero
por dueño no le conocen.
A esta causa Serafina,
que entre algunos pretensores
es la mas propincua en sangre
á mis estados, valióse
de su accion delante el Cesar;
y mediando intercesiones,
le suplica que en mi herencia
la ampare y posesïone.
Supo ser yo su privanza,
y que solo por mi orden
se gobernaba el imperio;
y buscando protectores,
sin conocerme me ruega
que por su justicia torne,
y no permita, yo muerto,
que ambiciosos la despojen.
Halléme heredado en vida,
rogado ofendido, y dióme
la ocasion á manos llenas
venganza en satisfacciones.
Pero el amor siempre hidalgo,
que crece mas con rigores,
como Dios perdona injurias,

como rey reparte dones,
pudo mas que mis ofensas;
y burlando opositores,
del modo que antes el alma,
la rendí mis posesiones.
Ya condesa, y yo por ella
de favor y estados pobre,
con don Alfonso crüel,
y amorosa con don Lope,
me escribió agradecimientos,
en cuyas cifras esconde
deseos que satisfagan
mis servicios acrêdores.
Correspondiónos la pluma,
y quedéle á sus renglones
deudor, si no á sus palabras;
porque aumentando favores
y terciando medianeros,
Federico al fin me escoge
por su esposo, y ella alegre
fiestas hace y lutos rompe.
Bajó el Cesar á Milan,
porque en ella se corone
de la segunda diadema,
hasta que en Roma le adorne
con la tercera dorada
el mayor de los pastores;
saliéndole á recebir
entre grandes y barones
Serafina, que engañada,
al punto que me conoce,
alienta aborrecimientos
y repudia obligaciones,
por no cumplirme escrituras,
con frívolas evasiones.
Jura malograr sus años
antes que esposo me nombre
el Cesar, que conociendo
quien soy, junta admiraciones
á apremios, con que la obligue,
y su rigor no provoque;
temores y ruegos mezcla;

mas ¿qué temor hay que importe
contra un natural rebelde
dispuesto á persecuciones?
Ascanio, yo sé que en vos
los ojos y el alma pone,
despues que desengañada
mis servicios desconoce.
Si de competencias libre,
fueron causa sus rigores
de voluntarios destierros;
cuando á segundarlos torne,
juzgad vos ¡cuál volverán
llevando martirios dobles
tormentos hasta aquí simples,
y ya con celos disformes.
¿Vos premiado, yo ofendido,
y que mis años malogre
para mí Dafne crüel,
para vos tierna Leucótoe?
No, Ascanio; ó muriendo yo
libre vuestra dicha goce
bellezas que no merezco,
ó muerto vos, desahoguen
celos un alma, que espera
salir de estas confusiones
mañana al amanecer,
si acudís (que siendo noble,
sí hareis), á Valdearrayan,
donde no haya quien estorbe
ó la venganza á mis celos,
ó el triunfo á vuestros amores. (*Vase.*)

ESCENA II.

ASCANIO.

Yo no tengo voluntad
á Serafina, si bien
conozco de su beldad,
que cuantos sus ojos ven,

la rinden su libertad.
Lucrecia es de mis desvelos
ocupacion peregrina:
¿qué importa que forme celos,
y se los dé Serafina
á Alfonso, cuando los cielos
niegan la correspondencia,
que por oculta aversion
la aparta de su presencia?
Donde no hay inclinacion,
no puede haber competencia.
No inclinándome á su dama,
mal con él competir puedo;
si ella muestra que me ama,
y le aborrece, ¿en qué quedo
culpado yo? ¿á qué me llama
al campo, ó sobre qué estriba
este enojo mal fundado?
Mas la soberbia derriba
la prudencia en el privado,
y Alfonso muestra que priva.
Cuando en el campo me aguarde,
y hagan sus celos alarde
de lo que en mí no es delito;
aunque con él no compito,
daré muestras de cobarde
si al sitio y plazo no acudo;
y en acudiendo, el favor
del Cesar será su escudo;
mas cumpla con mi valor
la fama que ofender pudo,
y castigue sinrazones
la espada, que lengua fue
contra ciegas objeciones,
porque dé á las obras fe
quien no oye satisfacciones.

(Quédase á un lado del salon, viendo venir al emperador y á Serafina.)

ESCENA III.

FEDERICO. SERAFINA.—ASCANIO.

FEDERICO.

Si el ser yo su intercesor
no basta para obligaros,
y podeis desempeñaros
de mi gusto y de su amor,
fuerza será, Serafina,
dar al derecho lugar,
con que Alfonso ha de tornar
á su estado.

SERAFINA.

Ni él se inclina,
gran señor, á pretender
esposa que interesable
no corresponda agradable
á su amor, ni á mí el perder
á Castellon. ¿Será justo
que contra mi voluntad
cautive la libertad,
si con ella pierdo el gusto?
¿Qué aprovechará el deciros
que le amo, por no ofenderos,
que grato intento teneros,
que el sí le doy por serviros,
si en muestras de sus enojos,
imposibles de sufrir,
veis mil veces desmentir
en mí á la lengua los ojos?
Quede sin hacienda yo,
y quede con libertad.

FEDERICO.

No os merece esa crueldad
quien su estado en vida os dió.

SERAFINA.

Confiesa el entendimiento
lo que rebelde resiste

la voluntad, que consiste
en el vario movimiento
de los cielos, que disponen
que al conde no quiera bien.
Yo misma culpo el desden
que mis dichas descomponen:
mas son de tal calidad,
que llevándome tras sí,
ni á él le puedo dar el sí,
ni de vuestra magestad
(perdone mi desvarío)
cumplir el justo deseo.

FEDERICO.

Yo en las estrellas, no creo
que contra el libre albedrío
haya fuerza.

SERAFINA.

Esa verdad
ya es fé, que no es opinion;
mas causando inclinacion
sin forzar la voluntad,
me parece desatino
digno de cualquier error
cautivarme sin amor
al dueño á quien no me inclino.
Alfonso su estado cobre,
y estime este desengaño;
que en mí será mayor daño
quedar cautiva que pobre;
y crea, pues desobligo
con tan libre claridad
asi á vuestra magestad,
que no puedo mas conmigo.

FEDERICO.

Quedaos con Dios; pero advierta
vuestro resuelto desden
que á mis agravios tambien
abrís, señora, la puerta;
y que ya vuestro rigor
no solo al conde provoca,
sino que en ofensas toca
que haceis al emperador.

Por el conde intercedí;
mas si yo no os obligare,
quien con vos se desposare,
me dará pesar á mí.

SERAFINA.

Gran señor....

FEDERICO.

¿Aquí estais vos,
Ascanio?

ASCANIO.

Siempre me empleo
en que os siga mi deseo
sirviéndoos.

FEDERICO.

Quedaos los dos;
que pienso que así os obligo;
mas no sé yo quien se inclina
á amar mas á Serafina,
que á ser, Ascanio, mi amigo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

SERAFINA. ASCANIO.

ASCANIO.

A mí viene enderezado
este aviso. ¿Hay cosa igual?
¡Del conde tratado mal,
del César amenazado,
y yo libre de ofendellos!
Serafina, vive Dios,
que he de perderme por vos.
Yo adoro los ojos bellos
de Lucrecia; Alfonso os ama;
Federico le apadrina;
mi voluntad no se inclina
á abrasarme en vuestra llama;
mi prenda, por vos celosa,
rayos de enojo me envia;
el conde me desafia;
la presencia rigurosa

del Augusto me amenaza;
vos perdeis á Castellon,
si mudando de opinion,
no dais en esto otra traza;
mirad lo que hemos de hacer,
porque si vuestra presencia,
estando sin competencia,
en mí no pudo encender
llamas que me den cuidado,
ya vos veis lo que podrá
en quien receloso está
de un monarca y de un privado.

SERAFINA.

En el pecho generoso,
Ascanio, la privacion
da apetito á la afeccion,
porque en lo dificultoso
se acredita lo invencible.
Cuando yo no mereciera
que desvelo vuestro fuera
mi persuasion apacible,
el opuesto poderoso
os habia de obligar
á vencer y porfiar,
ó enamorado ó temoso;
que yo despues que el Augusto
me pone tasa en quereros,
y con temores severos
pretende forzar mi gusto,
tanto mi altivez animo
sin volver un punto atras,
que al paso que os quiero mas,
mas al conde desestimo.
Mirad vos con qué valor
osareis desobligarme,
cuando habíades de amarme
por solo el competidor.
Mas pues del campo os salís,
podrán decir los que os ven,
no que no me quereis bien,
mas que de cobarde huís. (*Vase.*)

ESCENA V.

ASCANIO.

¡Vive Dios que es caso recio
que esto estribe ya en porfía!
El conde me desafía,
y doy causa á mi desprecio
cediéndole la ventaja;
si voy, al César irrito;
si ve que con él conspiro
Lucrecia, el favor ataja
conque mi dicha enriquece:
pues ¿qué medio he de elegir?
No amando, ¿he de competir?
Sí, pues que se ensoberbece
un privado presumido,
de su dama desechado;
saldré, si no enamorado,
por lo menos ofendido;
y volviendo por mi fama,
me hallará competidor
el conde de su valor,
puesto que no de su fama. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUCRECIA. PORTILLO.

LUCRECIA.
En fin, ¿vos sois español,
y servís al conde?

PORTILLO.
Fuí
español, porque nací
sobre un pantuflo del sol,
pues cuando las colchas alza

con que le arropa la noche,
el sol desde el mismo coche
sacando un pie, se le calza.

LUCRECIA.

¿Cómo ansí?

PORTILLO.

Es el colodrillo
de Castilla, que se llama
la vieja, honrando su fama
espárragos de Portillo.
Su nombre me cupo á mí,
y de ella me desterró
cierto hurgon que despachó
un alma al limbo: salí
á ver el mundo aleman
con cargo de mochillero;
fuí dos años mosquetero;
hizo el César capitan
á don Alfonso Gonzaga;
aficionóseme luego;
y desbalijado al juego,
como se tardó la paga,
me halló la necesidad
faltillo de ropa blanca:
como la nobleza es franca,
valíme de su amistad;
y en fé que le satisfago,
de *cama-rada* me dió
medio nombre, porque yo,
señora, la *cama* le hago.

LUCRECIA.

Segun eso privareis
mucho con él.

PORTILLO.

No me ha dado
nada, y hállome privado
de todo; mas no penseis
que me hace poca amistad,
pues me fia su secreto
por continuo y por discreto.

LUCRECIA.

¿Tiene mucha voluntad

á Serafina?

PORTILLO.

Eso es plaga:
ni á Angélica el paladin,
sus bemoles á Jusquin,
al hidalgo la viznaga,
á doña Calvina el moño,
al galan la bigotera,
á Perez la lavandera;
á erizo breva ó madroño
causan tan grandes cuidados;
porque aunque le divertimos,
todos los que le servimos
andamos serafinados.

LUCRECIA.

¿Y es posible que con él
no acaban los desengaños
de curarle, en tantos años?

PORTILLO.

No, señora; ella es crüel
con sus ribetes de zaina,
y mi señor que lo ignora
tal vez, puesto que la adora,
la llama faldas de humaina.
Pero ¿por qué es el examen?

LUCRECIA.

No sé.

PORTILLO.

¡Linda damería!
¿Quiérele bien su siría?

LUCRECIA.

No estimarán que los amen
los que estan acostumbrados
á vivir de menosprecios.

PORTILLO.

Hay apetitos tan necios,
que en fé de andar opilados,
buscan manjares caducos;
cierto melindre sé yo
que en un convite trocó
perdices por almendrucos.
Quien á lo ágrio es inclinado,

con lo dulce se halla mal;
la condesa del Casal
por lo acedo le ha agarrado:
avinágrese vusía;
ensuegre tal vez la cara;
porque si en ella repara
nuestro conde, ser podria
que antojos de su desden
nos le deserafinasen,
y ágrio por ágrio, probasen
cual de ambos le está mas bien.
Y á mi cuenta.... Pero quedo;
que sale el emperador.

LUCRECIA.

Y con él vuestro señor.

PORTILLO.

Pues atísbele á lo acedo.

ESCENA VII.

—

FEDERICO. ALFONSO.—LUCRECIA. PORTILLO.

FEDERICO.

Ni Serafina ha de usurpar condesa
á Castellon que su señor os llama,
ni aunque en su amor el vuestro se interesa,
vuestra esposa ha de ser ni vuestra dama.
Mi autoridad en esto se atraviesa,
no ya por vos, Alfonso, por la fama
que correrá por el plebeyo abuso,
de que á mi gusto una muger se opuso.
Quien al César desprecia medianero,
cuando despues os quiera, será en vano;
pues no es digna que siendo vos ligero,
mi respeto perdido, os dé la mano:
ella y yo competimos, y ver quiero
si mi favor en vos es tan liviano
que atropellando agravios, determina
amar contra mi gusto á Serafina.

ALFONSO.

Gran señor, si merecen mis servicios
premio en vuestra piedad....

FEDERICO.

Tiene Lucrecia
el alma puesta en vos, y en mí propicios
favores, cuando esotra os menosprecia:
estimad amorosos beneficios,
y altivez desdeñad, que por ser necia,
merece justamente aborrecella,
si no es que con vos puedo menos que ella. (*Vase.*)

LUCRECIA.

Con tal intercesor, no pongo duda
que agradecido deis á mi esperanza
correspondiente amor, si es que os desnuda
de indiscretas pasiones la venganza.
Sana el enfermo que los aires muda;
enfermo estais de amor; haced mudanza,
y hallareis en Lucrecia un pecho lleno
de amor, preservacion de ese veneno. (*Vase.*)

PORTILLO.

Si en consejos de estado tiene voto
un mozo de tu cámara, que iguala
la esperiencia al deseo, sé piloto
que en puertos sin provecho no hace cala.
Lucrecia es bella, el César maniroto;
váyase Serafina en hora mala;
ó los dos nos iremos, si dejamos
esta ocasion, y al César enojamos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ALFONSO.

Eso no, firmeza mia;
con resistencia el valor,
con imposibles amor
alienta su monarquia:
quien de la posesion fia
premios de gusto agradable,

su esperanza hace culpable;
quien sin premio amor procura
sin dar servicios á usura,
noble es, que no interesable.
¿Qué importa que Serafina
aborrezca mis intentos?
Viva está en mis pensamientos;
posesion gozo divina.
Desdeñe á quien no se inclina;
trate mi fé con rigor;
que la fama haré mayor
de mi inaudita alabanza,
si amando sin esperanza,
es platónico mi amor.
Iguales coronas den
á la suya y mi firmeza;
ella en mostrarme aspereza,
yo en querella siempre bien:
compita amor y desden,
pues en esto iguales son,
y niegue su inclinacion
la inclinacion de mi empleo;
que mas vale ella en deseo,
que Lucrecia en posesion.
Dueño la hice de mi estado;
gócele, aunque aborrecido;
que el amante bien nacido
nunca quita lo que ha dado:
si el César está indignado,
menos daño es no privar,
que de mí degenerar:
haya, como una muger
constante en aborrecer,
un hombre firme en amar. (*Vase.*)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA IX.

ASCANIO. SERAFINA.

ASCANIO.

El emperador me envia
á tomar la posesion
del Casal y Castellon,
y quiere que en tercería
por don Alfonso y por vos
se conserve en mi poder
hasta examinar y ver
cuál, señora, de los dos
se cansa de porfiar
y á su gusto corresponde,
ó vos eligiendo al conde,
ó él dejándoos de amar.
Dad gusto al César, por Dios,
y sacareis de cuidado
á Alfonso, al Augusto airado,
á Lucrecia, á mí y á vos.

SERAFINA.

Conquiste el César ciudades
que despues el conde adquiera,
y no salga de su esfera
á conquistar voluntades;
busque dama con amor
su privado en quien se abrase;
que es afrenta que se case,
despreciado, por favor:
Lucrecia por la ganancia
os deje que se le sigue,
para que mudable obligue
á mas valor mi constancia;

y vos, Ascanio, mostrad
que sabeis satisfaceros,
generoso hasta oponeros
á una pasion magestad;
que os tendrán por ignorante
si vuestro amor deslucís,
mientras agravios sufrís
sin vengar celos amante;
que yo en esta competencia,
de Castellon despojada,
tengo hacienda escepcionada
del César, pues en la herencia
de mis padres sucedí
con autoridad bastante,
cuando interesable amante
mi dote ameis mas que á mí;
que si primero os queria
tibiamente, ya que os veo
dificultoso, os deseo,
y crece con mi porfia
mi amor de suerte, que trato,
si no sale vencedor,
morir; que en lances de amor,
lo mas caro es mas barato.

ASCANIO.

Juzgando vos disculpable
ese desden que aumentais,
porque de firme os preciais,
¿es bien que yo sea mudable?
No, Serafina, primero
que os ame, (ved si es factible)
será el conde (si es posible)
conmigo vuestro tercero:
que yo á hacerle agravio llegue,
no os canseis en porfiar;
porque yo no os he de amar,
mientras él no me lo ruegue. (*Vase.*)

ESCENA X.

SERAFINA.

¿Por qué si eres niño, amor,
en los efetos criatura,
te ofendes con la blandura,
te aumentas con el rigor?
¿No es mejor,
siendo Dios, que lo parezcas,
que apetezcas
finezas con que te obligues,
que ingratitudes castigues,
y lealtades agradezcas?
Pero dirás que es delito
huir tu jurisdiccion;
que lo que está en posesion,
es fuga del apetito.
Solicito
á Ascanio, cuyos empleos
por rodeos
vencen mis riguridades,
porque las dificultades
multiplican los deseos.
Muéstrome al conde crüel,
porque me sirve; y pudiera
ser cuando me aborreciera,
que me muriera por él.
Siendo fiel,
su firme lealtad castigo;
á mi enemigo
quiero facil y amo ciega;
huyo, amor, de quien me ruega,
y á quien me desprecia sigo.

ESCENA XI.

DON ALFONSO, *de camino.*—SERAFINA.

ALFONSO.

Para desocasionaros,
Serafina, del aprieto
en que césares rigores
á vos y á mí nos han puesto,
aunque de veros me prive,
no hallo mejor remedio
que ausentarme de Milan,
si bien del alma me ausento.
Mándame el emperador
que segunda vez sea dueño
de los estados que os dí,
y la libertad con ellos;
á que no os ame me obliga;
como si en tales preceptos
tuviera jurisdiccion
quien la tiene en el imperio.
Contra vos está indignado,
porque á influencias del cielo
correspondeis desdeñosa,
mis dichas aborreciendo;
yo no, Serafina mia,
porque solamente en esto
de conocer lo que soy,
me puedo llamar discreto.
Bien sé que no tengo partes,
si bien presunciones tengo
de amaros, para quererme
bien; sé que merecimientos,
hermosura, discrecion,
pudieran, á conoceros
la fortuna que os envidia,
señora del mundo haceros.
Sois serafin, mas que en nombre,
en prendas que reverencio;

y solo otro serafin
es digno de mereceros:
yo de partes desvalido,
en pretensiones soberbio,
desdichado en esperanzas,
si dichoso en sus empleos,
pudiera, pues os conozco,
con faetones escarmientos
reprimir intentos vanos,
que han de quedar en intentos.
Bien haceis en desdeñarme;
y ¡ojalá como confieso
cuan loco soy en amaros,
fuera sabio en no ofenderos!
Mas como á vos os obligan
estrellas y astros opuestos
á aborrecerme indignada,
á mí me obligan los mesmos
á adoraros presumido:
no los culpo, antes les debo,
venturoso en esta parte,
la gloria del pretenderos.
Que en Lucrecia mi amor mude
me manda el César mi dueño,
ó que me esponga á rigores
de la privanza herederos.
No niego méritos yo
de su belleza; mas niego
que á obediencias coronadas
pueda amor vivir sujeto.
Prendas hace en vuestro estado
(que pues os le dí, ya es vuestro),
sin ver que andando desnudo
amor, nunca estriba en ellos.
Para escusar, pues, peligros,
que no por mí, por vos temo,
notifico á mis pesares
(¡ay Dios!) segundos destierros:
descansareis, Serafina,
no viéndome, y yo contento
con saber que lo estais vos,
si no amado, satisfecho

en que os sirvo, entretendré
amorosos pensamientos,
que por contemplarlos ricos,
pienso conservar eternos.
Fernando reina en España,
Granada llama estrangeros
que contra el moro sitiado
ganen valor, si no premios:
negaré mi patria y nombre;
y al César, que por vos dejo,
forzará á daros mi estado
la fama de que soy muerto,
si antes que deje á Milan,
á las manos y el acero
de quien amais y me aguarda
en el campo, no lo quedo.
No volverá Italia á verme,
condesa, viven los cielos,
si no es que, del alma libre,
la compasion traiga el cuerpo.
Ella es vuestra, ya os la dí;
á Castellon os entrego;
en vida me sucedeis,
y en ella me deshereda:
¡ojalá que como os doy
el pobre estado que tengo,
en vuestras sienes honrara
los tres lauros del imperio!
Pero el vuestro Ascanio goce,
(*Enjúgase los ojos.*)
y perdonad, que los celos
mis ojos afeminaron,
y sin consulta salieron
del alma lágrimas nobles;
que celos y amor á un tiempo,
imitacion de nublados,
vierten agua y llueven fuego.
(*Quiere irse.*)

SERAFINA.

Esperad, conde, esperad;
que no acredita su esfuerzo
quien en los trances mayores

teme el golpe y huye el riesgo.
Amar sin correspondencia
de sus damas; no es tan nuevo
que en martirios del amor
no halleis valientes ejemplos:
merecer perseverando
sin esperanza de premio,
da á la voluntad quilates,
y corona el sufrimiento.
Si Federico (que en vos
restituye su gobierno,
y por el favor que os hace,
se humilla tercero vuestro),
os vé ausentar por mi causa,
¿quién duda que á los primeros
añada enojos segundos,
quedando yo blanco de ellos?
Yéndoos vos, peligro yo;
y no solo no sucedo
en vuestra herencia y estado,
sino que los propios pierdo.
Ved ¡qué traza de buscar
á mis quietudes remedio,
si en vuestra ausencia peligran
la fe vuestra y mi sosiego!
Ausentaos si es que intentais
vengaros, pues lo merezco;
pero desnudaos del nombre
de amante firme y perfeto.

ALFONSO.

Eso no, que es imposible;
pero ¿qué traza hallaremos
que á vos enojos no os cause,
si os quejais de que me ausento?

SERAFINA.

Un modo imagino, conde,
tan difícil como nuevo,
que si vos le ejecutais,
os dará el lugar supremo
de cuantos vasallos honran
á amor, y en su golpe ciego
con hazañas inauditas

el *non plus ultra* pusieron.

ALFONSO.

No seré ya desdichado,
si dándoos á vos contento
en algo, puedo alabarme
que si no alcanzo, merezco.
Proponelde, pues, señora.

SERAFINA.

Propondréle, si bien temo
que tiene de deslucir
las finezas que habeis hecho,
rehusándole por estraño.

ALFONSO.

Por agraviarme hasta en eso,
dudais de quien por serviros,
es martirio de sí mesmo.
Lo que os amo acreditad.

SERAFINA.

Ahora bien, no escucheis cuerdo;
que para lo que os propongo,
loco, Alfonso, he menesteros.—
Yo no os tengo voluntad,
ni, aunque lo procuro, puedo
hacer que el alma rebelde
se allane al conocimiento;
el César severo insiste
en que pagueis los empeños
de Lucrecia y la sirvais
amante por gusto ageno;
desdeña mis pretensiones
Ascanio, celoso de esto,
(que nadie es cortés con damas,
si tiene por otra celos);
yo que le amaba remisa;
cuanto mas dificil veo
mi ocupacion amorosa,
mas su imposible apetezco.
Si deseais, pues, mi gusto,
como afirmais y lo creo,
haciendo la costa vos,
facil salida hallaremos.
Fingid que á Lucrecia amais;

y obediente á los preceptos
del César, haced ensayos
de amor, si no verdaderos,
que en vos no serán posibles,
cautelosos á lo menos,
que á Lucrecia persüadan,
y al César dejen contento.
Obligad despues á Ascanio
con dádivas y con ruegos,
ya animándole á privanzas,
ya ofreciéndole gobiernos,
á que su esposa me elija;
que en él temores y apremios,
no siendo cual vos constante,
sabrán conseguir mi intento.
El César entonces, grato
al fiel reconocimiento
con que ejecutais su gusto,
y apacible á vuestros ruegos,
me admitirá á vuestro estado,
con otros satisfaciendo
vuestra lealtad y servicios,
pues tiene tantos en feudo;
y yo allanando rendidas
dificultades que han hecho
tan apetecible á Ascanio,
si en mi dominio le veo,
le vendré á menospreciar
al paso que le pretendo;
que siempre enfada adquirido
lo que se envidiaba ageno.
Olvidaréle, no hay duda,
y á vos que con otro dueño
en sus favores prohijado
os contemplaré estrangero,
viéndoos ya dificultoso,
podrá ser (no os lo prometo),
si amante os aborrecia,
que os apetezca severo.
Mio fuistes siempre, conde;
y las mugeres tenemos
galas y amantes antiguos

de ordinario en poco precio.
Barato me habeis costado,
don Alfonso; encareceos,
haceos mas estimar,
desviad ojos, dadme celos:
muger soy como las otras;
haced diligente en esto
la prueba, y *del enemigo*,
Alfonso, *el primer consejo*. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ALFONSO.

¡Qué de cosas encontradas
banderizan pensamientos,
que entre desesperaciones
esperanzas van tejiendo!
¿Que no me ausente? ¿que sirva
á Lucrecia, y que ofreciendo
amistad á Ascanio y cargos,
contra mí sea su tercero?
Desafiéle celoso,
¡y mándanme ser á un tiempo
su abogado y su fiscal!
¡qué terrible mandamiento!
Pero, en fin, lo prometí;
palabras de amor perfeto,
en quien las ofrece noble,
traen fuerza de juramento.
¡Sentencia desesperada!
Mas si bien la considero,
á apelaciones convida
con vislumbres de remedio.
Que es muger como las otras
me avisa, y apeteciendo
lo dificil las demas,
lo facil les es molesto.
¿Qué mucho que las imite?
Siempre me ha visto sujeto,

sin resistencia á rigores,
á las leyes de su imperio;
lo contínuo causa enfado;
lo esquisito da deseos;
y lo que amor dificulta,
hacen posible los celos.
Que celos la dé me manda;
y quien me avisa con ellos,
principios muestra de amor,
mas piedad, rigores menos.
Ya yo sé que cautelosa
me facilita con esto
á persuadir á su amante
que la corresponda tierno;
pero tambien hemos visto
que al contrario mas soberbio,
queriendo acertar, le matan
tal vez sus ardides mesmos.
Démosla celos, amor;
voluntad encareceos;
ojos mios, divertíos;
asistencia, acudid menos;
pensamiento, obedezcamos
á nuestro enemigo en esto
desde hoy, y *del enemigo*,
amor, *el primer consejo.*



ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio.

ESCENA I.

ALFONSO. ASCANIO.

ASCANIO.

Si en mi muerte ó en la tuya
consiste el tener sosiego
yo ó tú, ¿qué esperas?

ALFONSO.

Son fuego
los celos, la fuerza suya
solo en la materia estriba
que sus llamas manifiesta,
y no es posible cuando esta
le falta, que el fuego viva.
Túvelos de tí; ya estoy
de suerte desengañado,
que no ofendido, obligado,
con esta espada te doy
los brazos, si los estimas,
y esta cédula con ellos
que obligue á correspondellos,
pues á mi instancia sublimas
tu nobleza, ahora mayor.
El César, conmigo franco,
provisiones me da en blanco,
porque conozco mejor
(segun dice, y no se engaña)
los méritos y sujetos
de sus vasallos discretos;
la magestad se acompaña

siempre de la adulacion;
no sé qué tiene con ellos
la verdad, que huyendo de ellos,
tan raras las veces son
que sigue la autoridad
de magestades servidas,
que un rey, si no es por oidas,
no conoce á la verdad.
Esto inventó los privados,
que, en fin, como mas tratables,
llanos y comunicables,
pueden distinguir estados,
y conociendo sugetos,
premiar los mas suficientes,
pues por segundos agentes
influye Dios sus efetos;
y esta es la causa que en mí
descanse el César acciones,
y dándome provisiones
en blanco, no fie de sí
lo que de mi lealtad fia.
Conozco tu discrecion,
y así la gobernacion
de Milan y de Pavía
te despacho en nombre suyo.
Vicario del sacro imperio
eres; que en su ministerio
lo que le has de honrar arguyo.
Bésale al César los pies.

ASCANIO.

Con armas aventajadas
en las sospechas pasadas
te trajo aquí el interes
amoroso; pero agora
que, no usando del favor
que te hace el emperador,
tu partido se mejora,
de tu valor das indicios:
ya yo estoy en tu poder,
por que no hay para vencer
armas como beneficios.
Estimo los que me has hecho,

y que conozcas de mí
que nunca te deserví;
y con esto satisfecho,
renuncio la dignidad
que por el César me ofreces;
pues si por ella apeteces
que profese tu amistad,
no por cargos lisongeros
se han de obligar mis cuidados,
porque de amigos comprados
pocos salen verdaderos.
Desinteresable intento
servirte, Alfonso.

ALFONSO.

Ya sé
los quilates de tu fe,
y que del entendimiento
distinta la voluntad,
para que se facilite,
tal vez cohechos admite;
pero como es la verdad
del entendimiento objeto,
sola ella le satisface;
que el prudente jamás nace
al vil interés sujeto.
Yo á lo menos nunca oí
que haya por interesados
entendimientos cohechados,
pero voluntades sí.
La tuya, por ser hidalga,
ni admite ni paga pechos;
solo recibe derechos
de la mia; y esto valga
para obligarte á caudales
de nuestra amistad testigos;
que no seremos amigos
perfetos, no siendo iguales.
Sentirálo Federico,
si desprecias su favor.

ASCANIO.

Por ti soy gobernador,
puesto que te certifico,

amigo, que para sello
tuyo yo, no necesitas
diligencias esquisitas.

ALFONSO.

¡Ay, noble Ascanio, y qué de ello
te he menester!

ASCANIO.

Dime en qué,
y ¡ojalá difícil sea
tanto, que un milagro vea
en mí de lealtad y fe
el mundo!

ALFONSO.

¿Me cumplirás
esa palabra?

ASCANIO.

Dudando
de mí, me estás agraviando.
Declárate, y lo verás.

ALFONSO.

No te espantes; que ha de ser,
Ascanio, contra tí mismo
lo que te pida: un abismo
en mí llegarás á ver
de contradicciones locas,
si encerrándote en mi pecho,
en tu amistad satisfecho,
las penas que siento tocas.
Los imperios de un desden
me obligan con riesgo igual
á cosas que me estan mal,
y que no te han de estar bien.
Mira á qué estado he venido,
que he de hacerte intercesor
de un amor que no es amor,
de un olvido sin olvido.
Yo te tengo de obligar
á una accion, que si la dejas,
de tu fe formando quejas,
si la haces, me has de matar.
A ser tercero te obligo
por mí, Ascanio, contra mí;

como amigo fio de tí
lo que hicieras mi enemigo.
Si no lo cumples, mi vida
fin trágico ha de tener;
y en cumpliéndolo, has de ser
mi bienhechor y homicida.
¿Has oido tú jamás
paradojas semejantes?

ASCANIO.

Ponderaciones amantes
exageran eso y mas.
Acaba de declararte.

ALFONSO.

Yo aborrezco lo que adoro,
desdeñoso me enamoro
de quien dudo, por amarte,
que corresponda á mi intento:
con esta has de interceder
por mí; con la otra has de ser
agradecido violento.
Has de aborrecer lo que amas,
y amar á lo que aborreces;
si lo que adoro apeteces,
mi agravio vive en tus llamas;
si á quien amas no desdeñas,
de tí me quejo ofendido.—
Juzgarásme sin sentido,
ó imaginarás que sueñas
las quimeras que no entiendes;
mas verás, cuando las sigas,
que ofendiéndome me obligas,
y obligándome me ofendes.

ASCANIO.

Conde, si no te declaras,
ó imaginaré que pruebas
en mí amistades, por nuevas
dignas de esperiencias raras,
ó desacreditarás
la cordura que hasta aquí
tanta opinion tuvo en tí.

ALFONSO.

Decláromé, Ascanio, mas.

Serafina, competencia
de la belleza y rigor....

ESCENA II.

—

PORTILLO.—ALFONSO. ASCANIO.

PORTILLO.

Sabido ha el emperador,
señores, vuestra pendencia.
Mirad lo que habeis de hacer,
porque en vuestra busca sale
hecho un tigre.

ALFONSO.

Aplacarále
el llegar á conocer
la amistad que entre los dos
hoy empieza á eslabonar
lazos, que no han de quebrar
el tiempo ó la muerte. A Dios;
que voy á desengañarle.
Sígueme, porque despues
que gracias cuerdas le des,
puedas con asegurarle,
ejercitar el gobierno
que ya te ofrece Milan.
En confusion te tendrán
las dudas que del infierno
de mis ciegas confusiones
salen para atormentarme;
yo volveré á declararme:
sosiega imaginaciones,
mientras á cumplir te ofrezcas
leyes de amigo constante:
serás á mi ruego amante
de quien ¡ojalá aborrezcas! (*Vase.*)

ESCENA III.

ASCANIO.

No es tan esfinge el enîma
que Edipo yo no le entienda.
A la accion que me encomienda,
me alienta y me desanima.
Cosas que le han de estar mal,
y que á mí no me estan bien,
¿qué han de ser sino es desden,
que con competencia igual
en Serafina procura
correr con su amor parejas?
Cuando me intimaban quejas
desprecios de su hermosura,
la respondí: «en vano os ciega
tema que os ha de engañar,
porque yo no os he de amar,
si Alfonso no me lo ruega.»
Puede tanto en la muger
el desprecio y disfavor,
que en vez de apagarse amor,
incendios suele crecer;
y está de suerte sujeto
á su gusto el conde amante,
que le obligará arrogante
á que leal, si indiscreto,
á su amor me persüada,
y á mi dama se aficione:
por su intercesor me pone;
la duda está declarada.
¿No me dijo: «si apeteces
mi amistad, y fiel te llamas,
has de aborrecer lo que amas,
y amar á lo que aborreces?»
¿No me dijo: «si esto entiendes,
verás, cuando lo prosigas,
que ofendiéndome me obligas,

y obligándome me ofendes?»
¿Que tercie no me ha pedido
por él, solicitador
de un amor, que no es amor,
de un olvido sin olvido?
Luego, fingiendo olvidar
lo que mas estima y precia,
me obliga á que hable á Lucrecia
por él: ¡estraño obligar!
Mas ¿qué he de hacer? Ya le dí
palabra de obedecerle;
amigo fiel he de serle,
pues ya se lo prometí.
A esto es bien que se sujete
quien cohechos admitió,
y ignorante como yo,
lo que no sabe promete.
No me está mal que dé celos
á Lucrecia, que en el conde
advertida corresponde
mal á mis firmes desvelos.
No la ama Alfonso, si bien
disimula que la adora:
si él finge que la enamora,
finjamos acá tambien;
y andando amor por estremos,
nuestras palabras cumplamos,
porque los dos pretendamos
lo mismo que aborrecemos. (*Vase.*)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA IV.

SERAFINA. LUCRECIA.

LUCRECIA.

Contenta te visito
en fe de que te debo hoy infinito.
¡Ay bella Serafina!
amor correspondido desatina
de gusto, si agraviado
locuras suele hacer desesperado.
Si al conde Alfonso amaras,
¡qué de esperanzas verdes marchitaras!
y porque le aborreces,
¡qué de favores en mi dicha creces!
De verme agora acaba
tan amoroso, que me deja esclava.
Si tu amante primero,
con límite le quise, ya le quiero
tan si él (no te espantes),
que quinta esencia soy de los amantes.

SERAFINA.

Aplaudo tu ventura;
no es perfeto el amór que no es locura,
y tanto de él te toca,
que en vez de enamorada vienes loca.
Mi primo el conde es cuerdo
en la eleccion con que pesares pierdo
causados de porfias
opuestas siempre á inclinaciones mias.
Doite mil parabienes.

LUCRECIA.

No eres muger, si envidia no me tienes;
que en nosotras da pena
voluntad despedida en casa agena.

No la tengas tú de esto,
ni celos formes, ni el pesar molesto
de que Alfonso te olvide
llamas recuerde que el desden despide;
prosigue en despreciálle;
que mientras en tu agrado puerta no halle,
á mi fé agradecido,
ni temo celos, ni me asombra olvido.

SERAFINA.

Cuando te sirva en eso,
no haré mucho, si ves lo que profeso
el darle pesadumbre,
y que en mí es natural, si no es costumbre,
aumentar sus enojos,
porque su vista es fuga de mis ojos;
puesto que la esperiencia
que hizo mi desden en su paciencia,
halla (y otros lo afirman),
que sequedades el amor confirman,
y al revés, los favores
entibian gustos desmayando amores.

LUCRECIA.

Es verdad, si no es necio
el retiro, ni para en menosprecio,
porque este en vez de daños,
entre venganzas logra desengaños.
Amor que se cultiva,
imita al hortelano que derriba
de las plantas que poda
ramas supérfluas, no la cepa toda.
Quien ve en el mayo bello
poblar el arbol arrogante el cuello,
y de yemas paridas
pulular sus criaturas presumidas,
que llenas de arrogancia
le chupan en pimpollos la sustancia;
y quien ve al hortelano
con riguroso acero y tosca mano
cortar cogollos tiernos
que se soñaban en el tronco eternos,
juzgará, si no es sabio,
que en vez de beneficios, le hace agravio;

pero verá el prudente
que en fe de conservar lo suficiente,
lo que es supérfluo arroja,
y por vestirle mas, mas le despoja:
pero de suerte puede
podarle el labrador, que seco quede.
Asi en el amor pasa,
que presunciones hortelano tasa,
y tal vez sus favores
desdeñoso limita y corta flores;
mas no ha de ser de modo,
que por mucho cortar lo pierda todo.

SERAFINA.

¡Qué diestra en hortalizas,
ejemplos estudiosa alegorizas!
Como el conde me enfada,
cortar, que no podar su amor, me agrada:
deseo que se seque,
y así no es mucho que instrumentos trueque,
y en vez de podar ramas,
derribe el tronco y amortigue llamas.
¡Plegue á Dios, ya que en flores
su abril te alegra, que al coger no llores
frutos que me apercibe;
que aunque seco le juzgas, por mí vive,
y encubriendo congojas,
por darme el fruto á mí, te paga en hojas.

LUCRECIA.

¿Tan en poco me tienes,
que con favores yo, tú con desdenes,
no sabré trasplantalle
de tu amor á tu olvido, y regalalle
de modo que en desprecios
rinda tributos á desdenes necios?
Pues yo te certifico
que si pobre en tu amor, y en mi fe rico,
(porque vaya adelante
en metáfora de arbol nuestro amante)
tan ágrio le criabas
con el desden que á su lealtad mostrabas;
ya que á mi amor mudado,
mi posesion le goza trasplantado,

de tu ágrio riguroso
y mi favor tratable y amoroso,
salga (tenlo por cierto)
porque me envidies, tan sabroso ingerto,
que agridulce, condesa,
desabrida sin él juzgues tu mesa.

ESCENA V.

PORTILLO.— SERAFINA. LUCRECIA.

PORTILLO.
(*A Lucrecia.*)
El conde, en vuestra casa
esperándoos, instantes mide y tasa
por siglos: id, señora;
que amor, que es niño, sin el ama llora.
Dalde el pecho al chiquillo,
y entralde á ver por mí, que soy Portillo.

LUCRECIA.
Ya va echando raices
el arbol, aunque mas le esterilices.
Serafina, ten cuenta
del modo que en mi empleo se acrecienta:
verás que en tu hermosura
sabe poco tu amor de agricultura.
(*Vase Lucrecia, y hace que se va Portillo.*)

ESCENA VI.

SERAFINA. PORTILLO.

SERAFINA.
Hola, no os vais, vos. ¿Oís?
Hola.

PORTILLO.
¿Soy yo el oleado?

SERAFINA.

Escuchad.

PORTILLO.

Voy á un recado.

SERAFINA.

¿Que os llamo yo no advertís?

PORTILLO.

Esperando mi amo está.

SERAFINA.

¿Hay mayor descortesía?

PORTILLO.

Perdone vusiniría;
que no somos de acá ya.
Las que á los amos desprecian,
á los mozos descaminan;
si aquí nos descrafinan,
sepa que allá nos lucrecian.
Mandar puede á sus criados,
no á los que no la servimos.
(*Quiere irse.*)

SERAFINA.

Hola, oid.

PORTILLO.

Convalecimos,
si estábamos oleados.
Menos holas, mas respeto;
que ya pasaron los dias
que estábamos en Olías;
mi señor es ya discreto.
Con desden desdenes paga,
y premia amor con amor;
yo sigo en esto su humor:
soy Portillo y él Gonzaga.
Toda presuncion es necia;
y como Portillo soy,
cerrado á vusía estoy,
y abierto para Lucrecia.—
Perdone.

SERAFINA.

¿Pues sabeis vos
que la quiere mucho?

PORTILLO.

Mucho.
Desde ayer acá le escucho
estrañas cosas, por Dios.

SERAFINA.

Pues ¿tanto privais con él?

PORTILLO.

Como en su servicio estoy,
mozo de cámara soy,
y medro por cuerdo y fiel.
De cámara en camarada
mudo el nombre, y privo ya,
pues ya ve cuán cerca está
la cámara de privada.
Anoche le escuché á solas
decir: «pues que Serafina
olvidarme determina,
escusemos carambolas,
y en Lucrecia gustos labren
firmezas que amor destierra:
donde una puerta se cierra,
muchas dicen que se abren.
Pagar quiero su aficion,
que es bella moza; y en fin,
Serafina será fin
de mi necia pretension.»
Llamóme, y dijo: «Portillo,
¿qué te parece Lucrecia?»
Respondíle: «moza es recia;
ayer la ví el colodrillo
(que el mundo llama tozuelo),
y vive Dios que me agrada
del cogote á la papada:
ablande este caramelo
durezas serafininas,
si bien la condesa es tal,
que no has de hallar otra igual
á sus partes peregrinas.»
Airóse, y díjome: «¡cómo,
pícaro! ¿pues no es primero
Lucrecia?» Asió el candelero,
y asentómele en el lomo

como si fuera ventosa:
apagósenos la vela;
volvíla á tomar, sopléla,
y encendíla, que fue cosa
que erizándole el cabello,
me dijo: «¿pues tú la enciendes?»
Y respondí: «¿luego entiendes
que Portillo no es doncello?»
Replicóme: «al mayordomo
di que saque una librea
que de las colores sea
de Lucrecia.» Yo que el lomo
llevaba medio entumido,
luego le sentí aliviado;
que en dolores de criado
es gran récipe un vestido.
Fuíselo á notificar,
y cuando le volví á ver,
«sola Lucrecia ha de ser,
dijo, quien me ha de sanar.»
Trayéndole un labrador
un braco de mucho precio,
dijo: «llámenle Lucrecio.»
Envióle el emperador
un papagayo, y á un page
que le enseñase mandó
á hablar; pero le advirtió
que no fuese otro el lenguage
sino esta palabra sola
en quien su venganza estriba:
«Lucrecia, nuestra ama, viva;
cola Serafina, cola.»
Enójase con Tarquino,
porque á Lucrecia obligó
á matarse, y hoy salió
á ser de un niño padrino,
y antes que le remojase
en el agua santa el cura,
ordenó que la criatura
don Lucrecio se llamase.
Colegid de aquesto vos
el fin de vuestros desprecios,

pues nos vuelven en Lucrecios
de Serafinos; y á Dios. (*Vase.*)

ESCENA VII.

—

SERAFINA.

El conde cumple fielmente
cuanto mi amor le ordenó;
mas no le quisiera yo
tan puntüal obediente,
que pensamientos aliente
en Lucrecia: cuando ensaya
ya burlas, ya veras, vaya;
pero que de su aficion
se ofenda mi estimacion,
no, amor; que es pasar de raya.
Para quererle yo bien,
tan incapaz el gusto hallo,
que solo de imaginallo,
vuelve á nacer mi desden;
pero que con él me den
su dama y el criado necio
pesadumbre, es caso recio.
¿Una ciega y otro loco?
Ni tanto, amor, ni tan poco:
olvido sí, no desprecio.
Coheche agenas caricias
el conde, desembarace
alma que en Lucrecia enlace,
y venga á pedirme albricias;
mas pretender que malicias
pena entre celos me den,
eso no: mírelo bien;
que para perder el seso,
soy muger, y en dando en eso,
á fé que le quiera bien.

ESCENA VIII.

—

ARNESTO.—SERAFINA.

ARNESTO.

El emperador, señora,
por el conde importunado,
os restituye en su estado;
mas con condicion que agora
vais á palacio, y le deis
de esposa á Ascanio la mano.

SERAFINA.

¿A quién?

ARNESTO.

Con vos mas humano
de lo que vos pretendeis,
sabiendo que á Ascanio amais,
á vuestro amor le ha dispuesto,
con que no os será molesto
el conde que desdeñais.

SARAFINA.

Pues Ascanio ¿viene en eso?

ARNESTO.

Hízole el emperador
de Milan gobernador;
pierde por Lucrecia el seso
Alfonso; y ella que estima
mas que vos cumplir el gusto
del intercesor augusto,
desdenes á Ascanio intima,
y en el conde trasformada,
desposorios apresura.

SERAFINA.

Débole yo mi ventura
al César, si ejecutada
esa traza, el conde deja
de conquistar mi rigor.

ARNESTO.

Estad cierta que su amor

memorias vuestras despeja
del alma, que ocupa toda
en Lucrecia.

SERAFINA.

¿Tan aprisa?

ARNESTO.

Vuestro consejo le avisa,
pues dice que de esta boda
sois vos la casamentera.

SERAFINA.

¡Yo! ¿Cómo, ó cuando?

ARNESTO.

No sé;
pero él afirma que fue
vuestra toda esta quimera,
porque le habeis persuadido
que á Ascanio obligue por vos
á desposaros los dos,
y en Lucrecia divertido,
ensaye nuevos amores;
que se haga mas desear,
pues celos suelen causar
apetitos en rigores.
Fue vuestro consejo el ayo
que sus acciones guió;
su amor con ella ensayó,
y quedóse en el ensayo.
Lo que me han mandado, os dejo
dicho; si es premio ó castigo,
veldo: que *del enemigo*,
señora, *el primer consejo.* (*Vase.*)

ESCENA IX.

SERAFINA.

Todos se burlan de mi,
el conde, el emperador,
Lucrecia, que es lo peor:
¡provechosa traza dí!

Pero si á Alfonso aborrezco,
y de él ansí me aseguro;
si amante á Ascanio procuro,
y me dan lo que apetezco,
¿qué envidia es la que me abrasa?
Mas trueca amor su veneno:
mírole al conde ya ageno,
y á Ascanio que se entra en casa,
y en paises que se mercan,
los mas vistosos bosquejos
enamoran desde lejos,
y enfadan cuando se acercan.
¿Qué remedio? A ver iré
el fin de esto: amor tirano,
de seda he sido el gusano,
pues mi sepulcro labré. (*Vase.*)

Salon del palacio.

ESCENA X.

FEDERICO. ALFONSO.

FEDERICO.

No puedo yo creer que, antiguo amante,
á Serafina hayais aborrecido
tan presto: amor bien puede en un instante
introducirse, conde, mas no olvido.

ALFONSO.

Es un contrario de otro semejante
en toda actividad, y asi ha podido,
gran señor, si el amor se engendra presto,
engendrarse el olvido que es su opuesto.
La medicina, que imitar procura
el amor, ha enseñado al escarmiento
que si cuando la ardiente calentura
llega al último punto de su aumento,

se echa á pechos un golpe de agua, cura
de tal manera su calor violento,
que sin que vuelva, como coge unidas
sus fuerzas de una vez, quedan vencidas.
Creció mi amor hasta su punto activo;
dióme á beber de un golpe el desengaño
agua de agravios, que en desden esquivo
me dió salud, y aniquiló mi daño.

FEDERICO.

Para escuelas guardad ponderativo,
conde, ese ejemplo, si seguro, estraño;
que el amor y el desprecio aborrecible
no consisten en punto indivisible.
Por darme gusto á mí, disimulado
fingís olvidos, que aumentando enojos,
imitarán el fuego, que encerrado
rebentará despues por boca y ojos.
Vuestra lealtad de suerte me ha obligado,
que á pesar de los bárbaros antojos
de la condesa ingrata á vuestro gusto,
ó os ha de amar, ó no he de ser yo augusto.

ALFONSO.

Gran señor, vive el cielo, que aunque fuera
suficiente ocasion para olvidalla
el mandármelo vos, en cuya esfera,
como mi fé, mi vida se avasalla;
otra, si no mayor, tan verdadera,
me necesita á que con desprecialla,
en Lucrecia mejore mis desvelos.

FEDERICO.

Intentareis con ella darla celos.

ALFONSO.

No es sugeto de celos Serafina.

FEDERICO.

Ahora bien, yo la he dado á vuestra instancia
vuestros estados todos; pues se inclina
á Ascanio, sea su esposa.

ALFONSO.

Es de importancia,
si Ascanio obedeceros determina,
para que escarmentada en su inconstancia
Lucrecia, le aborrezca, y en su olvido

premie el amor que la he sostituido.

FEDERICO.

¿Que de veras, Alfonso, tendreis gusto
en que los dos se casen?

ALFONSO.

Lo deseo
infinito, señor.

FEDERICO.

Pues yo me ajusto
al vuestro, aunque lo escucho y no lo creo.
Conde, este ciego dios, tirano injusto
que no estima victorias, si el trofeo
no establece en humanas monarquias,
desorden es de las pasiones mias.
Yo adoro á Serafina.

ALFONSO.

¡Señor! ¿Cómo?
La sacra magestad....

FEDERICO.

No hay magestades,
contra flechas que armadas de oro y plomo
coronas pisan, postran dignidades:
yo que rebeldes venzo, reyes domo,
sujeto aquesta vez á liviandades
humanas, que este incendio desatina,
porque os desdeña, adoro á Serafina.—
Turbado estais. ¡Qué mal encubren celos
fingimientos ocultos! Resistido
he yo á lo menos cuerdo mis desvelos;
señal que para mas que vos he sido.
Mientras dábades quejas á los cielos,
ella adorada y vos aborrecido,
sintiendo vuestra pena y su porfia,
lo que culpaba en ella, agradecia;
mas ya que aunque fingido, habeis mostrado
que os es aborrecible su presencia,
y yo en fe de esto os he comunicado
secretos que encerraba la prudencia,
perdonareis mi amor, que publicado,
volver atras en mí será indecencia
indigna del valor que César sigo,
y en mí disculpa lo que en vos castigo.

ALFONSO.

Señor, mi turbacion no nace de eso.
Es Ascanio mi amigo.

FEDERICO.

Pues ¿qué importa?

ALFONSO.

De sus honras ó agravios intereso
lo mismo que él; si vuestra alteza corta
el hilo á su esperanza, y este esceso
venciéndose á sí mesmo no reporta,
¿de qué se espanta que me turbe, y sienta
dividida en mí y él tan grande afrenta?

FEDERICO.

Yo soy vuestro señor, si él vuestro amigo:
ved á quien debeis mas. Conde, seguro
pretendo estar de vos; no useis conmigo
cautelas que celoso conjeturo.
Si á la condesa amais, sois mi enemigo;
y si la aborreceis, saber procuro
de qué suerte en presencia de Lucrecia
el desden que mostrais la menosprecia.
Aquí vendrán las dos, y yo escuchando
oculto lo que pasa, ver espero,
amoroso con esta, tierno y blando,
como sabeis con la otra ser severo.
Decilda sequedades; yo os lo mando:
por mí no repareis en ser grosero
con damas esta vez; pues de otro modo,
sospecharé que me engañais en todo.—
¿No respondeis?

ALFONSO.

¿Que hay que esperar respuesta
de quien sirviéndoos siempre os fue obediente?
Yo haré cuanto mandais.

FEDERICO.

Sacadme de esta
sospecha, y con estado suficiente
haré vuestra ventura manifiesta,
sin que vuestra privanza, que en creciente
tantos envidian, desde aquí adelante
mudanzas del rigor la hagan menguante. *(Vase.)*

ESCENA XI.

ALFONSO.

Agora sí, ingratos cielos,
que apretando los cordeles,
por mostraros mas crüeles,
celos guarneceis con celos:
agora sí, mis desvelos,
que multiplicais rigores;
agora sí, mis temores,
que añadís males á males;
primero celos iguales,
ya celos emperadores.
Ea, cumplamos agora
preceptos de Serafina,
del César que se le inclina,
de mi suerte burladora:
mientras mi mal empeora,
amor fingido mostremos,
alma, á quien aborrecemos;
y ofendiendo á quien amamos,
obedientes padezcamos,
porque á ingratos contentemos.
Que oprobios descortés diga
á la condesa, el augusto
me manda; y contra mi gusto,
al mismo rigor me obliga
mi cautelosa enemiga:
¿quién ¡cielos! jamás pensara
que á tal estremo llegara
mi suerte, que en tal quimera
con amores ofendiera,
con ofensas obligara?
Puedo injuriando vengarme,
y en vez de satisfacerme,
será el vengarme perderme,
y el castigar castigarme:
llegan los dos á mandarme

lo que pudiera ofenderlos;
y cuando el satisfacerlos
me está bien, por desabrirlos
me despeño en deservirlos,
me mato en obedecerlos.
¿Qué he de hacer?

ESCENA XII.

PORTILLO.—ALFONSO.

PORTILLO.

La tal condesa,
que despues que nos mudamos,
como nos entarimamos,
nos atisba menos tiesa,
me embilletó para tí:
(*Dale un papel.*)
en lo que escribe repara,
y si acaso se azucara,
que no comes dulces dí.

ALFONSO.

¡Papel agora! Pues bien,
¿qué nos querrá la condesa?

PORTILLO.

Bobuna pregunta es esa:
respuesta de ella te den
letras de ese papelon;
que pareces....

ALFONSO.

Bueno está.

PORTILLO.

Al que cuando el reloj da,
pregunta ¿las cuántas son?

ALFONSO.

(Lee.) *Lucrecia mi coadjutora,*
en mi nombre sostituida,
ó necia ó desvanecida,
es mi menospreciadora:
ella y yo iremos agora

á palacio, y importará,
si pena mi agravio os da,
que mientras que esté delante,
os precieis de muy mi amante;
que en esto la honra me va.
Decidme muchas ternezas,
y haced de ella poco caso;
que injurias que por vos paso,
se han de pagar con finezas:
halle en vuestras asperezas
desengaño manifiesto
quien soberbia se me ha opuesto.
No os digo mas. Conde, á Dios;
que para cumplirlo vos,
basta que yo guste de esto.

PORTILLO.

¡Bueno! ¿Qué alcalde de corte
nos pudiera mandar mas?
Vive Dios que si la das
gusto.... ¡Gentil pasaporte!

ALFONSO.

Déjame, Portillo, salte
allá fuera.

PORTILLO.

Sálgase ella
del mundo; que no hará mella
en Milan, cuando nos falte.

ALFONSO.

Ea pues, no seas molesto.

PORTILLO.

Pues dejémosla los dos;
que para que lo hagais vos,
basta que yo guste de esto.
(*Éntrase.*)

ALFONSO.

¡Que esté tan apoderada
esta tirana de mí,
cielos, que me trate ansí?

PORTILLO.

(*Asomándose al tapiz.*)
Es una desvergonzada.

ALFONSO.

¡Bárbaro! ¡viven los cielos!
¿Tú te atreves...?

PORTILLO.

Soy Portillo;
no puedo, señor, sufrillo.
¿Sin amor pedirnos celos?
¿gullorías en bisiesto?

ALFONSO.

Si no te vas, vive Dios....

PORTILLO.

Que para enojaros vos,
basta que yo guste de esto. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ALFONSO.

Ya ¿de qué sirve, tormentos,
mi sufrir y padecer?
¿de qué importancia han de ser
sin premios merecimientos?
¿No ha de ser de Ascanio esposa?
¿no la ama el emperador?
¿no es ya imposible mi amor?
mi muerte ¿no es ya forzosa?
Pues dar contento al augusto,
y á mis agravios venganza;
donde murió la esperanza,
mueran las leyes del gusto.
Vive Dios, que he de pagar
con desprecios su desden;
fingiré que quiero bien
á quien comienza á envidiar.
Diréle á sus mismos ojos
mil caricias, mil amores;
que en cambio de disfavores,
no es mucho feriarla enojos.
Y si muriese ofendido,
vengaréme de esta suerte,

que quien muere dando muerte,
si no vence, no es vencido. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

SERAFINA. ASCANIO.

SERAFINA.

Tengo yo muchas razones,
Ascanio, para ofenderme,
cuando pensais convencerme
de amantes obligaciones.
Deseábaos yo mi amante,
porque de mí presumia
que para amarme tenia
prendas de caudal bastante.
Amáisme por vuestro amigo,
en fe de que os ha obligado;
y no es bien que ejecutado,
os desempeñeis conmigo.
Ved cuan justamente dudo
agraviada de los dos,
pues puede el conde con vos
lo que mi amor nunca pudo.
Desvelos del gusto tiernos
encienden perfetas llamas;
vos dais á cambios las damas,
trocándolas por gobiernos;
y temo siendo esto ansí,
que si mi amor no os desprecia,
lo que hoy haceis de Lucrecia,
hareis mañana de mí.
Ese, Ascanio, es desvarío.
¡Bueno es, si os desafió
el conde, que quede yo
por premio del desafio,
y que en tan grosero alarde
hallando infame salida,
deis la dama por la vida,
y os quiera yo por cobarde!

Andad, Ascanio, con Dios.

ASCANIO.

Diéraos yo satisfacciones,
si convencieran razones
la poca que he visto en vos.
Creed que honrados respetos
me han obligado confuso
á lo mismo que rehuso,
y que á declarar secretos
que es bien que el alma los guarde,
quedárades persuadida
á que sois desvanecida,
harto mas que yo cobarde.
Una cosa sola os digo
(y esta aquí para los dos):
que á admitir mi oferta vos,
me diérades mas castigo
que el que entendeis que me dais
cuando burla de mí haceis,
porque vos no mereceis
las prendas que en mí agraviais. (*Vase.*)

ESCENA XV.

ALFONSO. LUCRECIA.—SERAFINA.

ALFONSO.

(*Hablando con Lucrecia cerca de la puerta, sin reparar en Serafina.*)

No pudiera otra que vos,
señora, sacar del alma
memorias, que por antiguas
conservé inmortalizadas.
Como quien de las mazmorras
el triste esclavo rescata,
os debo mientras viviere
reconocimiento y gracias:
mi restauradora fuistes,
si bien diré que me sacan
de una prision, por prenderme

en otra no tan tirana,
pero no menos estrecha.

LUCRECIA.

Alfonso, como palabras
no corran en vos al uso,
y en obras se satisfagan,
yo quedaré tan contenta,
que deberé á mis mudanzas
reconocimientos justos,
y de memorias contrarias
sabrán hechizos de amor
sacar olvidos que os hagan
agradecido á mi fe,
y os den de agravios venganzas.

ALFONSO.

Solo en vos mi amor empleo.

ESCENA XVI.

ARNESTO.—SERAFINA. LUCRECIA. ALFONSO.

ARNESTO.

(*Hablando aparte con Alfonso.*)
Alfonso, el César me manda
advertiros que allí oculto,
lo que os ha ordenado aguarda.

ALFONSO.

Que lo cumplo responded.
(*Vase Arnesto.*)
(*Aparte.* ¡Cielos! allí está mi ingrata;
satisfaced con desdenes
las ofensas que me abrasan.)

SERAFINA.

Conde, quien amó de veras,
(*A él aparte.*)
en las ocasiones árduas,
olvidando ingratitudes,
cumple leyes de su dama:
mirad que estoy yo presente.

ALFONSO.

(*Aparte.* Agora es tiempo, venganzas,

que castigueis presunciones;
pues con Ascanio se casa,
y el emperador la adora,
voluntad menospreciada,
llegad y decilda oprobios:
mataremos pues nos matan.)

(A Serafina.)

Verdugo de mis deseos,
cuando los desdenes pasan
á desengaños....

(Clava la vista en ella, y túrbase.)

(Aparte. ¿Qué importa
que pasen, mientras repasan
rayos de esa luz, divinos,
pensamientos que restauran,
y en viéndoos, rigores vuestros
juzgan bienaventuranzas?)
Digo.... ¡Ay cielos! *(Aparte.* Que la adoro.)
Digo que el César me manda....—
Miento; que no tiene el César
jurisdiccion en las almas.—
Lucrecia, grata á mi amor....—
¿Mas qué importa que sea grata,
si os adoro? Os aborrezco,

(Muy turbado.)

iba á decir.—La acompañan
tantas prendas de hermosura....
No, señora, no son tantas
como las que en vos me hechizan.
(Aparte. ¡Ay contradicciones vanas!)
Es tan bella.... No es tan bella
como vos....

ESCENA XVII.

—

Va saliendo FEDERICO *á espaldas de las dos, enfrente de* ALFONSO. ARNESTO.—DICHAS.

ALFONSO.

Y en fin, que salga
ó no el César; que se enoje,

ó se alegre, que deshaga
en mí el disfavor su hechura....
Pero aquí, condesa amada,
¿qué tiene que ver el César?
Mas sí tiene, pues os ama.
Pero tenga ó no, yo os quiero
desengañar.

(*Dirigiéndose á Federico que todavía está retirado, y que á la primera palabra de Alfonso, le hace una señal amenazadora.*)

Ya se acaban
de declarar, gran señor,
mis agravios. (*Aparte.* ¡Me amenaza!
No hay por qué; ya le obedezco.)
Digo.... que os quiero; privanzas,
á Dios; que os quiero, en efeto;
os quiero mas que á mi alma. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

FEDERICO. SERAFINA. LUCRECIA. ARNESTO.

FEDERICO.

Prended aquel desleal,
Arnesto; ponelde guardas.
Prended tambien la condesa.

SERAFINA.

¿Pues yo, señor....?

FEDERICO.

Vos sois causa
del desacato presente.
Tengan por carcel sus casas;
que mi rigor hará cuerdos
locos que mi gusto agravian. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

SERAFINA. LUCRECIA. ARNESTO.

SERAFINA.

Presa voy; mas vencedora.
Lucrecia, poco se arraigan
frutales en tierra agena,
porque, en fin, es su madrastra:
aprende otra agricultura. (*Vase.*)

LUCRECIA.

Corrida estoy; confianzas,
obligar amor con celos
es criar silvestres plantas.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ASCANIO. FEDERICO.

ASCANIO.

Preso queda en Montflorel,
de doce archeros guardado,
sin permitir que un criado
siquiera quede con él.
Solo una legua de aquí
dista aquesta fortaleza.

FEDERICO.

¿Y muestra el conde tristeza?

ASCANIO.

Podréle afirmar que ví,
á vuestra alteza, señales
en su rostro de valor
humilde, pues ni el temor,
que con disfavores reales
suele afeminar sugetos,
descompuso su semblante,
ni temerario arrogante
atropellando respetos,
destempló la autoridad
que siempre en él conocimos.

FEDERICO.

¿Qué dijo?

ASCANIO.

Solo le oimos
decir: «de su magestad
desgraciada hechura soy:
pues de esto se satisfizo,
¿qué importa si ayer me hizo,
que á deshacerme vuelva hoy?»
Del mismo modo en su casa

está, señor, la condesa,
contenta, puesto que presa.

FEDERICO.

¿Contenta? ¿de qué?

ASCANIO.

Le pasa
por el pensamiento que es
cuidado de tus desvelos,
y que la prendes por celos
del conde, y este interes
la desvanece.

FEDERICO.

Sí hará.
Mas ¿de qué lo conjetura?

ASCANIO.

Es soberbia la hermosura:
como el conde preso está
porque en su amor permanece,
prométela su ambicion
triunfos de tu inclinacion,
y con ellos se enloquece.

FEDERICO.

Ahora bien, Ascanio, vos
sucedeis en el lugar
del conde, y quiero mostrar
que soy César con los dos:
con él dándole castigo,
con vos servicios premiando,
porque rebeldes postrando,
leales priven conmigo.
Los títulos que le dí,
los cargos que administró,
los estados que heredó
y en feudo vuelven á mí,
son vuestros; de ellos os hago
merced.

ASCANIO.

Y yo, gran señor,
por tan augusto favor
con los labios satisfago
mi dicha, que en estos pies,
sellándolos, la sublimo:

serviros es lo que estimo,
y mi honor, señor, despues.
De Alfonso, á cuya amistad
debo toda mi ventura,
soy agradecida hechura;
vuestra sacra magestad
á su instancia me admitió
en su cámara y servicio;
gracias pide el beneficio,
gran señor, que agravios no.
Si este puesto he merecido,
alcance yo fama igual
con vos de fiel y leal,
y con él de agradecido.
No murmuren desbocados
que cuando por él poseo
el estado en que me veo,
le quito yo sus estados.
Amigos somos los dos:
yo sé que cuanto mas fiel
me halleis, gran señor, con él,
tendré mas lugar con vos,
y que vuestra magestad
mientras no le sirvo en esto,
en mayor crédito ha puesto
la opinion de mi lealtad;
cuanto y mas que el conde ha sido
tan fiel, que por él responde....

FEDERICO.

No me rogueis por el conde,
cuando con él ofendido,
castigo su ingratitud.
Ascanio, haced lo que os digo.

ASCANIO.

Con vos fiel, con él amigo,
volviera por la virtud
que de él publica la fama,
si indignaros no temiera.

FEDERICO.

¿Es virtud que el conde quiera
y solicite á mi dama?
Y habiéndole yo mandado

que dé la mano á Lucrecia,
cuando por mí le desprecia
Serafina, ¡deslumbrado
por su rebelde esperanza,
me ofende competidor!

ASCANIO.

¿Luego es cierta, gran señor,
la amorosa confianza
que en vos tiene Serafina?

FEDERICO.

Tanto como el desacato
que culpo en el conde ingrato.

ASCANIO.

¿Y él lo sabe?

FEDERICO.

Y determina
perseverar en amarla.

ASCANIO.

Pintan con facilidad
apariencias de verdad
los celos para ofuscarla.
Mire, señor, vuestra alteza
que me ha persuadido á mí
que la sirva, porque ansí,
ó por probar su firmeza,
ó por ser mudable en todo,
se lo mandó Serafina.
Pues si á su gusto se inclina
el conde Alfonso de modo,
que contra su mismo amor
sus pesares solicita,
¿cómo crêré que compita
con vos el conde, señor?

FEDERICO.

Esto es cierto; pero ¿amais
vos, Ascanio, á la condesa?

ASCANIO.

Forzado intenté esa empresa,
si bien despues que mostrais
cuidado en favorecerla,
aunque antes me quiso bien,
tratándome con desden,

tengo ya que agradecerlo.

FEDERICO.

Pues, Ascanio, si os pidió
eso el conde (que lo dudo),
con él la condesa pudo
lo que no he podido yo.
Ella le bastó á obligar
que vuestro tercero fuese;
yo le mandé que sirviese
á Lucrecia, por premiar
en los dos un mismo amor;
y ansí en sus culpas escede,
si una muger con él puede
lo que no un emperador.
Yo tengo de desterralle;
que ir contra mi voluntad
especie es de deslealtad,
y vos habeis de heredalle,
ó seguireis su fortuna.

ASCANIO.

Señor, si el privar es cosa
de suyo tan peligrosa
como al sosiego importuna,
y en el ejemplo presente
escarmientos solicito,
pues por tan leve delito
vos, César el mas clemente,
despedís de vuestra gracia
á quien tanto habeis querido:
antes que os haya ofendido,
menor será mi desgracia
si al principio del servir
sus medras vengo á perder;
que poco teme el caer
el que comienza á subir.
Desinteresable sigo
la amistad que me ha obligado;
seré sin vos desdichado;
mas no seré falso amigo,
ni las envidias dirán
que la ambicion me contrasta,
cuando....

FEDERICO.

Basta, Ascanio, basta.
Salid luego de Milan.

ASCANIO.

Siento el ver que os ofendeis
de mi lealtad, y Dios sabe....

FEDERICO.

Dadme primero....

ASCANIO.

La llave....

FEDERICO.

Los brazos, que mereceis
por amigo incontrastable,
favorecido clemente,
desengañador prudente,
privado no interesable.
Pruebas hago de lealtades
que de este modo examino,
porque apartar determino
lisonjas de las verdades.
Vuestro proceder hidalgo
alabanzas os dé nuevas;
yo proseguiré estas pruebas
pues que de ellas tan bien salgo.
Ya no hay para qué encubriros
cuerdas disimulaciones:
no ocupo imaginaciones
de amor con que persuadiros
que celos de la condesa
tienen á Alfonso en prision;
antes que en tal opinion
me hayais tenido, me pesa.
Quiero bien al conde, y siento
que despues de tantos años,
ni le curen desengaños,
ni le enseñe el escarmiento
cuán mal se deja obligar
una muger con servicios,
pues en ellas beneficios
son añadir agua al mar.
Parecióme que el respeto
y amor con que me asistió

siempre el conde, cuando yo
fingiese amarla en secreto,
á obligarle bastaria
para no la pretender;
y así el temor y el poder
combatieron su porfia.
Prometióme de olvidarla,
dando la mano á Lucrecia;
mas toda promesa es necia
de amor, al ejecutarla.
Mandéle que se mostrase
tan desdeñoso con ella,
que el no dudar de ofendella
mis celos asegurase.
Ofreciólo, y en efeto,
apenas llegó á mirarla,
cuando por no disgustarla,
vino á perderme el respeto.
Sentílo como era justo,
si no celoso, indignado;
que es el conde mi criado,
y debiera hacer mi gusto,
atropellando su amor;
pues, en fin, si imaginaba
que yo á Serafina amaba,
competir con su señor
ya veis si fue atrevimiento.
Por esto le hice prender;
quise, Ascanio, despues ver
qué tan firme fundamento
en vos tiene su amistad;
y al cabo de pruebas, hallo
en vos amigo y vasallo,
y en él amor y lealtad.

ASCANIO.

Pues, gran señor, siendo ansi,
si como decís le amais,
ya que asegurado estais
del conde Alfonso y de mí,
salga libre, y el perdon
merezca quien vió delante
su dama, y cortés y amante,

obedeció á su aficion.

FEDERICO.

No, Ascanio; ya he comenzado
á hacer esperiencias de él,
y le hallo, puesto que fiel,
algo desacreditado.
De ayer con publicidad
preso, si hoy le libertase,
no es mucho que murmurase
Milan mi facilidad.
Saber pretendo, en efeto,
si á mis pruebas corresponde;
que por lo que estimo al conde,
le deseo muy perfeto.
Codicioso de que en vos
he hallado un perfeto amigo,
mis esperiencias prosigo:
veamos si sois los dos
iguales en la lealtad,
y hasta donde la ley llega
de Alfonso.

ASCANIO.

Por él os ruega
su inocencia y mi amistad,
segura de lo que os ama,
pues es cosa conocida
que dará el conde la vida
por vos.

FEDERICO.

Sí, mas no la dama.

ASCANIO.

Es de otro predicamento
eso, aunque si os importara,
yo sé que la desterrara
por vos de su pensamiento.

FEDERICO.

Pues eso quiero probar.

ASCANIO.

¿De qué modo, gran señor?

FEDERICO.

De su pertinaz amor
tengo de esperimentar

la fineza, y juntamente
los quilates de la fe
con que me sirve; saldré,
despues que lo esperimente,
ó con un vasallo á prueba
que nuestros siglos asombre,
ó cierto de que no hay hombre
que perseguido, se atreva
á permanecer leal.

ASCANIO.

¡Gusto estraño!

FEDERICO.

Y provechoso;
si saliendo victorioso,
confio de su caudal
el peso de mi corona.
En esto habeis de ayudarme.

ASCANIO.

Bien podeis, señor, fiarme,
pues vuestro favor me abona,
lo qué mandais.

FEDERICO.

El secreto
es lo primero.

ASCANIO.

Y será
eterno en mí.

FEDERICO.

No sabrá
por vos, siendo tan discreto,
el fin de esta pretension
el conde.

ASCANIO.

Aunque soy su amigo,
á ser fiel con vos me obligo.

FEDERICO.

Esa es noble obligacion.
Venid, pues, y os daré cuenta
de cosas que han de admiraros.

ASCANIO.

Ya es delito el replicaros.

FEDERICO.

Mi porfia, Ascanio, intenta
que aborrezca á Serafina
el conde, y le tenga amor
ella.

ASCANIO.

Dificil, señor,
es la empresa.

FEDERICO.

Así examina
los ánimos mi esperiencia,
de un desden siempre constante,
y una voluntad amante,
igual á su resistencia. (*Vanse.*)

Sala de un castillo à una legua de Milan.

ESCENA II.

—

ALFONSO.

¿Tan grande fue mi esceso,
tan pocos mis servicios,
la indignacion de Federico tanta,
que aborrecido y preso,
á vulgares jüicios
me esponga el César, que su corte espanta?
¡O adversidad que santa,
en tí los desengaños
ojos abren al alma contra engaños
que la prosperidad ciega y encanta!
¡qué loco desvaría
quien de los hombres esperanzas fia!
No tiene coyunturas
el bruto corpulento
que en cándido marfil libró su estima;
y ansí en las espesuras

para cobrar aliento,
no cama, un tronco escoge á que se arrima;
mas para que le oprima,
el cazador le asierra;
recnéstase sobre él, y dando en tierra,
en lugar de aliviarle, le lastima.
Nunca me derribara,
si al árbol del favor no me arrimara.
¡Ayer favorecido,
hoy preso, hoy sin estado!
¡ayer causando envidia, hoy escarmiento!
¿Tan presto se ha ofendido?
¿tan cerca está, cuidado,
la voluntad del aborrecimiento?
Múdase un elemento
en otro facilmente;
region elementar llamó un prudente
al príncipe: ¡qué bien lo esperimento!
¡O reales condiciones,
leves por peregrinas impresiones!
Mas sin razon me quejo,
y con ella el augusto
pretende castigar mi inadvertencia.
Despreció su consejo,
opúseme á su gusto,
solicité á quien ama en su presencia;
quien hace competencia,
no á un César, al amante menos noble,
venganza alienta doble;
yo mismo contra mí me doy sentencia,
yo mismo, mi enemigo,
pronuncio en mis disculpas mi castigo.

ESCENA III.

—

PORTILLO, *de carbonero.*—ALFONSO.

PORTILLO.

¡Diz que no le habia de ver!—
¡Señor de mi corazon!

ALFONSO.

¡Portillo! ¿qué es esto?

PORTILLO.

Son
industrias que sabe hacer
el amor con te pago
las mercedes que te debo:
muchas cosas hay de nuevo;
la privanza pisa en vago.
Vedáronme el asistirte
en la prision envidiosos,
que en tu daño poderosos,
no cesan de perseguirte;
mas yo que vivir no quiero
sin tí (española lealtad),
busqué en la necesidad
ardides; y carbonero,
no propietario, de anillo,
tres rústicos soborné,
y en su compañía entré
cargado en este castillo
de una sera de carbon:
dejéla al primer zaguan,
y de desvan en desvan
en busca de tu prision,
topo con una azutea;
suspiros abajo siento;
dije: «aquí es el prendimiento,»
encuentro una chimenea,
subo encima, y atisbando,
te escuché, aunque no te ví,
querellas que no entendí;
yo entonces desañudando
dos lías para el efeto
apercibidas, las ato
al cañon, y en breve rato,
como tuétano me meto
por la negra cerbatana,
hecho un tizne volatin:
nevaban copos de hollin,
hasta que en la losa llana
hago pie, y por los tapices

tentando, contigo he dado,
donde haz cuenta que he bajado,
señor, por unas narices.

ALFONSO.

¡Ah Portillo! en esto paran
prosperidades del suelo.

PORTILLO.

Ese tu Ascanio, recelo,
segun algunos reparan,
que fue cuervo que criaste
para sacarnos los ojos.
Nunca el César tuvo enojos
contigo, si lo notaste,
hasta que le introdujiste
en esta negra privanza.

ALFONSO.

No desdores la alabanza
que en su amistad siempre viste.

PORTILLO.

No haré; mas cosa es sabida,
si ejemplos he de alegar,
que el que comienza á privar,
juega á salga la partida.
De tu prision se ha encargado,
gobierna la imperial casa,
todo por su mano pasa,
que te sirva me ha vedado;
ya nos mira con capote,
y á quien las manos le besa,
habla una palabra, y esa
al soslayo de un bigote.

ALFONSO.

¿Qué dice Milan de mí?

PORTILLO.

Lo que en tales novedades
acostumbran necedades
plebeyas: anoche oí
tres ó cuatro que á una esquina
sobre tu prision echaban
jüicios, y me causaban
á un tiempo risa y mohina.
Uno dijo: «yo he sabido

de persona muy de allá
cuan culpado el conde está,
y que alzarse ha pretendido
con Milan y Lombardía,
matando al emperador;
que como sin sucesor
murió Filipo Maria
su duque, y vuelve el derecho
al imperio, por llamarse
duque, quiso despeñarse.» —
«No es eso, á lo que sospecho,»
dijo otro: «yo me he informado
que há un año que con el conde
el turco se corresponde,
y que esperanzas le ha dado
de entregarle á toda Ungría.»

ALFONSO.

¡Jesus! ¡qué temeridad!

PORTILLO.

«Que como de poca edad
á su rey Ladislao cria
el César en su poder,
darle muerte es facil cosa.» —
«Esa fama es mentirosa,»
dijo el tercero; «á mi ver,
no es sino porque intentaba
con su hermana la princesa
casarse, y en esta empresa,
robándola, imaginaba
pasarse á Grecia con ella.»
Dijo otro: «esa es gran locura.» —
«Quien á mí me lo asegura,»
respondió, «lo supo de ella.» —
«No hay tal.—Sí hay tal.—Es mentira.—
Qüien miente, miente; yo no.—»
En esto desenvainó
espadas el vino y ira,
que uno y otro andaba igual;
porque el vino y los aceros
mientras se estan en los cueros,
en su vida hicieron mal;
mas saliendo, es cosa llana

que luego ha de haber pelcona.
asomóse una fregona
á este tiempo á la ventana;
y andando todo confuso,
la mano de un almirez
tras un «agua va,» fue juez
que en paz á todos los puso.

ALFONSO.

¡Buena anda, honor, vuestra fama!
¡buena, cielos, mi opinion!

ESCENA IV.

—

ASCANIO.—ALFONSO. PORTILLO.

ASCANIO.

Conde, los que amigos son....

PORTILLO, *aparte.*

Escóndome tras la cama.

ASCANIO.

¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?

PORTILLO, *aparte.*

Vióme: pardios, de esta vez
hay gargarismos de nuez.

ASCANIO.

¿No respondeis?

PORTILLO.

Señor, sí.

ASCANIO.

¿Quién sois vos?

PORTILLO.

¡Lo que vosea!
Novicio soy carbonero.

ASCANIO.

¿Quién?

PORTILLO.

Descendiente primero
soy de aquesa chimenea.
Deseos de mi señor
me descolgaron abajo;

vendo carbon á destajo;
perdóneseme este error,
que no ha podido ser menos;
aunque mientras que lo trata,
mas vale salto de mata,
pardios, que ruego de buenos. (*Vase.*)

ESCENA V.

—

ALFONSO. ASCANIO.

ASCANIO.

Conde, ¿así el orden se guarda
del emperador?

ALFONSO.

¿En qué
sus órdenes quebranté,
si preso y con tanta guarda,
el fiel reconocimiento
de un criado aventuró
su vida, y á verme entró,
no con mi consentimiento?
Amigo Ascanio, dejad
que logre un criado mio
lealtades, cuando las fio
de vuestra noble amistad;
que atrevimientos de amor
no son dignos de castigo.
Decid, ¿cómo está conmigo
Federico mi señor?
Que trayéndoos á su lado,
ya su enojo habrá tenido
fin; y habiendo intercedido
por mí, vos tan su privado,
claro está que envia á sacarme
de la prision; claro está
que el César os mandará
á su presencia llevarme.
¡Qué buen apoyo dejé
en mi adversidad con vos!

¿Callais? Habládme, por Dios.

ASCANIO.

Alfonso, solo os diré
que paga mal la condesa
finezas de vuestro amor
por ella; el emperador
(sabe Dios lo que me pesa
decíroslo) está dispuesto....—
Fáltame el ánimo, conde;
mi turbacion os responde;
riesgo correis manifiesto.
Confiad de mí; que os precia
de suerte mi voluntad,
que si por vuestra amistad
de servir dejé á Lucrecia,
dejara agora el favor
del César, que por vos gozo,
por impedir el destrozo
que amenaza vuestro honor.
No es la muerte el mayor mal
para quien valor profesa;
peor es que la condesa
prueba que sois desleal
con papeles y testigos.
Lucrecia que fiel os ama,
vuestra vida y vuestra fama,
contra envidias y enemigos,
defender de modo intenta,
que alegando lo que os debo,
por mandármelo, me atrevo
á dar de mí mala cuenta.
Pero, en fin, por ella y vos,
mi dama ella, vos mi amigo,
el orden que me dió, sigo,
obligado de los dos.
Confuso estais: no me espanto;
mas esta llave y papel
os aconseje; que fiel,
por no deteneros tanto,
hallareis (si pagar sabe
estremos vuestro valor),
en este papel su amor,

mi amistad en esta llave.
(*Déjaselo y vase.*)

ESCENA VI.

ALFONSO.

¿Qué es esto, cielos? ¿qué es esto?
¿qué enigmas, qué confusiones
añaden persecuciones
á riesgo tan manifiesto?
¿Mal con el César me ha puesto
Serafina? ¿Desleal yo,
y que el César lo creyó,
y que ella fue contra mí?
Desamorada, eso sí;
pero traidora, eso no.
Mas si Ascanio lo asegura;
si lo confirma Lucrecia;
si en fe de que me desprecia,
rinde al César su hermosura;
si contra mí se conjura
el cielo esta vez, crüel;
si acometen de tropel
desdichas á un perseguido;
¿de qué duda mi sentido?
Confírmelo este papel.

(Lee.) *Con Serafina en secreto*
esta noche se desposa
el César, y cautelosa,
vuestro honor pone en aprieto.
Contra su imperial respeto
el estado milanes,
dice, conde, que al frances
os ofreceis de entregar,
porque él os promete dar
á Parma y Milan despues.
Testigos (no serán fieles)
os acusan á su instancia;

cartas enseña de Francia;
¡tan malo es guardar papeles!
los indicios son crüeles;
riesgo corre vuestra vida;
yo que os amo, aunque ofendida,
aunque no espero obligaros,
quiero quedar, con libraros,
á mí misma agradecida.
Ascanio, que pagar sabe
correspondencias de amigo,
os favorece conmigo
por medio de aquesa llave:
el peligro insta y es grave;
no hay guarda que la salida
á media noche os impida;
huid, si sois cuerdo, conde,
y escribidme despues dónde.—
Líbreos Dios la fama y vida.

Ea, fortuna, ea, cielos,
quíteme vuestro rigor,
poco es la vida, el honor,
mátenme deshonra y celos:
los ambiciosos desvelos
de la condesa crüel,
al César, porque con él
se casa, y mi amor ofende,
tras desdeñarme me vende,
él ingrato y ella infiel.
¿Persuadiréme al consejo
que me da Lucrecia? ¿Huiré?
No, fama; que aumentaré
sospechas, si huyendo os dejo:
siempre fuísteis vos mi espejo;
pero si así como así
contra vos y contra mí
afila el rigor la espada,
no quedais, honra, manchada;
matándome el César, sí.
Mas no; que en morir, despierto
la compasion y piedad,
que sacará la verdad

á luz, y mi fama al puerto:
no hay envidias contra un muerto;
hasta el sepulcro acompaña
la emulacion; mas estraña
al que en vida persiguió;
sabrá el mundo que mintió
la que al César ciego engaña.
Acabemos juntamente
con mi vida, honra, y con vos;
juntos vivimos los dos;
morir juntos es decente;
mas sea estando presente
quien nos fulmina castigos;
que tal vez contra testigos,
si la pasion no sentencia,
la cara de la inocencia
desmiente á los enemigos.
No es huir el presentarse
al juez, antes es valor;
condene el emperador
mi lealtad, sin ausentarse;
acabe ya de vengarse
Serafina, á quien molesto
fue siempre mi amor honesto;
que si se escusa de enojos
por verme muerto á sus ojos,
servirla quiero hasta en esto. (*Vase.*)

Sala en casa de Serafina.

ESCENA VII.

SERAFINA. ASCANIO.

ASCANIO.

Dicen en fin, condesa,
que de casar con vos os da promesa
el duque de Saboya,
si sus intentos vuestro amor apoya,

y admitís en secreto
presidio en el Casal, para que á efeto
pueda llegar el trato
de asaltar una noche á Monferrato.
Federico ofendido,
á daros muerte estaba persuadido,
si Alfonso vuestro amante
no os amparara, y con valor constante
testigos desmintiera,
y á informarse mejor le persuadiera.
En fin, ni asegurado
el César por el conde, ni indignado
contra vos totalmente,
el medio que halla en tanto inconveniente,
es mandaros que luego
al conde deis la mano, y en sosiego
pongais alteraciones
que empiezan á culpar vuestras acciones;
pues siendo vos su esposa,
se asegura esta fama peligrosa,
quedando desmentidos
indicios de envidiosos y atrevidos.

SERAFINA.

Yo, Ascanio, no me altero
oyendo falsedades; que es de acero
mi valor, y en la cara
el leal ó el traidor lo que es declara.
Esta verdad supuesta,
desengañadme antes que os dé respuesta.
¿De qué manera el conde
me ampara con el César, y responde
en mi defensa á insultos
que afirma algun traidor conservo ocultos,
si por él mismo preso,
indiciado tambien del propio esceso,
en vez de hacer favores,
necesita cual yo de intercesores?

ASCANIO.

Habeisos engañado;
no está en prision el conde, que es privado
del César, en quien fia
el peso de su augusta monarquía.

Creyó, como os amaba,
que por vos con el duque conspiraba;
pero ya satisfecho,
nuevas mercedes su favor le ha hecho,
y tanto con él puede,
que no vivireis vos, si él no intercede.

SERAFINA.

¿No le prendió por celos?

ASCANIO.

Privilegiaron de ese mal los cielos
al César, que ni os ama,
ni dió jurisdiccion á torpe llama
su pecho victorioso
jamás, á asaltos del amor ocioso:
si no le ocasionaran
á prenderos sospechas que reparan
medios que os he propuesto,
no fuera vuestro riesgo manifiesto.
Sed vos de Alfonso esposa;
saldreis de estos peligros victoriosa.

SERAFINA.

Ascanio, es desatino
doblar mi inclinacion por tal camino.
Sangre Gonzaga tengo;
antiguo es mi valor, de reyes vengo,
y nunca vió traidores
Italia en sus ilustres sucesores.
Examine verdades
el César, y no ofenda calidades;
que yo no soy persona
que de ese modo su lealtad abona,
ni dejo satisfecha,
con dar la mano al conde, la sospecha
que con tan necia traza,
en vez de averiguarla, la disfraza.
Cuando yo al conde amara
(que en mí fuera prodigio), rehusara
que esposo mio fuera
quien darme en cara cada vez pudiera
que por verme señora
de Monferrato, al César fui traidora.
No, Ascanio; haga el augusto

informacion bastante, pues es justo;
que si salgo inocente,
ya podrá ser que al conde amar intente.

ASCANIO.

El orden que me ha dado,
condesa, os he leal notificado;
pues le rehusais, el cielo
os libre del peligro que recelo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SERAFINA.

Con Lucrecia compito:
¿si es ella quien me impone este delito?
¡Ay locas presunciones!
¿En esto paran imaginaciones
que amor facilitaba,
creyendo yo que el César me adoraba?
No solo no me estima,
pero indignado mi opinion lastima.

ESCENA IX.

ALFONSO.— SERAFINA.

ALFONSO.

(*Dentro.*)
Dejadme entrar, ó por fuerza....

SERAFINA.

¿Qué es esto?

ALFONSO.

(*Saliendo.*)
Inútiles guardas
¿de qué sirven á quien siempre
halló la puerta cerrada
á amantes correspondencias?

SERAFINA.

¡Conde!

ALFONSO.

Véngate, tirana,
de quien siempre aborreciste,
si hay sin injurias venganzas.
Igualmente compitieron
tu desden y mi constancia,
mi amor y tu ingratitud,
tu menosprecio y mis ansias:
venció tu aborrecimiento,
sin que obligaciones tantas
torcer tus rigores puedan,
con ser la muger mudanza.
Ejemplo de amantes fui,
ejemplo serás de ingratas;
empeños de amor me debes,
moneda de agravios pagas.
Servíte siempre, adoréte
desde mi primera infancia;
déjame alegar servicios;
serán las últimas mandas,
que en trágico testamento,
deudora, heredera te hagan
de mis estados y vida,
ilustre con pruebas tantas.
Niño te amé, y desde entonces
tiranizándome el alma,
te idolatro como á dueño:
tratástela como á esclava;
quitásteme la salud,
sacásteme de mi patria,
desheredásteme en vida;
perdí por tí mi privanza,
por tí desprecié á Lucrecia;
de mi prision fuiste causa,
y ocasionando mi muerte,
la opinion que conservaba,
tambien tu rigor destroza,
porque despojado vaya
de la lealtad y la hacienda,
de la vida y de la fama.
Si te adora Federico,
si ya, emperatriz, te casas,

para que de estas prisiones
á gozar su laurel salgas,
¿por qué mi opinion lastimas?
¿por qué mi sangre maltratas,
cuando traiciones me impones,
cuando lealtades agravias?
¡Yo conspirador aleve
contra el César! ¡yo al de Francia
le entrego á Milan! ¡yo intento
gozar afrentoso á Parma!
Si, como siempre te he sido
aborrecible, te cansas
de que viva en tu presencia,
y piensas que la esperanza
del imperio que apeteces,
mis celos te desbaratan,
quítame leal la vida,
no el honor que despedazas.
Para servirte hasta en esto,
de las prisiones me sacan
imperios de tu desden:
mi muerte huyendo escusara,
á no ver que la deseas,
á no recelar mi infamia,
á no obedecer tu gusto,
á no dilatar mis ansias.
Si el tálamo de tus bodas
ha de ser este, haz, tirana,
que el túmulo de mi muerte
tambien sea; al César llama;
pisa lealtades, crüel,
y, mi cabeza á tus plantas,
pon su diadema en la tuya,
y verá el mundo en entrambas
la firmeza en la desdicha,
la crueldad en la constancia,
y castigando inocencias,
la ingratitud coronada.

SERAFINA.

¿Qué es esto, conde? ¿qué es esto?
Cuando el César me amenaza,
deslealtades me atribuyen,

testimonios me levantan,
vuestro favor me defiende,
y con segundas privanzas
á Milan causais asombros,
á la envidia quebrais alas,
¿decís que os desautorizo,
que por mí el César os mata,
que destruyo vuestro honor,
que á vuestra prision doy causa?
Si son coronas augustas
sentencias notificadas
por Ascanio de la muerte
que ya mi desdicha aguarda,
bien decís, pues enemigos
intentan con pruebas falsas
desacreditar mi honor,
y dar que decir á Italia.
Ya sé lo que en esto os debo,
ya sé que el César me manda
casar con vos, ó morir:
¡ojalá que no quedara
mi opinion, despues de muerta,
á discrecion de la fama
del vulgo, que las mas veces
deshonra, y ninguna alaba!
¿Querreisme vos por esposa,
cuando yo, conde, os amara
(que ni puedo, ni es razon
forzar potencias hidalgas),
con opinion de traidora,
para que entibiando llamas
la posesion del deseo,
me deis cada vez en cara
que fui desleal al César?
No, Alfonso, la muerte acaba
si no deshonras, la vida:
muera yo dando venganza
á vuestra leal firmeza,
y saldreis vos á la causa
de mi crédito, si en muerte
como en vida, el que es noble ama.

ALFONSO.
¿Qué decís, señora mia?
¡Vos desleal!

ESCENA X.

—

ASCANIO.— ARNESTO. ALFONSO. SERAFINA.

ASCANIO.
Quien quebranta
prisiones, no está inocente;
que el huir, culpas señala.
¿Qué es esto, conde?

ALFONSO.
Morir
delante de quien me agravia,
en fe que á su ingratitud
mi amor constante se iguala.

ARNESTO.
Condesa, el César me envia....—
Escuchad lo que os encarga,
(Desviándose con ella á un lado.)
aparte.—A que os notifique,
ó salir en su desgracia
desterrada de su imperio,
ó desmintiendo probanzas
que á vuestra opinion se oponen,
dar á Alfonso fé y palabra
de esposa.

ESCENA XI.

—

LUCRECIA.— DICHOS.

LUCRECIA.
(Dirigiéndose á Alfonso y hablando aparte con él á otro lado.)
El emperador
me envia á que os persüada,

conde, si desvanecer
quereis testigos y cartas
que vuestro valor desdoran,
á que pagueis la constancia
de mi amor, siendo mi esposo,
pena de ser en Italia
de desdichados ejemplo,
dándoos muerte: interesada
en vuestra vida, os suplico,
si no por quien tanto os ama
como yo, por vuestro honor,
que obedezcais lo que os manda.

ALFONSO.

Perdonad, Lucrecia hermosa;
que quien tiene enagenada
la libertad, ya no puede
serviros, ni retirarla.
¿De qué servirá ofreceros
un cuerpo que está sin alma,
ni una voluntad cautiva?
De mi vida el César haga
su gusto; que no sé yo
que dándoos la mano, salga
de mi lealtad ofendida
la opinion limpia y sin mancha.
Reconozco lo que os debo;
pero en quien el caudal falta,
cuando las obras no pueden,
agradecimientos bastan.

SERAFINA.

Responded, Arnesto, al César
que siendo accion voluntaria
la que tálamos admite,
y yo de sangre Gonzaga,
no pago pechos por fuerza,
ni en mí podrán amenazas
lo que el tiempo no ha podido:
que me doy por desterrada.

ASCANIO.

Apercebíos, pues, Alfonso;
que habeis de morir mañana.

SERAFINA.

¡Cómo! ¿Quién ha de morir?

ASCANIO.

El conde Alfonso.

SERAFINA.

¡Qué estraña
resolucion! ¿Qué hizo el conde?

ASCANIO.

Servicios, que vos, ingrata,
ni pagais, ni conoceis,
siempre rebelde y tirana
á la voluntad del César,
que á persuadiros no basta;
probar ansí que con vos
se conjura, y al de Francia
vender á Milan pretende.

SERAFINA.

Pues si muere por mi causa,
lo que ni mi inclinacion,
ni imperiales circunstancias
pudieron conmigo, puedan
de su amor las pruebas raras.
Muera, si muere, mi esposo.—
Dadme esa mano.

ALFONSO.

¡Qué gracias
no debo dar á la muerte,
pues mi fé por ella alcanza
lo que no merecí vivo!
¡Ojalá resucitara
para morir muchas veces,
obligándoos otras tantas!
(*Danse las manos.*)
En mi muerte hallé mi dicha.

LUCRECIA.

Serafina, si desgracias
de Alfonso escusar quereis,
el César me dió palabra
de volverle á su favor,
siendo mi esposo: dad traza
que lo sea, ó morirá.

SERAFINA.

¿Cómo, si el César me manda
que por mi dueño le admita,
quedando su fé obligada,
como yo cumpla su gusto,
á volverle á su privanza?

LUCRECIA.

Engañado os han, condesa.

SERAFINA.

Los Césares nunca engañan.

ESCENA XII.

FEDERICO.—SERAFINA. LUCRECIA. ALFONSO. ASCANIO. ARNESTO.

FEDERICO.

Es verdad; pruebas han sido
que para vuestra alabanza
hizo el amor y el poder,
dándoos á los dos la palma
de constantes invencibles,
y á mí el premio de esta hazaña,
pues lo que el conde no pudo
con vos, industrias acaban,
que he puesto en ejecucion,
ufano de ver que enlazan
opuestas inclinaciones
coyundas de amor sagradas.
En fin, conde, victorioso
habeis salido, á mi instancia,
del desden de la condesa.
Duques sois los dos de Mantua,
y de Valencia del Pó
conde Ascanio, si se casa
con Lucrecia.

ALFONSO.

Ensalce el mundo
blasones de tal monarca.

FEDERICO.

No hay quien vuestra lealtad culpe;

fingida ha sido esta traza,
para conseguir el fin
que en dichas muda desgracias.
Vuestro padrino he de ser.

ESCENA XIII.

PORTILLO.—LOS MISMOS.

SERAFINA.

Si al conde mi señor matan,
muera á su lado Portillo,
y honre lealtades de España.

ALFONSO.

La tuya premiaré yo,
digna de que de mi casa
tengas el gobierno todo.

PORTILLO.

Dame á besar treinta patas.—
Pero ¿no hay degollamiento?

ALFONSO.

Antes el César levanta
mi lealtad á nuevas dichas.

PORTILLO.

Viva mas que vivió el arca
de Noé.

ALFONSO.

El amante firme
que inclinaciones contrasta,
dando su estado y sufriendo,
méritos como yo alcanza.
Dar, sufrir y merecer
son las partes necesarias
que doblan inclinaciones:
aprenda en mí quien bien ama.

EXAMEN

DE

DEL ENEMIGO EL PRIMER CONSEJO.

Hemos llegado á la comedia mas limpia, mas decente y urbana de Tellez, y que seria la mejor de su teatro, si el acto último correspondiese al primero, y los tres fuesen mas cortos. La idea principal no pertenece esclusivamente á nuestro autor, porque no pasa de ser una modificacion de *Los Milagros del Desprecio*, de Lope; lo que sí pertenece á Tellez es el pensamiento, sumamente dramático y delicadísimo, de que la desdeñosa misma sea la que proponga al galan desfavorecido el medio que ha de servirle para triunfar de su aspereza, y que este lo adopte, no por despique ni por cálculo, sino por obediencia, por hidalguía, por esceso de amor. El caracter de Alfonso, que es lo bueno que hay en esta obra, es el mas amable y tierno que pintó Gabriel Tellez: ni el don Íñigo de *Palabras y Plumas*, ni el don Guillen de *Amor y Amistad*, ni el don Juan de *La Firmeza en la Hermosura*, tienen tantos rasgos de verdadero sentimiento, ni tantos trozos de espresion sencilla, decorosa y apasionada, distante á la par de la trivialidad burlesca y del énfasis impropio. La figura de Serafina es menos hermosa; pero hay en ella tambien felices inspiraciones: los personages de Federico y Ascanio tienen bastante nobleza, lo cual no es comun en los segundos galanes de Tellez. El plan es desigualísimo: hay en los actos primeros algunos pasages por los que se podria creer que se habia pensado con detencion el enredo de la fábula, y á vuelta de esto se notan descuidos incomprensibles (1): el acto tercero está mal zurcido con los

(1) Véanse en prueba de esto las escenas IV y VII del primer acto, y se notará que en la una hace Ascanio creer que Lucrecia le ama, pues afirma que está celosa de él, y en la otra se esplica la dama con el emperador como si jamás hubiera pensado en Ascanio.

dos anteriores, porque allí la accion varía de rumbo: no vemos ya un hombre, que docil á las exigencias de su dama, se pone á pretender á otra, y despierta los celos de la misma que le dió el consejo, sino á un súbdito víctima de una esperiencia de su soberano; no vemos ya casi al amante sino al ministro. La prueba que hace Federico, puede parecer inútil, porque no se debe dudar que Alfonso le sacrificará su amor, cuando este sacrificio ya lo ha hecho, pues ha rogado á Ascanio que ame á Serafina; sin embargo este defecto no es mas que aparente, y tras él hay escondida una gran belleza. Un amante como Alfonso podia llegar hasta favorecer los amores de su dama con el hombre á quien ella preferia; pero de ninguna manera con aquel que no era de su agrado: él queria la felicidad del objeto de sus adoraciones, y Serafina que hubiera podido ser feliz, esposa de Ascanio, no lo seria con Federico, porque nunca habia aspirado á sentarse bajo el sólio cesáreo. El defecto capital del acto tercero es que debia ocuparle Serafina, cogida en sus propias redes, comprometida á casarse con Ascanio que, desengañado por Lucrecia, se prestase ya de buena gana á la boda solicitada por la condesa, la cual desde el punto que se viese amada de Ascanio, debia compararle con Alfonso, conocer la diferencia entre ambos, y hacer por fin justicia al primero. Serafina habia ya dicho:

> Pretender que malicias
> *pena* entre *celos* me den,
> eso no: mírelo bien;
> que para perder el seso,
> soy muger, y en dando en eso,
> á fé que le quiera bien.

Y quien se ha espresado en esta forma, no tiene necesidad, para decidirse á premiar la constancia de un amante, de verle condenado á muerte por una traicion increible: la ufanía de Lucrecia persuadida de que el conde iba á ser suyo, hubiera sido mucho mas poderosa, y mas cómica sobre todo.

El lenguage es muy claro, muy correcto é igual generalmente. La relacion del primer acto se hace insoportable por lo larga; pero está bien escrita, aunque hubiera

sido de desear que se hubiesen escaseado mas los plurales en *ones* y *ores*, cuya frecuente repeticion en un autor moderno arguiria pobreza y fatiga para versificar, ó falta de gusto; en Tellez era falta de lima. Los romances en *e-o* y en *a-a* puestos al fin del primer acto y del tercero, y casi todas las décimas de la comedia, son admirables, tanto por los conceptos como por la diccion.

El papel de Portillo, que nada tiene de notable, es en el acto tercero una reproduccion del gracioso que hay en *El Amor y el Amistad*. La hipérbole de la página 22, línea 10, donde está aquel verso *á Perez la lavandera*, parece que alude á la comedia titulada *La Lavandera de Nápoles*, y al doctor Juan Perez de Montalban, á quien Tellez quiso hacer vivir en tiempo de la conquista de Granada.



ÁMAR POR ARTE MAYOR,

COMEDIA.

PERSONAS.

DON ORDOÑO II, *rey de Leon.*
DON SANCHO ABARCA, *rey de Navarra.*
DOÑA BLANCA, *infanta de Leon.*
DON LOPE.
DOÑA ELVIRA.
DON MELENDO.
DON TELLO.
DON GARCIA.
DOÑA SANCHA.
BERMUDO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es á una jornada de Oviedo y en Leon.

ACTO PRIMERO.

Sala en la quinta de don Melendo á una jornada de Oviedo.

ESCENA I.

DON TELLO, *de camino.* DON MELENDO.

DON TELLO.

Don Lope Iñiguez, biznieto
del primer rey que en Sobrarbe
constituyó, aunque entre riscos,
reinos que el cielo dilate,
primo de don Sancho Abarca,
descendiente de la sangre
del Estúñiga primero,
á quien debe España altares.,

privaba, merecedor
de blasones inmortales,
con su rey, siendo en la corte
sin segundo, primer grande,
dando causa á siglos de oro
su valor, pues los alfanges
del africano oprimidos
procuraban conservarse
sin atreverse á sus sierras,
porqué de su peso atlante,
pudiera don Lope ser
el Jove de estos Titanes.
Un invierno pues, Melendo,
cuando el cielo, en vez de estambres,
hilando nubes á copos,
viste los cerros y valles,
puso los ojos don Lope
en una dama, que alzarse
pudiera á afectar diademas
con los desdenes de Dafne,
con cuanta hermosura mienten
los egipcios en sus Taydes,
los griegos en sus Elenas,
los persas en sus Alpaydes,
en sus Elisas los frigios,
los libios en sus Onfales,
los romanos en sus Porcias,
los medos en sus Campaspes.
Amábala el joven rey;
mas como es tan arrogante
la belleza en las mugeres,
que no reconoce á nadie,
ensoberbecióla el verse
sobre esferas magestades,
faeton de su presuncion,
pues la obligó á despeñarse.
Desdeñó amores altezas,
y antepuso calidades
vasallas á afectos reyes,
(¡qué locas son las beldades!)
admitiendo, pues, servicios
de don Lope: señalarse

apeteció con él Venus,
y con don Sancho Anaxarte.
Paró el secreto amoroso
en necias publicidades,
que ocasionaron malicias
en corrillos populares,
hasta que su rey lo supo;
y si celos son gigantes
en pretendientes humildes,
¿qué serán en pechos reales?
Llamó á don Lope su primo;
y declarándole aparte
sentimientos de su ofensa,
mas que severo, amigable,
le pidió que desistiese
de deseos principiantes,
sin competir con coronas
jubiladas de rivales.
Propúsole otros empleos;
pero ya llegaron tarde;
que vive amor de imposibles,
mayor, cuanto ellos mas graves.
Con todo eso, prometió
resistencias de diamante,
que se quebraron de vidrio
á los primeros combates;
porque quejosa Isabela
(así se llama la facil
ocasion de estas desdichas)
de que mas el poder mande
que la belleza en don Lope,
le notificó pesares
que en sus ojos hechiceros
humedecieron corales.
Creció con la resistencia
el amor, y así una tarde
le escribió Isabela hiciesen
atrevimientos alarde
de que amor solo tributa
á hermosuras que adelanten
su jurisdiccion, rebeldes
mas, á mas dificultades.

Fuéla á ver favorecido
de tinieblas, que las partes
hacen siempre á amantes robos,
porque el sol no las declare;
y con una escala aleve,
cuyos pasos en el aire,
de tantas honras Vellidos,
dieron muerte á tantos padres,
profanar osó balcones
al tiempo que su rey sale
notificando desvelos
al silencio de una calle.
Vió que, la escala tercera
admitida, su estandarte
iba á enarbolar amor
sobre el mas alto homenage
de la fama, que es la honra,
y á los primeros umbrales
de la ofensa el pie atrevido
del determinado amante.
Llegó el rey, volcan de celos,
y cortando el cordel fragil,
de aquel insulto ministro,
á don Lope prender hace
por la guarda que convoca.
Bien pudiera retirarse,
ó á no estar su rey presente,
vestir de nuevos esmaltes
el siempre temido acero,
porque la esperiencia sabe
que á sus filos generosos
la misma muerte es cobarde.
No lo hizo por leal,
ni lo otro por turbarse,
ocasionando tragedias,
y sirviéndole de carcel
la fuerza mas enriscada
que en la cerviz arrogante
de aquellos ásperos montes
cierra el paso á Ronces-valles.
Preso, en efeto, y huyendo
la dama á Francia, amistades

vió don Lope quebradizas,
que juzgaba incontrastables,
y faltaron á la prueba;
que á tiro de adversidades
no hay Zopiros babilonios;
Sinones son los Acates.
Aumentaron lisonjeros
indignaciones mortales
en el rey, que los dió oidos;
porque en fe de ser cobardes
las desdichas, nunca vienen
una á una; que los males
se precian de acometer
en cuadrillas como alarbes.
Aplaudióles el enojo
de don Sancho; y porque acaben
de una vez celos y envidia,
resolviéndose en matarle,
lo hiciera, á no darle aviso
amigos, que por librarle
de aquel riesgo, le descuelgan
por el muro, y pisa el margen
deseado de su foso,
donde acudiendo parciales
para el caso prevenidos,
los obliga á que le saquen
de aquel sitio y de aquel reino.
Vengóse el rey con quitarle
los estados y opinion;
y hay en Leon quien se alabe
de haberle visto en Asturias,
puesto que en toscos disfraces.
Como los dos sois tan deudos
y tan amigos, añaden
á los primeros indicios
esotros, y son bastantes
á que Ordoño agora intente
venir á certificarse
si es verdad, porque desea
con el navarro hacer paces,
entregándole á don Lope;
y yo porque libre os halle

del riesgo de estas sospechas,
quise, conde, adelantarme.
Consideraldo ahora bien,
y si es justo que amistades
se favorezcan por vos,
que ofenden dos magestades.

DON MELENDO.

Puesto que estimo en mucho
los avisos, don Tello, que os escucho,
os juro que engañado
puede venir el rey, mal informado
que le desirvo en eso;
porque ni de don Lope ni su esceso
hasta agora he sabido,
ni tanto en su amistad he merecido.
Con mas breve distancia
que las Asturias, se divide Francia
de Navarra y Pamplona,
que á semejantes fugas ocasiona.

DON TELLO.

No logra la mentira
máquinas maliciosas.

DON MELENDO.

Doña Elvira
sentirá justamente,
que sin verla os volvais. El inocente
desprecia disparates
de la envidia; no temo sus combates.
Venid á visitalla;
que la verdad responde cuando calla. (*Vanse.*)

Bosque á una jornada de Oviedo.

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, *en trage bizarro de camino.* DOÑA SANCHA. ACOMPAÑAMIENTO.

DOÑA BLANCA.
¿Cuánto dista de aquí Oviedo?
DOÑA SANCHA.
Ocho leguas peñascosas,
si á la vista deleitosas,
gigantes que ponen miedo
á los pies para subillas,
y al tiento para bajallas.
DOÑA BLANCA.
La costumbre de cursallas
facilita el admitillas.
Este valle es apacible,
si mal acondicionado;
á aquel monte que elevado
se ensoberbece imposible,
mientras da el calor licencia
que sus faldas rodeemos,
sus privilegios gocemos,
huyendo la residencia
del sol, que pesquisidor,
todo lo asuela y abrasa:
buscad sombras, mientras pasa,
que os libren de su rigor,
y avisad cuando os parezca
que se templa su osadía,
y la senectud del dia
rayos mengüe y sombras crezca.
(*Vase el acompañamiento.*)

DOÑA SANCHA.

Si el favor con que me ampara
vuestra alteza se atreviera
á esceder hoy de su esfera,
no sé si la preguntara....

DOÑA BLANCA.

¿Qué, doña Sancha?

DOÑA SANCHA.

¿A qué efeto
si al rey su hermano aguardamos,
y en Leon nos alegramos
de que á pesar del secreto
que amor hasta aquí ha tenido
(si es posible que en él le haya),
viene el duque de Vizcaya
de vuestra alteza escogido,
y de nuestro rey llamado;
digo, ¿á qué efeto se pone
en camino, y no dispone
el alma, que le ha entregado,
á que en Leon le reciba?
que juzgará á disfavor
los retiros de su amor,
si ausente, el verle le priva.

DOÑA BLANCA.

¡Qué de cosas que has mentido
entre las que has preguntado!
Cuando el duque sea llamado,
¿sabes tú que es admitido?
Bien pudo llamarle el rey
mi hermano y señor, bien pudo
un consentimiento mudo
quejarse en mí de la ley
que introdujo la costumbre
en las de mi calidad,
pues contra la libertad
dan al alma pesadumbre;
mas no sé si podré yo
acabar, Sancha, conmigo
admitirle, aunque me obligo
á lo que el rey prometió.
¡Triste cosa que hayan dado

las coronas inhumanas
en desterrar sus hermanas
por sola razon de estado!
Sancha, el duque viene, y yo,
como sé que en las Asturias
contra violencia y injurias
la inocencia amparo halló,
imploro su antigua ley,
y busco (no sé si en vano)
á Ordoño aquí como hermano;
que en Leon le tiemblo rey.—
Mas oye: en aquella mata
al tronco de aquel aliso,
que en ese arroyo Narciso
envidias de sí retrata,
un nido de ruiseñores
amoroso se querella,
fundando capilla en ella
de naturales cantores.
Orfeos son de estas selvas;
sus padres están con ellos;
¡ay si pudieses cogellos!

DOÑA SANCHA.

Yo voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

—

DOÑA BLANCA.

¡Ojalá no vuelvas!—
¡Ay amigas soledades!
que al paso que mas incultas,
desvaneceis por ocultas
rústicas severidades,
libertades
os da el escondido suelo,
solo sujetas al cielo
en el invierno y verano;
sin favor del hortelano,
gozais ya el sol, ya la nieve;

no se atreve
á ofenderos tósca mano.
¡Qué ventura
que solo el tiempo os destroce,
cuando el sol solo os conoce;
y en esta selva segura,
lo que vuestra vida dura,
libres siempre, nadie os goce!
¿Quién imitaros pudiera,
(1) de agena jurisdiccion,
por mas grave, mas severa?
No pechera
vuestra amenidad al susto
de la hoz en brazo robusto,
por vuestra cuenta correis;
remozais, si envejeceis,
y á nadie favor pedís.
Si os vestís,
á vosotras os debeis
hoja y flores;
vuestro mismo amor os cria
de vosotras monarquía,
libres de agenos rigores.
¡Feliz Narciso en amores,
que no admitió compañía!
¡Feliz el fenix tambien
que privilegia desvelos,
y jubilado de celos,
solo á sí se quiere bien!
No el desden,
no la sospecha inconstante
teme; de sí mismo amante,
burla al tiempo y la fortuna.
Siempre pira, siempre cuna,
en nidos de aromas sammios,
epitalamios
solo á sí solo se canta,
y amoroso

---

(1) Se sobreentiende el *libre* de arriba.

padre, hermano, dueño, esposo,
para sí (como en sí reina),
nacar y oro en plumas peina.
¿Qué mucho que en dicha tanta
envidie á un ave una infanta,
esta esclava, aquella reina?

ESCENA IV.

DON LOPE. BERMUDO.—DOÑA BLANCA.

BERMUDO.

(Hablando con su amo, sin reparar en doña Blanca.)

O embarcarnos ó perdernos,
porque Ordoño, en tu demanda,
no á caza de gangas anda,
sino á caza de cogernos.
Es un Herodes Ordoño,
y tú y yo como inocentes;
si no escusas accidentes,
ó nos vuelven en madroño,
vive Dios....

DON LOPE.

Calla, Bermudo.

BERMUDO.

Que demos venganza cruel
de tí y de doña Isabel
á los aprietos de un ñudo.
¿Qué tenemos que esperar?
Gijon es fin de la tierra
de Europa, y de Ingalaterra
huele el puerto y besa el mar:
una nave de Plemúa
aguarda, las vergas altas;
si su plaza de armas saltas,
y calles de golfos rua;
trocando españolas cortes,
sus soplones desmentimos;
y si aquí príncipes fuimos,
seremos allá milortes.

DON LOPE.

¡Ay Bermudo! si no hubiera
en el mundo doña Elvira....

BERMUDO.

Cantáramos tararira,
y echáramos el mal fuera.

DON LOPE.

Siguiera yo tus consejos;
mas ¿cómo saldré de aquí,
amándola mas que á mí?

BERMUDO.

Huyen liebres y conejos
del rey, con no perseguillos;
los lobos y osos tambien
se esconden cuando le ven;
hasta lagartos y grillos,
temiendo que no los tope;
y tú que al tuyo ofendiste
cuando con él competiste,
y por matar á un don Lope
diera á Ordoño cien hermanas,
y Ordoño, que adora en ella,
treinta don Lopes por ella;
¡en bellezas asturianas
embobado, de tu vida
pródigo pretendes ser!

DON LOPE.

¿Qué no acaba una muger?

BERMUDO.

Y un mudable ¿qué no olvida?
A doña Isabel navarra
adorabas de tal modo,
que diste en tierra con todo,
discreta, noble y bizarra;
y cuando de su constancia
ejemplos á Francia ha dado,
¡dirás aquí enamorado
que esos son pueblos en Francia!
Lleve el diablo á doña Elvira,
causa de tu amor bisoño,
si por ella el rey Ordoño
los medios gemes nos tira.

DOÑA BLANCA, *aparte.*

¡Qué escucho! ¡Válgame Dios!
Don Lope Íñiguez es este;
para que se manifieste,
harto me han dicho los dos.
El rey navarro le busca,
y le persigue el leonés;
amor es el interés
que sus méritos ofusca.
Conocerle deseaba;
que me refieren mil cosas,
en su abono, prodigiosas;
la misma envidia le alaba.
Desde aquí puedo escondida
escuchar en lo que para
esta aventura, que es rara.

(Ocúltase.)

DON LOPE.

Débole á Elvira la vida;
con su hermano don Melendo
facilitó el ampararme;
solo ella pudo ocultarme
de riesgos que estoy temiendo:
¿he de dejarla y partirme?

BERMUDO.

¡No sino el alba que andaba
entre las coles! Acaba;
que ya es necedad ser firme,
ó irásenos con el flete
la hermana nave.

DON LOPE.

Ahora bien,
quien de veras quiere bien,
no es justo que se sujete
á dos bellezas: Elvira
mis potencias usurpó:
ya Isabela se murió;
su hermosura fue mentira
que imitando la beldad
de Elvira, vice-ejercia
su amor miéntras no la via;
ya en esta amo la verdad

;

de aquella mentira leve,
y no es bien que en mis amores
se estimen los borradores,
ni que conmigo los lleve,
cuando Elvira es el traslado
que de aquel amor primero
saqué limpio y verdadero,
este vivo, aquel pintado.
El retrato suyo arrojo,

(Arroja lo que dice.)

las memorias de Isabela
destierro, porque recela
mi amor que causen enojo
á su nueva opositora;
cintas, papeles, cabellos
tambien; que estoy mal cabe ellos,
cuando mi amor se mejora.

BERMUDO.

¡Oh si tambien arrojaras
un pedazo de bobuna
que vinculó la fortuna
entre las virtudes raras
con que la fama te estima!
¿Habemos de irnos, ó no?

DON LOPE.

Siempre el amor despreció
la suerte que no le anima.
Partiréme; mas primero,
si la vida aventurase,
si á los dos reyes vengase,
celoso uno, otro severo,
he de hablar á quien adoro.

BERMUDO.

Si en eso das, voy á ver
como podré detener
nuestra urca, puesto que el oro
es rémora: allá te espero.

DON LOPE.

Presto volveré á buscarte.

BERMUDO.

Si no llegan á embargarte
el gargarismo, primero. *(Vanse los dos.)*

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

Basta, que este es el opuesto
que el rey don Sancho persigue.
Por mas que gallardo obligue,
temor su trato me ha puesto.
¡Enamorado tan presto
de nueva prenda! ¡ofendida
Isabela, cuya vida
llora ausencias desterrada!
¡por firme en Francia olvidada,
y Elvira aquí apetecida!
¡Qué mal pagados empeños!
Si los hombres cuando amantes,
son ¡cielos! tan inconstantes,
¿qué serán cuando sean dueños?
Hipérboles halagüeños,
que al paso que encarecidos,
os desvaneceis fallidos,
escarmentad mis temores,
pues los que hoy venden amores,
mañana ferian olvidos.
(*Alza el retrato y lo demas.*)
Mal, retrato, os ha pagado
vuestro mudable señor;
pero solo estais mejor
que tan mal acompañado.
Prendas, si os han desechado,
no mi lástima á lo menos;
para ejemplos sereis buenos
de voluntades perjuras:
venid, que hasta en las pinturas
lloran Olimpas Virenos.
La obligacion que atropella
don Lope, á Isabela ingrato,
siento de suerte, retrato,
que tengo celos por ella.

Vengarla, será ofendella;
que quiere bien no querida,
y casi voy persuadida
que celosa provocada,
me lastima la olvidada,
y envidio la pretendida. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, *de caza á lo asturiano noble, y por otro lado el rey* ORDOÑO, *de caza tambien; ella con arco y flechas, y él con ballesta. Cae al suelo una perdiz herida, y van los dos á cogerla á un tiempo.*

ORDOÑO.

A vuelo la derribé:
en esta mata ha de estar.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué te aprovechó volar,
si de tu castigo fue
la flecha mi ejecutora?—
Aquí pienso que cayó.
Halléla.

ORDOÑO.

Aqui se abatió.
(*Cógela.*)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué es esto?

ORDOÑO.

Si sois la aurora,
que (á imitacion del planeta
que con pasos de oro os sigue
porque su amor os obligue,
cazais), ¡dichosa saeta
la que del puro cristal
de vuestras manos, se emplea
en lances que el sol desea,
aunque con riesgo mortal!
¿Quién lo duda? Yo á lo menos
sospechaba que habia sido

ejecutor presumido
de empleos que envidio agenos.
¡Oh quién la avecilla fuera
que por vos muriendo vive!

DOÑA ELVIRA.

Quien lisonjas apercibe,
engaños en premio espera.
Hidalgo, la adulacion
no halla en la sierra hospedage.
Sereis segun vuestro trage,
cortesano de Leon;
yo en la sencillez de Asturias
criada, ni responderos
sabré cortés, ni creeros;
que por acá son injurias
palabras ponderativas.
Soltad la presa, y á Dios.

ORDOÑO.

Presa mi alma teneis vos,
cuyas potencias cautivas
no há un instante que pensaban
que pudiera su poder,
no ser preso, mas prender
aves que libres volaban:
ya mi ignorancia confieso.

DOÑA ELVIRA.

¡Oh! En dando en desvariar....—
Soltad.

ORDOÑO.

Mal podrá soltar
á su juez quien vive preso.
Multiplicareis enojos
al paso que en mi sospechas,
si abatís aves con flechas,
si rendis almas con ojos.
Pero yo os quiero feriar
la presente.

DOÑA ELVIRA.

¿Teneis vos
con que pagarla?

ORDOÑO.

Por Dios,

que os llegue por ella á dar
toda un alma.

DOÑA ELVIRA.

Ya dais muestra
de que estais desacordado.
Si yo el alma os he usurpado,
¿podreis vos, no siendo vuestra,
ofrecérmela?

ORDOÑO.

Sospecho
que sí.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

ORDOÑO.

Sin accion
gozais vos la posesion;
pero fáltaos el derecho.
Si es mio, y dárosle trato,
¿no será lance feliz
por un alma una perdiz?

DOÑA ELVIRA.

Comprado hubiera barato,
á haberla yo menester;
pero es aposento estrecho
para tanta alma mi pecho:
mal podrá dentro caber
quien finge amor con cautela.
Recebid vuestra alma vos,
hidalgo, y andad con Dios.

ORDOÑO.

Dádmela pues.

DOÑA ELVIRA.

Buscaréla;
que hásta agora no sé donde
se puede haber ocultado.

ORDOÑO.

Miralda en vuestro cuidado.

DOÑA ELVIRA.

Hay otro que en él se esconde,
y no admite compañia.

ORDOÑO.

Por muerta podreis llorarla.

DOÑA ELVIRA.

Yo no puedo, en fin, hallarla.
Soltad la perdiz, que es mia.

ORDOÑO.

¿Cómo, si no destrocamos?

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué tengo vuestro yo?

ORDOÑO.

El alma.

DOÑA ELVIRA.

No la hallo.

ORDOÑO.

¿No?
Pues tengamos y tengamos.

DOÑA ELVIRA.

Estraño sois.

ORDOÑO.

Ya lo veo;
que á tenerme yo por propio
cuando vuestra imagen copio,
siendo el pincel mi deseo
y el lienzo mi voluntad,
no tratárades ansí
la potencia que os rendí.

DOÑA ELVIRA.

Si sois caballero, usad
de la cortesía agora,
que á las mugeres debeis.
Acabemos.

ORDOÑO.

¿Quién ignora,
en los principios de veros,
su fin dejándoos de amar?
El morir será acabar,
y acabaré con perderos.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué intentais?

ORDOÑO.

Obligaros.

DOÑA ELVIRA.

Nunca obliga quien ofende.

ORDOÑO.

Siempre ruega el que pretende.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué pretendeis?

ORDOÑO.

Amaros.

DOÑA ELVIRA.

¿Amarme? No os lo aconsejo.—
Soltad, y no me enojeis.

ORDOÑO.

Eso no; que volareis,
si con las plumas os dejo.

DOÑA ELVIRA.

Quedaos con ellas.

ORDOÑO.

Tampoco.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué?

ORDOÑO.

Se las lleva el viento.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué importa?

ORDOÑO.

Ser libre intento.

DOÑA ELVIRA.

Pesado estais.

ORDOÑO.

Estoy loco.

DOÑA ELVIRA.

Del loco, huir.

ORDOÑO.

Ya estoy cuerdo.

DOÑA ELVIRA.

¿Tan presto?

ORDOÑO.

De mí me admiro.

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

ORDOÑO.

Sosiego si os miro.

DOÑA ELVIRA.

¡Milagro!

ORDOÑO.

Enfermo si os pierdo.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿qué remedio?

ORDOÑO.

Curarme.

DOÑA ELVIRA.

¿De qué suerte?

ORDOÑO.

Con oirme.

DOÑA ELVIRA.

¿Si no puedo?

ORDOÑO.

Es consumirme.

DOÑA ELVIRA.

¿Y si me ausento?

ORDOÑO.

Es matarme.

DOÑA ELVIRA.

Dios os perdone.

ORDOÑO.

Es crueldad.

DOÑA ELVIRA.

Pues yo ¿déboos algo?

ORDOÑO.

Sí.

DOÑA ELVIRA.

Niego la deuda.

ORDOÑO.

¡Ay de mí!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué os debo?

ORDOÑO.

La libertad.

DOÑA ELVIRA.

¿Téngola yo?

ORDOÑO.

¿En eso estamos?

DOÑA ELVIRA.

Soltad.

ORDOÑO.

Mi alma os pido yo.

DOÑA ELVIRA.

No la hallo, hidalgo.

ORDOÑO.

¿No?

Pues tengamos y tengamos.

ESCENA VII.

DON MELENDO. DON TELLO. DON GARCIA.—DOÑA ELVIRA. DON ORDOÑO.

DON MELENDO.

¿Aquí decís que quedaba
su alteza cazando?

DON GARCIA.

Aquí
le dejamos.

DON MELENDO.

(Viendo á Ordoño.)

Conseguí
la ventura que esperaba.

(Ordoño al ver á los que se le acercan, suelta la perdiz, y quédase doña Elvira con ella en la mano.)

¡Gran señor! ¡por nuestra sierra
vuestra alteza, honrando valles!

(Doña Elvira arroja la perdiz.)

No envidien desde hoy sus calles
las que vuestra corte encierra.
Dadme esos invictos pies.

ORDOÑO.

Conde don Melendo, alzad.

DOÑA ELVIRA.

¡Jesus! ¿el rey?

ORDOÑO.

Levantad.

DOÑA ELVIRA.

Siempre fue poco cortés,
gran señor, la rustiqueza
de una sierra en la distancia
de la corte, y la ignorancia

atrevida: vuestra alteza
mi poco conocimiento
perdone.

ORDOÑO.

A estar yo ofendido
de vos, que testigo he sido
de que sagrados del viento
no se atreven á amparar
aves que en él abatís,
el perdon que me pedís,
pretendiera yo alcanzar
de vos; que os temo inhumana,
cuando os reverencio hermosa.

DON MELENDO.

A lo menos de dichosa
puede blasonar mi hermana,
haciéndola vuestra alteza
tanta merced y favor.

ORDOÑO.

¿Vuestra hermana?

DON MELENDO.

Sí, señor.

DOÑA ELVIRA.

Y esclava vuestra.

ORDOÑO.

Belleza
tanta (puesto que se esconde,
por no oprimir libertades,
entre aquestas soledades),
á estar yo advertido, conde,
bien pudiera colegir
que era generoso fruto
de vuestra casa.

DON MELENDO.

Es tributo
con que os pretende servir;
y yo que en esto la heredo,
he juzgado, gran señor,
á especie de disfavor
que cuando volveis de Oviedo,
pasando por nuestra casa,
de ilustrarla os desdeñeis;

que el sol y el rey, ya sabeis
que da luz por donde pasa.

ORDOÑO.

Alabado me han la quinta
que aquí habeis mandado hacer.

DON MELENDO.

Una casa es de placer,
no como la fama pinta;
mas, en fin, para en montaña
tan áspera, entretenida,
y labrada á la medida
del dueño que la acompaña:
ya enmendará cortedades
con los favores que espera
de vuestra alteza.

ORDOÑO.

Si esfera
viene á ser de estas beldades,
primero que entre en Leon,
mas gusto en ella intereso
que en todo mi reino.

DON MELENDO.

Beso
estos reales pies, blason
de la dicha que sublima
quien tal merced considera:
el bien que menos se espera,
si viene, es de mas estima.
Vos, gran señor, no esperado,
y á hacernos merced venido,
por nuestro, bien recebido,
si cortamente hospedado,
escasezas perdonad,
y deseos admitid.

ORDOÑO.

Doña Elvira; despedid
(*Llegándose á hablar aparte con ella.*)
al que, en vuestra voluntad
huesped, honrais satisfecha;
que no cabremos los dos,
siendo, como decís vos,
para mas que un alma, estrecha.

DOÑA ELVIRA.

Aun no sé si en ella cabe
quien su dueño intenta ser;
mire ¡cómo ha de caber
un rey! Que tengo con llave,
señor, mi alma, dije yo.

ORDOÑO.

¿Y abrirla un rey no podria?

DOÑA ELVIRA.

A no ser descortesía,
os respondiera que no.

(*Hace una gran reverencia al rey, separándose de él: Ordoño entonces se retira con don Melendo y los que le acompañaron.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE.—DOÑA ELVIRA.

DON LOPE.

Salgo á darte parabienes,
doña Elvira.... Soy grosero;
que hablar por diminutivos
á quien tiene pensamientos
coronados por amantes,
es profanar el respeto
de una alma ya entronizada,
que ofrece á un rey aposento.
(*Quítase el sombrero.*)
Salgo á dar á vuestra alteza
parabienes del empleo
en esta caza adquirido,
hallado en este desierto.
Goce mil años sus lances;
que quien diestra tira al vuelo
á una perdiz transformada
en una águila, abatiendo
blasones magestüosos,
gananciosa con tal trueco,
ya dedicará al amor

arco y flechas en su templo.
Gran huésped la casa os honra,
gran rey os consagra afectos,
gran amante os solicita,
gran príncipe os llama dueño.
¡Tanta dicha, y toda grande!
¡Pobre de quien por pequeño
despedido y perdidoso,
será desde hoy forastero
donde ayer fue natural!
De mi fortuna me quejo,
no de vuestra alteza, no;
que lo mas priva á lo menos.
Entre esas matas oculto,
por presumido, soberbio,
llegué accecharos Diana,
cuando Ordoño os halló Venus.
¡Qué cortés le recebistes,
sin conocerle! y ¡qué tierno
dispuso ponderaciones
con que cohecharos deseos!
¿No os pareció muy bizarro?
Pero ¿qué príncipe hay feo?
¿No es su discrecion notable?
Pero ¿cuándo un rey fue necio?
No hay llaves que no falseen
coronas; y segun esto,
poco importó el advertirle
tenerle cerrado el pecho.
Alojábame en él yo
confiado y indiscreto;
halléle en mi compañía;
es rey, túvele respeto;
despejéle la posada,
porque en lugar tan estrecho,
no saliendo el uno, ¿cómo
un vasallo y rey cabremos?
Por lo rico apetecible,
admitido por lo nuevo,
por el sitio ocasionado,
por lo interesable bello,
y ya en vuestro corazon

huésped, fuera desacierto
volverle la libertad
que os pidió; yo os lo confieso.
¿No os dijo: «volvedme el alma
que me usurpais?» ¿No os oyeron
mis penas que respondistes:
«no la hallo, caballero?»
No la hallastes, por hallaros
bien con ella; pues es cierto
que si niego lo que usurpo,
doy muestras que lo apetezco.
Él, en efeto, esta noche
es dos veces huésped vuestro:
vos le aposentais el alma,
vuestra alegre quinta el cuerpo.
Yo de entrambas despedido,
ya que á Navarra me vuelvo,
por desocupar posadas,
sacar las prendas intento
que os deposité ignorante;
que, en fin, peca de grosero
quien aguarda que le digan
que se vaya. Pensamientos
y memorias tengo vuestras:
¡pobre de mí si las llevo!
¡Qué mala vida han de darme!
Tomaldas, y destroquemos.
Dadme mis sentidos vos,
que ya como esclavos viejos
os estorbaran el gusto;
volvedme á dar mis deseos.
¿Qué va que no me decís:
«no los hallo?» Ni yo pienso,
cuando engañado os lo oyera,
como Ordoño responderos:
«pues tengamos y tengamos,»
porque, en fin, el pago tengo
que merecen confianzas
en los mares y en los vientos.
Hoy, en efeto, me parto:
cuando os quedaren recuerdos
de servicios (que no harán),

si apeteceis de aquel reino
algo para vuestras bodas,
escribidme. Mas ¡qué necio
soy! No me acordaba ya
que un rey era vuestro empleo.
¿Qué os puede faltar con él?

(Hace que se va, y vuelve.)

Guárdeosle Dios. Mas no quiero
irme sin pagar hospicios,
que aunque despedido, os debo.
Tengo agradecida el alma,
y para sus desempeños,
tributo ha echado en los ojos;

(Enjúgaselos.)

admitid el caudal de ellos;
que aunque desestimareis
lágrimas de poco precio,
tal vez para derramarlas,
hay agua que paga censos.

(Hace que se va.)

DOÑA ELVIRA.

Don Lope Íñiguez, don Lope,
volved acá, deteneos;
que combatir con ventajas,
mas es temor que no esfuerzo.
Ya que argüís, aguardad
respuesta, y ausentaos luego,
mas para desagraviarme,
que para satisfaceros.
Yo soy doña Elvira Osorio....—

(Quiere irse, y ella flecha el arco contra él.)

Esperad, ó vive el cielo,
que descaminen agravios
castigos ó atrevimientos.—
Doña Elvira Osorio soy,
y de la estirpe desciendo
del infante don Pelayo,
rey en Asturias primero.
Alvar Perez fue mi padre,
y mi hermano es don Melendo,
cuyas hazañas bastaron
á constituirles reino

en los llanos de Leon
á príncipes, que en Oviedo,
entre riscos parecian
mas que reyes, bandoleros.
Siendo, pues, mis ascendientes
reyes, y sus herederos
triunfadores de coronas,
que africanos les rindieron,
cuando Ordoño pretendiese
lazos del tálamo honesto
que á su silla me igualasen
coronándome en su asiento,
¿qué quilates perderia,
ó yo, á su estado ascendiendo,
qué grados podré añadir
á los ilustres que heredo?
¿Tan grande me viene Ordoño?
¿tan poco es lo que merezco?
¿tan humilde mi fortuna,
tan dilatado su imperio,
que culpándome ambiciosa,
juzgueis que me desvanezco
con ofertas magestades,
que alteren mis pensamientos?
Pues desengañaos, don Lope;
que para merecimientos
de mi presuncion altiva
me viene el rey tan pequeño,
que á su lado soy gigante,
y que es tan alto mi vuelo,
que me perderán de vista
las águilas de un imperio.
Reine Ordoño allá; que yo
dentro de mi misma reino,
tanto mas magestüosa,
cuanto mayor considero
la jurisdiccion de un alma,
cuyas potencias gobierno
mejor que él aduladores,
ya nobles, ó ya plebeyos.
Si pensais desvanecido
que en ella, don Lope, os dieron

permisiones amorosas
entrada (que lo sospecho,
segun hablais confiado),
engañaisos, ó á lo menos,
cuando sucediera así,
ya por facil y indiscreto
mereceis perder su hospicio;
que aunque en maliciar los celos
sean villanos, tal vez nobles
se desmienten á sí mesmos.
Dos meses há que llegastes
á nuestra quinta, fingiendo
romerías al sepulcro
del apostol patron nuestro;
generoso os recibió
mi hermano como á su deudo,
si corto en agasajaros,
cortés en entreteneros.
Supimos, en fin, que el rey
don Sancho Abarca, severo
con vos, aunque vuestro primo,
quiso en Navarra prenderos:
Ordoño viene á buscaros,
y menospreciando riesgos,
mi hermano intenta, á mi instancia,
ó aplacarle ó esconderos.
De vos me compadecí;
y aunque no amante, sospecho
que hay entre la compasion
y amor algun parentesco;
pues á lograr vos principios
que en mi voluntad pudieron,
si no admitiros del todo,
casi amotinar desvelos,
lo que Ordoño no ha alcanzado
ni alcanzará (estad en esto),
ni cuantos blasones reales
combate á hermosuras dieron,
quizá alcanzárades vos;
porque influencias del cielo,
frecuencias ocasionadas
y padrinos pensamientos

vencen tal vez imposibles.
Don Lope, los desacuerdos
de vuestra templanza poca
en un instante perdieron
lo que en dos meses ganaron.
Teniéndoos á vos en menos,
en poco me habeis tenido;
en poco desde hoy os tengo:
quien de mi fe juzgó mal,
digno es de mi menosprecio.
Esto os llevad de camino;
que agora que he satisfecho
mi fama y vuestra malicia,
podreis, si gustais, volveros.

DON LOPE.

¡Ojalá fuera posible
volverme; que yo os prometo,
si vueltas dicen mudanzas,
que os las feriara á este tiempo!
Partir sí, volverme no,
será fuerza, aunque os prometo
que me han convencido poco
vuestros leves argumentos.
No estimareis (¿quién lo duda?)
coronas; que ya os las dieron
la hermosura y el donaire,
la sangre y entendimiento;
pero no me negareis
que quien ocasiona ruegos
con palabras que eslabona,
no se entretiene con ellos.
Tanta pregunta y respuesta,
si quiero bien, si no quiero,
si hallo el alma, si no la hallo,
si estais loco, si sois cuerdo,
partiéndole las razones,
respondiendo á medios versos,
ya apacible, ya enojada,
risa y desdenes á un tiempo;
eso ¿que rústico ignora,
que es despedir deteniendo,
favorecer desdeñando,

menospreciar admitiendo?
Quien pregunta, ingrata Elvira,
respuesta aguarda; esto es cierto:
solo un *no* tiene el desden:
al rigor pintó un discreto
vueltas á amor las espaldas,
á la ocasion con cabellos,
sin alas al apetito,
con dos caras al deseo.
Amor el vuestro mejore;
que yo ignorante soberbio,
si atrevido me juzgaba
en vuestra alma dueño vuestro,
pues decís que no lo estuve,
libre de tales empeños,
cuanto mas desobligado,
tendré que pagaros menos.
Mil años goceis á Ordoño.
A Dios.

DOÑA ELVIRA.

Desengañe el cielo,
don Lope, al rey que os persigue.
Id con Dios.—Pero, ¿en efeto,
de todo punto os partís?

DON LOPE.

Totalmente.

DOÑA ELVIRA.

¿Sin intento
de volver mas á estos montes?

DON LOPE.

¿A estos montes? ¿á qué?

DOÑA ELVIRA.

A vernos.

DON LOPE.

¿Tan bien me fue en la posada?

DOÑA ELVIRA.

¿Tan mal pasage os hicieron?

DON LOPE.

Juzgaldo vos.

DOÑA ELVIRA.

Si lo juzgo,
don Lope, tendreis mal pleito.

DON LOPE.

¿Qué maravilla, si el juez
admite reales cohechos?

DOÑA ELVIRA.

¡Vive Dios, si me injuriais
segunda vez...! Idos.

DON LOPE.

Temo
sentencias que me amenazan.
A Dios.

DOÑA ELVIRA.

Despedíos primero
de mi hermano.

DON LOPE.

Está ocupado,
y si Ordoño me ve, arriesgo
la vida.

DOÑA ELVIRA.

No decís mal;
que hay quien pueda conoceros.

DON LOPE.

Disculpadme con él vos.

DOÑA ELVIRA.

Sí haré: andad; pero recelo
que os atajen el camino
los que intentan ofenderos.

DON LOPE.

¿Cómo, si ignoran que aquí
fuí vuestro huésped?

DOÑA ELVIRA.

Secretos
suelen revelar agravios
por castigar desaciertos.

DON LOPE.

Y esos ¿quién los sabe?

DOÑA ELVIRA.

Yo.

DON LOPE.

¿Para decirlos?

DOÑA ELVIRA.

¿No puedo?

DON LOPE.

Sois noble.

DOÑA ELVIRA.

Pero injuriada.

DON LOPE.

Por daros gusto me ausento;
no habeis de dar mal por bien.

DOÑA ELVIRA.

Y ¿es el gusto....?

DON LOPE.

Ver que os dejo
libre el alma para Ordoño.

DOÑA ELVIRA.

(*Enojada.*)
Seréisle estorbo molesto.
Idos, andad.

DON LOPE.

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA.

Pues ¿sin decirme mas de esto,
os partís?

DON LOPE.

¿Qué he de deciros?

DOÑA ELVIRA.

Ese *os guarde* es algo seco;
sazonad la despedida
con mas agrado.

DON LOPE.

No tengo,
si no se los hurto á Ordoño,
mas süaves los conceptos.
Mas ya que un Rey os sublima,
por reina la mano os beso,
(*De rodillas.*)
no por dama.

DOÑA ELVIRA.

Agora sí
que os vais enmendando; al cuello
esta cadena os echad....
no para favoreceros.

DON LOPE.

Pues ¿para qué?

DOÑA ELVIRA.

¿Qué sé yo?

DON LOPE.

¿Y he de partirme con esto?

DOÑA ELVIRA.

¿Quereis vos?

DON LOPE.

De ningun modo.

DOÑA ELVIRA.

Pues yo, ni por pensamiento.

DON LOPE.

¡Fin de enojos apacible!
Si fueran almas los celos,
ninguna se condenara.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué?

DON LOPE.

Si son verdaderos,
como mártires de amor
fundan sus merecimientos
en atormentarse vivos,
y su muerte para en cielos.

DOÑA ELVIRA.

Este es mi hermano, don Lope;
basten desalumbramientos;
estimadme y estimaos:
seré firme, si sois cuerdo.
Mirad que pende la mia
de vuestra vida; escondeos
mientras el rey esté en casa.

DON LOPE.

¿Amaréisle?

DOÑA ELVIRA.

¿A eso volvemos?

DON LOPE.

Es incrédulo el temor.

DOÑA ELVIRA.

De diamante el alma tengo.

DON LOPE.

¿A quien quereis?

DOÑA ELVIRA.

A don Lope.

DON LOPE.

Vos sois mi bien.

DOÑA ELVIRA.

Vos mi dueño.



ACTO SEGUNDO.

Sala de carcel en el palacio de Leon.

ESCENA I.

DON LOPE. BERMUDO.

BERMUDO.

¿Qué quieres? allá van leyes....
& cetera.—Estrellas son:
naciste en oposicion
de las damas y los reyes.
El leonés te tiene preso
por dar gusto al navarrisco,
y á su infanta basilisco,
cuyo amor le quita el seso.

DON LOPE.

¡Pluguiera á Dios!

BERMUDO.

¿Pues lo dudas,
sí, porque le dé la mano,
haciendo paz con su hermano,
te tiene así?

DON LOPE.

Penas mudas
disfrazan esa mentira,
y honestando ese color,
á la infanta finge amor
cuando adora á doña Elvira.
Celos que tiene de mí,
le abrasan el corazon,
y ocasionan mi prision.

BERMUDO.

¡Vive Dios, que lo entendí

de ese modo desde el dia
que trayéndola á palacio,
para obligarla despacio,
de su hermana la confia!
Porque es la privanza tal
con que doña Blanca la ama,
que aunque vino á ser su dama,
mas parece que es su igual.

DON LOPE.

¡Ay Bermudo! ¿quién creyera
que cuando la imaginé
inespugnable en la fe
de mi amor, de vidrio fuera?
¿Quién dudara de promesas
con lágrimas rubricadas,
de palabras no guardadas,
en agua, en arena impresas,
de desdenes á un rey hechos
para asegurarme á mí?
¡Firme en Asturias, y aquí
mudanza toda!

BERMUDO.

Cohechos
reales hechizan, en prueba
que en las ferias del amor,
en fe que es revendedor,
el que mas da, se las lleva.—
¿No te envia á visitar
despues que preso la lloras?

DON LOPE.

En la muger son las horas
siglos: ¿quién se ha de acordar
de un siglo? Ya estoy difunto
en su memoria, no la hace
de mí.

BERMUDO.

El *requiescant in pace*
y el prenderte vino junto.
Verás cual te la pondré.

ESCENA II.

DON TELLO.—DON LOPE. BERMUDO.

DON TELLO.

Don Lope, el rey, por honraros,
en persona viene á hablaros.

BERMUDO.

¿El rey? ¡ Zape! escurromé.
(Vanse don Tello y Bermudo.)

ESCENA III.

ORDOÑO.—DON LOPE.

ORDOÑO.

Don Lope, mas ha podido
en mi pecho la piedad,
que las causas que he tenido
de oprimir la libertad
con que os juzgais ofendido.
Don Sancho Abarca me escribe
muchas cosas contra vos,
y á la guerra me apercibe
si os suelto: somos los dos
deudos cercanos; nó vive
menos que eterno el enojo
en los reyes; á su hermana
me ofrece, bello despojo
de hermosura, que tirana,
pudiera á cualquiera arrojo
obligarme, á no templar
doña Blanca el interés
de mi amor: muestra pesar
de veros preso, despues
que halló en su pecho lugar
la sangre con que os estima;

que, en efeto, es vuestra prima,
y siente como es razon,
que haya belleza en Leon
que á daros muerte me anima.
Doña Elvira Osorio es esta,
de quien en Asturias fuistes
huésped; no me manifiesta
los agravios que la hicistes;
mas contra vos me molesta.
En efeto, por libraros,
con el navarro es forzoso
romper, y por conservaros
la vida, no ser esposo
de su hermana. A ponderaros
vine lo que me debeis,
porque cuando libre esteis,
deudo, vasallo y amigo,
de la suerte que os obligo,
mercedes desempeñeis.
Por mayordomo mayor,
mi casa, Lope, os recibe.

DON LOPE.

¡Qué bien un sabio, señor,
ponderó cuan cerca vive
la dicha del disfavor!
De vuestra grandeza distes
señal, cuando el ser os debo;
que á Dios imitar quisistes,
pues para hacerme de nuevo,
de nuevo me deshicistes.
Mas verificais ansí,
dejando ejemplos en mí
de tan piadosa largueza,
que el añadir no es grandeza;
el hacer de nuevo, sí.
Declaraos, pues, gran señor.

ORDOÑO.

Prenda en mi corte teneis
que os sacará de deudor.
Baste esto, si pretendeis
cumplir con vuestro acrêdor. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON LOPE.

¡Ay cielos! Elvira ha sido
la prenda del desempeño,
que ayer me llamaba dueño,
y hoy me destierra á su olvido.
Hame el rey favorecido,
amor, porque mas me enciendas,
mientras con celos me ofendas;
que ya, atropellando leyes,
interesables los reyes,
si fian, es sobre prendas.
Si la libertad me impide
doña Elvira, si desea
que Ordoño muerto me vea,
¿por qué agora me la pide?
No es posible que me olvide,
pues al rey le causo pena,
pues si mis dichas enfrena;
es por ver que Elvira es mia;
que ninguno empresta ó fia
caudal sobre prenda agena.
Pues si á Elvira debo amor,
justo es que le satisfaga;
que amor con amor se paga,
como rigor con rigor.
De Ordoño quedo deudor;
mucho valen sus favores;
pero pues son anteriores
los de Elvira, cobrad vos,
amor, y hagamos los dos
pleito esta vez de acrêdores. (*Vase.*)

Sala de palacio.

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA, *con verdugado y abanino como las damas de palacio.* BERMUDO.

DOÑA ELVIRA.

Si entrais otra vez aquí,
si mas don Lope os envia
á que desacreditcis
mi opinion....

BERMUDO.

Señora mia....

DOÑA ELVIRA.

Yo os pondré....

BERMUDO.

Cual digan dueñas,
falta solo, pues usía
dueña se vuelve de dama,
que eternamente gruñizan.
Gruñan cien varas de toca
holandesa ó pichelingua;
por cuya blanca gatera
se asoma una cara mica;
mas usiría, muchacha
brillante, esplendora, armiña,
candor, crepúsculo, amago,
aroma, coturno, pira;
usiría, que enjaulando
el copete que entroniza
solapa una ratonera,
de tanto moño tarima,
¿ya en esa edad gruñizon?
¿Qué ha de hacer cuando sea tia?
¿qué cuando suegra ó madrastra?

si rapaza matroniza?
¿Ansí se olvidan, señora,
finezas? ¿ansí se olvidan
veinte años de parentesco,
dos meses de hospedería,
ocho semanas de mesa,
de trato sesenta dias?
¿ansí dos mil y cien horas
de aposento y ropa limpia?
Esto de Ordoñas diademas
la debe de hacer cosquillas,
por saltar enchapinada
á alteza de señoría.
¡Pobre de quien lo padece!

DOÑA ELVIRA.

Villano, todo malicias,
necio, todo atrevimientos....

BERMUDO.

Eche sinónimos, diga.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué le debo yo á don Lope,
cuando á Ordoño desobliga?
¿Fuí yo por dicha su dama?

BERMUDO.

¿Por dicha? por su desdicha.

DOÑA ELVIRA.

¿Debo á un deudo mas que á un rey?
¿Qué empeños suyos me obligan?

BERMUDO.

Eso de empreños, señora,
la comadre que lo diga;
que yo sé poco de partos.

DOÑA ELVIRA.

(*Llamando.*)

¡Hola! quitalde la vida
á este bárbaro, á este necio.

BERMUDO.

(*Aparte.* Oliendo voy á paliza.)
Voyme; pero sepan cuantos
vieren que mi amo peligra
y toca en desesperado,
que es la causa doña Elvira.

Por ella olvidó á Isabela,
la muger mas resabida,
mas discreta, mas hermosa,
mas gentil-hombra, mas rica,
que una abadesa en las Huelgas,
que una condesa en su villa,
y una dama de teatros,
que es mas que todas las dichas.
Quien tal hace, que tal pague.
(*Quiere entrarse.*)

DOÑA ELVIRA.

(*Aparte.* Disimulaciones mias,
en vano encubrís pasiones,
cuando penas las publican.)
Bermudo, escucha, detente;
oye, aguarda, espera, mira.

BERMUDO.

Mire, escuche, espere, aguarde
quien trae fieltro si graniza;
que yo no tengo paciencia
para esperar zancadillas
de una mudable, que fue
Elvira ayer, y hoy Paulina.

DOÑA ELVIRA.

No soy, Bermudo, mudable;
firmezas me califican,
recelos me descomponen,
riesgos me desacreditan.
¿Fiaréme yo de tí?

BERMUDO.

Los taberneros me fian,
los camaradas me emprestan,
los hosteros me convidan.
Yo soy lego y abonado.

DOÑA ELVIRA.

Deja burlas.—No ama el dia
tanto al sol, alma del cielo,
tras una noche prolija,
como yo á don Lope adoro.
Celos, si no tiranías
de Ordoño, le tienen preso:
porque le quiero peligra,

si ve que le correspondo;
cuantos le temen, me avisan
que el poder, si injusto, real,
le intenta quitar la vida;
por eso finjo desdenes,
por esto desautorizan
ingratitudes voltarias
en lo esterior, la fe mia
que dentro del alma adora
memorias que me lastiman.
Amaba Ordoño en Navarra;
vióme en Asturias un dia,
provoquéle desdeñosa,
creció en sus celos su envidia.
No sufre la magestad
por la lisonja aplaudida
inobediencias amantes;
que es sol y facil se eclipsa.
Quiero engañarle amorosa,
porque la infanta que olvida,
por mas dificil, despierte
llamas que el tiempo amortigua.
Este es, Bermudo, mi intento;
esto quiero que le digas
á mi bien, á tu señor:
alienta esta industria, anima
este ardid, desmiente celos;
asegúrale que estriba
su libertad en mi engaño,
en mis desdenes sus dichas;
mas que no crea apariencias
inconstantes á la vista,
mientras que dentro del alma
verdades no verifica.
Que le aborrezco adorado,
que le desdeño perdida,
que le idolatro engañosa,
que le persigo benigna,
y que, en fe de mis afectos,
cetros, sólios, monarquías,
enojos, severidades,
persecuciones, malicias,

serán lo que al sol las nieblas,
lo que al fuego las espigas,
la tempestad á los montes,
á la verdad la mentira;
porque á pesar de combates,
siempre en amarle la misma,
se preciará ser eterna
de don Lope doña Elvira. (*Vase.*)

ESCENA VI.

BERMUDO.

Almagrícente paredes,
rotulícente en esquinas
los escribanos de yeso,
que algunos llaman escribas.
¡Oh qué pisto que á don Lope
le llevo! A pedirle albricias
voy. ¡Esta sí que es muger,
protodama y arquininfa! (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA y DOÑA SANCHA. *La infanta trae en la mano un retrato pequeño de dama entero y otro en pedazos.*

DOÑA BLANCA.
Del ingenio y el retrato,
Sancha, necesito agora.

DOÑA SANCHA.
Piadosa restauradora
has sido de ese retrato.
En tí medra la ventura
que por don Lope perdió;
su mudanza le rasgó,
ingrato con la pintura

de su olvidada Isabela.
Tu compasion acreditas,
pues su copia resucitas;
mas no alcanzo la cautela
con que el trage la has mudado.
¿Qué advertiste en sus fragmentos?

DOÑA BLANCA.

Amor, todo pensamientos,
en uno industrioso ha dado.
¡Feliz si salgo con él,
y se luce lo que trazo!
Junta, Sancha, este pedazo
con estos.

(Junta los pedazos del un retrato, y cotéjanle con el entero.)

DOÑA SANCHA.

Volvió el pincel
por su agravio. Sutilmente
su belleza retrató.

DOÑA BLANCA.

Íbale llevando yo
la mano, aunque estaba ausente,
al pintor, cuando en su idea
mis afectos le imprimia.

DOÑA SANCHA.

Si á compasion te movia
rasgado, entero recrea.
No vi igual similitud.
Mas ¿por qué de peregrina?

DOÑA BLANCA.

Sancha, porque descamina
la fortuna mi quietud.
Si tú supieras la guerra
de mi amor, pudiera ser...

DOÑA SANCHA.

No es difícil de saber
el mal que tu pecho encierra.
¡Ay, señora! Esa pintura
la contagion te ha pegado
de su amor menospreciado;
porque tal vez el que cura,
dando al enfermo salud,

consigo su mal se lleva:
bástame á mí para prueba
de esta verdad, tu inquietud.
A don Lope quieres bien.

DOÑA BLANCA.

Quiérole bien por mi mal,
Sancha: ¿quién creyera tal?
¿No es prodigio que el desden
con que á Isabela maltrata
ocasione mis desvelos,
y que se muden los celos,
que en esta imagen retrata,
en mí con tanto rigor,
que engendre mi pensamiento
de su mudanza escarmiento,
y de su escarmiento amor?
¡Que llore yo compasiva
agravios de quien no ví,
y que estos mismos en mí
causen que celosa viva
de la misma á quien procuro
piadosa favorecer!
¡Que envidia venga á tener
á quien don Lope perjuro
ofende menospreciada!
¿Quién sino yo ha visto ¡cielos!
que celos engendren celos,
y envidie yo á una olvidada?

DOÑA SANCHA.

Peregrina es tu pasion,
como el trage que al retrato
pintar hiciste.

DOÑA BLANCA.

A un ingrato,
Sancha, he dado el corazon;
que mis desvelos celosos
á envidiar desgracias vienen,
porque ya en el mundo tienen
las desdichas envidiosos.
Estoy de suerte abrasada,
que á trueco ¡ay suerte homicida!
de haberme visto querida,

sufriera el verme olvidada.
Esta envidia, estos desvelos
me causa Isabela: mira
cual me tendrá doña Elvira,
blanco mayor de mis celos.

DOÑA SANCHA.

¿Y si el de Vizcaya viene,
con quien nuestro rey desposa
á vuestra alteza?

DOÑA BLANCA.

Forzosa
ocupacion le detiene.
Usúrpale el bearnés
á Guipúzcoa, y en su ofensa
quitarle á Vizcaya piensa;
que es poderoso el francés.

DOÑA SANCHA.

Yo á don Lope declarara
la fe que tu amor le muestra.

DOÑA BLANCA.

Con mas industria me adiestra
la suerte que intento rara.
No ha de saber que le quiero;
que así indecencias reprimo
de mi estado.

DOÑA SANCHA.

¿No es tu primo?

DOÑA BLANCA.

El mas noble caballero
es de Navarra y Leon:
no es nuevo con sus vasallos
casar infantas y honrallos
los reyes de mi nacion.

DOÑA SANCHA.

De ese modo, ¿en qué reparas?
Déjame ese cargo á mí.

DOÑA BLANCA.

Sancha, habiendo dado el sí
al duque, ¿no me culparas
si mudable permitiese
que otro que el duque me amase,
su palabra el rey quebrase,

y don Lope me sirviese?
¡Él la dama, y yo el galan!
Mas ingeniosa cautela
fabrico. ¿No amó á Isabela
don Lope?

DOÑA SANCHA.

Por ella estan
los dos reyes mal con él.

DOÑA BLANCA.

¿No tengo en mi poder yo
el retrato que rompió,
los papeles de Isabel,
y otras prendas?

DOÑA SANCHA.

Es ansí.

DOÑA BLANCA.

Pues con algun fundamento,
mudándole el trage, intento
que el retrato que adquirí,
mis industrias asegure.

DOÑA SANCHA.

No te acabo de entender.

DOÑA BLANCA.

Tercera tengo de ser
de Isabela, aunque aventure
que amándola, me dé celos,
por escusar los de Elvira:
amor que á enredos aspira,
animará mis desvelos.

DOÑA SANCHA.

Ya está tu don Lope aqui.

DOÑA BLANCA.

Pues déjanos á los dos.

DOÑA SANCHA, *aparte.*

Amor, si fuérades dios,
no enredárades ansí. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

—

DON LOPE, *con una carta.*—DOÑA BLANCA.

DON LOPE.

(Para sí al salir antes de haber visto á la infanta.)

Cásase en Francia Isabela,
conforme en esta me escribe;
y como en mi pecho vive
Elvira, no me desvela
la mudanza de su estado;
mas si yo á Elvira no amara,
bien sé yo que me costara
la vida haberme olvidado.
Busque en los mares firmeza
quien en mugeres la fia.

DOÑA BLANCA.

Don Lope....

DON LOPE.

¡Señora mia!
Deme los pies vuestra alteza.

DOÑA BLANCA.

La libertad que adquirís,
me tiene á mí tan gustosa,
que pudiera estar quejosa
de que cuando recibís
pláceınes, no me los deis
como á parte interesada;
mas ya yo estaba informada
de cuan mal correspondeis
á vuestras obligaciones.

DON LOPE.

A hallar yo merecimientos
(siquiera en mis pensamientos,
cuanto y mas en mis acciones)
de tal merced, no tuviera
quejas de mi suerte avara;
antes desdichas comprara
con que ocasionar pudiera

en vuestra alteza piedad,
y envidia en mis enemigos.
Mas, gran señora, ¡castigos
entre favores! Mirad
que no dicen proporcion.
¿Quién contra mi os ha mentido
que yo no he correspondido
á quien tengo obligacion?

DOÑA BLANCA.

Quien sostituye en ausencia
su agravio en mí. Mirad bien,
Lope, en agravio de quien
os acusa la conciencia.

DON LOPE.

No sé yo quien pueda hacerme
cargo de haber sido ingrato.

DOÑA BLANCA.

¿Conoceis este retrato?
(*Muéstrale el entero.*)

DON LOPE.

¡Válgame Dios!

DOÑA BLANCA.

A quien duerme
con deudas, poco le aflige
el deseo de pagarlas.
Yo tengo de ejecutarlas;
por eso, don Lope, os dije
que soy en sostitucion
de vuestro empeño acrêdora.

DON LOPE.

Ya Isabela, gran señora,
me suelta esa obligacion,
porque la casa en Paris
su hermano: esta carta lea.

DOÑA BLANCA.

(*Mirando la carta.*)
Con esa industria desea
saber si ausente admitis
la plebeya medicina
que amor (en vos liviandad)
halló en ausencias. Mirad
que el trage de peregrina

no viene bien para esposa
de ese fingido francés.
Vuestro mudable interés
hace que os siga celosa.
Tan cerca está de Leon,
deseando reduciros,
que le cuesta más suspiros
que pasos vuestra prision.
Correspóndese conmigo,
como este retrato muestra;
sabe la mudanza vuestra,
y en señal de que me obligo
á volver por su derecho,
os aviso desde aqui
que Isabela vive en mí,
puesto que no en vuestro pecho;
que cerca de esta ciudad
asiste; que la doy cuenta
de cuanto en su agravio intenta
vuestra leve voluntad;
que las quejas que tuviere
de vos, por mi han de correr;
que fiscal vuestro he de ser;
que si hablar á Elvira os viere,
mientras su amor no se olvida,
me transformaré industriosa
en Isabela celosa,
en doña Blanca ofendida;
y que en fe de amistad tanta,
procuraré con cautela
quejarme como Isabela,
y vengarme como infanta.
(Vase enjugándose los ojos.)

ESCENA IX.

—

DON LOPE.

Dos soles humedecidos
eclipsaron resplandores:

¿quién vió celos coadjutores
de amores con dos sentidos?
¡Llorar agenos olvidos
cuando los propios no ofenden!
No, cielos; que aunque pretenden
cubrir enigmas enojos,
descifran lenguas los ojos
con que las almas se entienden.
¿Podré yo osar atreverme
á imaginar que la infanta
mis pensamientos levanta,
abatiéndose á quererme?
Para no desvanecerme,
socorredme vos, razon.
Que está cerca de Leon
Isabela, afirma. ¡Cielos!
¿crêrélo, ó que tiene celos
de mi nueva pretension?

ESCENA X.

ORDOÑO.—DON LOPE.

ORDOÑO.

Ya, Lope, habreis consultado
el modo del desempeño
con que agradable os enseño
á pagar ejecutado.
Mirad vos quien puede ser
quien me obliga á apresuraros.

DON LOPE.

Gran señor, para pagaros
lo que os confieso deber,
aunque acepto la libranza,
tiemblo de ver la partida.
Déboos libertad y vida,
honra, opinion y privanza;
aprieta la ejecucion,
y es mi caudal limitado;
cobrad cuanto me habeis dado:

honra, vida y opinion
os vuelvo; que es accion cuerda,
porque el deudor satisfaga,
si por ser pobre no paga,
que las hipotecas pierda.
Porque yo no sé que aquí
tenga prenda suficiente
á tanto empeño.

ORDOÑO.

El prudente
y leal no paga así.
Deudor que quiebra tan presto,
poco estima á su acrêdor.—
A Elvira teneis amor.

DON LOPE.

Es engaño manifiesto.
Soy primo suyo, y fiéme
de la sangre y amistad
de su hermano; la crueldad
de un rey que el vasallo teme,
halló en su casa recreos,
y en su socorro clemencia;
mas no en sus ojos licencia
para desmandar deseos
que pasen tan adelante.
Solo por prima la estimo.

ORDOÑO.

Tal vez entra amor por primo,
y se queda por amante.
Pero ¿por qué doña Elvira,
si nunca hubo entre los dos
voluntad, es contra vos
tán crüel? ¿por qué suspira
viéndoos libre? ¿qué recela
de que esteis en mi privanza,
si no es temer la mudanza
con que os volveis á Isabela?
Ya me ha dado á mí noticia
quien ampara su aficion
de cuan cerca de Leon
diligencias desperdicia,
cifradas en un retrato

que temo negocie mal,
porque en otro original
idolatrais siendo ingrato.

DON LOPE.

(*Aparte.* Alto, no mintió la infanta.)
¿Isabela á perseguirme
ha venido?

ORDOÑO.

A ser vos firme,
ni Isabel con causa tanta
formara quejas de vos,
ni su opuesta os persiguiera
por conocer cuan ligera
teneis el alma.

DON LOPE.

Las dos,
señor, por diversos modos
me envidian en vuestro amparo;
mas por Dios que es caso raro
que alcancen á saber todos
que está en Leon Isabela,
y solo lo ignore yo.

ORDOÑO.

Como Elvira os ocupó
el alma, como os desvela,
no es mucho que no atendais
á lo que otros han sabido.
Ella, en efeto, ha venido
por vos que su fe agraviais,
y yo estoy desengañado
de que si os persigue Elvira,
es porque mudable os mira,
y celosa del cuidado
que Isabela os ha de dar,
finge amarme, porque así
vivais celoso de mí,
procurándoos conservar
con esta industria en su amor;
que en semejantes desvelos,
ni dura el amor sin celos,
ni hay fe sin competidor.
En mi presencia la hablad

tan tierno, tan oficioso,
tan amante, tan celoso
por mostrarme voluntad,
que finjais que lo sentís
con veras del corazon;
pero esto con prevencion
de que lo que la decís,
suponga que ya otras veces
se lo habeis notificado.

DON LOPE.

Yo vivo subordinado
á vuestro gusto.

ORDOÑO.

Haced jueces
mis dudas de sus acciones.

DON LOPE.

Pues, señor, ¿qué sacais de ellas?

ORDOÑO.

Imitando las querellas
con tiernas demostraciones,
si os quiere bien, claro está
que he de ver en su semblante
indicios que es vuestra amante,
y que ufana pensará
que los celos que os ha dado
conmigo, y ella ha fingido,
os conservan reducido
y de Isabela olvidado.
Pero si vos la quisistes
y ella no os correspondió,
para que no dude yo
de que nunca en ella vistes
recíproca voluntad,
fuerza es, si obligarme espera,
que desdeñosa y severa
os castigue su beldad.

DON LOPE, *aparte.*

¿Hay peligro semejante?

ORDOÑO.

Yo aunque el alma la rendí,
desde que la truje aquí,
doy muestra de firme amante

de la infanta que me ofrece
el navarro por esposa;
porque una muger celosa
con mas afecto apetece
á quien se entibia en su llama;
y si esto no la ofendiere,
por quereros, no me quiere,
y os persigue porque os ama.
¿Qué os cuesta, si no la amais,
dejarme á mí satisfecho?

DON LOPE.

(*Aparte.* Un volcan tengo en el pecho.)
Yo haré lo que me ordenais,
por sacaros del abismo
en que sin causa os meteis.

ORDOÑO.

Turbado, Lope, os habeis;
aconsejaos con vos mismo
entre tanto que ella y yo
volvemos á examinar
verdades que han de quedar
apuradas. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON LOPE.

Remató
la fortuna con mi seso;
echó el resto á sus rigores:
¿no fuera mejor, temores,
acabar conmigo preso?
Si doña Elvira me trata
con desprecio, he de perder
la vida; si llego á ver
amor en mi hermosa ingrata,
el rey ha de aborrecerme,
la infanta ha de perseguirme:
mudable, en efeto, ó firme,
voy, desdichas, á perderme. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA BLANCA. DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Si yo causas bastantes no tuviera
de don Lope, no fuera
perseguidora suya:
vuestra alteza su vida restituya;
conocerá los daños
que á su hermano ocasionan sus engaños,
y que en cualquier suceso
estuviera mejor sin vida ó preso.

DOÑA BLANCA.

¡Estraña es tu porfia!
Don Lope es primo tuyo, ès sangre mia,
y una sangre en las dos me causa espanto
que en pro y en contra se distingue tanto.

DOÑA ELVIRA.

A saber vuestra alteza mis agravios....

DOÑA BLANCA.

Tus ojos me los dicen, no tus labios.
Tienes al rey celoso
de don Lope, que un tiempo mas dichoso
en tu favor que agora,
si agrados adquirió, desprecios llora;
y temiendo que impida
de tu amor la esperanza presumida
que reina te blasona,
con Lope eres crüel por la corona.

DOÑA ELVIRA.

No cabe en mí bajeza
tan civil como juzga vuestra alteza.

DOÑA BLANCA.

Pues ¿por que le persigues?

DOÑA ELVIRA.

No puedo declararlo.

DOÑA BLANCA.

Ni te obligues

á descubrir secretos,
que mudos nos pregonan tus afetos.
Pero porque propicia
á Isabela, desmientas la malicia
de mis sospechas, doña Elvira, advierte
que tendrá en tu desden que agradecerte:
porque á Leon vecina,
en trage y en firmeza peregrina,
de mí á valerse viene,
y á instancia suya su don Lope tiene
la libertad deseada,
de tí tan perseguida y repugnada.
Si incrédula lo dudas,
este retrato puede en líneas mudas
(*Enséñasele.*)
atestiguar conmigo
verdades que me fia y que te digo.
Isabela á don Lope se le envia,
y su dicha ha de estar por cuenta mia
como la tuya, porque de este modo,
el rey sin celos se asegure en todo
que ya se van logrando
los medios que voy dando,
pues don Lope á Isabela reducido,
mejora de cuidados en tu olvido. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA ELVIRA.

¿En mi olvido, y que mejora
de cuidados desleal?
¿Tan cerca el original,
y aqui el retrato que adora?
Agora, celos, agora
podreis salir al encuentro
del alma que es vuestro centro,
porque me anegue entre agravios;
pues no os permiten los labios,
dad voces puertas adentro.

Agora sí que el rigor
de su límite ha salido.
Con un rey aborrecido,
y que he de mostrarle amor,
con una infanta al favor
de mi enemiga inclinada,
una muger olvidada
que en matarme se resuelve,
un hombre que á amarla vuelve,
y yo muda y desdichada,
¿qué hará entre tantos castigos.
quien con uno se desvela?
El rey, la infanta, Isabela,
don Lope.... ¿hay mas enemigos?
¡Todos contra mí testigos,
yo persiguiendo á quien quiero,
contra él Ordoño severo
si le muestro voluntad,
y él culpando mi crueldad,
constante en su amor primero!
Perdida estoy. ¡Ay de mí!

ESCENA XIV.

BERMUDO.—DOÑA ELVIRA.

BERMUDO.

Barzagas que con él tope.—
A caza ando de don Lope,
señora, desde que ví
la elvirísima firmeza
que está á mi cargo advertirle,
y en todo hoy no hay descubrirle.
Pero ¿de qué es la tristeza?
que fulminan esos ojos
un diluvio de cristal,
un *fallamos* criminal,
con un *agua va* de enojos.

DOÑA ELVIRA.

Dámelos vuestro señor,

que envidiando medras mias,
osa alentar sus porfias
contra un rey competidor;
y si mi paciencia apura,
podrá ser cuando la pierda,
que me canse de ser cuerda,
y castigue su locura.
Vos, de quien satisfaccion
tiene, pues os comunica,
(que hasta en esto califica
aciertos de su eleccion)
pues que sois su consiliario,
si riesgos suyos temeis,
de mi parte le direis
que no siempre temerario
ha de hallar su atrevimiento
fortuna que le socorra,
y que un desaire se borra
tal vez con el escarmiento.
Que tengo al rey de mi mano,
y le obligará mi enojo,
si prosigue, á algun arrojo
que intente aplacar en vano.
Que pague á la peregrina
finezas, sin serla ingrato,
y se reduzca al retrato
que una infanta patrocina;
porque ni yo en él estimo
afectos de sus mudanzas,
ni admití en sus esperanzas
mas acciones que de primo.
Que de un hombre que sin ley,
con desdoro de su fama,
ni es constante con su dama,
ni es seguro con su rey,
es medio cuerdo el huir;
y que si vivir desea,
ó se ausente, ó no me vea,
porque en dando en proseguir
temas que de nuevo empieza,
tengo á Ordoño en mi poder,
y como le hice prender,

le haré cortar la cabeza.

BERMUDO.

¿Qué mas dijera un Herodes
por pascua de Navidad?
Con la luna en variedad
mereces que te acomodes.
No há una hora, ¿una? no há media,
que de otro temple estuviste:
mas trages tu amor se viste
que una dama de comedia.
¿Quién sufrirá tus achaques,
si ya haces sol, ya granizas?
Pero hay damas febrerizas
con amores almanaques.
¡Tuvo pintor maniquí,
que armado de coyunturas,
mudase tantas posturas?

DOÑA ELVIRA.

Hombre, ¿intentas....?

BERMUDO.

No hay aqui
hombre ó haca. ¿Qué tanto há
que me dijiste sin ira:
«oye, aguarda, espera, mira,
detente, escúchame;» y ya
son pedradas tus lisonjas,
tu serenidad nublado,
y tu amor mas rebesado
que diez billetes de monjas.
Andaba yo tras mi amo
de ceca en meca, por darle
un pisto con que alentarle,
y ya, con ese reclamo,
¡le daré gentil consuelo!

DOÑA ELVIRA.

¿Pues yo....?

BERMUDO.

¿Yo....?—¿Quién me decia
dos credos há «no ama al dia
tanto el sol, alma del cielo,
como yo á Don Lope adoro?»

DOÑA ELVIRA.

Mientes. ¿Yo te dije tal?

BERMUDO.

Mi memoria está cabal;
yo sé la licion de caro;
y cuando cuenta me pida,
diré que decia el recado:
«que le aborrezco adorado,
que le desdeño perdida,
que le idolatro engañosa,
que le persigo benigna.» —
¿Es esta mudanza digna
de una muger generosa?
¡Cuerpo de Cristo! Constante
en el desden ó aficion,
ó bien siempre requeson,
ó bien turron de Alicante.
¡Qué traza de melonar
para muger de valor!

(*Hace que se va.*)

DOÑA ELVIRA.

Oye.

BERMUDO.

Ya no soy oidor;
vuélvome á desgarnachar:
llévame airado un impulso....

ESCENA XV.

DON LOPE.—DOÑA ELVIRA. BERMUDO.

BERMUDO.

(*Encontrándose con su amo.*)
¡Oh señor! Haz esperiencias,
médico de intercadencias,
y tienta á tu dama el pulso,
porque la tengas mancilla
de que en tu oprobio ó tu loa,
ni es bien Oñez, ni es Gamboa,
ni está al vado, ni á la orilla. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON LOPE. DOÑA ELVIRA.

DON LOPE.

Doña Elvira, (brevemente
antes que el rey, que me sigue,
nos escuche) no os obligue
á piedad, si pretendiente
me veis vuestro; que es cautela
de cierta razon de estado
en que el rey que os ama ha dado.
Yo quiero bien á Isabela;
hémonos de ver los dos
porque me la trujo el cielo;
rigores del rey recelo,
y no me acuerdo de vos;
mándame que os diga amores,
y os pida celos de olvidos....—
si retirais los oidos
(pues son para el rey mejores),
y interpretais al revés
las finezas que os dijere,
sereis cuerda: esto os requiere
mi fe; no os quejeis despues;
(Viendo venír al rey.)
que os aborrezco, por Dios,
como á quien matarme quiso.

DOÑA ELVIRA.

¡Despejo tiene el aviso!
Pues yo ¿cuándo os quise á vos?

ESCENA XVII.

ORDOÑO. DOÑA BLANCA.—DOÑA ELVIRA. DON LOPE.

ORDOÑO.

(Hablando con su hermana á un lado del salon.)

Oye, infanta, estas verdades,
porque mis recelos venzan.

DOÑA BLANCA.

Ya tus ardides comienzan
á aclarar obscuridades.

ORDOÑO.

Que nunca le quiso bien
afirma, porque destruyas
mis sospechas y las tuyas.

DOÑA BLANCA.

Prosiga con su desden;
que si es verdad lo que dice,
saldrá mi agencia segura
y premiada la hermosura
de Isabela.

ORDOÑO.

¡Qué bien hice
en fiar de esta quimera
la quietud de mi sentido!

DOÑA BLANCA.

Finge que estás divertido,
y que no los ves.

ORDOÑO.

(En voz alta á su hermana, como que no ha visto á don Lope y Elvira.)

Espera
el navarro rey, hermana,
la final resolucion
de mis bodas. Estas son
las cartas; daré mañana
esperanzas á un deseo,
hasta aquí indeterminado.

La infanta, esta me ha enviado.

DOÑA BLANCA.

(*Tomando la carta y hablando aparte con el rey.*)

Yo fingiré que la leo,
y tú me ponderarás
cada cláusula y razon,
ocupando la atencion
en ellos; y así podrás
satisfacer los antojos
de tus celos encendidos,
en don Lope los oidos,
y en este papel los ojos.

ORDOÑO.

Discreto es tu advertimiento.
Va de industria.

DON LOPE.

(*Bajo á Elvira.*)

El rey nos mira:
no me creais, doña Elvira,
porque en cuanto os digo, miento.

(*Alto.*)

Mas admiro, Elvira hermosa,
veros negar evidencias
de quien, para eternizarlas,
fueron testigos las peñas
de las montañas de Asturias,
cuando envidiando finezas,
las fuentes las murmuraron,
las coronaron las yerbas,
que cuantas persecuciones
y riesgos á instancia vuestra
culparon vuestra mudanza,
lastimaron mi inocencia,
desmintieron nuestra sangre,
coronaron la clemencia
de la infanta protectora,
condenaron la aspereza
del rey, de vuestro rigor,
de los hados, de mis penas,
de una voluntad amante,
hoy de acero, ayer de cera.

DOÑA ELVIRA.

Don Lope, esas novedades
estraño; tened prudencia;
que alargais jurisdicciones
de deudo á mayores deudas.
¿Cuándo os atrevisteis vos,
ó yo cuándo os dí licencia
á palabras misteriosas
que á mi respeto se atrevan?
Huésped os vió nuestra quinta;
pero tan pesado en ella,
que para mí fueron años
dias de vuestra asistencia.
Obligaciones de primo
os dieron albergue y mesa:
¡ojalá que las harpías
que las fábulas nos cuentan,
y no vos, la profanaran;
pues es mayor la molestia
que me causa vuestra vista,
que la que refieren de ellas.
Yo os aborrezco, don Lope,
mas que á la luz las tinieblas,
la lealtad á la traicion,
el regocijo á las penas.
No admite Ordoño verdades
desde que os vió; porque piensa
que mi voluntad, del modo
que mi casa, os aposenta.
Bien sabeis vos que esto es falso.
¡Ay Dios! ¡si el rey lo supiera!
¡Oh! ¡nunca vuestras desdichas
á nuestra quinta os trajeran!
Siendo así, ¿por qué os asombra
que en el alma os aborrezca,
que mortalmente os persiga,
pues si vivís, estoy cierta
que ha de morir mi quietud?
Si bien me quereis, dad muestras,
ausentándoos de esta corte,
que os califican finezas:
porque si perseverais

aquí, para que me ofenda,
no os asegura la vida
quien es infeliz por ella.

DON LOPE.

Alzad la voz, levantalda
para que el rey os entienda,
con su hermana divertido;
abrasareis la tibieza
de su amor con vuestras llamas.
Publicad con apariencias
mentiras que el corazon
en los labios vitupera.
Interesable fingís
que le adorais, porque os feria
la fortuna en él coronas,
que presto os aplauden reina;
pero yo sé que en el alma
os ocupan sus potencias
mis memorias, desvalidas
por no ofreceros diademas;
que á no oponérseme Ordoño,
¿qué ignorante habrá que crea
que de mi amor no ha quedado
vestigio, ó señal siquiera?
¿Habrá fuego tan remiso
que por liviano que hiera
la fábrica mas constante,
no se rubrique en sus piedras?
Pasa en un instante el rayo;
pero no por eso deja
de firmar «aquí fue Troya»
en los bronces, y en las peñas.
Si yo fuera rey, Elvira,
si yo imperios os rindiera
del modo que el corazon,
me adulara vuestra lengua.

DOÑA ELVIRA.

Ó habeis perdido sin duda
con el seso la prudencia,
ó envidioso de mis dichas,
las eclipsais con quimeras.
¿Yo os tuve á vos voluntad?

¿Yo os descuidé jamas muestras
en los labios, en los ojos,
con que amor os desvanezca?
¿Cuándo os amé yo?

DON LOPE.

(*En voz baja.*)

¿Sentíslo
de ese modo? ¿hablais de veras,
ó satisfaciendo á Ordoño,
me tratais con estrañeza?
Si es solo para obligarle,
basta que palabras sean,
ingrata Elvira, verdugos
de mi apurada paciencia;
no los ojos, no el semblante:
maltratadme con la lengua;
consoladme con la vista,
al rey las espaldas vueltas.
No me obligueis á que saque
la daga, y en su presencia
dé fin á mis infortunios,
dando principio á tragedias.

DOÑA ELVIRA.

(*Alto.*)

Hablad alto; que creerá
quien de ese modo os advierta,
que en desdoro de mi fama
me intimais secreto señas
de algun desaire en mi honor.

(*En voz baja.*)

¿No me advertís que no os crea?
Ya os obedezco, don Lope.
¡Peregrina contrayerba
teneis en la peregrina!
Ilda á ver, pues está cerca.

(*En voz alta.*)

Estimad estos avisos,
porque en dando vuestro tema
en asistir en la corte,
peligra vuestra cabeza.
Haré quitaros la vida,
vive Dios, si estais en ella

dos horas. (*Bajo.*) Dueño del alma,
ni te ausentes, ni me creas;
que miento en cuanto te digo:
mataréme si me dejas.

(*Alto.*)

Si en Leon estais mañana,
si de ella el rey no os destierra,
si el navarro no os castiga,
si mi hermano no me venga,
yo tengo armas, yo rigores....

(*Bajo.*)

¡Ay alivio de mis penas!
que te adoro, que me abrasan
celos tristes de Isabela.

(*Alto.*)

A Ordoño adoro, don Lope.

(*Bajo.*)

Miento, amores, miento; deja
que industrias disimuladas
tu vida del rey defiendan.

(*Alto.*)

Basten estas certidumbres
para dejar satisfechas
dudas del rey á quien amo,
y en vos presunciones necias;
y voyme; que por no veros,
fuera dicha el nacer ciega.

(*Bajo.*)

Mi bien, mi dueño, mi esposo,
ten con mis industrias cuenta. (*Vase.*)

ORDOÑO.

Aguarda, prenda del alma;
detenla, Lope, detenla,
porque premie con los brazos
afectos de tal finéza.
¡Dichoso salió mi examen!
Lope, basta; no mas pruebas
en muger que prodigiosa,
es cristal que no se quiebra. (*Vase.*)

DOÑA BLANCA.

Mucho, Lope, os debe el rey
si son fingidas las muestras
de amor que Elvira no admite,
mucho tambien Isabela,
y yo mucho mas que todos;
pero si son verdaderas,
(que para fingirlas, Lope,
vi mucho espíritu en ellas)
que os guardeis de mí os aviso:
porque al paso que agradezca
puntualidad en servirme,
castigaré inobediencias. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

—

DON LOPE.

Dificultades mayores
mis esperanzas alientan,
que si aparentes desmayan,
interpretadas recrean.
Enemiga favorable,
ama mi Elvira y desdeña,
aborrece cuando adora,
y adora cuando desprecia.
Opuestos Ordoño y yo,
mas lejos cuando mas cerca,
en el puerto y engolfados,
con bonanza en la tormenta,
una derrota seguimos,
él su dueño en la corteza,
yo su amante dentro el alma:
aqui sí, amor, que se encuentran
acciones incompatibles,
ya en los ojos, ya en la lengua.
Elvira aborrece y ama,
Blanca tiene amor, y tercia,
y yo, el objeto de todas,
pienso eslabonar cautelas,

obligando á doña Blanca,
entreteniendo á Isabela,
y pagando en doña Elvira
prodigios de su firmeza.
De *Amar por arte mayor*
verá el discreto esperiencias.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON LOPE.

¿Puede llegar el rigor
de mi suerte á estremo igual
de tener por dicha el mal
y el desprecio por favor?
¡Que siempre que á Elvira vea,
haya de adorar agravios,
y que mi muerte en sus labios
me obligue á que no los crea!

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, *rasgando los pedazos de un papel, y quedándose con ellos.*—DON LOPE.

DOÑA BLANCA.

El mismo castigo hiciera
del dueño que del papel,
si transformándose en él,
presente aquí le tuviera.
Pero no será pequeño,
si en muestras de mi rigor,
vengo en el embajador
los delitos de su dueño.
Malograré su recato;
seré, si su protectora,
desde hoy mas perseguidora
de su proceder ingrato.

Ténganme desde este dia
por su enemiga mayor.

DON LOPE.

¿Contra quién tanto rigor,
hermosa señora mia?
¿Contra quién tan inclemente?
que compasivo envidioso
de ese infeliz venturoso,
de ese culpado inocente,
de ese papel que entre enojos
con favores inhumanos
en la nieve de esas manos,
en las llamas de esos ojos,
ya se enciende, ya se hiela,
quisiera ser él, por Dios.

DOÑA BLANCA.

Con vos, don Lope, con vos,
y con la ingrata Isabela.

DON LOPE.

Pues ¿en qué hemos delinquido?

DOÑA BLANCA.

En lo que infama á los nobles,
si en ellos los tratos dobles
manchas de su sangre han sido.
¿Tan mal el cargo ejercí
en que Isabela me puso,
cuando olvidado y confuso,
con la libertad que os dí,
agravios reconcilié,
que á Isabela ocasionaron
á quejas que desdoraron
quilates de vuestra fe?
¡Ella por vos peregrina,
preso por su causa vos,
yo vuestra agente, y los dos
ingratos conmigo! ¿Es dina
satisfaccion la que usais
ella y vos con mis favores?
¡Proseguis vuestros amores,
y de mí los ocultais!
En fin, ¡soy en los reparos
de vuestros riesgos primeros,

buena para componeros,
y no para conservaros!
¿Qué temeis de mí?

DON LOPE.

¿Pues yo....?

DOÑA BLANCA.

Vos pues, don Lope, vos pues,
y vuestra dama despues,
que mi amante os malició;
que vos, por asegurarla,
sin mi orden la escribís,
cartas suyas recebís,
vais oculto á visitarla,
y en fe de lo que os obliga
mi proteccion generosa,
me teneis por sospechosa,
y me escusais enemiga.

DON LOPE.

De Isabela ¿sé yo mas
que lo que vos me dijistes?
Noticia de ella me distes
cuando juzgué que jamás
me volviera á dar enojos;
su retrato me enseñastes;
que estaba cerca afirmastes
de esta corte; en vuestros ojos
vi dudosos sentimientos,
que no pude construir;
por vos vine á desmentir
su aviso y mis pensamientos;
porque á no ser vos, señora,
quien me avisó haber venido,
cuando de ella he recebido
la carta, que enredadora
dice que en Paris se casa,
del crédito que la diera,
el sosiego consiguiera
que niega mi estrella escasa.

DOÑA BLANCA.

Don Lope, don Lope, en vano
imaginais evadiros,
cuando hay para concluiros

tanto testigo en mi mano.
No hay pedazo en todos estos
que no alegue contra vos;
tomad, leed estos dos
á convenceros dispuestos.
Negadme agora ser suya
esta letra, estas razones;
repasad esos renglones,
porque en ellos os concluya.
¿Cómo dice aquí?

DON LOPE.

Señora,
permitidme sospechar
que para desatinar
mi seso, que el fin ignora
de tan confusa ilusion,
ella y vos os conjurastes
contra mí, y determinastes
sin causa mi perdicion.

DOÑA BLANCA.

Solo falta que me echeis
la culpa á mí de delitos
que aquí os acusan escritos:
leeldos, Lope, y vereis
si con razon me ofendí
de quien así me pagó.
Leed, que os lo mando yo.
Llegaos. ¿Cómo dice aquí?
No os turbeis.

DON LOPE.

(Lee.) *.....Mi fe constante*
anoche, con veros solo;
mas túvome envidia Apolo,
y ama....

DOÑA BLANCA.

Decid adelante.

DON LOPE.

Mal podré, si vuestra alteza
despues de haberle rasgado,
las dicciones le ha cortado.

DOÑA BLANCA.

Pues busquemos la otra pieza

que tras esa se seguia.
(*Lee otro pedazo, y le junta al primero.*)
Esperad. ¿Cómo acabó?

DON LOPE.

Apolo, y ama....

DOÑA BLANCA.

....Neció,
dice aquí. Necio seria
mi recelo, á no tener
contra vos tanta evidencia:
por faltaros esperiencia,
no me he dado yo á entender.
Torpe sois en discurrir;
ya estan contiguos; leed.

DON LOPE, *aparte.*

¿Qué es esto, cielos?

DOÑA BLANCA.

Volved
desde el principio á decir.
Acabad.

DON LOPE.

(*Lee los dos pedazos juntos.*)
....Mi fe constante
anoche, con veros solo;
mas túvome envidia Apolo,
y amaneció al mismo instante
que en el ocaso se puso:
consagrárale yo al sol
mi dicha, si entonces se ol....
Rompióse, y quedó en confuso
esta diccion ó este encanto.

DOÑA BLANCA.

Si se olvidara, diria:
ponderacion fue, aunque fria;
pero sin sol, no me espanto.
¿No hay abajo mas renglones?

DON LOPE.

Sí, mas rotos.

DOÑA BLANCA.

Pues leellos.

DON LOPE.

Aqui dice: *mis cabellos.*

DOÑA BLANCA.

¿Y despues?

DON LOPE.

Estas razones
otra vez me las ha escrito
Isabela. En las Asturias
hice á papeles injurias,
que castigué sin delito.
Rompiéndolos, esparcí
al viento algunos favores,
que en fe de muertos amores
quise desterrar de mí;
y uno de ellos, me parece
que lo mismo contenia
que en este he visto.

DOÑA BLANCA.

Sí haria,
porque quien os favorece,
medra con vos el esceso
que en sus papeles rasgados
vinculaban sus cuidados.
Pero ¿qué decís por eso?

DON LOPE.

No sé lo que me colija.

DOÑA BLANCA.

¿Querreis decir que vinieron
á mi poder, y me dieron
de vos relacion prolija?

DON LOPE.

¿No pudo ser?

DOÑA BLANCA.

Pues ¿adónde
los rompistes?

DON LOPE.

Un desierto,
de yerba y riscos cubierto,
que entre malezas se esconde,
los vió, señora, romper.

DOÑA BLANCA.

Y juzgais, á lo que veo,
que siendo el viento correo,
llegaron á mi poder.

Mirad ¡cuán descaminado
vuestro discurso os ofusca!
Quien disculpas, Lope, busca
convencido y apurado
para tales desatinos,
deslucido saldrá de ellos.
Recebid vuestros cabellos,
de puro humanos divinos,
que son los que ese papel
de parte suya os ofrece;
idla á ver, que ya anochece,
y haced lo que os manda en él;
que yo con los dos airada,
como favorable, esquiva,
si os conformé compasiva,
sabré vengarme enojada.
Tomad allá los cabellos
en que enlaceis vuestro amor.

DON LOPE.

No, señora; que el rigor
temo que se esconde en ellos.
Pero decidme, os suplico
(sea mentira ó sea verdad),
si por vos la voluntad
que á Isabela sacrifico
(como vos fingís), la adora,
y esto ha sido á vuestra instancia,
sin perdonar circunstancia
de amiga y de protectora,
¿en qué os ofende en amarme?
¿en qué os agravio en querella?

DOÑA BLANCA.

En que vos, don Lope, y ella
os comunicais, sin darme
cuenta de vuestros secretos,
cuando corren por la mia.

DON LOPE.

¿Por vuestra cuenta?

DOÑA BLANCA.

Podia,
á registrar vos afetos,
castigar su menosprecio;

que nunca una intercesora
agenos agravios llora.

DON LOPE.

Pequé, señora, de necio;
pero no de inadvertido:
no se atrevió mi cuidado,
de puro desconfiado,
á presumirse querido.
Pero, pues ya vuelve el paso
la fortuna rigurosa,
adorándoos, Blanca hermosa,
podré....

DOÑA BLANCA.

Paso, Lope, paso.
¿Estais en vos? ¿qué decís?
¿Luego, de puro ligero,
pensais que por vos me muero?

DON LOPE.

Amaisme; mas no os morís.

DOÑA BLANCA.

Sois un descortés. ¿Yo á vos?

DON LOPE.

A mí; que una intercesora
nunca agenos daños llora.
No he de pecar, vive Dios,
otra vez de corto ó necio:
afectos he examinado
en vuestros ojos, que han dado
á mi confianza aprecio.
Decid que soy descortés;
que esto es sin duda.

DOÑA BLANCA.

Mirad
que en cosas de voluntad
lo entendeis todo al revés.

DON LOPE.

Pues ¿qué significa el llanto
que alegastes, sino amor?

DOÑA BLANCA.

No deis en apurador,
don Lope, ni apreteis tanto.

DON LOPE.

Pues declaradme primero
el fin de tanta cautela.
¿Quereis que quiera á Isabela?

DOÑA BLANCA.

Quiero, don Lope, y no quiero.

DON LOPE.

No entiendo esa paradoja.

DOÑA BLANCA.

Nunca vos sois entendido.
Querelda; pero advertido
de que hay dama que se enoja
si la amais demasïado.
Templarse en vos su amor puede
con tal límite, que quede
lugar desembarazado
para otra que mas os ama.

DON LOPE.

Pues ¿he de querer á dos?

DOÑA BLANCA.

Eso averiguadlo vos.

DON LOPE.

¿Quién es la segunda dama?

DOÑA BLANCA.

En eso consiste el todo:
sacad vos la consecuencia;
que yo, Lope, os doy licencia
de entenderlo á vuestro modo.
Respondedle á este papel;
mas de suerte estad en vos,
que en él cumplais con las dos.

DON LOPE.

¿Cómo es posible?

DOÑA BLANCA.

Si en él
de ingenioso haceis alarde,
la mitad de sus renglones
me dedicarán razones
que yo con estima guarde.
Haced lo que en esto os pido;
que quiere ver mi cuidado
si como sois alentado,

don Lope, sois advertido.

DON LOPE.

Viviendo en vuestro favor,
¿quién duda que lo he de ser?

DOÑA BLANCA.

Esto es, don Lope, saber
amar por arte mayor. (*Vase.*)

ESCENA III.

—

DON LOPE.

Declaróse Blanca ya.
¡Ay, amada Elvira mia!
¡qué de hermosa tiranía
haciéndote guerra está!
Mal de mi pecho podrá
borrarte, aunque el cielo doble
contra mi firmeza noble
ardides de amor violentos;
que á mas acometimientos,
vive mas constante el roble.
¿Podré persuadirme yo
á que Isabela me escriba,
y que la infanta reciba
el papel que me asombró?
¿Quién ¡cielos! se le entregó,
siendo desleal tercero,
ó cómo en él considero
palabras otra vez dichas?
¿Quereis sacarme, desdichas,
del golfo en que desespero?
¿No afirma que á verla fuí
anoche? Pues ¿cómo pudo
decir tal cosa, si aun dudo
que Isabela asista aquí?—
Su letra y cabellos ví.
¿Si acaso los mismos son
que mi nueva pretension
en Asturias piezas hizo?

Pues ¿quién, si no es por hechizo,
se los dió á Blanca en Leon?

ESCENA IV.

—

BERMUDO.—DON LOPE.

BERMUDO.

Di que te quejas de vicio,
cuando de Elvira te quejes;
que vive Dios, que está Elvira
prototipo de mugeres.
Visitéla de tu parte,
y hallé apoyando la nieve
de una mano una mejilla
de jazmines y claveles
sobre un balcon de azul y oro,
porque lo triste y lo alegre
de los celos y el amor
busca estos colores siempre.
Miraba los pajarillos
vecinos de unos cipreses,
que si funestos congojan,
ferian esperanzas verdes;
y envidiosa de sus plumas,
«dichosos, dijo, mil veces
vosotros, privilegiados
de las cortes y los reyes!»
Repliquéla yo: «¡y dichosos
pensamientos que merecen
ocuparte enagenada
memorias que te suspenden!»
Volvió entonces los dos.... ¿Cómo
llaman críticos noveles
los ojos en este siglo?
que yo, si Dios no me tiene
de su mano, iba á llamarlos
yemas de huevos celestes.
Dióme cara, en fin, y dijo:
«¡Ay Bermudo! á tiempo vienes,

que desmentirás pesares,
para que no me atormenten.
Declarado se ha conmigo
la infanta; á don Lope quiere
mas que á sus flores el mayo,
que á sus hielos el diciembre.
Por una parte Isabela,
por otra Blanca, que puede
por hermosa recelarse,
por coronada temerse,
yo de Ordoño combatida,
amando, sin atreverme
á manifestar pasiones
que á don Lope han de muerte,
¿qué he de hacer? ¿qué he de decir,
si en medio la esfera breve
del pecho, oculto congojas
que los labios no consienten?
Tal vez animo esperanzas,
y tal vez sospechas pierden
lo que los créditos ganan:
si celos paciencias vencen,
acabarán con mi vida.
Un ardid solo hay que aliente
mi dicha, cuanto difícil,
provechoso, si se emprende.
Si permitieran temores
que la vez que se me ofrece
don Lope, pudiera hablarle
del modo que puedo verle;
amor con lengua, aunque niño,
en fe de ser elocuente,
finezas desbaratara
de Blanca, que el alma teme.
Pero si ha de ser forzoso
cuando á mi presencia llegue,
fingir, porque no peligre,
menosprecios y desdenes,
siempre en mis ojos rigores,
favores en Blanca siempre;
¿quién duda que estos le abrasen,
y los otros me le hielen?

Dile, pues, que esté advertido
desde hoy mas que cuantas veces
al aborrecible Ordoño
le intime, estando él presente,
quejas de amor estudiadas,
son para el rey aparentes,
mas para Lope infalibles;
porque intento de esta suerte
que alentado en mis favores,
los de Blanca no le empeñen;
que pues le quiere la infanta,
y sin que á Ordoño recele,
publica demostraciones
que las malicias advierten,
su amante se disimule,
porque industrioso sosiegue
sospechas que al rey indignan,
creyendo que me pretende.
Mas que estando yo delante,
procure satisfacerme
de las mudanzas que dudo;
pues de cuanto la dijere,
dándome por avisada,
crêré que de mí se entiende,
equivocando sentidos,
el que mas me pertenece.
De modo, que cuando yo
hable á Ordoño; ya le muestre
voluntad, ya desdeñosa
de sus mudanzas me queje,
ha de entenderlo por sí
tu señor, y responderme
en nombre de doña Blanca,
disimulando dobleces.
Tambien tienes de advertirle
que discreto diligencie
ver un papel que le escribo
al rey; y si le leyere,
quite de cada renglon
tres sílabas solamente;
que para él van las demas;
con tal que cuando escribiere

á la infanta, haga lo mismo;
que yo acabaré me enseñe,
pues su amor me comunica,
los que á su mano vinieren.
Con esta industria, Bermudo,
los riesgos se desvanecen
que nuestro amor desazonan;
y venciendo inconvenientes,
podremos comunicarnos,
aunque á los hados les pese,
en presencia de palabra,
y en ausencia por papeles.»
¿Hay firmeza, ingenio, amor,
que se compare con este?
¿No pueden darla por claustro
diez cátedras las mas fieles?

DON LOPE.

Puede, Bermudo, mi constante Elvira
desde donde el sol nace
hasta el sepulcro undoso donde espira,
merecer que por firme y bella enlace
sus sienes la corona,
cárcel del alba, si del cielo zona.
Parece que las dos se han concertado,
y que Elvira y la infanta determinan
darme de amante el grado,
y en fe de esto examinan
de una misma manera
de mi capacidad la corta esfera.
Quiere Blanca que escriba
á Isabela, y responda
á un papel que en pedazos he leido;
pero que me aperciba
á que en él corresponda
á su amor, duplicando su sentido:
¿tendré yo en un papel industria tanta,
que hable con Isabela y con la infanta?
Pues lo mismo, Bermudo,
me ordena doña Elvira;
y lo que mas me admira,
lo que por imposible tiemblo y dudo,
es que ha de hablar mi equívoca cautela

con Blanca, con Elvira y Isabela.
¡En uno tres papeles!
¿Podrá el ingenio humano
salir de ellos airoso?

BERMUDO.

Por mas que te desveles,
has de cansarte en vano,
puesto que tengas fama de ingenioso.

DON LOPE.

Pues ven; que si he adquirido aquese nombre,
ó he de salir con ello, ó no ser hombre. *(Vanse.)*

ESCENA V.

—

ORDOÑO. DON TELLO.

ORDOÑO.

Seas, Tello, bien venido.
Si Sancho á Logroño cerca,
antes que llegue á su cerca,
espero que huya vencido.

DON TELLO.

La guerra toda es estremos;
mas si á su hermana te ofrece
por esposa, si apetece
que á nuestra infanta le demos,
coronándola en Pamplona,
¿por qué negarás sus paces?

ORDOÑO.

¡Bien, Tello, sus partes haces!

DON TELLO.

Sancho á don Lope perdona,
su estado le restituye,
y á su privanza le vuelve.

ORDOÑO.

Si Isabela se resuelve,
que de sus venganzas huye
y ampara mi proteccion,
haré las paces por ella;
mas no espere Sancho vella,
sino es casada en Leon.

DON TELLO.

¿Que Isabela es la que ampara
vuestra alteza de esa suerte?

ORDOÑO.

Quien contra el tiempo y la muerte
es de amor firmeza rara,
la que no admitiendo á un rey,
por don Lope ha ocasionado
las desdichas que han llorado
los dos; tan firme y de ley,
que peregrina ha venido
desde Francia, en confianza
de mi fe; que no hay mudanza
que en noble amor cause olvido.

DON TELLO.

¿Hala visto vuestra alteza?

ORDOÑO.

No; mas mi hermana procura,
piadosa con su hermosura,
que se logre su firmeza.

DON TELLO.

¿Cómo, señor, podrá ser
que esté Isabela en Leon,
si mejorando aficion
en París, es ya muger
de Enrique de Fox?

ORDOÑO.

¿Qué dices?

DON TELLO.

Certidumbres con que allano
quimeras: yo vi á su hermano,
que con medios mas felices,
del rey Sancho perdonado
y á su gracia reducido,
su licencia ha conseguido,
y á su hermana ha desposado;
tan gustoso su rey de ello,
que las joyas la envió
de las bodas, siendo yo
testigo.

ORDOÑO.

Mira, don Tello,

que si eso fuese verdad,
mis sospechas resucitas.

DON TELLO.

La opinion desacreditas,
gran señor, de mi lealtad.
¿Tengo de engañarte yo?
Porque don Lope no sea
de Isabela, ni él los vea
desposados, permitió
su boda con prisa tanta.

ORDOÑO.

Como eso no sea mentira,
ó Lope ama á doña Elvira
y los ayuda la infanta,
ó esta á Lope quiere bien.
Vete, Tello. Mis desvelos
(Vase don Tello.)
vuelven á engolfarse en celos,
para que muerte me den.

ESCENA VI.

DON LOPE, *dando á* BERMUDO *un papel al salir.*—ORDOÑO.

DON LOPE.

Dásele en su misma mano.

BERMUDO.

¿A la infanta dices?

DON LOPE.

Sí.

Anda, que el rey está aquí.
(Vase Bermudo.)

ESCENA VII.

DON LOPE. ORDOÑO.

ORDOÑO.

Con algun giron villano
te infamó naturaleza,
por mas que de real estirpe
te ensoberbezca la fama,
y la opinion te acredite.
No es posible que tu padre
fuese noble, no es posible
que descuidando respetos,
no te diese infame origen.
¡Tú engañoso, aleve, ingrato
á las mercedes que te hice,
á la vida que me debes,
á la privanza en que vives,
por deslumbrar atenciones,
amar á Isabela finges,
y cuando en Francia se casa,
esposa del conde Enrique,
porque descuides sospechas,
disimulas que la sirves!
¿A quién en palacio quieres?

DON LOPE.

¿Yo en palacio?

ORDOÑO.

Tú, que mides
desbaratados deseos
con mi poder, tú que humilde
en lo ésterior, apeteces
prendas mias.

DON LOPE.

¡Yo! ¿Qué dice
vuestra alteza?

ORDOÑO.

Lo que es cierto.
¿Osarás tú desmentirme,
testigo yo de mi agravio?

Aleve, Isabela asiste
en Francia, no está en mis reinos;
yo sé por cosa infalible
que en palacio tienes dama,
que ofendiéndome te hechice:
si te importa asegurarme,
revela secretos, dime
quien es la que quieres bien;
que cuando de mí te fies,
como esta Elvira no sea,
aunque afectos descamines
tan altos, que á Blanca adores,
puesto que el rey me la pide....

DON LOPE.

No permitas, gran señor,
que secretos desperdicie
quien, amando, funda en ellos
su valor.

ORDOÑO.

Eso es decirme
que con Elvira me ofendes.

DON LOPE.

Doña Elvira me persigue,
tú la adoras, yo soy fiel,
aunque lisonjas me envidien.
No es ese, señor, mi empleo.

ORDOÑO.

Pues ¿cuál?

DON LOPE.

No se les permite
á mis labios el nombrarla.

ORDOÑO.

Lope, como yo averigüe
que á mi Elvira no pretendes,
lograrás suertes felices,
que á pesar de tus temores,
mi gracia te faciliten.
Tu amigo soy, si tu rey;
no temas, por mas sublimes
que tus esperanzas vuelen,
que mi rigor las derribe.
¿Quieres á mi hermana bien?

¿Callas, Lope? Mas me dices
turbado y mudo, que hablando.
Declárate; no estés triste.

DON LOPE.

Yo adoro, señor, la infanta:
cuando conmigo te indignes,
no por tí mismo te vengues;
déjame que me castigue
yo á mí mismo, delincuente
y verdugo, con partirme
á regiones tan remotas,
que los vivientes me olviden.

ORDOÑO.

Mis favorables brazos
serán mejor castigo,
muriendo en estos lazos
tu temor y el recelo que mitigo;
pues sosegada mi sospecha vana,
te doy, Lope, en albricias á mi hermana.

DON LOPE.

Tus pies mil veces beso.

ORDOÑO.

Prosigue tus amores;
que como á hermano mi favor te mira:
callaré en el progreso
que medres mas favores,
y ya seguro de que me ama Elvira,
no como rey, don Lope, como amigo,
consultaré de hoy mas mi amor contigo.
Este papel me escribe:
repara en discreciones
mezcladas con temores y recelos.
Díceme en él que vive
con mil contradicciones,
y que la doy, sin merecerlo, celos,
dudosa, aunque soy rey, de mis firmezas.
Escucha peregrinas sutilezas.

(Lee.) *Celosa temo, caro dueño mio,*
que os venzan intereses de una infanta.
Perdonad; que en efeto, en beldad tanta,
contra amor no es valiente el albedrío.

Causóos don Lope el ciego desvarío,
sin culpa, de sospechas y desvelos:
¿qué haré yo, combatida de mis celos,
si el temor me da causa de culparos?
Muriendo, viviré con adoraros,
viviendo, moriré por mereceros;
contenta, como siempre pueda veros,
penosa mientras no pudiere hablaros.
Olvidad á la infanta mi enemiga
por mí; mas si es forzoso entretenerla,
discreto fingireis corresponderla
con cartas, porque el rey no nos persiga.
A mucho la razon de estado obliga;
armado su poder es riguroso;
vencelde, ó resistilde generoso,
pues sabeis que el valor vitorias gana.
No llore mi esperanza, no sea vana,
Ordoño, si con justa accion merezco
por leal, cuando yo al rey aborrezco,
mas amor, mas finezas que su hermana.

¿Qué dices?

DON LOPE.

Que vuestra alteza
con cualquier ponderacion
que ensalce su discrecion,
no ha de igualar su agudeza.
¡Qué ingenio! ¡qué sutileza!

ORDOÑO.

Mas por tí mi fuego animo;
mas sus palabras sublimo.

DON LOPE.

¡Firmeza en el mundo rara!
Como si conmigo hablara
el papel, ansí le estimo.
Vuestra alteza me permita
que, palabra por palabra,
á solas misterios abra
de tanta preñez escrita;
que si mi ingenio la imita,
y agora á estudiar empieza
la tierna delicadeza

que alabo y admiro aquí,
el papel es para mí
mas que para vuestra alteza.

ORDOÑO.

Ten, don Lope; que mi amor
(*Dale el papel.*)
quiero desde hoy confiarte.
Di mas, porque en esta parte
te permito adulador.
No anduvo bien mi rigor
en persuadirse de veras
de sospechas y quimeras;
pues si tú á mi Elvira amaras,
ni su papel celebraras,
ni su amor me encarecieras. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE.

Hablad vos, discreta mia,
conmigo agora; el disfraz
quitad, que para mi paz
niebla al sol, encubre el dia;
leedme filosofía
de *amar por arte mayor*;
sabrá el mundo que es error
decir que es de amor la esencia
inclinacion y no ciencia,
pues ya estudia artes amor.
Las tres sílabas primeras
me mandó quitar mi dama,
en que al rey de burlas ama,
y á mí en las ocho de veras.
¡O amor! solo tú pudieras
dar salida á mi deseo;
por tí renovados veo
geroglíficos de Egito.
Cortezas al fruto quito,
y lo que me toca leo.

(Lee.) *Temo, caro dueño mio,*
intereses de una infanta;
que, en efeto, en beldad tanta,
no es valiente el albedrío.
Lope, el ciego desvarío
de sospechas y desvelos,
combatida de mis celos,
me da causa de culparos:
viviré con adoraros,
moriré por mereceros,
como siempre pueda veros,
mientras no pudiere hablaros.
A la infanta mi enemiga
es forzoso entretenerla;
fingireis corresponderla,
porque el rey no nos persiga.
La razon de estado obliga;
su poder es riguroso;
resistilde generoso;
que el valor vitorias gana:
mi esperanza no sea vana,
si con justa accion merezco,
cuando yo al rey aborrezco,
mas finezas que su hermana.

La vitoria la conceda
el que á doña Blanca escribo,
puesto que en él apercibo
á enigmas que entender pueda.
Si en mí vuestro ingenio inspira,
amor, sutileza tanta,
con lo que hablare á la infanta,
satisfaré á doña Elvira. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA BLANCA. DOÑA ELVIRA.

DOÑA BLANCA.
Persuadíle á que Isabela
por su causa asiste aquí.
DOÑA ELVIRA.
Ya del papel advertí,
rasgado, traza y cautela.
DOÑA BLANCA.
En este, Elvira, en efeto,
á mi instancia la responde,
y en él ingenioso esconde
otro para mí secreto,
que solo puede fiarse
de tu cuerda discrecion.
Divide cada renglon,
y verás manifestarse
su ingenio, á su amor igual.
DOÑA ELVIRA.
En fin, ¿que el sutil papel
es de á dos?
DOÑA BLANCA.
Verás en él
prodigios de su caudal.
DOÑA ELVIRA.
Sí, mas no hace vuestra alteza
bien, si ha sabido su historia,
en volverle á la memoria
recuerdos de su belleza.
DOÑA BLANCA.
Si Isabela en Francia está
casada, ¿en qué ha de ofenderme?
DOÑA ELVIRA.
En despertar á quien duerme.
DOÑA BLANCA.
Presto á dormir volverá.

DOÑA ELVIRA.

¿De qué servirán papeles,
favores, prendas, cabellos,
sino de aumentar con ellos
llamas en que le desveles?

DOÑA BLANCA.

Consejera eres valiente;
tus prevenciones alabo;
pero hasta que estés al cabo
del fin y traza presente,
no me arguyas. Oye agora
cuan delgadamente vuela
pluma que escribe á Isabela,
y en ella mi nombre adora.

(Lee.) *Aunque amante me juzgueis*
de otro gusto, y como ingrato,
me presumais todo olvido,
yo soy vuestro, y no os agravio.
El rey suspira, Isabela,
celoso como indignado,
porque ignora que disculpa
mis desvelos amor casto.
No os asombre vengativo
(cuando sepa que en su estado
don Ordoño favorece
el amor nuestro) don Sancho.
Su poder, con el de Ordoño,
aunque temido, es muy flaco;
contra el de amor, todo incendio,
es pequeño el de Alejandro.
Que he de morir es sin duda,
si os perdiese mi cuidado:
Blanca por vos se desvela;
será cierto el ampararnos.
Ó ha de ser en yugo eterno
vuestra belleza el descanso
de mi esperanza, ó la muerte
el remedio, aunque inhumano.
De don Lope, prenda mia,
estad segura entre tanto,
que será con fe invencible,

bronce en quereros y amaros.
Doña Elvira, que os dió celos,
á Ordoño adora, ó su estado:
ni la quise en vuestra ofensa,
ni deseo, pues os amo.

DOÑA ELVIRA.

Ahí no se hace mencion
de vuestra alteza.

DOÑA BLANCA.

No alcanzas,
para rendirle alabanzas,
misterios de esta invencion.
Si estudias de cada verso
la primer razon no mas,
juntándolas, hallarás
alma de estilo diverso.
Oye cláusulas primeras;
confesarás ser forzoso
que para ser ingenioso
un hombre, ha de amar de veras.

(Lee.) *Aunque amante de otro gusto*
me presumais, yo soy vuestro:
el rey suspira celoso,
porque ignora mis desvelos.
No os asombre cuando sepa
don Ordoño el amor nuestro;
su poder, aunque temido,
contra el de amor, es pequeño.
Que he de morir, si os perdiese,
Blanca, por vos será cierto,
ó ha de ser vuestra belleza
de mi esperanza el remedio.
De don Lope estad segura
que será bronce en quereros:
doña Elvira á Ordoño adora;
ni la quise, ni deseo.

DOÑA ELVIRA.

Agradezco el desengaño,
y alabo el entendimiento,

digno de que en vuestra alteza
halle aplauso, estima y premio.
Solo falta declararme
¿para qué podrá ser bueno
tanta preñez de ese enigma,
tanto examen de su ingenio?

DOÑA BLANCA.

Dió mi hermano al de Vizcaya
(bien que sin consentimiento
de mi gusto) fe de hacerle
cuñado suyo y mi dueño.
Este, pues, que belicoso,
por Belona agravia á Venus,
mas soldado que galan,
desazonando conciertos,
al rey mi hermano ocasiona
que dé oidos á los medios
de paz, que el rey de Navarra
nos propone con el trueco
de hermanas; que nos le pintan
en mis amores tan tierno,
cuanto al duque de Vizcaya
descuidado por guerrero.
Dale á su hermana Leonor
porque yo le admita, y pienso
que hechizos de su hermosura
desbaraten nuestro empleo.
Entre tanto, pues, Elvira,
que consulta pensamientos,
y resuelve ambigüedades,
asegurarle pretendo
de sospechas maliciosas;
que aunque libre de tus celos
sosiega, á Lope imagina
que tiene en palacio empeños
que su quietud descomponen;
y en fe de esto, tan atento
registra su vista y pasos,
que recelosa sospecho
que ha de saber que me sirve;
y así prevenida intento
que papeles le deslumbren,

sin que alcance los misterios
que oculta en la superficie
el alma de aqueste cuerpo;
porque juzgándole amante
de Isabela, al fin desmiento
curiosidades de Ordoño,
y los dos nos entendemos.
Llévasele, doña Elvira,
al rey mi hermano, fingiendo
que á Isabela le despachas
por mi orden; pues con esto
acabas de persuadirle
á que no te da desvelos
la voluntad que don Lope
ocupa en amor ageno.
A las dos nos está bien
esta industria, pues podemos
yo descaminar malicias,
y tú asegurar sus celos.

DOÑA ELVIRA.

El arbitrio es estremado;
ejecutaréle luego.

DOÑA BLANCA.

(*Dale un papel.*)
Toma, y dásele; que amor
si no engaña, no es discreto. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA ELVIRA.

Si es discreto amor que engaña,
denle á don Lope el imperio
de las traiciones que he visto,
y en estas cláusulas leo.
A Isabela y Blanca escribe,
y en un papel dos estremos,
su ingenio y su ingratitud,
me dificulta el tercero.
Una vez me nombra en él,

y esta ¡ay aleve! diciendo:
«doña Elvira á Ordoño adora,
ni la quise, ni deseo.»
Valióse del artificio
que le advertí; el instrumento
de mis penas me he labrado,
pues con mis armas me ha muerto.

ESCENA XI.

—

BERMUDO.—DOÑA ELVIRA.

BERMUDO.

Sola está: dichoso he sido.

DOÑA ELVIRA.

Pues, Bermudo....

BERMUDO.

En cumplimiento
de lo ordenado á tu amante....
Pero pues el papel veo
en tu poder, ya lo sabes.

DOÑA ELVIRA.

Sé, Bermudo, por lo menos
que pinta la ingratitud
á don Lope como al tiempo,
con dos caras.

BERMUDO.

Si lo dices
por el papel que te ha puesto
la tal infanta en las manos,
añade el rostro tercero,
hallarásle para tres,
Isabela, Blanca, y luego
para vuestra fermosura.

DOÑA ELVIRA.

¿Para mí?

BERMUDO.

¡No has dado en ello?

DOÑA ELVIRA.

Del de Isabela y la infanta

me consta; esotro no entiendo
dónde ó cómo se me oculte.

BERMUDO.

Pues quita del primer verso
de cada una redondilla
la mitad, y componiendo
un cuartete, admirarás
de tu amor trinos aspectos.
Ve zarandando palabras,
entre la paja escogiendo
los granos; que ese papel
es de linage de harneros.

DOÑA ELVIRA.

¿Que se encubre aquí billete
para mí?

BERMUDO.

Como mostrenco
cuadrúpedo, si en sus cuatro
pies reparas. Lêle.

DOÑA ELVIRA.

Leo.

(Lee.) *Aunque amante el rey suspira,*
no os asombre su poder;
que he de morir, ó ha de ser
de don Lope doña Elvira.

BERMUDO.

¡En un papel dos romances,
y una redondilla dentro
para tres damas distintas!
¡tres yemas en solo un huevo!
¿No es notable el triumvirato?
¿Qué dices?

DOÑA ELVIRA.

No sé; que tengo
cuando mas Lope me admira,
mas temor, confianza menos.
Hasta agora Blanca y yo
igual fortuna corremos,
amadas las dos en cifra
con un artificio mesmo.
Si de su fe me asegura
por enigmas, en secreto

afirma que ama á la infanta;
y con un mismo argumento,
ó nos quiere á las dos juntas,
ó engañando á la una, temo
que siendo yo esta, idolatre
altezas que heredan reinos.

BERMUDO.

Lógica estás; pero ¿cuándo
los amantes no arguyeron
en *Barbara* y en *Celarent*,
siendo bárbaros los celos?
Yo no estudié silogismos;
examínale tú en ellos,
pues viene el rey con don Lope,
y invencionera has dispuesto
que á lo que á Ordoño dijeres
delante de él, esté atento,
dándose por entendido:
cumplirás con el proverbio
de «á tí te lo digo, hijuela,»
mientras voy á dar un tiento
al poste de estos cuidados,
pues tus súmulas aprendo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

—

ORDOÑO. DON LOPE, DOÑA BLANCA.—DOÑA ELVIRA.

ORDOÑO.

Esto le ha de estar mejor.

DOÑA BLANCA.

Si sus cuidados me fia
Isabela....

ORDOÑO.

Blanca mia,
Lope tiene mas amor
á otra dama; yo he de ser
ejecutor de su gusto.

DOÑA BLANCA.

Contra Isabela, no es justo.

ORDOÑO.

Él te podrá responder.

DON LOPE.

Yo sujeto mis acciones
al gusto de vuestra alteza
y de la infanta.

ORDOÑO.

Belleza
digna de ponderaciones
le apercibe mi favor,
que á don Lope quiere bien.

DOÑA BLANCA.

¿Y quién es esa?

ORDOÑO.

¿Esa? Quien
te ha mudado la color.—
Una infanta tan hermosa
como tú.

DOÑA BLANCA.

Si no lo es mas,
á Isabela vengarás.
Pero infanta para esposa
de don Lope, si no lo es
Leonor de Navarra, ignoro,
no siendo hija de un rey moro,
que la haya en España.

ORDOÑO.

¿Pues
tan mal le estará á Leonor
don Lope, su primo hermano?

DOÑA BLANCA.

Apeteciendo tu mano,
mal tendrá á don Lope amor.

ORDOÑO.

Mal ó bien, no me aventures
á lo que juré callar;
que me vendré á declarar,
hermana, cuando me apures.—
¡Oh mi Elvira! ¿vos aquí?
¿De qué tan triste y suspensa?

DOÑA ELVIRA.

Amenazas de una ofensa

me tienen, señor, ansí.

ORDOÑO.

Ofensas amenazadas,
mientras os adore yo,
si es amor quien las temió,
no las tiemble ejecutadas;
que estoy yo de parte vuestra,
y las sabré suspender.

DOÑA ELVIRA.

Entre esperar y temer,
amor sus congojas muestra,
porque si vos, gran señor,
sois quien causa mis desvelos,
¿cómo aplacareis recelos
que os fiscalizan su autor?

ORDOÑO.

Haceisme agravio en temer
mudanzas de quien os quiere
como yo.

DON LOPE, *aparte.*

Cuanto dijere
al rey, tengo de entender
que por mí lo dice Elvira.
Celosa de Blanca está:
¿cómo la satisfará
quien entre riesgos suspira,
que si la hablo me amenazan?

DOÑA ELVIRA.

Yo, gran señor, perseguida
de esta sospecha homicida,
juzgando cuan mal disfrazan
metáforas los agravios,
si hasta aquí el recato pudo
atormentar mi amor mudo,
he de atreverle á los labios.
Vos á la infanta, señor,
adorais ó entreteneis,
porque á su hermano temeis,
ó porque pagais su amor.
Papel tuve yo en mi mano
en que afectos encubrís,
cuando conmigo cumplís,

y con ella: ved ¡si es vano
el recelo que de vos
tengo, si en tales acciones
con unos mismos renglones
quereis engañar á dos;
ó si probaré ser fieles
finezas, puesto que raras,
de cláusulas con dos caras,
que infaman vuestros papeles!

(*Llora.*)

ORDOÑO.

¡Ay lágrimas, que me llevan
las potencias que os consagro!
cesad; que será milagro
que á pares los soles lluevan.
Estimad de perlas tantas
el adorado valor,
pues vale mas la menor
que todo un mundo de infantas.
¿Qué papel, señora, es este?
¿qué enigmas? ¿qué ambigüedades?
¿qué engaños? ¿qué novedades?
La verdad os manifieste
don Lope, mi hermana, el cielo
que conoce mi cuidado.
¿Qué importa que intente armado
dar causa á vuestro recelo
el de Navarra, si sale
vuestro hermano á la defensa?
No es posible, aunque lo piensa,
que el suyo á su esfuerzo iguale.
¿Qué importa que con Leonor
la paz pretenda que pide,
si estrellas con el sol mide,
si la noche al resplandor
del dia osa comparar?
¿Qué importa que infanta sea,
si vos reinais en mi idea
con méritos de imperar?

ESCENA XIII.

—

DON MELENDO, *de soldado.*—DICHOS.

DON MELENDO.

Dame, gran señor, los pies.

ORDOÑO.

Melendo, ¿vienes vencido?

DON MELENDO.

No, sino tan vitorioso
cuanto es de mas fama digno
el capitan que sin sangre
conserva el acero limpio,
y entre el bélico laurel
teje la paz al olvido.
Tráigote al rey de Navarra,
si no preso, tan tu amigo,
que huesped tuyo, pretende
hacerte juez de tí mismo.

ORDOÑO.

¿Qué dices?

DON MELENDO.

Que en la Rïoja
los estandartes tendidos,
presentadas las batallas,
y ya los campos vecinos,
al tiempo de acometer
se interpusieron ministros
del cielo, que religiosos
templaron marciales brios.
Llegamos el rey y yo
á vistas, y en ellas quiso
comprometer en tus manos,
viniendo á verte conmigo
don Sancho, sus diferencias.
Retirar sus gentes hizo;
y desnudando el arnés,
diez de los suyos previno
que solo le acompañasen.

Acepta su compromiso,
recíbele generoso,
dale los brazos benigno,
y advierte que está en palacio.

ORDOÑO.

Su resolucion admiro;
y aunque imposibles pretende
si á pedirme á Blanca vino
porque yo admita á su hermana,
cuando á Elvira el alma rindo;
la confianza que ha hecho
de mí, adquirirá propicios
retornos, que desempeñen
afectos que en él estimo.
Ven á recebirle, Lope.
(*Vanse Ordoño y don Melendo.*)

ESCENA XIV.

—

DOÑA BLANCA. DOÑA ELVIRA. DON LOPE.

DON LOPE.
(*A la infanta.*)

Ya, señora, me apercibo
á vengar agravios reyes
que me anuncian precipicios,
ó á cumplir con los efectos
palabras que por escrito
entre cifras misteriosas
han disfrazado sentidos.
Temo á un rey competidor;
y al paso que en vos he visto
perseverancias de bronce,
dudo desaires de vidrio.
Sed vos firme en lo propuesto;
seré yo á los vientos risco,
y vos y yo dos constantes,
que el mundo asombren prodigios. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA BLANCA. DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué fe!

DOÑA BLANCA.

¡Qué lealtad!

DOÑA ELVIRA.

¡Qué amor!

DOÑA BLANCA.

¿Qué dices de esto?

DOÑA ELVIRA.

Que admiro
quilates de tal fineza,
señora, en el grado mismo
que si yo fuera su dama;
y que cuanto aquí te ha dicho,
me deja tan obligada
como si hablara conmigo.

ESCENA XVI.

DON SANCHO, *de soldado*. ORDOÑO. DON LOPE. DON MELENDO. BERMUDO. ACOMPAÑAMIENTO.—DICHAS.

DON SANCHO.

Quede á la curiosidad
de la opinion cuál ha sido,
entre vuestra alteza y yo,
el que mayor hazaña hizo:
ó yo que en vuestro poder
mi seguridad confio
del valor que en vos conozco,
ó vos, que no vengativo,
sino magnánimo, afable,
renunciastes el dominio

que sobre mí en vuestro reino
y en vuestra fe deposito.—
¡O gran señora! por vos
daré materia á los libros
que me juzguen temerario
en los riesgos que acredito
con las mejoras de veros;
pues si dichas examino,
sin vos cautivo reinaba,
ya por vos reino cautivo.

DOÑA BLANCA.

No nos usurpe ese nombre
vuestra alteza, pues vencidos
de la fe en que nos empeña,
con nuevo ardid ha adquirido
la corona de estos reinos,
ya con su presencia ricos.

DON SANCHO.

Vencedor de mis pasiones;
Lope, por vos ofendido;
de Isabela desdeñado;
de Ordoño, que es vuestro asilo,
por defenderos quejoso;
á Isabela con Enrico
casé en Francia; á vos os vuelvo
á mi gracia; á Ordoño obligo,
entrándome por sus puertas,
á que venza descaminos
de un amor bien empleado,
pero mal reconocido.
Doña Elvira ama á don Lope,
don Lope de su albedrío
la hizo dueño; y porque temen
vuestro enojo y sus peligros,
fingiendo aborrecimientos
esteriores, se han valido
de ardides disimulados
que en su favor os aviso.
Mi intercesion, rey, imploran,
y en fe, señor, de que os digo
verdades, ved esta carta
que doña Elvira me ha escrito.

¿Quién duda que vuestra alteza,
cuando yo agravios olvido,
no querrá que en esta parte
me blasone presumido
que fuí para mas que vos?

ORDOÑO.

Don Lope, ¿qué es esto?

DON LOPE.

Arbitrios
de amor, que crece entre riesgos,
ya gigante, si antes niño.

ORDOÑO.

En fin, Elvira, ¿he cobrado
desdenes por beneficios
de vos?

DOÑA ELVIRA.

Es, señor, don Lope
acreedor mas antiguo.

ORDOÑO.

Blanca, sed vos de este agravio
riguroso juez.

DOÑA BLANCA.

Yo admito
el tribunal, y sentencio
que por desagradecidos
tengan Elvira y don Lope
sus deseos por castigo,
y la infanta de Navarra
en vuestro amor premio digno.

ORDOÑO.

No apelo de la sentencia,
antes, Blanca, la confirmo,
pagándoos vuestros derechos
con que don Sancho mi primo
os dé la mano de esposo.

DON SANCHO.

Si tantas dichas consigo,
triunfad de mí y de Navarra.

ORDOÑO.

En su corte determino,
yendo con vos, nuestras bodas.

BERMUDO.

¡Vitor Sancho! ¡Ordoño vitor!

DON LOPE.

Merezcan que se lo llamen,
en fe del nuevo artificio
de *Amar por arte mayor*,
los deseos con que os sirvo.



EXAMEN

DE

AMAR POR ARTE MAYOR.

En esta comedia se observa lo contrario que en la precedente; los actos últimos son mejores que el primero, y siendo agradable la postrera impresion que recibe el que la vé representar ó la lee, tiene una ventaja manifiesta sobre la de *El primer consejo del enemigo*, á pesar de que está mucho mejor escrita que la que ahora examinamos.

El título de *Amar por arte mayor* parece que significa «amar escribiéndose cartas en versos divididos en dos partes á imitacion de los de arte mayor,» cada uno de los cuales es sabido que consta de dos de seis sílabas. ¿Querria Tellez tambien que este título abrazara dos sentidos, y significase ademas «amar correspondiéndose con gran arte, con arte superior, con un secreto sumamente ingenioso?» No es imposible, y en cualquiera de las dos acepciones es propio. La primera sin embargo tiene el inconveniente que toda la comedia, el anacronismo: en tiempo de don Ordoño II, en aquella edad áspera y ruda, ni mucho despues, no habia coplas de arte mayor en España, ni reyes discreteadores, ni las infantas de Leon y los caballeros navarros se entretenian en escribir billetes con tres sentidos: las costumbres que se pintan en el drama no son las del segundo siglo de la monarquia española; son las del siglo y corte ingeniosa y culterana en que el autor habia vivido.

Del argumento de la fábula poco podremos decir, porque no es otro que la manoseada combinacion del caballero fugitivo y disfrazado, de quien se enamoran dos ó tres damas, entre las cuales fluctúa hasta decidirse por una. La duquesa de Amalfi en *Amor y celos hacen discretos* es parecidísima á la Blanca de aquí, y en aquel drama, como en *Quien calla, otorga*, tambien hay papel de doble sentido; pero en esta comedia es donde Tellez

usó mas ingeniosamente de este recurso dramático fecundísimo, que proporciona un acto final lleno de situaciones cómicas, segun van saliendo á luz las graciosas y delicadas travesuras de ambos papeles, en particular las del segundo. Es una lucha de ingenio entre galan y dama, que nuestro autor supo hacer teatral, y aun interesante.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Esposicion viciosa, porque aunque se suprima toda la escena, se comprende perfectamente la fábula; porque la forman dos personages que apenas figuran luego, y porque aun en el caso de ser mas necesaria, debia ser mas breve.

> Un invierno, pues, Melendo,
> . . . .
> puso los ojos don Lope
> en una dama. . . . .

¿Qué importa que don Lope se enamorase en invierno ni en verano? Estas menudencias, como la de haber citado Isabela á don Lope *una tarde*, haber él ido á verla *una noche*, sorprenderle el rey, ponerle preso, y escaparse al fin, descolgándose del muro, son impertinentes en un drama cuya accion no gira sobre tales hechos. Con veinte versos bastaba para decir que don Lope habia sido competidor del rey de Navarra, que andaba fugitivo, y que el monarca le perseguia.

> . . . .
> en una dama que alzarse
> pudiera, á afectar diademas,
> con los desdenes de Dafne,
> con cuanta hermosura mienten
> los egipcios en sus Taides. . . . .

Dejando á un lado la inverosimilitud de que se muestre tan erudito un áulico de don Sancho Abarca, estas ponderaciones cuadran bien solamente en boca de un

amante, y es inoportuno alabar tan de propósito la hermosura de una dama que no ha de aparecer en toda la comedia.

> *Aplaudióles* el enojo
> de don Sancho. . . .

Hemos dejado para los inteligentes ese *aplaudióles* que no entendemos: de muy buena gana lo hubiéramos corregido por errata, poniendo en su lugar: *aplacióles*, *armas dióles*, ú otro verbo con su afijo.

> . . . Ni de don Lope, ni su esceso
> hasta agora he sabido.

Bien está que don Melendo mienta á don Tello por no descubrir á don Lope; pero el espectador ó el lector ¿cómo conocen la mentira?

> . . . . Doña Elvira
> sentirá justamente
> que sin verla os volvais.

¿Quién es doña Elvira? Nada se nos ha dicho de tal persona.

ESCENA III.

> ¡Feliz Narciso en amores
> que no admitió compañía!

Este pensamiento que domina en todo el monólogo, es propio de una niña, no de una dama que sabe hacerse galantear, como Blanca desde el acto segundo.

ESCENA VI.

De aquí al fin, el acto es bueno. Hay en el personage de Elvira un poco de la esquivez montañesa, y bastante de la dignidad de una señora de los tiempos antiguos. La disputa por la perdiz tambien tiene un caracter de sencillez agradabilísimo, á pesar de algun que otro rasgo de afectacion. En las escenas precedentes abundan estos, y la versificacion es muy desigual é incorrecta.

DOÑA ELVIRA.

Que tengo con llave,
señor, mi alma, dije yo.

ORDOÑO.

¿Y abrirla un rey no podria?

DOÑA ELVIRA.

A no ser descortesía,
os respondiera que no.

Esto se elogia por sí mismo. El romance con que sale don Lope y acaba el acto, está bien escrito.

ACTO SEGUNDO.

El rey, que nada tiene de tal, es el peor papel de la comedia desde este acto; pero su amor á Elvira proporciona la resolucion que toma esta de fingirse enemiga de don Lope: ficcion que unida á la de la infanta, empeñada en hacer creer al caballero navarro que ha venido á Burgos Isabela, dan lugar á un enredo no muy mal conducido, en medio del cual brilla el verdadero amor de Elvira, que es la figura que hay bien trazada en la comedia. La escena última, semejante en algo á la XVI que hay en el acto segundo de *El consejo del enemigo*, es de buen efecto, como lo son todas aquellas en que los interlocutores se ven obligados á decir lo contrario de lo que piensan, y temen las consecuencias de lo que dicen.

ACTO TERCERO.

ESCENA II.

Estas razones
otra vez me las ha escrito
Isabela.

. . . .

DOÑA BLANCA.

¿Querreis decir que vinieron
á mi poder, y me dieron
de vos relacion prolija?

DON LOPE.

¿No pudo ser?

Don Lope se manifiesta aquí menos crédulo que lo es en igual caso el don Pedro de Castilla de *Amor y celos.*

ESCENA VII.

No llore mi esperanza, no sea vana,
Ordoño, si con justa accion merezco
por leal, cuando yo al rey aborrezco,
mas amor, mas finezas que su hermana.

El único reparo que puede hacerse á la carta de doña Elvira escrita para dos personas, es harto leve. Las espresiones *cuando yo al rey aborrezco*, que Ordoño ha de creer relativas al rey don Sancho, son un ripio en la estrofa, aunque no son agenas de la suposicion en que está escrito el papel. Los versos, á escepcion del citado, no son malos para haber tenido que luchar con tan grave dificultad. Los de la carta de don Lope son algo mejores.

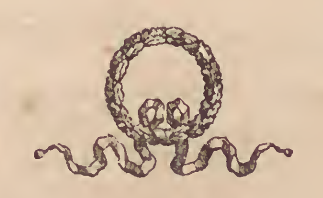
ESCENA XVI.

Desenlace mas artificioso que la llegada del rey don Sancho requeria una comedia en cuyo acto último hay un enredo tan original como el de los billetes; con todo, aun así es mejor que el de *Amor y celos hacen discretos*, al cual se asemeja bastante.

Hay quien sospecha que Calderon sacó de esta comedia el argumento de la suya *El secreto á voces*. Muchísimo lo varió entonces, porque apenas hay punto de contacto entre ambas obras. El plan y disposicion de la fábula de Calderon son muy superiores á los de esta; pero la base del enredo es viciosa, inverosimil, impracticable. Hay allí dos amantes que discurren hablarse en público, conviniendo en que, hecha cierta señal, la primera palabra *de cada razon nueva* corresponda al secreto, descartando las demas. Esto se puede admitir en un escrito hecho despacio; pero no puede improvisarse en una conversacion. Calderon ademas no cumple lo que ofrece, porque no son las primeras palabras de cada oracion las que emplea para el diálogo oculto, sino las primeras palabras de los versos, sean las primeras de la oracion, ó no sean; y es claro que no hablamos en verso.

Que dos amantes discretos se escriban coplas, como ha querido Tellez que hagan don Lope y Elvira, no es tan repugnante; lo que sí nos repugna en *Amar por arte mayor* es aquella espresion de don Lope en la escena octava del acto primero, *respondiendo á medios versos*, porque aunque puede considerarse como un símil, ó en sentido metafórico, cabe tambien entenderla en su sentido recto, y merece la propia censura que el inverosimil arbitrio de Calderon en *El secreto á voces*, arbitrio de que no se hubiera servido á tener presente que se habla en prosa.

Amar por arte mayor es la primera comedia contenida en la *quinta parte* de las de Tellez; y ella y todas las del tomo estan divididas en *actos* como las del primero, á diferencia de las que comprenden los otros volúmenes, que lo estan en *jornadas.*





EL CONDENADO
POR DESCONFIADO,

COMEDIA.

PERSONAS.

PAULO, *ermitaño.*
ENRICO.
UN PASTORCILLO (*un angel.*)
EL DEMONIO.
ANARETO, *padre de Enrico.*
CELIA.
LIDORA, *criada.*
OCTAVIO.
LISANDRO.
PEDRISCO, *gracioso.*
GALVÁN.
ESCALANTE.
ROLDAN.
CHERINOS.
ALBANO, *viejo.*
EL GOBERNADOR DE NÁPOLES.
EL ALCAIDE DE LA CARCEL.
UN JUEZ.
ESBIRROS.
BANDOLEROS.
CAMINANTES.
PORTEROS.
PRESOS.
CARCELEROS.
VILLANOS.
PUEBLO.

La escena es en Nápoles y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

Selva: dos grutas entre elevados peñascos.

ESCENA I.

PAULO, *de ermitaño.*

¡Dichoso albergue mio!
¡soledad apacible y deleitosa,

que en el calor y el frio
me dais posada en esta selva umbrosa,
donde el huesped se llama
ó verde yerba ó pálida retama!
Agora cuando el alba
cubre las esmeraldas de cristales,
haciendo al sol la salva,
que de su coche sale por jarales,
con manos de luz pura
quitando sombras de la noche obscura;
salgo de aquesta cueva
que en pirámides altos de estas peñas
naturaleza eleva,
y á las errantes nubes hace señas
para que noche y dia,
ya que no hay otra, le hagan compañia.
Salgo á ver este cielo,
alfombra azul de aquellos pies hermosos.
¿Quién, ¡o celeste velo!
aquesos tafetanes luminosos
rasgar pudiera un poco
para ver...? ¡Ay de mí! Vuélvome loco.
Mas ya que es imposible,
y sé cierto, señor, que me estais viendo
desde ese inaccesible
trono de luz hermoso, á quien sirviendo
estan ángeles bellos,
mas que la luz del sol hermosos ellos,
mil glorias quiero daros
por las mercedes que me estais haciendo,
sin saber obligaros.
¿Cuándo yo merecí que del estruendo
me sacarais del mundo,
que es umbral de las puertas del profundo?
¿Cuándo, señor divino,
podrá mi indignidad agradeceros
el volverme al camino,
que, si yo no conozco, esfuerza el veros,
y tras esta vitoria,
darme en aquestas selvas tanta gloria?
Aquí los pajarillos,
amorosas canciones repitiendo

por juncos y tomillos,
de vos me acuerdan, y yo estoy diciendo:
«si esta gloria da el suelo,
¿qué gloria será aquella que da el cielo?»
Aquí estos arroyuelos,
girones de cristal en campo verde,
me quitan mis desvelos,
y causa son á que de vos me acuerde:
¡tal es el gran contento
que infunde al alma su sonoro acento!
Aquí silvestres flores
el fugitivo viento aromatizan,
y de varios colores
aquesta vega humilde fertilizan.
Su belleza me asombra:
calle el tapete y berberisca alfombra.
Pues con estos regalos,
con aquestos contentos y alegrías,
¡bendito seas mil veces,
inmenso Dios, que tanto bien me ofreces!
Aquí pienso servirte,
ya que el mundo dejé para bien mio;
aquí pienso seguirte,
sin que jamás humano desvarío,
por mas que abra la puerta
el mundo á sus engaños, me divierta.
Quiero, señor divino,
pediros de rodillas humilmente
que en aqueste camino
siempre me conserveis piadosamente.
Ved que el hombre se hizo
de barro vil, de barro quebradizo.

(Entra en una de las grutas.)

ESCENA II.

PEDRISCO.

(Trayendo un haz de yerba.)

Como si fuera borrico,
vengo de yerba cargado,

de quien el monte está rico;
si esto cómo, ¡desdichado!
triste fin me pronostico.
¡Que he de comer yerba yo,
manjar que el cielo crió
para brutos animales!
Déme el cielo en tantos males
paciencia. Cuando me echó
mi madre al mundo, decia:
«mis ojos santo te vean,
Pedrisco del alma mia.»
Si esto las madres desean,
una suegra y una tia
¿qué desearán? Que aunque el ser
santo un hombre es gran ventura,
es desdicha el no comer.
Perdonad esta locura
y este loco proceder,
mi Dios; y pues conocida
ya mi condicion teneis,
no os enojeis porque os pida
que la hambre me quiteis,
ó no sea santo en mi vida.
Y si puede ser, señor,
pues que vuestro inmenso amor
todo lo imposible doma,
que sea santo y que coma,
mi Dios, mejor que mejor.
De mi tierra me sacó
Paulo, diez años habrá,
y á aqueste monte apartó;
él en una cueva está,
y en otra cueva estoy yo.
Aquí penitencia hacemos,
y solo yerbas comemos,
y á veces nos acordamos
de lo mucho que dejamos
por lo poco que tenemos.
Aquí, al sonoro raudal
de un despeñado cristal,
digo á estos olmos sombrios:
«¿dónde estais, jamones mios,

que no os doleis de mi mal?
Cuando yo solia cursar
la ciudad, y no las peñas,
(¡memorias me hacen llorar!)
de las hambres mas pequeñas
gran pesar soliais tomar.
Erais, jamones, leales:
bien os puedo así llamar,
pues mereceis nombres tales,
aunque ya de las (1) mortales
no tengais ningun pesar.»
Mas ya está todo perdido;
yerbas comeré afligido,
aunque llegue á presumir
que algun mayo he de parir,
por las flores que he comido.
Mas Paulo sale de la cueva obscura:
entrar quiero en la mia tenebrosa,
y comerlas allí. (*Vase.*)

ESCENA III.

—

PAULO.

¡Qué desventura!
y ¡qué desgracia cierta, lastimosa!
El sueño me venció, viva figura
(por lo ménos imagen tenebrosa)
de la muerte crüel; y al fin rendido,
la devota oracion puse en olvido.
Siguióse luego al sueño otro, de suerte
sin duda, que á mi Dios tengo enojado,
si no es que acaso el enemigo fuerte
haya aquesta ilusion representado.
Siguióse al fin, ¡ay Dios! de (2) ver la muerte.
¡Qué espantosa figura! ¡Ay desdichado!

---

(1) Hambres.
(2) El.

Si el verla en sueños causa tal quimera,
el que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?
Tiróme el golpe con el brazo fuerte;
no cortó la guadaña, el arco toma.
La flecha en el derecho, en el siniestro
el arco miro que altiveces doma;
tiróme al corazon: yo que me muestro
al golpe herido, porque al cuerpo coma
la madre tierra como á su despojo,
desencarcelo el alma, el cuerpo arrojo.
Salió el alma en un vuelo; en un instante
ví de Dios la presencia. ¡Quién pudiera
no verle entonces! ¡Qué crüel semblante!
Resplandeciente espada y justiciera
en la derecha mano, y arrogante
(como ya por derecho suyo era),
el fiscal de las almas miré á un lado,
que aun con ser vitorioso, estaba airado.
Leyó mis culpas, y mi guarda santa
leyó mis buenas obras, y el Justicia
mayor del cielo, que es aquel que espanta
de la infernal morada la malicia,
las puso en dos balanzas; mas levanta
el peso de mi culpa y mi injusticia
mis obras buenas tanto, que el juez santo
me condena á los reinos del espanto.
Con aquella fatiga y aquel miedo
desperté, aunque temblando, y no vi nada
sino es mi culpa, y tan confuso quedo,
que si no es á mi suerte desdichada,
ó traza del contrario, ardid ó enredo,
que vibra contra mí su ardiente espada,
no sé á qué lo atribuya. Vos, Dios santo,
me declarad la causa de este espanto.
¿Heme de condenar, mi Dios divino,
como este sueño dice, ó he de verme
en el sagrado alcazar cristalino?
Aqueste bien, señor, habeis de hacerme.
¿Qué fin he de tener? Pues un camino
sigo tan bueno, no querais tenerme
en esta confusion, Señor eterno.
¿He de ir á vuestro cielo, ó al infierno?

Treinta años de edad tengo, Señor mio,
y los diez he gastado en el desierto;
y si viviera un siglo, un siglo fio
que lo mismo ha de ser: esto os advierto.
Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brio,
¿qué fin he de tener? Lágrimas vierto.
Respondedme, Señor: Señor eterno,
¿he de ir á vuestro cielo, ó al infierno?

ESCENA IV.

EL DEMONIO, *que aparece en lo alto de una peña.*—PAULO.

DEMONIO.

(*Invisible para Paulo.*)

Diez años há que persigo
á este monge en el desierto,
recordándole memorias
y pasados pensamientos,
y siempre le he hallado firme,
como un gran peñasco opuesto.
Hoy duda en su fe; que es duda
de la fe lo que hoy ha hecho:
porque es la fe en el cristiano
que sirviendo á Dios y haciendo
buenas obras, ha de ir
á gozar de él en muriendo.
Este, aunque ha sido tan santo,
duda de la fe, pues vemos
que quiere del mismo Dios,
estando en duda, saberlo.
En la soberbia tambien
ha pecado caso es cierto.
Nadie como yo lo sabe,
pues por soberbio padezco.
Y con la desconfianza
le ha ofendido, pues es cierto
que desconfia de Dios
el que á su fe no da crédito.
Un sueño la causa ha sido,

y el anteponer un sueño
á la fe de Dios, ¿quién duda
que es pecado manifiesto?
Y así me ha dado licencia
el Juez mas supremo y recto,
para que con mis engaños
le incite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
los combates que le ofrezcò,
pues supo desconfiar
y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
de la pregunta que ha hecho
á Dios, pues á su pregunta
mi nuevo engaño prevengo.
De angel tomaré la forma,
y responderé á su intento
cosas que le han de costar
su condenacion, si puedo.

(*Déjase ver en figura de angel.*)

PAULO.

¡Dios mio! aquesto os suplico.
¿Salvaréme, Dios inmenso?
¿Iré á gozar vuestra gloria?
Que me respondais espero.

DEMONIO.

Dios, Paulo, te ha escuchado,
y tus lágrimas ha visto.

PAULO, *aparte.*

¡Qué mal el temor resisto!
Ciego en mirarlo he quedado.

DEMONIO.

Me ha mandado que te saque
de esa ciega confusion,
porque esa vana ilusion
de tu contrario se aplaque.
Ve á Nápoles; y á la puerta
que llaman allá del mar,
que es por donde tú has de entrar
á ver tu ventura cierta
ó tu desdicha, verás
cerca de allá (estáme atento)

un hombre....

PAULO.

¡Qué grán contento
con tus razones me das!

DEMONIO.

Que Enrico tiene por nombre,
hijo del noble Anareto.
Conocerásle, en efeto,
por señas; que es gentil-hombre,
alto de cuerpo y gallardo.
No quiero decirte mas,
porque apenas llegarás
cuando le veas.

PAULO.

Aguardo
lo que le he de preguntar
cuando le llegare á ver.

DEMONIO.

Solo una cosa has de hacer.

PAULO.

¿Qué he de hacer?

DEMONIO.

Verle y callar,
contemplando sus acciones,
sus obras y sus palabras.

PAULO.

En mi pecho ciego labras
quimeras y confusiones.
¿Solo eso tengo de hacer?

DEMONIO.

Dios que en él repares quiere,
porque el fin que aquel tuviere,
ese fin has de tener.

(*Desaparece.*)

PAULO.

¡Oh misterio soberano!
¿Quién este Enrico será?
Por verle me muero ya.
¡Qué contento estoy, qué ufano!
Algun divino varon
debe de ser: ¿quién lo duda?

ESCENA V.

PEDRISCO.—PAULO.

PEDRISCO, *aparte.*
Siempre la fortuna ayuda
al mas flaco corazon.
Lindamente he manducado:
satisfecho quedo ya.

PAULO.
Pedrisco.

PEDRISCO.
A esos pies está
mi boca.

PAULO.
A tiempo ha llegado.
Los dos habemos de hacer
una jornada al momento.

PEDRISCO.
Brinco y salto de contento.
Mas ¿dónde, Paulo, ha de ser?

PAULO.
A Nápoles.

PEDRISCO.
¡Qué me dice!
Y ¿á qué, padre?

PAULO.
En el camino
sabrá un paso peregrino:
¡plegue á Dios que sea felice!

PEDRISCO.
¿Si seremos conocidos
de los amigos de allá?

PAULO.
Nadie nos conocerá;
que vamos desconocidos
en el trage y en la edad.

PEDRISCO.
Diez años há que faltamos:

seguros pienso que vamos;
que es tal la seguridad
de este tiempo, que en un hora
se desconoce el amigo.

PAULO.

Vamos.

PEDRISCO.

Vaya Dios conmigo.

PAULO.

De contento el alma llora.
A obedeceros me aplico,
mi Dios; nada me desmaya,
pues vos me mandais que vaya
á ver al dichoso Enrico.
¡Gran santo debe de ser!
Lleno de contento estoy.

PEDRISCO.

Y yo, pues contigo voy.
(*Aparte.* No puedo dejar de ver,
pues que mi bien es tan cierto
con tan alta maravilla,
el bodegon de Juanilla
y la taberna del tuerto.) (*Vanse.*)

ESCENA VI.

EL DEMONIO.

Bien mi engaño va trazado.
Hoy verá el desconfiado
de Dios y de su poder
el fin que viene á tener,
pues él propio lo ha buscado. (*Vase.*)

Sala de la casa de Celia en Nápoles, con atrio á la calle.

ESCENA VII.

OCTAVIO *y* LISANDRO, *en el atrio.*

LISANDRO.

La fama de esta muger
solo, á verla me ha traido.

OCTAVIO.

¿De qué es la fama?

LISANDRO.

La fama
que de ella, Octavio, he tenido,
es, de que es la mas discreta
muger que en aqueste siglo
ha visto el napolitano
reino.

OCTAVIO.

Verdad os han dicho;
pero aquesa discrecion
es el cebo de sus vicios:
con esa engaña á los necios,
con esa estafa á los lindos.
Con una octava ó soneto,
que con picaresco estilo
suele hacer de cuando en cuando,
trae á mil hombres perdidos;
y por parecer discretos,
alaban el artificio,
el lenguage y los concetos.

LISANDRO.

Notables cosas me han dicho
de esta muger.

OCTAVIO.

Está bien.
¿No os dijo el que aqueso os dijo

que es de esta muger la casa
un depósito de vivos,
y que nunca está cerrada
al napolitano rico,
ni al aleman, ni al inglés,
ni al húngaro, armenio ó indio,
ni aun al español tampoco,
con ser tan aborrecido
en Nápoles?

LISANDRO.

¿Eso pasa?

OCTAVIO.

La verdad es lo que digo,
como es verdad que venís
de ella enamorado.

LISANDRO.

Afirmo
que me enamoró su fama.

OCTAVIO.

Pues mas hay.

LISANDRO.

Sois fiel amigo.
¿Qué?

OCTAVIO.

Tiene cierto mancebo
por galan, que no ha nacido
hombre tan mal inclinado
en Nápoles.

LISANDRO.

Será Enrico,
hijo de Anareto el viejo,
que pienso que há cuatro ó cinco
años que está en una cama
el pobre viejo, tullido.

OCTAVIO.

El mismo.

LISANDRO.

Noticia tengo
de ese mancebo.

OCTAVIO.

Os afirmo,
Lisandro, que es el peor hombre

que en Nápoles ha nacido.
Aquesta muger le da
cuanto puede; y cuando el vicio
del juego suele apretalle,
se viene á su casa él mismo,
y le quita á bofetadas
las cadenas, los anillos....

LISANDRO.

¡Pobre muger!

OCTAVIO.

También ella
suele hacer sus ciertos tiros,
quitando la hacienda á muchos
que son en su amor novicios,
con esta falsa poesía.

LISANDRO.

Pues ya que estoy advertido
de amigo tan buen maestro,
allí vereis si yo os sirvo.

OCTAVIO.

Yo entraré con vos tambien;
mas ojo al dinero, amigo.

LISANDRO.

Con invencion entraremos.

OCTAVIO.

Diréisle que habeis sabido
que hace versos elegantes,
y que á precio de un anillo
unos versos os escriba
á una dama.

LISANDRO.

¡Buen arbitrio!

OCTAVIO.

Y yo, pues entro con vos,
le diré tambien lo mismo.
Esta es la casa.

LISANDRO.

Y aun pienso
que está en el patio.

OCTAVIO.

Si Enrico
nos coge dentro, por Dios,

que recelo algun peligro.

LISANDRO.

¿No es un hombre solo?

OCTAVIO.

Sí.

LISANDRO.

Ni le temo, ni le estimo.

ESCENA VIII.

—

CELIA. LIDORA.—OCTAVIO. LISANDRO.

(*Celia sale leyendo un papel, Lidora saca recado de escribir y lo pone en una mesa: ambas se adelantan hácia el proscenio. Octavio y Lisandro permanecen en el fondo.*)

CELIA.

(1) Bien escrito está el papel.

LIDORA.

Es discreto Severino.

CELIA.

Pues no se le echa de ver.

LIDORA.

Notablemente ha debido
verlo quien su carta alaba.

---

(1) Esta es la comedia de Tellez peor impresa en la primera edicion. Hasta aquí, sin contar las enmiendas ortográficas, que son muchas en cada línea, van ya hechas diez correcciones en el texto, importantes casi todas. Pero en este lugar se halla tan estragado, que no es posible descubrir la leccion original; y para que haya medida, para restablecer á lo menos el romance, es forzoso adicionar el diálogo. En la impresion primitiva se halla el pasage en la forma siguiente.

Celia. Bien escrito està el papel.
Lido. Es discreto Senerino;
Celia. Pues no sé le echà de ver?
Lid. Notablemente.
Cel. La letra es buena:
Lido. Ya entiendo,
Celia. Las razones de ignorante:
Ota. Llega, Lisandro, atrenido.

CELIA.

La letra es buena: esto digo.

LIDORA.

Ya entiendo. La mano y pluma
son de maestro de niños....

CELIA.

Las razones, de ignorante.

OCTAVIO.

Llega, Lisandro, atrevido.

LISANDRO.

Hermosa es, por vida mia.
Muy pocas veces se ha visto
belleza y entendimiento
tanto en un sugeto mismo.

LIDORA.

Dos caballeros, si ya
se juzgan por el vestido,
han entrado.

CELIA.

¿Qué querrán?

LIDORA.

Lo ordinario.

OCTAVIO.

(*A Lisandro.*)
Ya te ha visto.

CELIA.

¿Qué mandan vuesas mercedes?

LISANDRO.

Hemos llegado atrevidos,
porque en casas de poetas
y de señores, no ha sido
vedada la entrada á nadie.

LIDORA, *aparte.*

Gran sufrimiento ha tenido,
pues la llamaron poeta,
y ha callado.

LISANDRO.

Yo he sabido
que sois discreta en estremo,
y que de Homero y de Ovidio
escedeis la misma fama;
y así yo y aqueste amigo

que vuestro ingenio me alaba,
en competencia venimos
de que para cierta dama,
que mi amor puso en olvido
y se casó á su disgusto,
le hagais algo; que yo afirmo
el premio á vuestra hermosura,
si es, señora, premio digno
el daros mi corazon.

LIDORA.

(*Aparte á Celia.*)

Por Belerma te ha tenido.

OCTAVIO.

Yo vine tambien, señora,
(pues vuestro ingenio divino
obliga á los que se precian
de discretos) á lo mismo.

CELIA.

¿Sobre quién tiene de ser?

LISANDRO.

Una muger que me quiso
cuando tuvo que quitarme,
y ya que pobre me ha visto,
se recogió á buen vivir.

LIDORA, *aparte.*

Muy como discreta hizo.

CELIA.

A buen tiempo habeis llegado;
que á un papel que me han escrito,
queria responder ahora;
y pues decís que de Ovidio
escedo la antigua fama,
haré ahora mas que él hizo.
A un tiempo se han de escribir
vuestros papeles y el mio.

(*A Lidora.*)

Da á todos tinta y papel.

LISANDRO.

¡Bravo ingenio!

OCTAVIO.

Peregrino.

LIDORA.

Aquí está tinta y papel.

CELIA.

Escribid, pues.

(*Siéntanse á una mesa Celia, Lisandro y Octavio.*)

LISANDRO.

Ya escribimos.

CELIA.

Tú dices que á una muger
que se casó....

LISANDRO.

Aqueso digo.

CELIA.

Y tú á la que te dejó
despues que no fuiste rico.

OCTAVIO.

Así es verdad.

CELIA.

Y yo aquí
le respondo á Severino.

(*Dicta Celia, al mismo tiempo que escribe, á Lisandro y á Octavio.*)

ESCENA IX.

ENRICO *y* GALVAN, *ambos con espada y broquel.*—OCTAVIO. LISANDRO. CELIA. LIDORA.

ENRICO.

¿Qué se busca en esta casa,
hidalgos?

LISANDRO.

Nada buscamos:
estaba abierta, y entramos.

ENRICO.

¿Conóceme?

LISANDRO.

Aquesto pasa.

ENRICO.

Pues váyanse noramala,

que voto á Dios, si me enojo....
No me hagas, Celia, del ojo.

OCTAVIO, *aparte.*

¿Qué locura á aquesta iguala?

ENRICO.

Que los arroje en el mar,
aunque está lejos de aquí.

CELIA.

(*Bajo á Enrico.*)
Mi bien, por amor de mí.

ENRICO.

¿Tú te atreves á llegar?
Apártate: voto á Dios,
que te dé una bofetada.

OCTAVIO.

Si el estar aquí os enfada,
ya nos iremos los dos.

LISANDRO.

¿Sois pariente, ó sois hermano
de aquesta señora?

ENRICO.

Soy
el diablo.

GALVAN.

Y ya yo estoy
con la hojarasca en la mano.
(*A Enrico.*)
Sacúdelos.

OCTAVIO.

Deteneos.

CELIA.

Mi bien, por amor de Dios.

OCTAVIO.

Aquí venimos los dos,
no con lascivos deseos,
sino á que nos escribiese
unos papeles....

ENRICO.

Pues ellos
que se precian de tan bellos,
¿no saben escribir?

OCTAVIO.

Cese
vuestro enojo.

ENRICO.

¿Qué es cesar?—
¿Qué es de lo escrito?

OCTAVIO.

(*Dándole los papeles.*)
Esto es.

ENRICO.

(*Rasgándolos.*)
Vuelvan por ellos despues,
porque ahora no hay lugar.

CELIA.

¿Los rompiste?

ENRICO.

Claro está.
Y si me enojo....

CELIA.

(*Bajo á Enrico.*)
¡Mi bien!

ENRICO.

Haré lo mismo tambien
de sus caras.

LISANDRO.

Basta ya.

ENRICO.

Mi gusto tengo de hacer
en todo cuanto quisiere;
y si voarcé lo quiere
seor hidalgo, defender,
cuéntese sin piernas ya,
porque yo nunca temí
hombres como ellos.

LISANDRO.

¡Que ansi
nos trate un hombre!

OCTAVIO.

Callá.

ENRICO.

Ellos si se precian de hombres,
siendo de muger las almas,

si pretenden llevar palmas,
y ganar honrosos nombres,
defiéndanse de esta espada.
(*Enrico y Galvan acuchillan á Lisandro y Octavio.*)

CELIA.

¡Mi bien!

ENRICO.

Aparta.

CELIA.

Detente.

ENRICO.

Nadie detenerme intente. (1)

CELIA.

¡Qué es aquesto! ¡Ay desdichada!
(*Octavio y Lisandro huyen.*)

ESCENA X.

CELIA. ENRICO. LIDORA. GALVAN.

LIDORA.

Huyendo van, que es belleza.

GALVAN.

¡Qué cuchillada le dí!

ENRICO.

Viles gallinas, ¿ansí
afrentais vuestra destreza?

CELIA.

Mi bien, ¿qué has hecho?

ENRICO.

¡Nonada! (2)
¡Gallardamente le dí
á aquel mas alto! le abrí
un geme de cuchillada.

---

(1) *No me detendrá el mismo infierno*, dice en la primera edicion.

(2) ¡Friolera! Una friolera.

LIDORA.

(*A Celia.*)

¡Bien el que entra á verte gana!

GALVAN.

Una punta le tiré
á aquel mas bajo, y le eché
fuera una arroba de lana.
¡Terrible peto traia!

ENRICO.

¡Siempre, Celia, me has de dar
disgusto!

CELIA.

Basta el pesar;
sosiega, por vida mia.

ENRICO.

¿No te he dicho que no gusto
que entren estos marquesotes,
todos guedeja y bigotes,
adonde me dan disgusto?
¿Qué provecho tienes de ellos?
¿Qué te ofrecen, qué te dan
estos que contino están
rizándose los cabellos?
De peña, de roble ó risco
es al dar su condicion:
su bolsa hizo profesion
en la orden de San Francisco.
Pues ¿para qué los admites?
¿para qué los das entrada?
¿No te tengo yo avisada?
Tú harás algo que me incites
á cólera.

CELIA.

Bueno está.

ENRICO.

Apártate.

CELIA.

Oye, mi bien,
porque sepas que hay tambien
alguno en estos que da.
Aqueste anillo y cadena
me dieron estos.

ENRICO.

A ver.

La cadena he menester,
que me parece muy buena.

CELIA.

¿La cadena?

ENRICO.

Y el anillo
tambien me has de asegurar.

LIDORA.

Déjale algo á mi señora.

ENRICO.

Ella ¿no sabrá pedillo?
¿Para qué lo pides tú?

GALVAN.

Esta por hablar se muere.

LIDORA, *aparte.*

¡Mal haya quien bien os quiere,
rufianes de Bercebú!

CELIA.

Todo es tuyo, vida mia;
y pues yo tan tuya soy,
escúchame.

ENRICO.

Atento estoy.

CELIA.

Solo pedirte querria
que nos lleves esta tarde
á la puerta de la mar.

ENRICO.

El manto puedes tomar.

CELIA.

Yo haré que allá nos aguarde
la merienda.

ENRICO.

Oyes, Galvan,
vé á avisar luego al instante
á nuestro amigo Escalante,
á Cherinos y Roldan
que voy con Celia.

GALVAN.

Si haré.

ENRICO.

Di que á la puerta de mar
nos vayan luego á esperar
con sus mozas.

LIDORA.

¡Bien á fé!

GALVAN.

Ello habrá lindo bureo.
¿Mas qué ha de haber cuchilladas?

CELIA.

¿Quieres que vamos tapadas?

ENRICO.

No es eso lo que deseo.
Descubiertas habeis de ir,
porque quiero en este dia
que sepan que tú eres mia.

CELIA.

Como te podré servir,
vamos.

(Enrico y Galvan se encaminan al atrio y hablan aparte al salir.)

LIDORA.

(A Celia.)

Tú eres inocente:
¿todas las joyas le has dado?

CELIA.

Todo está bien empleado
en hombre que es tan valiente.

GALVAN.

¿Mas que no te acuerdas ya
que te dijeron ayer
que una muerte habias de hacer?

ENRICO.

Cobrada y gastada está
ya la mitad del dinero.

GALVAN.

Pues ¿para qué vas al mar?

ENRICO.

Despues se podrá trazar;
que ahora, Galvan, no quiero.
Anillo y cadena tengo,
que me dió la tal señora:

dineros sobran ahora.

GALVAN.

Ya tus intentos prevengo.

ENRICO.

Viva alegre el desdichado,
libre de cuidado y pena;
que en gastando la cadena,
le daremos su recado. (*Vanse.*)

Vista de Nápoles por la puerta del mar.

ESCENA XI.

—

PAULO *y* PEDRISCO, *y al fin* ENRICO, CELIA, ROLDAN, *y* CHERINOS.

PEDRISCO.

Maravillado estoy de tal suceso.

PAULO.

Secretos son de Dios.

PEDRISCO.

¿De modo, padre,
que el fin que ha de tener aqueste Enrico,
ha de tener tambien?

PAULO.

Faltar no puede
la palabra de Dios: el angel suyo
me dijo que si Enrico se condena,
yo me he de condenar; y si él se salva,
tambien me he de salvar.

PEDRISCO.

Sin duda, padre,
que es un santo varon aqueste Enrico.

PAULO.

Eso mismo imagino.

PEDRISCO.

Esta es la puerta

que llaman de la mar.

PAULO.

Aquí me manda
el angel que le aguarde.

PEDRISCO.

Aquí vivia
un tabernero gordo, padre mio,
adonde yo acudia muchas veces;
y mas allá, si acaso se le acuerda,
vivia aquella moza rubia y alta,
que archero de la guarda parecia,
á quien él requebraba.

PAULO.

¡O vil contrario!
Livianos pensamientos me fatigan.
¡O cuerpo flaco! Hermano, escuche.

PEDRISCO.

Escucho.

PAULO.

El contrario me tiene con memoria
y con pasados gustos....

(Échase en el suelo.)

PEDRISCO.

Pues ¿qué hace?

PAULO.

En el suelo me arrojo de esta suerte,
para que en él me pise: llegue, hermano.
Píseme muchas veces.

PEDRISCO.

En buen hora;
que soy muy obediente, padre mio.

(Písale.)

¿Písole bien?

PAULO.

Sí, hermano.

PEDRISCO.

¿No le duele?

PAULO.

Pise, y no tenga pena.

PEDRISCO.

¡Pena, padre!
¿Por qué razon he yo de tener pena?

Piso y repiso, padre de mi vida;
mas temo no rebiente, padre mio.

PAULO.

Píseme, hermano.

ROLDAN, *dentro.*

Deteneos, Enrico.

ENRICO, *dentro.*

Al mar he de arrojalle, vive el cielo.

PAULO.

A Enrico oí nombrar.

ENRICO, *dentro.*

¿Gente mendiga
ha de haber en el mundo?

CHERINOS, *dentro.*

Deteneos.

ENRICO, *dentro.*

Podrásme detener en arrojándole.

CELIA, *dentro.*

¿A dónde vas? Detente.

ENRICO, *dentro.*

No hay remedio:
harta merced te hago, pues te saco
de tan grande miseria.

ROLDAN, *dentro.*

¡Qué habeis hecho!

ESCENA XII.

—

ENRICO. CELIA. LIDORA. GALVAN. ROLDAN. ESCALANTE. CHERINOS. PAULO. PEDRISCO.

(*El ermitaño y Pedrisco se retiran á un lado y observan; los demas personages ocupan el medio del teatro.*)

ENRICO.

Llegó á pedirme un pobre una limosna;
dolióme el verle con tan gran miseria;
y porque no llegase á avergonzarse
á otro desde hoy, cogíle en brazos,
y le arrojé en el mar.

PAULO.

¡Delito inmenso!

ENRICO.

Ya no será mas pobre, segun pienso.

PEDRISCO.

¡Algun diablo limosna te pidiera!

CELIA.

¡Siempre has de ser crüel!

ENRICO.

No me repliques;
que haré contigo y los demas lo mismo.

ESCALANTE.

Dejemos eso agora, por tu vida.
Sentémonos los dos, Enrico amigo.

PAULO.

(*A Pedrisco.*)
A este han llamado Enrico.

PEDRISCO.

Será otro.
¿Querias tú que fuese este mal hombre,
que en vida está ya ardiendo en los infiernos?
Aguardemos á ver en lo que para.

ENRICO.

Pues siéntense voarcedes, porque quiero
haya conversacion.

ESCALANTE.

Muy bien ha dicho.

ENRICO.

Siéntese Celia aquí.

CELIA.

Ya estoy sentada.

ESCALANTE.

Tú conmigo, Lidora. (1)

LIDORA.

Lo mismo digo yo, seor Escalante.

CHERINOS.

Siéntese aquí Roldan.

ROLDAN.

Ya voy, Cherinos.

---

(1) Falta medio verso.

PEDRISCO.

¡Mire qué buenas almas, padre mio!
Lléguese mas, verá de lo que tratan.

PAULO.

¡Que no viene mi Enrico!

PEDRISCO.

Mire y calle;
que somos pobres, y este desalmado:
no nos eche en la mar.

ENRICO.

Agora quiero
que cuente cada uno de vuarcedes
las hazañas que ha hecho en esta vida.
Quiero decir.... hazañas.... Latrocinios,
cuchilladas, heridas, robos, muertes,
salteamientos y cosas de este modo.

ESCALANTE.

Muy bien ha dicho Enrico.

ENRICO.

Y al que hubiere
hecho mayores males, al momento
una corona de laurel le pongan,
cantándole alabanzas y motetes.

ESCALANTE.

Soy contento.

ENRICO.

Comience, seo Escalante.

PAULO.

¡Que esto sufre el Señor!

PEDRISCO.

Nada le espante.

ESCALANTE.

Yo digo ansí.

PEDRISCO.

¡Qué alegre y satisfecho!

ESCALANTE.

Veinticinco pobretes tengo muertos,
seis casas he escalado, y treinta heridas
he dado con la chica.

PEDRISCO.

¡Quién te viera
hacer en una horca cabrïolas!

ENRICO.

Diga Cherinos.

PEDRISCO.

¡Qué ruin nombre tiene!
¡Cherinos! Cosa poca.

CHERINOS.

Yo comienzo.
No he muerto á ningun hombre; pero he dado
mas de cien puñaladas.

ENRICO.

¿Y ninguna
fue mortal?

CHERINOS.

Amparóles la fortuna.
De capas que he quitado en esta vida
y he vendide á un ropero, está ya rico.

ENRICO.

¿Véndelas él?

CHERINOS.

¿Pues no?

ENRICO.

¿No las conocen?

CHERINOS.

Por quitarse de aquestas ocasiones,
las convierte en ropillas y calzones.

ENRICO.

¿Habeis hecho otra cosa?

CHERINOS.

No me acuerdo.

PEDRISCO.

¿Mas que le absuelve ahora el ladronazo?

CELIA.

Y tú ¿qué has hecho, Enrico?

ENRICO.

Oigan voarcedes.

ESCALANTE.

Nadie cuente mentiras.

ENRICO.

Yo soy hombre
que en mi vida las dije.

GALVAN.

Tal se entiende.

PEDRISCO.

¿No escucha, padre mio, estas razones?

PAULO.

Estoy mirando á ver si viene Enrico.

ENRICO.

Haya, pues, atencion.

CELIA.

Nadie te impide.

PEDRISCO.

¡Miren á qué sermon atencion pide!

ENRICO.

Yo nací mal inclinado,
como se vé en los efetos
del discurso de mi vida
que referiros pretendo.
Con regalos me crié
en Nápoles; que ya pienso
que conoceis á mi padre,
que aunque no fue caballero
ni de sangre generosa,
era muy rico; y yo entiendo
que es la mayor calidad
el tener, en este tiempo.
Crióme al fin, como digo,
entre regalos, haciendo
travesuras cuando niño,
locuras cuando mancebo.
Hurtaba á mi viejo padre,
arcas y cofres abriendo,
los vestidos que tenia,
las joyas y los dineros.
Jugaba: y digo jugaba,
para que sepais con esto
que de cuantos vicios hay,
es el primer padre el juego.
Quedé pobre y sin hacienda;
y como enseñado á hacerlo,
dí en robar de casa en casa
cosas de pequeño precio:
iba á jugar y perdia;
mis vicios iban creciendo.
Dí luego en acompañarme,

con otros del arte mesmo;
escalamos siete casas,
dimos la muerte á sus dueños;
lo robado repartimos
para dar caudal al juego.
De cinco que éramos todos,
solo los cuatro prendieron,
y nadie me descubrió,
aunque les dieron tormento.
Pagaron en una plaza
su delito, y yo con esto,
de escarmentado, acogíme
á hacer á solas mis hechos.
Íbame todas las noches
solo, á la casa del juego,
donde á su puerta aguardaba
á que saliesen de adentro.
Pedia con cortesía
el barato, y cuando ellos
iban á sacar que darme,
sacaba yo el fuerte acero,
que riguroso escondia
en sus inocentes pechos,
y por fuerza me llevaba,
lo que ganando perdieron.
Quitaba de noche capas;
tenia diversos hierros
para abrir cualquiera puerta,
y hacerme capaz del dueño.
Las mugeres estafaba;
y no dándome el dinero,
visitaba una navaja
su rostro luego al momento.
Aquestas cosas hacia
el tiempo que fui mancebo;
pero escuchadme y sabreis,
siendo hombre, las que he hecho.
A treinta desventurados
yo solo, y aqueste acero
que es de la muerte ministro,
del mundo sacado habemos:
los diez, muertos por mi gusto,

y los veinte me salieron,
uno con otro, á doblon.
Direis que es pequeño precio:
es verdad; mas voto á Dios,
que en faltándome el dinero,
que mate por un doblon
á cuantos me estan oyendo.
Seis doncellas he forzado:
¡dichoso llamarme puedo,
pues seis he podido hallar
en este felice tiempo!
De una principal casada
me aficioné; y en secreto
habiendo entrado en su casa
á ejecutar mi deseo,
dió voces, vino el marido;
y yo enojado y resuelto,
llegué con él á los brazos;
y tanto en ellos le aprieto,
que perdió tierra; y á penas
en este punto le veo,
cuando de un balcon le arrojo,
y en el suelo cayó muerto.
Dió voces la tal señora;
y yo sacando el acero,
le metí cinco ó seis veces
en el cristal de su pecho,
donde puertas de rubíes
en campos de cristal bellos
le dieron salida al alma
para que se fuese huyendo.
Por hacer mal solamente,
he jurado juramentos
falsos, fingido quimeras,
hecho máquinas y enredos;
y un sacerdote que quiso
reprenderme con buen celo,
de un bofeton que le dí,
cayó en tierra medio muerto.
Porque supe que encerrado
en casa de un pobre viejo
estaba un contrario mio,

á la casa puse fuego;
y sin poder remediallo,
todos se quemaron dentro,
y hasta dos niños hermanos
ceniza quedaron hechos.
No digo jamás palabra
sino es con un juramento,
con un pese ó un porvida,
porque sé que ofendo al cielo.
En mi vida misa oí,
ni estando en peligros ciertos
de morir, me he confesado,
ni invocado á Dios eterno.
No he dado limosna nunca,
aunque tuviese dineros;
antes persigo á los pobres,
como habeis visto el ejemplo.
No respeto á religiosos:
de sus iglesias y templos
seis cálices he robado
y diversos ornamentos
que sus altares adornan.
Ni á la justicia respeto.
Mil veces me he resistido,
y á sus ministros he muerto;
tanto que para prenderme
no tienen ya atrevimiento.
Y finalmente, yo estoy
preso por los ojos bellos
de Celia, que está presente:
todos la tienen respeto
por mí que la adoro; y cuando
sé que la sobran dineros,
con lo que me da, aunque poco,
mi viejo padre sustento,
que ya le conocereis
por el nombre de Anareto.
Cinco años há que tullido
en una cama le tengo,
y tengo piedad con él
por estar pobre el buen viejo,
y porque soy causa al fin

de ponelle en tal estremo,
por jugarle yo su hacienda
el tiempo que fuí mancebo.
Todo es verdad lo que he dicho,
voto á Dios, y que no miento.
Juzgad ahora vosotros
cuál merece mayor premio.

PEDRISCO.

Cierto, padre de mi vida,
que son servicios tan buenos,
que puede ir á pretender
este á la corte.

ESCALANTE.

Confieso
que tú el lauro has merecido.

ROLDAN.

Y yo confieso lo mesmo.

CHERINOS.

Todos lo mesmo decimos.

CELIA.

El laurel darte pretendo.

ENRICO.

Vivas, Celia, muchos años.

CELIA.

(Poniendo á Enrico una corona de laurel.)
Toma, mi bien; y con esto,
pues que la merienda aguarda,
nos vamos.

GALVAN.

Muy bien has hecho.

CELIA.

Digan todos: «viva Enrico.»

TODOS.

Viva el hijo de Anareto.

ENRICO.

Al punto todos nos vamos
á holgarnos y entretenernos.
(Vanse Enrico y los que salieron con él.)

ESCENA XIII.

PAULO. PEDRISCO.

PAULO.

Salid, lágrimas, salid,
salid apriesa del pecho,
no lo dejeis de vergüenza.
¡Qué lastimoso suceso!

PEDRISCO.

¿Qué tiene, padre?

PAULO.

¡Ay hermano!
penas y desdichas tengo.
Este mal hombre que he visto,
es Enrico.

PEDRISCO.

¿Cómo es eso?

PAULO.

Las señas que me dió el angel
son suyas.

PEDRISCO.

¿Es eso cierto?

PAULO.

Sí, hermano, porque me dijo
que era hijo de Anareto,
y aqueste tambien lo ha dicho.

PEDRISCO.

Pues aqueste ya está ardiendo
en los infiernos.

PAULO.

¡Ay triste!
Eso solo es lo que temo.
El angel de Dios me dijo
que si este se va al infierno,
que al infierno tengo de ir,
y al cielo, si este va al cielo.
Pues al cielo, hermano mio,
¿cómo ha de ir este, si vemos

tantas maldades en él,
tantos robos manifiestos,
crueldades y latrocinios,
y tan viles pensamientos?

PEDRISCO.

En eso ¿quién pone duda?
Tan cierto se irá al infierno
como el despensero Judas.

PAULO.

¡Gran Señor! ¡Señor eterno!
¿por qué me habeis castigado
con castigo tan inmenso?
Diez años y mas, señor,
há que vivo en el desierto
comiendo yerbas amargas,
salobres aguas bebiendo,
solo porque vos, Señor,
juez piadoso, sabio, recto,
perdonarais mis pecados.
¡Cuán diferente lo veo!
Al infierno tengo de ir.
¡Ya me parece que siento
que aquellas voraces llamas
van abrasando mi cuerpo!
¡Ay! ¡qué rigor!

PEDRISCO.

Ten paciencia.

PAULO.

¿Qué paciencia ó sufrimiento
ha de tener el que sabe
que se ha de ir á los infiernos?
¡Al infierno! centro obscuro,
donde ha de ser el tormento
eterno, y ha de durar
lo que Dios durare. ¡Ah cielo!
¡Que nunca se ha de acabar!
¡que siempre han de estar ardiendo
las almas! ¡Siempre! ¡Ay de mí!

PEDRISCO.

(*Aparte*. Solo oirle me da miedo.)
Padre, volvamos al monte.

PAULO.

Que allá volvamos pretendo;
pero no á hacer penitencia,
porque ya no es de provecho.
Dios me dijo que si aqueste
se iba al cielo, me iria al cielo,
y al profundo, si al profundo.
Pues es ansí, seguir quiero
su misma vida; perdone
Dios aqueste atrevimiento:
si su fin he de tener,
tenga su vida y sus hechos;
que no es bien que yo en el mundo
esté penitencia haciendo,
y que él viva en la ciudad
con gustos y con contentos,
y que á la muerte tengamos
un fin.

PEDRISCO.

Es discreto acuerdo.
Bien ha dicho, padre mio.

PAULO.

En el monte hay bandoleros:
bandolero quiero ser,
porque así igualar pretendo
mi vida con la de Enrico,
pues un mismo fin tendremos.
Tan malo tengo de ser
como él, y peor si puedo;
que pues ya los dos estamos
condenados al infierno,
bien es que antes de ir allá,
en el mundo nos venguemos.
¡Ah Señor! ¿quién tal pensara?

PEDRISCO.

Vamos, y déjate de eso,
y de esos árboles altos
los hábitos ahorquemos.
Vístete galan.

PAULO.

Si haré;
y yo haré que tengan miedo

á un hombre, que siendo justo,
se ha condenado al infierno.
Rayo del mundo he de ser,

PEDRISCO.

¿Qué se ha de hacer sin dineros?

PAULO.

Yo los quitaré al demonio,
si fuere cierto el traerlos.

PEDRISCO.

Vamos pues.

PAULO.

Señor, perdona
si injustamente me vengo.
Tú me has condenado ya:
tu palabra, es caso cierto
que atrás no puede volver.
Pues si es ansí, tener quiero
en el mundo buena vida,
pues tan triste fin espero.
Los pasos pienso seguir
de Enrico.

PEDRISCO.

Ya voy temiendo
que he de ir contigo á las ancas,
cuando vayas al infierno.



ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de Anareto. Una puerta de alcoba en el fondo con las cortinas echadas.

ESCENA I.

ENRICO. GALVAN.

ENRICO.

¡Válgate el diablo el juego!
¡qué mal que me ha tratado!

GALVAN.

Siempre eres desdichado.

ENRICO.

¡Fuego en las manos, fuego!
¿Estais descomulgadas?

GALVAN.

Echáronte á perder suertes trocadas.

ENRICO.

Derechas no las gano;
si las trueco, tampoco.

GALVAN.

Él es un juego loco.

ENRICO.

Esta derecha mano
me tiene destruido:
noventa y nueve escudos he perdido.

GALVAN.

¿Pues para qué estás triste,
que nada te costaron?

ENRICO.

¡Qué poco que duraron!
¿Viste tal cosa? ¿viste
tal multitud de suertes?

GALVAN.

Con esa pesadumbre te diviertes,
y no cuidas de nada:
y has de matar á Albano;
que de Laura el hermano
te tiene ya pagada
la mitad del dinero.

ENRICO.

Sin blanca estoy: matar á Albano quiero.

GALVAN.

¿Y aquesta noche, Enrico,
Cherinos y Escalante....?

ENRICO.

Empresa es importante: (1)
á ayudallos me aplico.
¿No han de robar la casa
de Octavio el genovés?

GALVAN.

Aqueso pasa.

ENRICO.

Pues yo seré el primero
que suba á sus balcones:
en tales ocasiones
aventajarme quiero.
Vé y diles que aquí aguardo.

GALVAN.

Volando voy, que en todo eres gallardo. (*Vase.*)

ESCENA II.

—

ENRICO.

Pues mientras ellos se tardan,
y el manto lóbrego aguardan
que su remedio ha de ser,
quiero un viejo padre ver
que aquestas paredes guardan.
Cinco años há que le tengo
en una cama tullido,
y tanto á estimarle vengo,

---

(1) Suplido.

que con andar tan perdido,
á mi costa le mantengo.
De lo que Celia me da,
ó yo por fuerza le quito,
traigo lo que puedo acá,
y su vida solicito,
que acabando el curso va.
De lo que de noche puedo,
varias casas escalando,
robar con cuidado ó miedo,
voy su sustento aumentando,
y á veces sin él me quedo.
Que esta virtud solamente
en mi vida distraida
conservo piadosamente;
que es deuda al padre debida
el serle el hijo obediente.
En mi vida le ofendí,
ni pesadumbre le dí:
en todo cuanto mandó,
siempre obediente me halló
desde el dia en que nací;
que aquestas mis travesuras,
mocedades y locuras,
nunca á saberlas llegó;
que á saberlas, bien sé yo
que aunque mis entrañas duras,
de peña, al blanco cristal
opuesta, fueron formadas,
y mi corazon igual
á las fieras encerradas
en riscos de pedernal,
que las hubiera atajado;
pero siempre le he tenido
donde de nadie informado,
ni un disgusto ha recebido
de tantos como he causado.

(Descorre las cortinas de la alcoba, y se ve á Anareto dormido en una silla.)

ESCENA III.

ANARETO.—ENRICO.

ENRICO.
Aquí está: quiérole ver.
Durmiendo está al parecer.
Padre.

ANARETO.
(*Despertando.*)
¡Mi Enrico querido!

ENRICO.
Del descuido que he tenido,
perdon espero tener
de vos, padre de mis ojos.
¿Heme tardado?

ANARETO.
No, hijo.

ENRICO.
No os quisiera dar enojos.

ANARETO.
En verte me regocijo.

ENRICO.
No el sol por celages rojos
saliendo á dar resplandor
á la tiniebla mayor
que espera tan alto bien,
parece al dia tan bien,
como vos á mí, señor.
Que vos para mí sois sol,
y los rayos que arrojais
de ese divino arrebol,
son las canas con que honrais
este reino.

ANARETO.
Eres crisol
donde la virtud se apura.

ENRICO.
¿Habeis comido?

ANARETO.

Yo no.

ENRICO.

Hambre tendreis.

ANARETO.

La ventura
de mirarte me quitó
la hambre.

ENRICO.

No me asegura,
padre mio, esa razon
nacida de la aficion
tan grande que me teneis;
pero agora comereis,
que las dos pienso que son
de la tarde. Yo la mesa
os quiero, padre, poner.

ANARETO.

De tu cuidado me pesa.

ENRICO.

Todo esto y mas ha de hacer
el que obediencia profesa.
(*Aparte.* Del dinero que jugué,
un escudo reservé
para comprar que comiese;
porque aunque al juego le pese,
no ha de faltarme esta fe.)
Aquí traigo en el lenzuelo,
padre mio, que comais.
Estimad mi justo celo.

ANARETO.

Bendito, mi Dios, seais
en la tierra y en el cielo,
pues que tal hijo me distes
cuando tullido me vistes,
que mis pies y manos sea.

ENRICO.

Comed, porque yo lo vea.

ANARETO.

Miembros cansados y tristes,
ayudadme á levantar.

ENRICO.

Yo, padre, os quiero ayudar.

ANARETO.

Fuerza me infunden tus brazos.

ENRICO.

Quisiera en estos abrazos
la vida poderos dar.
Y digo, padre, la vida,
porque tanta enfermedad
es ya muerte conocida.

ANARETO.

La divina voluntad
se cumpla.

ENRICO.

Ya la comida
os espera. ¿Llegaré
la mesa?

ANARETO.

No, hijo mio;
que el sueño me vence.

ENRICO.

¿Á fe?
Pues dormid.

ANARETO.

Dádome ha un frio
muy grande.

ENRICO.

Yo os llegaré
la ropa.

ANARETO.

No es menester.

ENRICO.

Dormid.

ANARETO.

Yo, Enrico, quisiera,
por llegar siempre á temer
que en viéndote es la postrera
vez que te tengo de ver,
(porque aquesta enfermedad
me trata con tal crueldad);
yo quisiera que tomaras
estado.

ENRICO.

¿En eso reparas?
Cúmplase tu voluntad.
Mañana pienso casarme.
(*Aparte.* Quiero darle aqueste gusto,
aunque finja.)

ANARETO.

Será darme
la salud.

ENRICO.

Hacer es justo
lo que tú puedes mandarme.

ANARETO.

Moriré, Enrico, contento.

ENRICO.

Darte gusto en todo intento,
porque veas de esta suerte
que por solo obedecerte,
me sujeto al casamiento.

ANARETO.

Pues, Enrico, como viejo
te quiero dar un consejo.
No busques muger hermosa,
porque es cosa peligrosa
ser en carcel mal segura
alcaide de una hermosura,
donde es la afrenta forzosa.
Está atento, Enrico.

ENRICO.

Dí.

ANARETO.

Y nunca entienda de tí
que de su amor no te fias;
que viendo que desconfias,
todo lo ha de hacer ansí.
Con tu mismo ser la iguala;
ámala, sirve y regala;
con celos no la des pena;
que no hay muger que sea buena,
si ve que piensan que es mala.
No declares tu pasion
hasta llegar la ocasion,

y luego....

(*Duérmese.*)

ENRICO.

Vencióle el sueño,
que es de los sentidos dueño,
al dar la mejor licion.
Quiero la ropa llegalle,
y de esta suerte dejalle
hasta que repose.

(*Arrópale.*)

ESCENA IV.

—

GALVAN.—ENRICO.

GALVAN.

Ya
todo prevenido está,
y mira que por la calle
viene Albano.

ENRICO.

¿Quién?

GALVAN.

Albano,
á quien la muerte has de dar.

ENRICO.

¿Pues yo he de ser tan tirano?

GALVAN.

¡Cómo!

ENRICO.

¿Yo le he de matar
por un interes liviano?

GALVAN.

¿Ya tienes temor?

ENRICO.

Galvan,
estos dos ojos que estan
con este sueño cubiertos,
por temer que esten despiertos,
aqueste temor me dan.

No me atrevo, aunque mi nombre
tiene su altivo renombre
en las memorias escrito,
intentar tan gran delito
dónde está durmiendo este hombre.

GALVAN.

¿Quién es?

ENRICO.

Un hombre eminente,
á quien temo solamente,
y en esta vida respeto;
que para el hijo discreto
es el padre muy valiente.
Si conmigo le llevara
siempre, nunca yo intentara
los delitos que condeno,
pues fuera su vista el freno
que en la ocasion me tirara.
Pero corre esa cortina;
que el no verle, podrá ser
(pues mi favor afemina)
que rigor venga á tener,
si ahora piedad me inclina.

GALVAN.

(*Corre las cortinas de la alcoba.*)
Ya está corrida.

ENRICO.

Galvan,
ahora que no le veo,
ni sus ojos luz me dan,
matemos, si es tu deseo,
cuantos en el mundo estan.

GALVAN.

Pues mira que viene Albano,
y que de Laura al hermano
que le des muerte conviene.

ENRICO.

Pues él á buscarla viene,
dale por muerto.

GALVAN.

Eso es llano. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA V.

ALBANO, *y un momento despues* ENRICO *y* GALVAN.

ALBANO.

(Cruzando el teatro.)

El sol á poniente va,
como va mi edad tambien,
y con cuidado estará
mi esposa. *(Vase.)*

ENRICO.

(Que se ha quedado inmovil mirando á Albano, al tiempo de salir.)

Brazo, deten.

GALVAN.

¿Qué aguardas, Enrico, ya?

ENRICO.

Miro un hombre que es retrato
y viva imagen de aquel
á quien siempre de honrar trato:
pues dí, si aquí soy crüel,
¿no seré á mi padre ingrato?
Hoy de mis manos tiranas
por ser viejo, Albano, ganas
la cortesía que esperas;
que son piadosas terceras,
aunque mudas, esas canas.
Vete libre; que repara
mi honor (que asi se declara,
aunque á mi opinion no cuadre)
que pensara que á mi padre
mataba, si te matara.
Canas, las que os aborrecen,
hoy á estimaros empiecen: (1)

(1) Suplido.

poco las ofenderán,
pues tan seguras se van
cuando enemigos se ofrecen.

GALVAN.

Vive Dios, que no te entiendo.
Otro eres ya del que fuiste.

ENRICO.

Poco mi valor ofendo.

GALVAN.

Darle la muerte pudiste.

ENRICO.

No es eso lo que pretendo.
A nadie temí en mi vida;
varios delitos he hecho,
he sido fiero homicida,
y no hay maldad que en mi pecho
no tenga siempre acogida;
pero en llegando á mirar
las canas que supe honrar
porque en mi padre las ví,
todo el furor reprimí,
y las procuré estimar.
Si yo supiera que Albano
era de tan larga edad,
nunca de Laura al hermano
prometiera tal crueldad.

GALVAN.

Respeto fue necio y vano.
El dinero que te dió,
por fuerza habrás de volver,
ya que Albano no murió.

ENRICO.

Podrá ser.

GALVAN.

¿Qué es podrá ser?

ENRICO.

Podrá ser, si quiero yo.

GALVAN.

Él viene.

ESCENA VI.

OCTAVIO.—ENRICO. GALVAN.

OCTAVIO.

Á Albano encontré
vivo y sano como yo.

ENRICO.

Yo lo creo.

OCTAVIO.

Y no pensé
que la palabra que dió
de matarle vuesasté,
no se cumpliera tan bien
como se cumplió la paga.
Esto ¿es ser hombre de bien?

GALVAN, *aparte.*

Este busca que le den
un bofeton con la daga.

ENRICO.

No mato á hombres viejos yo;
y si á voarcé le ofendió,
vaya y mátele al momento;
que yo quedo muy contento
con la paga que me dió.

OCTAVIO.

El dinero ha de volverme.

ENRICO.

Váyase voarcé con Dios.
No quiera enojado verme;
que ¡juro á Dios....!

(*Sacan las espadas Octavio y Enrico, y se acuchillan.*)

GALVAN.

Ya los dos
riñen: el diablo no duerme.

OCTAVIO.

Mi dinero he de cobrar.

ENRICO.

Pues yo no lo pienso dar.

OCTAVIO.

Eres un gallina.

ENRICO.

Mientes.

(*Le hiere.*)

OCTAVIO.

Muerto soy.

(*Cae.*)

ENRICO.

Mucho lo sientes.

GALVAN.

Hubiérase ido á acostar.

ENRICO.

A hombres como tú, arrogantes,
doy la muerte yo, no á viejos,
que con canas y consejos
vencen ánimos gigantes.
Y si quisieres probar
lo que llego á sustentar,
pide á Dios, si él lo permite,
que otra vez te resucite,
y te volveré á matar.

ESCENA VII.

EL GOBERNADOR. ESBIRROS. GENTE.—ENRICO. GALVAN.

GOBERNADOR.

(*Antes de salir.*)

Prendedle, dadle muerte.

GALVAN.

Aquesto es malo.
Mas de cién hombres vienen á prenderte
con el gobernador.

ENRICO.

Vengan seiscientos.
Si me prenden, Galvan, mi muerte es cierta;
si me defiendo, puede hacer mi dicha
que no me maten, y que yo me escape;
y mas quiero morir con honra y fama.—

Aquí está Enrico: ¿no llegais, cobardes?

GALVAN.

Cercado te han por todas partes.

ENRICO.

Cerquen;
que vive Dios, que tengo de arrojarme
por entre todos.

GALVAN.

Yo tus pasos sigo.

ENRICO.

Pues haz cuenta que César va contigo.

(*Salen el gobernador y los que le acompañan: Enrico y Galvan los acometen.*)

GOBERNADOR.

¿Eres demonio?

ENRICO.

Soy un hombre solo
que huye de morir.

GOBERNADOR.

Pues date preso,
y yo te libraré.

ENRICO.

No pienso en eso.
(*Lidiando.*)
Ansí habeis de prenderme.

GALVAN.

Sois cobardes.

(*Enrico sigue acosando á los ministros de justicia, el gobernador se interpone, y Enrico le da una estocada. Los esbirros dejan paso á Enrico y á Galvan.*)

GOBERNADOR.

(*Cayendo en brazos de los suyos.*)
¡Ay de mí! muerto soy.

UN ESBIRRO.

¡Grande desdicha!
¡mató al gobernador!

OTRO.

¡Mala palabra!
(*Vanse todos.*)

Campo inmediato al mar.

ESCENA VIII.

ENRICO. GALVAN.

ENRICO.

Ya aunque la tierra sus entrañas abra,
y en ella me sepulte, es imposible
que me pueda escapar; tú, mar soberbio,
en tu centro me esconde: con la espada
puesta en la boca, tengo de arrojarme.
Tened misericordia de mi alma,
Señor inmenso; que aunque soy tan malo,
no dejo de tener conocimiento
de vuestra santa fe. Pero ¿qué hago?
¡Al mar quiero arrojarme, cuando dejo
triste, afligido un miserable viejo!
Al padre de mi vida volver quiero,
y llevarle conmigo; á ser Eneas
del viejo Anquises.

GALVAN.

¿Dónde vas? Detente.

UNA VOZ, *dentro.*

Seguidme por aquí.

GALVAN.

Guarda tu vida.

ENRICO.

Perdonad, padre mio de mis ojos,
el no poder llevaros en mis brazos,
aunque en el alma bien sé yo que os llevo.
Sígueme tú, Galvan.

GALVAN.

Ya yo te sigo.

ENRICO.

Por tierra no podemos escaparnos.

GALVAN.

Pues arrójome al mar.

ENRICO.

Su centro airado
sea sepulcro mio. ¡Ay padre amado!
¡cuánto siento el dejaros!

GALVAN.

Ven conmigo.

ENRICO.

Cobarde soy, Galvan, si no te sigo. (*Vanse.*)

Selva.

ESCENA IX.

PAULO *y* PEDRISCO, *de bandoleros.* OTROS BANDOLEROS, *que traen presos á tres caminantes.*

BANDOLERO 1.º

Á tí solo, Paulo fuerte,
pues que ya todos te damos
palabra de obedecerte,
que sentencies esperamos
estos tres á vida ó muerte.

PAULO.

¿Dejáronnos ya el dinero?

PEDRISCO.

Ni una blanca nos han dado.

PAULO.

Pues ¿qué aguardas, majadero?

PEDRISCO.

Habémoselo quitado.

PAULO.

¿Que ellos no lo dieron? Quiero
sentenciar á todos tres.

PEDRISCO.

Ya esperamos ver lo que es.

CAMINANTE 1.º

Ten con nosotros piedad.

PAULO.

De ese roble los colgad.

LOS TRES CAMINANTES.

¡Gran señor!

PEDRISCO.

Moved los pies;
que sereis fruta estremada
en esta selva apartada
para las aves rapantes.

PAULO.

(*A Pedrisco.*)

De esta crueldad no te espantes.

PEDRISCO.

Ya no me espanto de nada.
Porque verte ayer, señor,
ayunar con tal fervor,
y en la oracion ocupado,
en tu Dios arrebatado,
pedirle ánimo y favor
para proseguir tu vida
en tan grande penitencia;
y en esta selva escondida
verte hoy con tanta violencia,
capitan de foragida
gente, matar pasageros,
tras robarles los dineros;
¿qué mas se puede esperar?
Ya no me pienso espantar
de nada.

PAULO.

Los hechos fieros
de Enrico imitar pretendo,
y aun le quisiera esceder.
Perdone Dios si le ofendo;
que si uno el fin ha de ser,
esto es justo, y yo me entiendo.

PEDRISCO.

Así al otro le decian
que la escalera rodaba,
otros que rodar le vian.

PAULO.

¡Que á mí que á Dios adoraba,
y por santo me tenian
en este circunvecino
monte, el globo cristalino
rompiendo el angel veloz,
me obligase con su voz
á dejar tan buen camino,
dándome el premio tan malo!
Pues hoy verá el cielo en mí
si en las maldades no igualo
á Enrico.

PEDRISCO.

¡Triste de tí!

PAULO.

Fuego por la vista exhalo.
Hoy, fieras, que en horizontes
y en napolitanos montes
haceis dulce habitacion,
vereis que mi corazon
vence á soberbios faetontes.
Hoy, árboles, que plumages
sois de la tierra, ó salvages
por lo verde que os vestís,
el huesped que recibís,
os hará varios ultrages.
Mas que la naturaleza
he de hacer por cobrar fama;
pues para mayor grandeza,
he de dar á cada rama
cada dia una cabeza.
Vosotros dais, por ser graves,
frutos al hombre süaves;
mas yo con tales racimos,
pienso dar frutos opimos
á las voladoras aves
en verano y en invierno:
será vuestro fruto eterno;
y si pudiera hacer mas,
mas hiciera.

PEDRISCO.

Tú te vas

gallardamente al infierno.

PAULO.

Vé, y cuélgalos al momento
de un roble.

PEDRISCO.

Voy como el viento.

CAMINANTE 1.º

¡Señor!

PAULO.

No me repliqueis,
si acaso ver no quereis
el castigo mas violento.

PEDRISCO.

Venid los tres.

CAMINANTE 2.º

¡Ay de mí!

PEDRISCO.

Yo he de ser verdugo aquí,
pues á mi dicha le plugo,
para enseñar al verdugo
cuando me ahorquen á mí.

(Vanse Pedrisco y todos los bandoleros, escepto dos, llevándose á los caminantes.)

ESCENA X.

PAULO. DOS BANDOLEROS.

PAULO.

(Para sí.)

Enrico, si de esta suerte
yo tengo de acompañarte,
y si te has de condenar,
contigo me has de llevar;
que nunca pienso dejarte.
Palabra de un angel fue;
tu camino seguiré;
pues cuando Dios, juez eterno,
nos condenare al infierno,
ya habemos hecho por qué.

UNA VOZ.

(*Dentro y cantando.*)

No desconfie ninguno,
aunque grande pecador,
de aquella misericordia
de que mas se precia Dios.

PAULO.

¿Qué voz es esta que suena?

BANDOLERO 1.º

La gran multitud, señor,
de esos robles, nos impide
ver dónde viene la voz.

LA VOZ.

Con firme arrepentimiento
de no ofender al Señor
llegue el pecador humilde;
que Dios le dará perdon.

PAULO.

Subid los dos por el monte,
y ved si es algun pastor
el que canta este romance.

BANDOLERO 2.º

A verlo vamos los dos. (*Vanse.*)

LA VOZ.

Su magestad soberana
da voces al pecador,
porque le llegue á pedir
lo que á ninguno negó.

ESCENA XI.

—

UN PASTORCILLO, *que aparece en lo alto de un monte tejiendo una corona de flores.*—PAULO.

PAULO.

Baja, baja, pastorcillo;
que ya estaba, vive Dios,
confuso con tus razones,
admirado con tu voz.
¿Quién te enseñó ese romance,
que le escucho con temor,

pues parece que en tí canta
mi propia imaginacion?

PASTORCILLO.

Este romance que he dicho,
Dios, señor, me le enseñó.

PAULO.

¡Dios!

PASTORCILLO.

Ó la iglesia, su esposa,
á quien en la tierra dió
poder suyo.

PAULO.

Bien dijiste.

PASTORCILLO.

Advierte que creo en Dios
á pie juntillas; y sé,
aunque rústico pastor,
todos los diez mandamientos,
preceptos que Dios nos dió.

PAULO.

¿Y Dios ha de perdonar
á un hombre que le ofendió
con obras y con palabras
y pensamientos?

PASTORCILLO.

¿Pues no?
Aunque sus ofensas sean
mas que átomos hay del sol,
y que estrellas tiene el cielo,
y rayos la luna dió,
y peces el mar salado
en sus cóncavos guardó.
Es tal su misericordia,
que con decirle al Señor:
pequé, *pequé*, muchas veces,
le recibe al pecador
en sus amorosos brazos;
que en fin hace como Dios:
porque si no fuera aquesto,
cuando á los hombres crió,
no los criara sujetos
á su fragil condicion.

Porque si Dios, sumo bien,
de nada al hombre formó,
para ofrecerle su gloria,
no fuera ningun blason
en su magestad divina
dalle aquella imperfeccion.
Dióle Dios libre albedrío,
y fragilidad le dió
al cuerpo y al alma; luego
dió potestad con accion
de pedir misericordia,
que á ninguno le negó.
De modo, que si en pecando
el hombre, el justo rigor
procediera contra él,
fuera el número menor
de los que en el sacro alcazar
estan contemplando á Dios.
La fragilidad del cuerpo
es grande; que en una accion,
en un mirar solamente
con deshonesta aficion,
se ofende á Dios: de ese modo,
porque este triste ofensor,
con la imperfeccion que tuvo,
le ofende una vez ó dos,
¿se habia de condenar?
No señor, aqueso no;
que es Dios misericordioso,
y estima al mas pecador,
porque todos igualmente
le costaron el sudor
que sabeis, y aquella sangre
que liberal derramó,
haciendo un mar á su cuerpo,
que amoroso dividió
en cinco sangrientos rios;
que su espíritu formó
nueve meses en el vientre
de aquella que mereció
ser virgen cuando fue madre,
y claro oriente del sol,

que como clara vidriera,
sin que la rompiese, entró.
Y si os guiais por ejemplos,
decid: ¿no fue pecador
Pedro, y mereció despues
ser de las almas pastor?
Mateo, su coronista,
¿no fue tambien su ofensor?
Y luego ¿no fue su apostol,
y tan gran cargo le dió?
¿No fue pecador Francisco?
Luego ¿no le perdonó,
y á modo de honrosa empresa
en su cuerpo le imprimió
aquellas llagas divinas
que le dieron tanto honor,
dignándole de tener
tan escelente blason?
¿La pública pecadora
Palestina no llamó
á Magdalena, y fue santa
por su santa conversion?
Mil ejemplos os dijera,
á estar despacio, señor;
mas mi ganado me aguarda,
y há mucho que ausente estoy.

PAULO.

Tente, pastor, no te vayas.

PASTORCILLO.

No puedo tenerme, no;
que ando por aquestos valles
recogiendo con amor
una ovejuela perdida
que del rebaño se huyó;
y esta corona que veis
hacerme con tanto amor,
es para ella, si parece,
porque hacérmela mandó
el mayoral, que la estima
del modo que le costó.
El que á Dios tiene ofendido,
pídale perdon á Dios,

porque es señor tan piadoso,
que á ninguno le negó.

PAULO.

Aguarda, pastor.

PASTORCILLO.

No puedo.

PAULO.

Por fuerza te tendré yo.

PASTORCILLO.

Será detenerme á mí
parar en su curso al sol.

(*Vásele de entre las manos.*)

ESCENA XII.

PAULO.

Este pastor me ha avisado
en su forma peregrina,
no humana sino divina,
que tengo á Dios enojado
por haber desconfiado
de su piedad (claro está);
y con ejemplos me dá
á entender piadosamente
que el hombre que se arrepiente,
perdon en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador,
¿no puede tambien hallar
perdon? Ya vengo á pensar
que ha sido grande mi error.
Mas ¿cómo dará el Señor
perdon á quien tiene nombre
¡ay de mí! del mas mal hombre
que en este mundo ha nacido?
Pastor, que de mí has huido,
no te espantes que me asombre.
Si él tuviera algun intento
de tal vez arrepentirse,
lo que por engaño siento

bien pudiera resistirse,
y yo viviera contento.
¿Por qué, pastor, quereis vos
que halle su remedio medio
(1) en la clemencia de Dios?
Alma, ya no hay mas remedio
que el condenarnos los dos.

ESCENA XIII.

—

PEDRISCO.—PAULO.

PEDRISCO.

Escucha, Paulo, y sabrás,
aunque de ello ageno estás
y lo atribuyas á engaño,
el suceso mas estraño
que tú habrás visto jamás.
En esa verde ribera,
de tantas fieras aprisco,
donde el cristal reverbera,
cuando el afligido risco
su tremendo golpe espera;
despues de dejar colgados
aquellos tres desdichados,
estábamos Celio y yo,
cuando una voz que se oyó,
nos dejó medio turbados.
«Que me ahogo» dijo, y vimos
cuando la vista tendimos,
(2) dos hombres nadar valientes
(3) (con la espada entre los dientes
(4) uno), y á sacarlos fuimos.
Como en la mar hay tormenta,
y está de sangre sedienta,
para anegallos bramaba:
ya en las estrellas los clava,

(1) (2) (3) (4) Suplidos.

ya en su centro los asienta.
En los cristales no helados
las dos cabezas se vian
de aquestos dos desdichados,
y las olas parecian
ser tablas de degollados.
Llegaron al fin, mostrando
el valor que significo;
mas por no estarte cansando,
has de saber que es Enrico
el uno.

PAULO.

Estóilo dudando.

PEDRISCO.

No lo dudes, pues yo llego
á decirlo, y no estoy ciego.

PAULO.

¿Vístele tú?

PEDRISCO.

Vile yo.

PAULO.

¿Qué hizo al salir?

PEDRISCO.

Echó
un por vida y un reniego.
Mira ¡qué gracias le daba
á Dios que ansí le libraba!

PAULO.

(Para sí.)

¡Y dirá ahora el pastor
que le ha de dar el Señor
perdon! El juicio me acaba.
Mas poco puedo perder,
pues aquí le llego á ver,
en proballe la intencion.

PEDRISCO.

Ya le trae tu escuadron.

PAULO.

Pues oye lo que has de hacer.
(Habla aparte con Galvan.)

ESCENA XIV.

ENRICO *y* GALVAN, *mojados y las manos aladas, conducidos por* BANDOLEROS.—PAULO. PEDRISCO.

ENRICO.

¿Dónde me llevais ansí?

BANDOLERO 1.º

El capitan está aquí,
que la respuesta os dará.

PAULO.

(A Pedrisco.)
Haz esto. *(Vase.)*

PEDRISCO.

Todo se hará.

BANDOLERO 1.º

Pues, ¿vase el capitan?

PEDRISCO.

Sí.—
¿Dónde iban vuesas mercedes,
que en tan gran peligro dieron,
como es caminar por agua?
¿No responden?

ENRICO.

Al infierno.

PEDRISCO.

Pues ¿quién le mete en cansarse,
cuando hay diablos tan ligeros
que le llevarán de balde?

ENRICO.

Por agradecerles menos.

PEDRISCO.

Habla voärcé muy bien,
y habla muy á lo discreto,
en no agradecer al diablo
cosa que haga en su provecho.
¿Cómo se llama voarcé?

ENRICO.

Llámome el diablo.

PEDRISCO.

Y por eso
se quiso arrojar al mar,
para remojar el fuego.
¿De dónde es?

ENRICO.

Si de cansado
de reñir con agua y viento
no arrojara al mar la espada,
yo os respondiera bien presto
á vuestras necias preguntas
con los filos de su acero.

PEDRISCO.

Oye, hidalgo, no se atufe,
ni nos eche tantos retos;
que juro á Dios, si me enojo,
que le barrene ese cuerpo
mas de setecientas veces,
sin las que á su nacimiento
barrenó naturaleza.
Y ha de advertir que está preso,
y que si es valiente, yo
soy valiente como un Héctor;
y que si él ha hecho muertes,
sepa que tambien yo he muerto
muchas hambres y candiles,
y muchas pulgas á tiento.
Y si es ladron, soy ladron,
y soy el demonio mesmo,
y ¡por vida....!

BANDOLERO 1.°

Bueno está.

ENRICO, *aparte.*

¿Esto sufro, y no me vengo?

PEDRISCO.

Ahora ha de quedar atado
á un arbol.

ENRICO.

No me defiendo.
Haced de mí vuestro gusto.

PEDRISCO.

(*A Galvan.*)

Y él tambien.

GALVAN, *aparte.*

De esta vez muero.

PEDRISCO.

(*A Galvan.*)

Si son como vuestra cara,
vos teneis bellacos hechos.
Ea, llegaldos á atar;
que el capitan gusta de ello.

(*A Enrico.*)

Llegad al arbol.

ENRICO.

¡Que ansí
me quiera tratar el cielo!

(*Atan á un arbol á Enrico y despues á Galvan.*)

PEDRISCO.

Llegad vos.

GALVAN.

Tened piedad.

PEDRISCO.

Vendarlos los ojos quiero
con las ligas á los dos.

GALVAN.

(*Aparte.* ¿Vióse tan estraño aprieto?)
Mire vuesarcé que yo
vivo de su oficio mesmo,
y que soy ladron tambien.

PEDRISCO.

Ahorrará con aquesto
de trabajo á la justicia,
y al verdugo de contento.

BANDOLERO 1.º

Ya están vendados y atados.

PEDRISCO.

Las flechas y arcos tomemos,
y dos docenas no mas
clavemos en cada cuerpo.

BANDOLERO. 1.º

Vamos.

PEDRISCO.
(*Bajo á los bandoleros.*)
Aquesto es fingido:
nadie los ofenda.

BANDOLERO 1.º
(*Bajo á Pedrisco.*)
Creo
que el capitan los conoce.

PEDRISCO.
(*Bajo á los bandoleros.*)
Vamos, y ansí los dejemos. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

—

ENRICO *y* GALVAN, *atados al arbol.*

GALVAN.
Ya se van á asaetearnos.

ENRICO.
Pues no por aqueso pienso
mostrar flaqueza ninguna.

GALVAN.
Ya me parece que siento
una jara en estas tripas.

ENRICO.
Vénguese en mí el justo cielo;
que quisiera arrepentirme,
y cuando quiero, no puedo.

ESCENA XVI.

—

PAULO, *de ermitaño, con cruz y rosario.*—ENRICO. GALVAN.

PAULO, *aparte.*
Con esta traza he querido
probar si este hombre se acuerda
de Dios, á quien ha ofendido.

ENRICO.

¡Que un hombre la vida pierda,
de nadie visto ni oido!

GALVAN.

Cada mosquito que pasa,
me parece que es saeta.

ENRICO.

El corazon se me abrasa.
¡Que mi fuerza esté sujeta!
¡Ah fortuna, en todo escasa!

PAULO.

Alabado sea el Señor.

ENRICO.

Sea por siempre alabado.

PAULO.

Sabed con vuestro valor
llevar este golpe airado
de fortuna.

ENRICO.

¡Gran rigor!
¿Quién sois vos, que ansí me hablais?

PAULO.

Un monge, que este desierto
donde la muerte esperais,
habita.

ENRICO.

¡Bueno por cierto!
Y ahora ¿qué nos mandais?

PAULO.

A los que al roble os ataron
y á mataros se apartaron,
supliqué con humildad
que ya que con tal crueldad
de daros muerte trataron,
que me dejasen llegar
á hablaros.

ENRICO.

¿Y para qué?

PAULO.

Por si os quereis confesar,
pues seguís de Dios la fe.

ENRICO.

Pues bien se puede tornar,
padre, ó lo que es.

PAULO.

¿Qué decís?
¿No sois cristiano?

ENRICO.

Sí soy.

PAULO.

No lo sois, pues no admitís
el último bien que os doy.
¿Por qué no lo recibís?

ENRICO.

Porque no quiero.

PAULO.

(*Aparte.* ¡Ay de mí!
Esto mismo presumí.)
¿No veis que os han de matar
ahora?

ENRICO.

¿Quiere callar,
hermano, y dejarme aquí?
Si esos señores ladrones
me dieren muerte, aquí estoy.

PAULO, *aparte.*

¡En qué grandes confusiones
tengo el alma!

ENRICO.

Yo no doy
á nadie satisfacciones.

PAULO.

A Dios sí.

ENRICO.

Si Dios ya sabe
que soy tan gran pecador,
¿para qué?

PAULO.

¡Delito grave!
Para que su sacro amor
de darle perdon acabe.

ENRICO.

Padre, lo que nunca he hecho,

tampoco he de hacer ahora.

PAULO.

Duro peñasco es su pecho.

ENRICO.

Galvan, ¿qué hará la señora
Celia?

GALVAN.

Puesto en tanto estrecho,
¿quién se ha de acordar de nada?

PAULO.

No se acuerde de esas cosas.

ENRICO.

Padre mio, ya me enfada.

PAULO.

Estas palabras piadosas
¿le ofenden?

ENRICO.

Cosa es cansada,
pues si no estuviera atado,
ya yo le hubiera arrojado
de una coz dentro del mar.

PAULO.

Mire que le han de matar.

ENRICO.

Ya estoy de aguardar causado.

GALVAN.

Padre, confiéseme á mí,
que ya pienso que estoy muerto.

ENRICO.

Quite esa liga de aquí,
padre.

PAULO.

Sí haré por cierto.

(*Quita la venda á Enrico, y despues á Galvan.*)

ENRICO.

Gracias á Dios que ya ví.

GALVAN.

Y á mí tambien.

PAULO.

En buen hora,
y vuelvan la vista ahora
á los que á matarlos vienen.

ESCENA XVII.

BANDOLEROS, *con escopetas y ballestas.*—DICHOS.

ENRICO.
Pues ¿para qué se detienen?

PEDRISCO.
Pues que ya su fin no ignora,
digo, ¿por qué no confiesa?

ENRICO.
No me quiero confesar.

PEDRISCO.
(*A un bandolero.*)
Celio, el pecho le atraviesa.

PAULO.
Dejad que le vuelva á hablar.
Desesperacion es esa.

PEDRISCO.
Ea, llegalde á matar.

PAULO.
Deteneos, (¡triste pena!)
porque si este se condena,
me queda mas que dudar.

ENRICO.
Cobardes sois: ¿no llegais,
y puerta á mi pecho abrís?

PEDRISCO.
De esta vez no os detengais.

PAULO.
Aguardad; que si le herís,
mas confuso me dejais.—
Mira que eres pecador,
hijo.

ENRICO.
Y del mundo el mayor:
ya lo sé.

PAULO.
Tu bien espero.
Confiésate á Dios.

ENRICO.

No quiero,
cansado predicador.

PAULO.

Pues salga del pecho mio,
si no dilatado rio
de lágrimas, tanta copia,
que se anegue el alma propia,
pues ya de Dios desconfio.
Dejad de cubrir, sayal,
mi cuerpo, pues está mal,
segun siente el corazon,
una rica guarnicion
sobre tan falso cristal.

(*Desnúdase el saco de ermitaño.*)

En mis torpezas resbalo,
y á la culebra me igualo;
mas mi parecer condeno,
porque yo desecho el bueno,
mas ella desecha el malo.
Mi adverso fin no resisto,
pues mi desventura he visto,
y da claro testimonio
el vestirme de demonio,
y el desnudarme de Cristo.
Colgad ese saco ahí,
para que diga (¡ay de mí!)
«en tal puesto me colgó
Paulo, que no mereció
la gloria que encierro en mí.»
Dadme la daga y la espada;
esa cruz podeis tomar;
ya no hay esperanza en nada,
pues no me sé aprovechar
de aquella sangre sagrada.
Desataldos.

(*Los bandoleros sueltan á Enrico y á Galvan.*)

ENRICO.

Ya lo estoy,
y lo que he visto no creo.

GALVAN.

Gracias á los cielos doy.

Saber la verdad deseo.

PAULO.

¡Qué desdichado que soy!
¡Ah Enrico! nunca nacieras,
nunca tu madre te echara
donde gozando la luz,
fuiste de mis males causa;
ó pluguiera á Dios que ya
que infundido el cuerpo y alma,
saliste á luz, en sus brazos
te diera la muerte un ama,
un leon te deshiciera,
una osa despedazara
tus tiernos miembros entonces,
ó cayeras en tu casa
del mas altivo balcon,
primero que á mi esperanza
hubieras cortado el hilo.

ENRICO.

Esta novedad me espanta.

PAULO.

Yo soy Paulo, un ermitaño,
que dejé mi amada patria
de poco mas de quince años,
y en esta obscura montaña
otros diez serví al Señor.

ENRICO.

¡Qué ventura!

PAULO.

¡Qué desgracia!
Un angel, rompiendo nubes
y cortinas de oro y plata,
preguntándole yo á Dios
qué fin tendria, «repara,»
me dijo: «vé á la ciudad,
y verás á Enrico» (¡ay alma!)
«hijo del noble Anareto,
que en Nápoles tiene fama.
Advierte bien en sus hechos,
y contempla en sus palabras;
que si Enrico al cielo fuere,
el cielo tambien te aguarda;

y si al infierno, el infierno.»
Yo entonces imaginaba
que era algun santo este Enrico;
pero los deseos se engañan.
Fuí allá, vite luego al punto,
y de tu boca y por fama
supe que eras el peor hombre
que en todo el mundo se halla.
Y ansí, por tener tu fin,
quitéme el saco, y las armas
tomé, y el cargo me dieron
de esta foragida escuadra.
Quise probar tu intencion,
por saber si te acordabas
de Dios en tan fiero trance;
pero salióme muy vana.
Volví á desnudarme aquí,
como viste, dando al alma
nuevas tan tristes, pues ya
la tiene Dios condenada.

ENRICO.

Las palabras que Dios dice
por un angel, son palabras,
Paulo amigo, en que se encierran
cosas que el hombre no alcanza.
No dejara yo la vida
que seguias, pues fue causa
de que quizá te condenes
el atreverte á dejarla.
Desesperacion ha sido
lo que has hecho, y aun venganza
de la palabra de Dios,
y una oposicion tirana
á su inefable poder;
y al ver que no desenvaina
la espada de su justicia
contra el rigor de tu causa,
veo que tu salvacion
desea; mas ¿qué no alcanza
aquella piedad divina,
blason de que mas se alaba?
Yo soy el hombre mas malo

que naturaleza humana
en el mundo ha producido;
el que nunca habló palabra
sin juramento; el que á tantos
hombres dió muertes tiranas;
el que nunca confesó
sus culpas, aunque son tantas;
el que jamás se acordó
de Dios y su Madre santa;
ni aún ahora lo hiciera,
con ver puestas las espadas
á mi valeroso pecho;
mas siempre tengo esperanza
en que tengo de salvarme,
puesto que no va fundada
mi esperanza en obras mias,
sino en saber que se humana
Dios con el mas pecador,
y con su piedad se salva.
Pero ya, Paulo, que has hecho
ese desatino, traza
de que alegres y contentos
los dos en esta montaña
pasemos alegre vida,
mientras la vida se acaba.
Un fin ha de ser el nuestro:
si fuere nuestra desgracia
el carecer de la gloria
que Dios al bueno señala,
mal de muchos gozo es;
pero tengo confianza
en su piedad, porque siempre
vence á su justicia sacra.

PAULO.

Consoládome has un poco.

GALVAN.

Cosa es, por Dios, que me espanta.

PAULO.

Vamos donde descanseis.

ENRICO.

(*Aparte.* ¡Ay padre de mis entrañas!)
Una joya, Paulo amigo,

en la ciudad olvidada
se me queda; y aunque temo
el rigor que me amenaza,
si allá vuelvo, he de ir por ella,
pereciendo en la demanda.
Un soldado de los tuyos
irá conmigo.

PAULO.

Pues vaya
Pedrisco, que es animoso.

PEDRISCO, *aparte.*

Por Dios, que ya me espantaba
que no encontrara conmigo.

PAULO.

Dalde la mejor espada
á Enrico, y en esas yeguas
que al ligero viento igualan,
os pondreis allá en dos horas.

GALVAN.

(*A Pedrisco.*)

Yo me quedo en la montaña
á hacer tu oficio.

PEDRISCO.

(*A Galvan.*)

Yo voy
donde paguen mis espaldas
los delitos que tú has hecho.

ENRICO.

A Dios, amigo.

PAULO.

Ya basta
el nombre para abrazarte.

ENRICO.

Aunque malo, confianza
tengo en Dios.

PAULO.

Yo no la tengo
cuando son mis culpas tantas.
Muy desconfiado soy.

ENRICO.

Aquesa desconfianza
te tiene de condenar.

PAULO.

Ya lo estoy: no importa nada.
¡Ah Enrico! nunca nacieras.

ENRICO.

Es verdad; mas la esperanza
que tengo en Dios, ha de hacer
que haya piedad de mi causa.



ACTO TERCERO.

Carcel con rejas en el fondo por donde se ve una calle.

ESCENA I.

ENRICO. PEDRISCO.

PEDRISCO.
(1) ¡Buenos estamos los dos!

ENRICO.
¿Qué diablos estás llorando?

PEDRISCO.
¿Qué diablos he de llorar?
No puedo yo lamentar
pecados que estoy pagando
sin culpa?

ENRICO.
¿Hay vida como esta?

PEDRISCO.
¡Cuerpo de Dios con la vida!

ENRICO.
¿Fáltate aquí la comida?
¿No tienes la mesa puesta
á todas horas?

PEDRISCO.
¿Qué importa
que la mesa llegue á ver,
si no hay nada que comer?

ENRICO.
De necedades acorta.

(1) Verso suelto.

PEDRISCO.

Alarga tú de comida.

ENRICO.

¿No sufrirás como yo?

PEDRISCO.

Que pague aquel que pecó,
es sentencia conocida;
pero yo que no pequé,
¿por qué tengo de pagar?

ENRICO.

Pedrisco, ¿quieres callar?

PEDRISCO.

Enrico, yo callaré;
pero la hambre al fin hará
que hable el que muerto se vió,
y que calle aquel que habló
mas que un correo.

ENRICO.

¡Que ya
piensas que no has de salir
de la carcel!

PEDRISCO.

Error fue.
Desde el dia que aquí entré,
he llegado á presumir
que hemos de salir los dos....

ENRICO.

Pues ¿de qué estamos turbados?

PEDRISCO.

Para ser ajusticiados,
si no lo remedia Dios.

ENRICO.

No hayas miedo.

PEDRISCO.

Bueno está;
pero teme el corazon
que hemos de danzar sin son.

ENRICO.

Mejor la suerte lo hará.

ESCENA II.

—

CELIA *y* LIDORA, *en la calle.* ENRICO. PEDRISCO.

CELIA.

(*Deteniéndose frente á una ventana de la carcel.*)

No quisiera que las dos,
aunque á nadie tengo miedo,
fuéramos juntas.

LIDORA.

Bien puedo,
pues soy criada, ir con vos.

ENRICO.

Quedo, que Celia es aquesta.

PEDRISCO.

¿Quién?

ENRICO.

Quien mas que á sí me adora.
Mi remedio llega ahora.

PEDRISCO.

Bravamente me molesta
la hambre.

ENRICO.

¿Tienes acaso
en que echar todo el dinero
que ahora de Celia espero?

PEDRISCO.

Con toda la hambre que paso,
me he acordado, vive Dios,
de un talego que aquí tengo.
(*Saca un talego.*)

ENRICO.

Pequeño es.

PEDRISCO.

A pensar vengo
que estamos locos los dos;
tú en pedirle, en darle yo.

ENRICO.

¡Celia hermosa de mi vida!

CELIA, *aparte.*

¡Ay de mí! yo soy perdida.

(*A Lidora.*)

Enrico es el que llamó.

(*Llegándose á la ventana.*)

Señor Enrico.

PEDRISCO.

¿Señor?

No es buena tanta crianza.

ENRICO.

Ya no tenia esperanza,
Celia, de tan gran favor.

CELIA.

¿En qué puedo yo serviros?
¿Cómo estais, Enrico?

ENRICO.

Bien,
y ahora mejor, pues ven
á costa de mil suspiros,
mis ojos los tuyos graves.

CELIA.

Yo os quiero dar....

PEDRISCO.

¡Linda cosa!
¡Oh! ¡qué muger tan hermosa!
¡qué palabras tan süaves!
Alto, prevengo el talego.
Pienso que no ha de caber....

ENRICO.

Celia, quisiera saber
qué me das.

CELIA.

(1) Daréte luego,
(2) para que salgas de afan....

ENRICO.

(*A Pedrisco.*)

(3) Ya lo ves.

PEDRISCO.

Tu dicha es llana.

---

(1) (2) (3) Suplidos.

CELIA.

Las nuevas de que mañana
á ajusticiaros saldrán.

PEDRISCO.

El talego está ya lleno;
otro es menester buscar.

ENRICO.

¡Que aquesto llegue á escuchar!
Celia, escucha.

PEDRISCO.

¡Aquesto es bueno!

CELIA.

Ya estoy casada.

ENRICO.

¡Casada!
¡Vive Dios!

PEDRISCO.

Tente.

ENRICO.

¿Qué aguardo?
¿Con quién, Celia?

CELIA.

Con Lisardo,
y estoy muy bien empleada.

ENRICO.

Mataréle.

CELIA.

Dejaos de eso,
y poneos bien con Dios:
(1) que es lo que os importa á vos.

LIDORA.

Vamos, Celia.

ENRICO.

Pierdo el seso.
Celia, mira.

CELIA.

Estoy de prisa.

PEDRISCO.

Por Dios, que estoy por reirme.

(1) Suplido.

CELIA.

Ya sé que quereis decirme:
que se os diga alguna misa.
Yo lo haré; quedad con Dios.

ENRICO.

¡Quién rompiera aquestas rejas!

LIDORA.

No escuches, Celia, mas quejas;
vámonos de aquí las dos.

ENRICO.

¡Que esto sufro! ¿Hay tal crueldad?

PEDRISCO.

¡Lo que pesa este talego!

CELIA.

¡Qué braveza!

ENRICO.

Yo estoy ciego.
¿Hay tan grande libertad?
(*Vanse Celia y Lidora.*)

ESCENA III.

ENRICO, PEDRISCO.

PEDRISCO.

Yo no entiendo la moneda
que hay en aqueste talego,
que vive Dios, que no pesa
una paja.

ENRICO.

¡Santos cielos!
¡Que aquestas afrentas sufra!
¿Cómo no rompo estos hierros?
¿cómo estas rejas no arranco?

PEDRISCO.

Detente.

ENRICO.

Déjame, necio.
¡Vive Dios, que he de rompellas
y he de castigar mis celos!

PEDRISCO.

Los porteros vienen.

ENRICO.

Vengan.

ESCENA IV.

DOS PORTEROS. PRESOS.—DICHOS.

PORTERO 1.º

¿Ha perdido acaso el seso
el homicida ladron?

ENRICO.

Moriré si no me vengo.
De mi cadena haré espada.

(*Rompe la cadena que le sujetaba, y da con ella tras el portero y los presos.*)

PEDRISCO.

Que te detengas te ruego.

PORTERO 1.º

Asilde, matalde, muera.

ENRICO.

Hoy vereis, infames presos,
de los celos el poder
en desesperados pechos.

(*El portero 1.º y los presos huyen. Enrico los persigue fuera del teatro.*)

PORTERO 2º.

Un eslabon me alcanzó,
y dió conmigo en el suelo.

ENRICO.

(*Volviendo á la escena.*)

¿Por qué, cobardes, huís?

PEDRISCO.

Un portero deja muerto.

VOCES, *dentro.*

Á matarle.

ENRICO.

¿Qué es matar?
Á falta de noble acero,

no es mala aquesta cadena
con que mis agravios vengo.
¿Para qué de mí huís?

PEDRISCO.

Al alboroto y estruendo
se ha levantado el alcaide.

ESCENA V.

EL ALCAIDE. CARCELEROS.—ENRICO. PEDRISCO. EL PORTERO 2.º

ALCAIDE.

¡Hola! teneos. ¿Qué es esto?
(*Los carceleros se apoderan de Enrico.*)

PORTERO 2.º

Ha muerto aquese ladron
á Fidelio.

ALCAIDE.

Vive el cielo,
que á no saber que mañana
dando público escarmiento
has de morir ahorcado,
que hiciera en tu aleve pecho
mil bocas con esta daga.

ENRICO.

¡Que esto sufro, Dios eterno!
¡Que mal me traten ansí?
Fuego por los ojos vierto.
No pienses, alcayde infame,
que te tengo algun respeto
por el oficio que tienes,
sino porque mas no puedo;
que á poder, ¡ah cielo airado!
entre mis brazos soberbios
te hiciera dos mil pedazos;
y despedazado el cuerpo
me le comiera á bocados,
y que no quedara, pienso,
satisfecho de mi agravio.

ALCAIDE.

Mañana á las diez veremos
si es mas valiente un verdugo
que todos vuestros aceros.
Otra cadena le echad.

ENRICO.

Eso sí, vengan mas hierros;
que de hierros no se escapa
hombre que tantos ha hecho.

ALCAIDE.

Metelde en un calabozo.

ENRICO.

Aquese sí es justo premio;
que hombre de Dios enemigo,
no es justo que mire al cielo.

(*Llévanle.*)

PEDRISCO.

¡Pobre y desdichado Enrico!

PORTERO 2.º

Mas desdichado es el muerto;
que el cadenazo crüel
le echó en la tierra los sesos.

PEDRISCO.

Ya quieren dar la comida.

UN CARCELERO, *dentro.*

Vayan llegando, mancebos,
por la comida.

PEDRISCO.

En buen hora,
porque mañana sospecho
que han de añudarme el tragar;
y será acertado medio
que lleve la alforja hecha
para que allá convidemos
á los demonios magnates
á la entrada del infierno. (*Vanse.*)

Un calabozo.

ESCENA VI.

ENRICO.

En lóbrega confusion,
ya, valiente Enrico, os veis;
pero nunca desmayeis;
tened fuerte corazon,
porque aquesta es la ocasion
en que teneis de mostrar
el valor que os ha de dar
nombre altivo, ilustre fama.
Mirad....

UNA VOZ, *dentro.*

Enrico.

ENRICO.

¿Quién llama?
Esta voz me hace temblar.
Los cabellos erizados
pronostican mi temor;
mas ¿dónde está mi valor?
¿dónde mis hechos pasados?

LA VOZ.

Enrico.

ENRICO.

Muchos cuidados
siente el alma. ¡Cielo santo!
¿Cuya es voz que tal espanto
infunde en el alma mia?

LA VOZ.

Enrico.

ENRICO.

A llamar porfia.
De mi flaqueza me espanto.
A esta parte la voz suena,

que tanto temor me da.
¿Si es algun preso que está
amarrado á la cadena?
Vive Dios, que me da pena.

ESCENA VII.

—

EL DEMONIO.—DICHO.

DEMONIO.

(*Invisible para Enrico.*)
Tu desgracia lastimosa
siento.

ENRICO.

¡Qué confuso abismo!
No me conozco á mí mismo,
y el corazon no reposa.
Las alas está batiendo
con impulso de temor:
Enrico, ¿este es el valor?—
Otra vez se oye el estruendo.

DEMONIO.

Librarte, Enrico, pretendo.

ENRICO.

¿Cómo te puedo creer,
voz, si no llego á saber
quien eres y adonde estás?

DEMONIO.

Pues agora me verás.
(*Aparécesele como en forma de una sombra.*)

ENRICO.

Ya no te quisiera ver.

DEMONIO.

No temas.

ENRICO.

Un sudor frio
por mis venas se derrama.

DEMONIO.

Hoy cobrarás nueva fama.

ENRICO.

Poco de mis fuerzas fio.

No te acerques.

DEMONIO.

Desvarío
es el temer la ocasion.

ENRICO.

Sosiégate, corazon.

(*A una señal del demonio, se abre un portillo en la pared.*)

DEMONIO.

¿Ves aquel postigo?

ENRICO.

Sí.

DEMONIO.

Pues salte por él, y ansí
no estarás en la prision.

ENRICO.

¿Quién eres?

DEMONIO.

Salte al momento,
y no preguntes quién soy;
que yo tambien preso estoy,
y que te libres intento.

ENRICO.

¿Qué me dices, pensamiento?
¿Libraréme? Claro está.
Aliento el temor me da
de la muerte que me aguarda.
Voime, pues.—¿Quién me acobarda?
Mas otra voz suena ya.

(*Cantan dentro.*)

Deten el paso violento;
mira que te está mejor
que de la prision librarte,
el estarte en la prision.

ENRICO.

Al revés me ha aconsejado
la voz que en el aire he oido,
pues mi paso ha detenido,
si tú le has acelerado.
Que me está bien he escuchado
el estar en la prision.

DEMONIO.

Esa, Enrico, es ilusion

que te representa el miedo.

ENRICO.

Yo he de morir si me quedo:
quiérome ir; tienes razon.

(*Cantan.*)

Detente, engañado Enrico,
no huyas de la prision;
pues morirás si salieres,
y si te estuvieres, no.

ENRICO.

Que si salgo he de morir,
y si quedo viviré,
dice la voz que escuché.

DEMONIO.

¿Qué al fin no te quieres ir?

ENRICO.

Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO.

Atribúyelo á temor;
pero pues tan ciego estás,
quédate preso, y verás
como te ha estado peor. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

—

ENRICO.

Desapareció la sombra,
y confuso me dejó.
¿No es este el portillo? No.
Este prodigio me asombra.
¿Estaba ciego yo, ó vi
en la pared un portillo?
Pero yo me maravillo
del gran temor que hay en mí.
¿No puedo salirme yo?
Sí, bien me puedo salir.
Pues ¿cómo...?—¡Qué he de morir!
La voz me atemorizó.
Algun gran daño se infiere

de lo turbado que fuí.
No importa, ya estoy aqui
para el mal que me viniere.

ESCENA IX.

EL ALCAIDE *con la sentencia.*—ENRICO.

ALCAIDE.

Yo solo tengo de entrar,
los demas pueden quedarse.—
Enrico.

ENRICO.

¿Qué me mandais?

ALCAIDE.

En los rigurosos trances
se echa de ver el valor:
ahora podreis mostrarle.
Estad atento.

ENRICO.

Decid.

ALCAIDE, *aparte.*

Aun no ha mudado el semblante.

En el pleito que es entre partes, de la una el promotor fiscal de Su Magestad ausente, y de la otra, reo acusado, Enrico, por los delitos que tiene en el proceso, por ser matador, facineroso, incorregible y otras cosas.= Vista &c.=Fallamos que le debemos de condenar y condenamos á que sea sacado de la cárcel donde está, con soga á la garganta y pregoneros delante que digan su delito, y sea llevado á la plaza pública, donde estará una horca de tres palos, alta del suelo, en la cual sea ahorcado naturalmente. Y ninguna persona sea osada á quitalle de ella sin nuestra licencia y mandado. Y por esta sentencia definitiva juzgando, ansí lo pronunciamos y mandamos, &c.

ENRICO.

¡Que aquesto escuchando estoy!

ALCAIDE.

¿Qué dices?

ENRICO.

Mira, ignorante,
que eres opuesto muy flaco
á mis brazos arrogantes;
porque si no, yo te hiciera...

ALCAIDE.

Nada puede remediarse
con arrogancias, Enrico:
lo que aqui es mas importante
es poneros bien con Dios.

ENRICO.

¿Y vienes á predicarme
con leerme la sentencia?
Vive Dios, canalla infame,
que he de dar fin con vosotros.

ALCAIDE.

El demonio que te aguarde. (*Vase.*)

ESCENA X.

ENRICO.

Ya estoy sentenciado á muerte:
ya mi vida miserable
tiene de plazo dos horas.
Voz que mi daño causaste,
¿no dijiste que mi vida
si me quedaba en la cárcel
seria cierta? ¡Triste suerte!
Con razon debo culparte,
pues en esta cárcel muero,
cuando pudiera librarme.

ESCENA XI.

EL PORTERO 2.º—ENRICO.

PORTERO 2.º

Dos padres de San Francisco
estan para confesarte
aguardando afuera.

ENRICO.

¡Bueno!
¡Por Dios que es gentil donaire!
Digan que se vuelvan luego
á su convento los frailes,
si no es que quieran saber
á lo que estos hierros saben.

PORTERO 2.º

Advierte que has de morir.

ENRICO.

Moriré sin confesarme;
que no ha de pagar ninguno
las penas que yo pasare.

PORTERO 2.º

¿Qué mas hiciera un gentil?

ENRICO.

Esto que le he dicho, baste;
que por Dios, si me amohino,
que ha de llevar las señales
de la cadena en el cuerpo.

PORTERO 2.º

No aguardo mas. (*Vase.*)

ENRICO.

Muy bien hace.

ESCENA XII.

ENRICO.

¿Qué cuenta daré yo á Dios
de mi vida, ya que el trance
último llega de mí?
¿Yo tengo de confesarme?
Parece que es necedad.
¿Quién podrá ahora acordarse
de tantos pecados viejos?
¿Qué memoria habrá que baste
á recorrer las ofensas
que á Dios he hecho? Mas vale
no tratar de aquestas cosas.
Dios es piadoso y es grande:
su misericordia alabo;
con ella podré salvarme.

ESCENA XIII.

PEDRISCO.—ENRICO.

PEDRISCO.
Advierte que has de morir,
y que ya aquestos dos padres
estan de aguardar cansados.

ENRICO.
¿Pues he dicho yo que aguarden?

PEDRISCO.
¿No crês en Dios?

ENRICO.
Juro á Cristo,
que pienso que he de enojarme,
y que en los padres y en tí
he de vengar mis pesares.
Demonios, ¿qué me quereis?

PEDRISCO.

Antes pienso que son ángeles
los que esto á decirte vienen.

ENRICO.

No acabes de amohinarme;
que por Dios, que de una coz
te eche fuera de la cárcel.

PEDRISCO.

Yo te agradezco el cuidado.

ENRICO.

Vete fuera y no me canses.

PEDRISCO.

Tú te vas, Enrico mio,
al infierno como un padre. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

—

ENRICO.

Voz, que por mi mal oí
en esa region del aire,
¿fuiste de algun enemigo
que asi pretendió vengarse?
¿No dijiste que á mi vida
la importaba de la cárcel
no hacer ausencia? Pues dí:
¿cómo quieren ya sacarme
á ajusticiar? Falsa fuiste;
pero yo tambien cobarde,
pues que me pude salir
y no dar venganza á nadie.
Sombra triste, que piadosa
la verdad me aconsejaste,
vuelve otra vez, y verás
cómo con pecho arrogante
salgo á tu tremenda voz
de tantas escuridades.—
Gente suena; ya sin duda
se acerca mi fin.

ESCENA XV.

—

ANARETO. EL PORTERO 2.º—ENRICO.

PORTERO 2.º

Hablalde,
podrá ser que vuestras canas
muevan tan duro diamante.

ANARETO.

Enrico, querido hijo;
puesto que en verte me aflijo
de tantos hierros cargado,
ver que pagues tu pecado
me da sumo regocijo.
¡Venturoso del que acá,
pagando sus culpas, va
con firme arrepentimiento;
que es pintado este tormento
si se compara al de allá!
La cama, Enrico, dejé,
y arrimado á este bordon
por quien me sustento en pie,
vengo en aquesta ocasion.

ENRICO.

¡Ay padre mio!

ANARETO.

No sé,
Enrico, si aquese nombre
será razon que me cuadre,
aunque mi rigor te asombre.

ENRICO.

Eso ¿es palabra de padre?

ANARETO.

No es bien que padre me nombre
un hijo que no crê en Dios.

ENRICO.

Padre mio, ¿eso decis?

ANARETO.

No sois ya mi hijo vos,

pues que mi ley no seguís.
Solos estamos los dos.

ENRICO.

No os entiendo.

ANARETO.

¡Enrico, Enrico!
á rependeros me aplico
vuestro loco pensamiento,
siendo la muerte instrumento
que tan cierto os pronostico.
Hoy os han de ajusticiar,
¡y no os quereis confesar!
¡Buena cristiandad, por Dios!
Pues el mal es para vos,
y para vos el pesar.
Aqueso es tomar venganza
de Dios que el poder alcanza
del impírio cielo eterno.
Enrico, ved que hay infierno
para tan larga esperanza.
Es el quererte vengar
de esa suerte, pelear
con un monte ó una roca,
pues cuando el brazo le toca,
es para el brazo el pesar.
Es, con dañoso desvelo,
escupir el hombre al cielo
presumiendo darle enojos,
pues que le cae en los ojos
lo mismo que arroja al cielo.
Hoy has de morir: advierte
que ya está echada la suerte;
confiesa á Dios tus pecados,
y ansí siendo perdonados,
será vida lo que es muerte.
Si quieres mi hijo ser,
lo que te digo has de hacer.
Si no, (de pesar me aflijo)
ni te has de llamar mi hijo,
ni yo te he de conocer.

ENRICO.

Bueno está, padre querido;

que mas el alma ha sentido
(buen testigo de ello es Dios)
el pesar que teneis vos,
que el mal que espero afligido.
Confieso, padre, que erré;
pero yo confesaré
mis pecados, y despues
besaré á todos los pies,
para mostraros mi fé.
Basta que vos lo mandeis,
padre mio de mis ojos.

ANARETO.

Pues ya mi hijo sereis.

ENRICO.

No os quisiera dar enojos.

ANARETO.

Vamos porque os confeseis.

ENRICO.

¡Oh! ¡cuánto siento el dejaros!

ANARETO.

¡Oh! ¡cuánto siento el perderos!

ENRICO.

¡Ay ojos! espejos claros,
antes hermosos luceros,
pero ya de luz avaros.

ANARETO.

Vamos, hijo.

ENRICO.

A morir voy:
todo el valor he perdido.

ANARETO.

Sin juicio y sin vida estoy.

ENRICO.

Aguardad, padre querido.

ANARETO.

¡Qué desdichado que soy!

ENRICO.

Señor piadoso y eterno,
que en vuestro alcázar pisais
cándidos montes de estrellas,
mi peticion escuchad.
Yo he sido el hombre mas malo

que la luz llegó á alcanzar
de este mundo, el que os ha hecho
mas que arenas tiene el mar,
ofensas; mas, Señor mio,
mayor es vuestra piedad.
Vos, por redimir el mundo
por el pecado de Adan,
en una cruz os pusísteis:
pues merezca yo alcanzar
una gota solamente
de aquella sangre real.
Vos, aurora de los cielos,
vos, vírgen bella, que estais
de paraninfos cercada,
y siempre amparo os llamais
de todos los pecadores,
yo lo soy, por mí rogad.
Decilde que se le acuerde
á su Sacra Magestad
de cuando en aqueste mundo
empezó á peregrinar.
Acordalde los trabajos
que pasó en él por salvar
los que inocentes pagaron
por agena voluntad.
Decilde que yo quisiera,
cuando comienzo á gozar
entendimiento y razon,
pasar mil muertes y mas,
antes que haberle ofendido.

ANARETO.

Adentro priesa me dan.

ENRICO.

¡Gran Señor! misericordia.
No puedo deciros mas.

ANARETO.

¡Que esto llegue á ver un padre!

ENRICO.

(*Para sí.*)

La enigma he entendido ya
de la voz y de la sombra:
la voz era angelical,

y la sombra era el demonio.

ANARETO.

Vamos, hijo.

ENRICO.

¿Quién oirá
ese nombre, que no haga
de sus dos ojos un mar?
No os aparteis, padre mio,
hasta que hayan de espirar
mis alientos.

ANARETO.

No hayas miedo.
Dios te dé favor.

ENRICO.

Sí hará,
que es mar de misericordia,
aunque yo voy muerto ya.

ANARETO.

Ten valor.

ENRICO.

En Dios confio.
Vamos, padre, donde estan
los que han de quitarme el ser
que vos me pudísteis dar. (*Vanse.*)

Selva.

ESCENA XVI.

—

PAULO.

Cansado de correr vengo
por ese monte intrincado:
atrás la gente he dejado
que á agena costa mantengo.
Al pie de este sauce verde
quiero un poco descansar,
por ver si acaso el pesar

de mi memoria se pierde.
Tú, fuente, que murmurando
vas, entre guijas corriendo,
en tu fugitivo estruendo
plantas y aves alegrando,
dame algun contento ahora,
infunde al alma alegría
con esa corriente fria,
y con esa voz sonora.
Lisonjeros pajarillos,
que no entendidos cantais,
y holgazanes gorgeais
entre juncos y tomillos,
dad con picos sonorosos
y con acentos süaves
gloria á mis pesares graves
y sucesos lastimosos.
En este verde tapete,
gironado de cristal,
quiero divertir mi mal,
que mi triste fin promete.

(Échase á dormir, y sale el Pastorcillo que se vió en el acto segundo, deshaciendo la corona de flores que antes tejia.)

ESCENA XVII.

EL PASTORCILLO. — PAULO.

PASTOR.

Selvas intrincadas,
verdes alamedas,
á quien de esperanzas
adorna Amaltea;
fuentes que correis,
murmurando apriesa,
por menudas guijas,
por blandas arenas;
ya vuelvo otra vez
á mirar la selva,

y á pisar los valles
que tanto me cuestan.
Yo soy el pastor
que en vuestras riberas
guardé un tiempo alegre
cándidas ovejas.
Sus blancos vellones
entre verdes felpas
girones de plata
á los ojos eran.
Era yo envidiado
por ser guarda buena,
de muchos zagales
que ocupan la selva;
y mi mayoral,
que en agena tierra
vive, me tenia
voluntad inmensa,
porque le llevaba,
cuando queria verlas,
las ovejas blancas
como nieve en pellas.
Pero desde el dia
que una, la mas buena,
huyó del rebaño,
lágrimas me anegan.
Mis contentos todos
convertí en tristezas,
mis placeres vivos
en memorias muertas.
Cantaba en los valles
canciones y letras;
mas ya en triste llanto
funestas endechas.
Por tenerla amor,
en esta floresta
aquesta guirnalda
comencé á tejerla.
Mas no la gozó;
que engañada y necia
dejó á quien la amaba
con mayor firmeza.

Y pues no la quiso,
fuerza es que ya vuelva
por venganza justa
hoy á deshacerla.

PAULO.

Pastor, que otra vez
te ví en esta sierra,
si no muy alegre,
no con tal tristeza,
el verte me admira.

PASTOR.

¡Ay perdida oveja!
¡de qué gloria huyes,
y á qué mal te allegas!

PAULO.

¿No es esa guirnalda
la que en las florestas
entonces tejias
con gran diligencia?

PASTOR.

Esta misma es;
mas la oveja necia
no quiere volver
al bien que le espera,
y ansí la deshago.

PAULO.

Si acaso volviera,
zagalejo amigo,
¿no la recibieras?

PASTOR.

Enojado estoy;
mas la gran clemencia
de mi mayoral
dice que aunque vuelvan,
si antes fueron blancas,
al rebaño negras,
que las dé mis brazos,
y sin estrañeza
requiebros las diga
y palabras tiernas.

PAULO.

Pues es superior,

fuerza es que obedezcas.

PASTOR.

Yo obedeceré;
pero no quiere ella
volver á mis voces,
en sus vicios ciega.
Ya de aquestos montes
en las altas peñas
la llamé con silbos,
y avisé con señas.
Ya por los jarales,
por incultas selvas
la anduve á buscar:
¡qué de ello me cuesta!
Ya traigo las plantas
de jaras diversas
y agudos espinos,
rotas y sangrientas.
No puedo hacer mas.

PAULO.

En lágrimas tiernas
baña el pastorcillo
las mejillas bellas.
Pues te desconoce,
olvídate de ella,
y no llores mas.

PASTOR.

Que lo haga es fuerza.
Volved, bellas flores,
á cubrir la tierra,
pues que no fue digna
de vuestra belleza.
Veamos si allá
en la tierra nueva
la pondrán guirnalda
tan rica y tan bella.
Quedaos, montes mios,
desiertos y selvas,
á Dios, porque voy
con la triste nueva
á mi mayoral;
y cuando lo sepa,

(aunque ya lo sabe)
sentirá su mengua,
no la ofensa suya,
aunque es tanta ofensa.
Lleno voy á verle
de miedo y vergüenza:
lo que ha de decirme,
fuerza es que lo sienta.
Dírame: «zagal,
¿ansí las ovejas
que yo os encomiendo,
guardais?» ¡Triste pena!
Yo responderé...
No hallaré respuesta,
si no es que mi llanto
la respuesta sea. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

—

PAULO.

La historia parece
de mi vida aquesta.
De este pastorcillo,
no sé lo que sienta;
que tales palabras
fuerza es que prometan
obscuras enigmas...
Mas ¿qué luz es esta
que á la luz del sol
sus rayos se afrentan?
(*Suena música, y se ven dos ángeles que llevan al cielo el alma de Enrico.*)
Música celeste
en los aires suena,
y á lo que diviso,
dos ángeles llevan
una alma gloriosa

á la escelsa esfera.
¡Dichosa mil veces,
alma, pues hoy llegas
donde tus trabajos
fin alegre tengan!

(*Encúbrese la apariencia: Paulo prosigue diciendo:*)

Frutas y plantas agrestes,
á quien el hielo corrompe,
¿no veis cómo el cielo rompe
ya sus cortinas celestes?
Ya rompiendo densas nubes
y esos transparentes velos,
alma, á gozar de los cielos
feliz y gloriosa subes.
Ya vas á gozar la palma
que la ventura te ofrece:
¡triste del que no merece
lo que tú mereces, alma!

ESCENA XIX.

—

GALVAN.—PAULO.

GALVAN.

Advierte, Paulo famoso,
que por el monte ha bajado
un escuadron concertado,
de gente y armas copioso,
que viene solo á prendernos.
Si no pretendes morir,
solamente, Paulo, huir
es lo que puede valernos.

PAULO.

¿Escuadron viene?

GALVAN.

Esto es cierto:
ya se divisa la hilera
con su caja y su bandera.
No escapas de preso ó muerto,
si aguardas.

PAULO.

¿Quién la ha traido?

GALVAN.

Villanos, si no me engaño,
(como hacemos tanto daño
en este monte escondido)
de aldeas circunvecinas
se han juntado...

PAULO.

Pues matallos.

GALVAN.

¡Qué! ¿Te animas á esperallos?

PAULO.

Mal quién es Paulo imaginas.

GALVAN.

Nuestros peligros son llanos.

PAULO.

Sí, pero advierte tambien
que basta un hombre de bien
para cuatro mil villanos.

GALVAN.

Ya tocan. ¿No lo oyes?

PAULO.

Cierra,
y no recéles el daño;
que antes que fuese ermitaño,
supe tambien qué era guerra.

ESCENA XX.

—

UN JUEZ. VILLANOS ARMADOS.—PAULO. GALVAN.

JUEZ.

Hoy pagareis las maldades
que en este monte habeis hecho.

PAULO.

En ira se abrasa el pecho.
Soy Enrico en las crueldades.

UN VILLANO.

Ea, ladrones, rendíos.

GALVAN.

Mejor nos está el morir...
Mas yo presumo que huir;
que para eso tengo bríos.

(*Huye Galvan, y síguenle muchos villanos: Paulo se entra acuchillando á los demas. Vanse todos.*)

PAULO, *dentro.*

Con las flechas me acosais,
y con ventaja reñís:
mas de doscientos venís
para veinte que buscais.

JUEZ, *dentro.*

Por el monte va corriendo.

(*Baja Paulo por el monte rodando lleno de sangre.*)

PAULO.

Ya no bastan pies ni manos;
muerte me han dado villanos;
de mi cobardía me ofendo.
Volveré á darles la muerte...
Pero no puedo.—¡Ay de mí!
El cielo, á quien ofendí,
se venga de aquesta suerte.

ESCENA XXI.

PEDRISCO.—PAULO.

PEDRISCO.

(*Sin ver á Paulo que está moribundo en el suelo.*)

Como en las culpas de Enrico
no me hallaron culpado,
luego que públicamente
los jueces le ajusticiaron,
me echaron la puerta afuera,
y vengo al monte.—¿Qué aguardo?
¡Qué miro! La selva y monte
anda todo alborotado:
allí dos villanos corren,
las espadas en las manos.
Allí va herido Finéo,

y allí huyen Celio y Fabio,
y aquí ¡qué gran desventura!
tendido está el fuerte Paulo.

PAULO.

¿Volveis, villanos, volveis?
La espada tengo en la mano:
no estoy muerto, vivo estoy,
aunque ya de aliento falto.

PEDRISCO.

Pedrisco soy, Paulo mio.

PAULO.

Pedrisco, llega á mis brazos.

PEDRISCO.

¿Cómo estás ansí?

PAULO.

¡Ay de mí!
muerte me han dado villanos.
Pero ya que estoy muriendo,
saber de tí, amigo, aguardo
qué hay del suceso de Enrico.

PEDRISCO.

En la plaza le ahorcaron
de Nápoles.

PAULO.

Pues ansí,
¿quién duda que condenado
estará al infierno ya?

PEDRISCO.

Mira lo que dices, Paulo;
que murió cristianamente,
confesado y comulgado,
y abrazado con un Cristo,
en cuya vista enclavados
los ojos, pidió perdon,
y misericordia, dando
tierno llanto á sus mejillas,
y á los presentes espanto.
Fuera de aqueso, en muriendo,
resonó en los aires claros
una música divina;
y para mayor milagro
y evidencia mas notoria,

dos paraninfos alados
se vieron patentemente,
que llevaban entre ambos
el alma de Enrico al cielo.

PAULO.

¡A Enrico, el hombre mas malo
que crió naturaleza!

PEDRISCO.

¿De aquesto te espantas, Paulo,
cuando es tan piadoso Dios?

PAULO.

Pedrisco, eso ha sido engaño:
otra alma fue la que vieron,
no la de Enrico.

PEDRISCO.

Dios santo,
reducilde vos.

PAULO.

Yo muero.

PEDRISCO.

Mira que Enrico gozando
está de Dios: pide á Dios
perdon.

PAULO.

¿Y cómo ha de darlo
á un hombre que le ha ofendido
como yo?

PEDRISCO.

¿Qué estás dudando?
¿No perdonó á Enrico?

PAULO.

Dios
es pïadoso...

PEDRISCO.

Es muy claro.

PAULO.

Pero no con tales hombres.
Ya muero, llega tus brazos.

PEDRISCO.

Procura tener su fin.

PAULO.

Esa palabra me ha dado

Dios: si Enrico se salvó,
tambien yo salvarme aguardo.
(*Muere.*)

PEDRISCO.

Lleno el cuerpo de lanzadas,
quedó muerto el desdichado.
Las suertes fueron trocadas.
Enrico, con ser tan malo,
se salvó, y este al infierno
se fue por desconfiado.
Cubriré el cuerpo infeliz,
cortando á estos sauces ramos.
(*Lo hace.*)
Mas ¿qué gente es la que viene?

ESCENA XXII.

—

EL JUEZ. LOS VILLANOS. GALVAN, *preso.*—PEDRISCO. PAULO, *muerto y oculto.*

JUEZ.

Si el capitan se ha escapado,
poca diligencia ha sido.

UN VILLANO.

Yo lo ví caer rodando,
pasado de mil saetas,
de esos altivos peñascos.

JUEZ.

Un hombre está aqui: (1) prendedle.

PEDRISCO, *aparte.*

¡Ay Pedrisco desdichado!
Esta vez te dan carena.

OTRO VILLANO.

(*Señalando á Galvan.*)
Este es criado de Paulo,
y cómplice en su delito.

GALVAN.

Tú mientes como villano;

(1) Suplido.

que solo lo fuí de Enrico.

PEDRISCO.

Y yo.—
Galvanito, hermano,
(*Aparte á Galvan.*)
no me descubras aquí
por amor de Dios.

JUEZ.

(*A Galvan.*)
Si acaso
me dices donde se esconde
el capitan que buscamos,
yo te daré libertad:
habla.

PEDRISCO.

Buscarle es en vano
cuando es muerto.

JUEZ.

¿Cómo muerto?

PEDRISCO.

De varias flechas y dardos
pasado le hallé, señor,
con la muerte agonizando
en aqueste mismo sitio.

JUEZ.

¿Y dónde está?

PEDRISCO.

Entre estos ramos
le metí.

(*Va á apartar los ramos, y aparece Paulo rodeado de llamas.*)

Mas ¡qué vision
descubro de tanto espanto!

PAULO.

Si á Paulo buscando vais,
bien podeis ya ver á Paulo,
ceñido el cuerpo de fuego,
y de culebras cercado.
No doy la culpa á ninguno
de los tormentos que paso,
solo á mí me doy la culpa,
pues fui causa de mi daño.

Pedí á Dios que me dijese
el fin que tendria, en llegando
de mi vida el postrer dia:
ofendíle, caso es llano;
y como la ofensa vió
de las almas el contrario,
incitóme con querer
perseguirme con engaños.
Forma de un angel tomó,
y engañóme; que á ser sabio,
con su engaño me salvara;
pero fuí desconfiado
de la gran piedad de Dios,
que hoy á su juicio llegando,
me dijo: «baja, maldito
de mi padre, al centro airado
de los obscuros abismos,
á donde has de estar penando.»
¡Malditos mis padres sean
mil veces, pues me engendraron!
¡y yo tambien sea maldito,
pues que fuí desconfiado!
(*Húndese, y sale fuego de la tierra.*)

JUEZ.

Misterios son del Señor.

GALVAN.

¡Pobre y desdichado Paulo!

PEDRISCO.

¡Y venturoso de Enrico,
que de Dios está gozando!

JUEZ.

Porque tomeis escarmiento,
no pretendo castigaros;
libertad doy á los dos.

PEDRISCO.

Vivas infinitos años.—
Hermano Galvan, pues ya
de esta nos hemos librado,
¿qué piensas hacer desde hoy?

GALVAN.

Desde hoy pienso ser un santo.

PEDRISCO.

Mirando estoy con los ojos
que no hareis muchos milagros.

GALVAN.

Esperanza en Dios.

PEDRISCO.

Amigo,
quien fuere desconfiado,
mire el ejemplo presente.

JUEZ.

No mas: á Nápoles vamos
á contar este suceso.

PEDRISCO.

Y porque es este tan árduo
y difícil de creer,
siendo verdadero el caso,
vaya el que fuere curioso,
(porque sin ser escribano,
de fé de ello) á Belarmino;
y si no, mas dilatado
en la vida de los padres
podrá fácilmente hallarlo.
Y con aquesto da fin
El Mayor Desconfiado,
y pena y gloria trocadas.—
El cielo os guarde mil años.



EXAMEN

DE

EL CONDENADO POR DESCONFIADO,

POR DON AGUSTIN DURAN.

El objeto de la buena crítica no es solo juzgar las obras del arte y del ingenio bajo el aspecto de un tipo absoluto convenido entre los profesores y maestros, sino tambien atender á las épocas y circunstancias en que se produjeron, considerándolas sometidas al influjo de la idea social, entonces predominante. Las creaciones del ingenio, en cualquier tiempo que se realicen, nunca pueden emanciparse totalmente de la fé y la ciencia del pueblo, sopena de que no serán mas comprendidas que si se produjesen en un idioma estraño. Para juzgar las producciones de la imaginacion, no basta ya haber leido y estudiado las poéticas de Aristóteles, de Horacio y de Boileau, porque la crítica filosófica no debe ceñirse solo á aplicar las que llamamos reglas del buen gusto, sino que ademas debe tener por base un profundo conocimiento de la historia física y moral de los pueblos, de sus mas íntimas costumbres, y de las ideas predominantes que en diversas épocas constituyeron su estado social, y que motivaron sus aciertos y sus errores.

Bajo este aspecto, la crítica es producto de un nuevo sentido conquistado en nuestros tiempos; es la idea preferente y necesaria, hija del análisis y de la discusion; es una garantía mas de la imparcialidad en los juicios; es la teoría realizada de la inteligencia libre, y no el sistema de reaccion, ciego, orgulloso é intolerante que escomulgaba á Shakespeare y á Calderon porque no eran griegos ni franceses. Llena de datos históricos filosóficamente apreciados, y de erudicion profunda sobre los sentimientos íntimos de cada pueblo y de cada edad en sus diversas fases de civilizacion; colmada de la ciencia práctica adquirida en el estudio de las ideas populares, antes despreciadas por los sabios, ha penetrado el secreto de cada sociedad, y sabe

usar de él para juzgar convenientemente las obras de la fantasía y del arte. Los grandes ingenios sometidos á este género de crítica no pueden considerarse puestos fuera de la ley bajo cuyos auspicios produjeron sus obras.

Empapados de estas ideas, vamos á considerar un drama simbólico, que aun mejor que la historia, revela el pensamiento moral, religioso y filosófico, y la idea predominante de nuestra sociedad en la época y circunstancias que se produjo.

Difícil será trasladar los escépticos predicadores de un sistema, infecundo de inspiracion y de entusiasmo, á un siglo creyente y creador, aunque tal vez un tanto fanático y supersticioso por instinto; dificilísimo hacerles percibir y comprender el grande pensamiento social que se realizaba y encarnaba en las producciones del ingenio inspirado por una fé firme y sincera. El fanatismo defensor del crímen que hoy destruye los lazos de las sociedades, no puede fácilmente estudiar el principio que las crea, defiende y sostiene. Sin embargo, vamos á emprender nuestra tarea, desviando de ella, cuanto sea posible, los obstáculos que la embarazan.

El análisis material, propio de las ciencias físicas, se ha aplicado erróneamente á la demostracion del orden moral de la especie humana, sin haberse considerado que el instrumento á propósito para unas cosas puede no ser apto para otras. Tanta fé necesita un ciego para creer que los otros ven, y concebir que haya objetos visibles, como el matemático para creer en un Dios indemostrable por el cálculo, ó en el principio moral que no cabe en la cantidad; y no por eso el ciego aniquilará la luz que existe y no vé, ni el calculador al Dios que no puede medir. En vano el disector armado del escalpelo, busca en el cadáver de una hermosa la causa animadora que produce el amor: la hermosura y la vida han desaparecido, y entre sus manos halla un esqueleto. En vano aislada la razon humana intenta penetrar los secretos misterios del órden moral. Newton por medio del cálculo conoció, si, las leyes mecánicas del universo; pero solo la fé le hizo elevarse á las causas de su existencia, y al pensamiento de la creacion.

Por la equivocada aplicacion, como hemos dicho, de los instrumentos con que el hombre está dotado para investigar verdades de diferente orden, y por confundir y

trocar los unos con los otros, es por lo que el error triunfa, y la verdad se pierde en un laberinto de sofismas y de absurdos. A fuerza de buscarla por medios inadecuados, el hombre se desespera, niega su existencia, y aniquilando en sí todo principio de entusiasmo, acaba con el instinto de la fé y el brio de la imaginacion, sin estinguir la necesidad que tiene de ellas. Cansado en fin de lucha tan desigual, se abandona á un escepticismo yerto y sin vida, que le quita hasta el deseo de conocer la verdad, ya que no el odio y la envidia de cuantos en ella esperan.

Bajo el auspicio de estas reflexiones, y desvaneciendo cuanto podamos la densa atmósfera de duda que nos circuye é impide levantar el vuelo á las regiones del entusiasmo creador, procuraremos examinar el drama que á principios del siglo XVII, y para un pueblo creyente, escribió el maestro Tirso de Molina con el título de *El Condenado por desconfiado*. Y lo juzgaremos, penetrados de las creencias, costumbres, y hasta de la ciencia teológica de aquel tiempo, á fin de que nuestro juicio y exámen sea conforme á las leyes de crítica que hemos espuesto.

El *Condenado por desconfiado* es un drama eminentemente religioso en el sentido de las creencias teológico-dogmáticas que el pueblo y los sabios de aquella época profesaban, y profesa aun todo buen católico. Es una parábola evangélica creada para hacer inteligible al pueblo el dogma de la gracia, y es quizá un producto de reaccion necesaria contra la fatal y desconsoladora rigidez del protestantismo, y las doctrinas heterodoxas que le originaron. Adoptando el autor por argumento una tradicion conservada en diversos Ejemplarios, ha querido patentizar cómo y por qué Dios retira la gracia eficaz del hombre que de ella desconfia, y que intenta arrancarle sus secretos para convertir en certidumbre material la que solo debe tenerse por la fé. Al propio tiempo ha querido tambien probar cómo y por qué el pecador que confia en Dios, creyendo firmemente, puede arrepentido obtener misericordia.

El ermitaño Paulo es el símbolo de la primera consecuencia del dogma, y el bandolero Enrico representa la segunda. Regalado Paulo con celestiales favores, hijo predilecto de la Providencia, y quizá ensoberbecido, ni aun resiste á la primera prueba de tibieza con que Dios quiso esperimentarle y contener la soberbia que asomaba en su

corazon. Por haberse dormido mientras oraba, por haber soñado que en el último juicio era condenado, convirtiendo en veneno la triaca (1) empieza Paulo á desconfiar de su salvacion, y luego como niño consentido, avezado á convertir los favores en exigencias, no se contenta con las palabras de la Escritura, ni presta al dogma la fé que se merece, sino que pide importuno á Dios garantías mas positivas y especiales que aquellas que dió á su Iglesia. Pretendiendo con vana curiosidad y decidida obstinacion penetrar los arcanos de la Providencia, en pena de su orgullo se vé sumergido en un piélago de dudas; titubea en la fé, vacila en la esperanza y se entibia en la caridad cristiana, preparándose á la idea de un inexorable fatalismo. Cuando á tal punto llegue su desdicha, ya solo verá en el Hacedor Supremo un tirano caprichoso; le insultará cara á cara, y abandonándose al crimen, rechazará los remordimientos, y renegando la misericordia, se rebelará contra la justicia del cielo. La lucha del pecador en tal estado no será en adelante contra el pecado que le pierde; mas la proseguirá encarnizada hasta su último suspiro contra Dios que procura salvarle. Luego veremos como el poeta ha graduado y sostenido este caracter moral, creacion de la fé, conduciéndole paso á paso, y de consecuencia en consecuencia, desde su primera falta hasta el último crímen que justifica su condenacion.

Por el contrario, el bandolero Enrico es el símbolo de la humana flaqueza, que á pesar de la fé, pero sin odio á la divinidad, sin acusar su justicia ni negar su misericordia, peca, sí, y peca de contínuo, peca por hábito, y no por desesperacion ni por sistema. Por eso en medio de sus estravíos, conserva alguna virtud moral, sobre la cual podrán algun dia recaer los tesoros de la gracia, y ser meritorias las buenas obras que haya ejecutado.

Prescindiremos ahora de las ventajas é inconvenientes morales del dogma teológico que ha inspirado al autor del drama una creacion que á la par de terrible y sublime, es dulce y consoladora. Baste á nuestro intento saber que tal

(1) Este sueño debió abatir la soberbia, mas no producir la desconfianza en el hombre que tuviese firme fé en las promesas hechas á la Iglesia.

era la fé de la época y del pueblo para quien se escribió, y que entonces todos respetaban los misterios inescrutables de la Providencia, creyendo ciegamente en la justicia y misericordia divina, por mas que la razon humana no bastase á esplicarlas. Solo penetrándose de este hecho histórico se comprenderán las causas del efecto maravilloso que produjo entonces la obra del ingenio inspirada por la religion. Diremos, sin embargo, respecto á sus consecuencias morales, que si algunas malas puede tener una esperanza indiscreta, mal deducida del dogma por falta de entenderle bien, aun esta misma esperanza, como supone siempre la reparacion y arrepentimiento del criminal, no causa daños tan graves é irreparables como los que produce la desesperacion, que desde luego aniquila todo sentimiento dulce, consolador y suave. Cuando la yerta mano del fatalismo ateo comprime los corazones, á Dios para siempre las virtudes, la moral y el entusiasmo, que con la esperanza engendran los actos nobles y generosos; á Dios para siempre los brillantes productos de la imaginacion; á Dios las magníficas creaciones del ingenio; á Dios los lazos que unen al hombre con el hombre. Reducido á sí propio, él solo es para sí todo el universo; y semejante á las fieras, obligado á huir y guardarse de los mismos de su especie, se hundirá en las cavernas, desde donde se lanzará sobre su presa para saciar el hambre y dormirse despues encima de los huesos roidos y descarnados de sus víctimas. Pues bien, á esto y no á otra cosa tienden los que hoy se llaman directores del progreso social; á esto nos llevan los que presumiendo de sabios hacen cruda guerra á la inteligencia, sometiéndola al yugo del número y á la envidia de la ignorante estupidez, á la que halagan y adulan, arrastrándola al crímen que para ellos creen provechoso.

Harto convencidos estamos de que á los ojos raquíticos y miserables de estos hipócritas sofistas que intentan construir una sociedad bruta y atea, solo fuera grato el drama que analizamos, cuando pudieran reducirlo á un sarcasmo contra la Providencia divina. ¡Cuán interesante les pareciera Paulo, si se presentase como víctima de un Dios imposible, injusto y caprichoso! Maldiciendo en sus últimos momentos á la naturaleza, descreyendo en su autor, arrojando al cielo la sangre inocente que habia derrama-

do, digno héroe seria Paulo de uno de esos dramas románticos donde se embriaga al pueblo de envidioso rencor, presentánle la virtud mas pura como hipocresía cobarde, y el crímen como una represalia, ó como un desahogo justo de la libertad salvaje, que suponen ofendida por las leyes que lo castigan. En su frenesí ideológico, los reformadores del dia no reconocen otro heroismo que el de los bandidos y asesinos, ni otro derecho que el de la fuerza brutal. Llaman grandes y nobles caracteres á cuantos conculcan la sociedad, y tiranos opresores á los que para protegerla, los resisten. «Abajo, claman, la propiedad, abajo el matrimonio, abajo los lazos de familia; sin esto no existieran ni ladrones, ni adúlteros, ni parricidas. ¿Para qué ha de haber ricos y pobres? ¿por qué sabios é ignorantes? ¿por qué leyes y gobierno? Sacrifíquese todo al individualismo, á la libertad selvática, y nada se conceda á la inteligencia ni á la perfeccion de la especie. El hombre no es otra cosa que un animal, y los animales viven libres sin leyes, sin gobierno y sin Dios (1).» Ahora bien, los hombres que asi piensan, y que procuran realizar sus detestables proyectos, dificilmente percibirán las bellezas que contiene el drama religioso de Tirso.

Hemos espuesto ya el dogma teológico en que este se funda, y que contiene el símbolo del hombre precito y el predestinado: y lo hemos hecho descendiendo tal vez á comparar la época moral en que se escribió, con esta en que nosotros escribimos. Asi nuestros lectores conocerán mejor la diferencia del estado social de uno y otro tiempo, y juzgarán mejor del mérito de la obra.

En el plan que Tirso se propuso, en la idea y el pensamiento de su creacion, preciso fue que demostrase en sus héroes la existencia del libre albedrio, para que sus

---

(1) Un sueño pareciera esto, si las sociedades secretas estendidas por todo el mundo conocido no pugnasen por reducir á práctica esta teoría. Algunos piensan que el estado salvaje es el principio de la sociedad; pero yo al contrario, creo que es el producto de sociedades corrompidas y disueltas, quizá tambien por hombres que, buscando el progreso por medios iguales á los que ahora se usan, obtuvieron el mismo resultado á que, sin saberlo, caminamos nosotros. Y lo mas triste es, que si como se dice, la España se adelantó en civilizacion á las demas naciones, tambien lleva camino de precederlas en la barbarie adonde se precipitan.

actos diesen motivo á la justicia divina, en su fallo definitivo, de condenar al uno y salvar al otro. Con efecto, avisos y auxilios de igual clase reciben; pero cada cual los aprovecha ó rechaza segun su voluntad.

El penitente Paulo, que por diez años resistió las mas fuertes tentaciones, obteniendo por ello favores muy especiales del cielo, en un momento de tibieza abrió su corazon al enemigo del género humano. Desconfia de Dios y pretende arrancarle el secreto de su destino, como si la fé en lo revelado no le asegurase que el premio y castigo será segun las obras del hombre. Cayó el santo en el instante de la prueba, cuando Dios en castigo de sus dudas soberbias le retiró sus auxilios eficaces; y cayó sin remedio, porque no quiso probar á vencer con los comunes, ó al menos á resistir con ellos. Acométele el demonio con permiso de Dios por el lado que flaquea, y tiéntale como á otro Job; pero Paulo, que no es paciente ni humilde, no se doblegará como Job á la voluntad suprema. Habia el *Desconfiado* pedido que se le revelase el destino que tendria en la otra vida, y el *Tentador*, que le ve vacilante en la fé, confia en hacerle suyo. Preparando una insidiosa respuesta á la indiscreta pregunta, se espresa de esta manera:

(Pág. 230.)

Y asi me ha dado licencia
el Juez mas supremo y recto
para que con mas engaños
le incite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
los combates que le ofrezco,
pues supo desconfiar
y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
de la pregunta que ha hecho
á Dios, pues á su pregunta
mi nuevo engaño prevengo.
De angel tomaré la forma,
y responderé á su intento
cosas, que le han de costar
su condenacion, si puedo.

Desde este punto, el demonio no seguirá su presa en el campo de batalla donde tantas veces fue vencido, ni se

rán sus armas los deleites y ambiciones mundanales. Conocida la flaqueza de Paulo, por ella intentará vencerle en la cruda guerra que le prepara. Disfrazado de ángel se le aparece, y le ordena que se dirija á Nápoles, donde observando á Enrico, podrá conocer su propia suerte final, pues Dios ha decretado que sea una misma la de entrambos. Con tal aparicion, como primer aviso del cielo, siente Paulo un frio pavor que le hiela el alma, y contrasta con la regalada dulzura que gozaba cuando disfrutó favores en éxtasis divinos. Sin embargo, la curiosidad y la desconfianza que le aquejan, le impiden aprovecharse de este recelo. Dando, pues, crédito á la insidiosa vision, encamínase á Nápoles, persuadido de que Enrico seria un modelo de virtudes y de penitencia; mas ¡cómo se engañaba! Apenas llega á las puertas de la ciudad, cuando encuentra al hombre que buscaba, no como presumió, ocupado en buenas obras, mas circuido de viles rufianes, de rameras disolutas y de infames asesinos que le coronan por el mas perverso de todos, despues de oir de su propia boca la relacion de sus crímenes, asesinatos, robos, estupros, adulterios y sacrilegios. Véase aqui como el poeta prepara los medios y motivos con que la desconfianza crezca y se arraigue mas y mas en el alma del protagonista; véase como penetrado en lo mas íntimo de la humana naturaleza, sigue sin desviarse la pendiente de una primera falta, y adivina sus consecuencias.

Despues de cerciorarse que el hombre á quien buscaba como modelo de virtud, es en realidad el mas malo de la tierra, Paulo, que á pesar de su austera y penitente vida desconfió de su propia salvacion, ¿cómo creerá que el malvado Enrico puede salvarse? Si una ha de ser la suerte de ambos, segun se le respondió en la vision que tuvo, cierto está ya de condenarse, y por lo tanto quiere como Enrico seguir la carrera del crímen, y escederle en maldades, si es posible. Resuélvese en fin á esto, y partiendo á las montañas, testigos de su penitente vida, hará que tambien lo sean con asombro de sus delitos. Como potro desbocado, como hambriento y rabioso lobo, se lanza en el camino de perdicion, y convertido en capitan de feroces bandoleros, destroza, asesina, y se baña en la sangre de cuantos vienen á su poder. Cuando fatigado, y no harto de carniceria y de matanza, intenta reposar y queda

solo y entregado á sí mismo, si algun remordimiento le persigue, luego le rechaza y ahoga, oponiéndole la memoria de Enrico y la revelacion que tuvo, y que presume divina. En uno de estos momentos críticos se espresa así:

(Pág. 280.)

Enrico, si de esta suerte
yo tengo de acompañarte,
y si te has de condenar,
contigo me has de llevar;
que nunca pienso dejarte.
Palabra de un angel fue;
tu camino seguiré;
pues cuando Dios, juez eterno,
nos condenare al infierno,
ya habemos hecho por qué.

Inspirado el poeta por el dogma consolador de la misericordia, y penetrado de las vias de Dios, no presentará al delincuente abandonado de nuevos y poderosos auxilios con que pueda vencer su voluntad depravada; culpa suya será si los desprecia. Para neutralizar los efectos de la primera vision, un ángel verdadero en forma de pastor, se aparece á Paulo. Desciende de la montaña tejiendo la corona que destinaba al justo, y canta la piedad de Dios y la facilidad con que perdona al pecador arrepentido. En un bello diálogo y en un buen romance reprende el ángel al bandolero su desconfianza, y con ejemplos repetidos le demuestra que nunca debe desesperarse de la salvacion. Titubea Paulo un momento en sus malos propósitos, y se espresa de este modo:

(Pág. 285.)

Este pastor me ha avisado
en su forma peregrina,
no humana, sino divina,
que tengo á Dios enojado
por haber desconfiado
de su piedad (claro está);
y con ejemplos me da
á entender piadosamente
que el hombre que se arrepiente,
perdon en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador,

¿no puede tambien hallar
perdon? Ya vengo á pensar
que ha sido grande mi error.

Pero como la tentacion prosigue, cuando la voluntad no persevera en resistirla, y cuando la razon humana no cede á la fé divina; el orgulloso Paulo que desconoce estas verdades, reincide bien pronto en su desconfianza, y sin combatir siquiera, se rinde á ella diciendo:

¿Mas cómo dará el Señor
perdon, á quien tiene nombre
¡ay de mí! del mas mal hombre
que en este mundo ha nacido?
Pastor que de mí has huido,
no te espantes que me asombre.
Si él tuviera algun intento
de tal vez arrepentirse,
lo que por engaño siento
bien pudiera resistirse,
y yo viviera contento.
¿Por qué, pastor, quereis vos
que halle su remedio medio
en la clemencia de Dios?
Alma, ya no hay mas remedio
que el condenarnos los dos.

Hé aqui como la razon ensoberbecida estravia la voluntad é inutiliza los auxilios divinos, que inclinan, pero no fuerzan el uso del libre albedrío.

Aprovéchase el demonio de la ocasion para armar á Paulo nuevos lazos. Enrico perseguido de la justicia á causa de sus desafueros, se arroja al mar fugitivo, y como por milagro, rompiendo las embravecidas olas, arriba á las playas donde Paulo aterraba el mundo con escándalos contínuos. Cae aquel en sus manos, y mas que nunca obstinado y ciego en tentar la Providencia, se propone someterle á la mas terrible y decisiva prueba que pudo imaginar. No bien, maldiciendo y blasfemando de Dios en vez de tributarle gracias, hubo Enrico tocado en la playa, cuando los bandoleros por orden de su gefe, le atan á un árbol, y vendándole los ojos, le anuncian el término fatal

de su vida. Nada empero le aterra, búrlase de Dios, insulta á los hombres, y ríese de la muerte: no parece sino que la soberbia y orgullosa inteligencia del hombre quiere luchar y vencer la del creador. Entonces Paulo se le presenta vestido de ermitaño, y le exhorta á la penitencia con tanto mas ahinco é interés, cuanto cree que la salvacion de Enrico será prenda segura de la suya. ¡Vanos esfuerzos! el aire se lleva sus palabras, porque el bandolero se mofa de ellas, y pide que le acaben para llegar mas pronto al infierno. La obstinacion de Enrico le salva la vida, pues el *Desconfiado*, temeroso de que muera impenitente y se condene, impide que los bandidos le asesinen.

Hecha esta terrible prueba, afirmase Paulo mas y mas en el error, que era justo castigo de su temeridad impía. Cada vez mas convencido de hallarse condenado, cuenta su vida y la causa de sus penas al que considera como compañero en desdichas. ¿Quién lo pensara? El desalmado Enrico, el blasfemo, el asesino, el que nunca hizo mas bien que respetar á su padre, el que con la muerte á los ojos despreció los auxilios de la religion; este mismo al fin, tan duro, tan obstinado, reprende á Paulo su conducta, le afea su desconfianza, y le afirma que aunque se considera tan perverso y criminal, siempre ha esperado salvarse: hé aqui el modo con que se esplica:

(Pág. 298.)

Yo soy el hombre mas malo,
que naturaleza humana
en el mundo ha producido;
el que nunca habló palabra
sin juramento; el que á tantos
hombres dió muertes tiranas;
el que nunca confesó
sus culpas, aunque son tantas;
el que nunca se acordó
de Dios y su Madre santa;
ni aun ahora lo hiciera,
con ver puestas las espadas
á mi valeroso pecho;
mas siempre tengo esperanza
en que tengo de salvarme,
puesto que no va fundada
mi esperanza en obras mias,

sino en saber que se humana
Dios con el pecador,
y con su piedad se salva.

Y luego, no desmintiendo su caracter, continúa:

Pero ya, Paulo, que has hecho
ese desatino, traza
de que alegres y contentos
los dos en esta montaña
pasemos alegre vida,
mientras la vida se acaba.
Un fin ha de ser el nuestro:
si fuere nuestra desgracia
el carecer de la gloria
que Dios al bueno señala,
mal de muchos gozo es;
pero yo tengo confianza
en su piedad, porque siempre
vence á su justicia sacra.

Ambos bandoleros son, como se ha visto, detestables; pero ¡cuánta diferencia hay entre el que espera y el desesperado! ¡Cómo el poeta, moralista y profundo observador de las pasiones, ha sabido caracterizarlos y distinguirlos, escudriñando el diverso origen de unos mismos actos! El uno es malo por aturdimiento, y por hábito de no ser bueno; pero si no busca, tampoco rehusa la espiacion de sus crímenes por medio del arrepentimiento: al contrario el otro, que ejercitó la virtud, que fue regalado de Dios, se vuelve luego contra él, le insulta con despecho, y pretende traerle á juicio ante su miserable y ciego orgullo y su razon estraviada. Enrico no cierra los caminos á la gracia, antes con la esperanza los facilita, mientras Paulo la repele de sí siempre que los auxilios del cielo y los remordimientos llaman á su corazon.

En el supuesto de que un mismo fin han de tener, conciertan pasar la vida juntos ambos bandoleros; pero acordándose Enrico de su anciano padre, determina volver á Nápoles para socorrerle y traerle consigo, á pesar de los riesgos de la empresa. Con efecto, al realizarla cae en poder de la justicia, que le conduce á un calabozo, donde comete mas desafueros y delitos. Alli, unas veces despreciando los auxilios divinos, y otras resistiendo las ocasiones la

fugarse que le ofrece el demonio, pasa su tiempo hasta que se ve notificado de muerte. Ni aun entonces se doblega al yugo de la religion: niégase á la penitencia, diciendo que si Dios es misericordioso y puede, le salve sin tantas ceremonias, y sino que le condene; pues él por su parte no tiene memoria para acordarse y confesar tantos crímenes como ha cometido.

Acércase la hora del suplicio; ya todos desconfian de la salvacion del reo, cuando una sola y única virtud que ejercitó en su vida, abre camino á los auxilios de la gracia. Lo que no alcanzaron de Enrico ni el temor de la muerte ni el horror del infierno, lo alcanzan en un instante las lágrimas, los ruegos y las venerables canas de su anciano padre. Al verle y oirle, su alma empedernida se enternece y regala; resígnase con la suerte que le espera, pide humilde perdon á Dios, y arrepentido y contrito, sufre muerte afrentosa para hallar eterna vida en la morada celestial.

Despues de cumplido el decreto del cielo, salvándose el protagonista del drama que esperaba clemencia, ¿cuál será el fin del desesperado? ¿se salvará tambien? No, porque voluntariamente se apartó del buen camino, y no quiere tornar á él; no, porque á sabiendas luchó contra Dios, en vez de luchar contra el pecado; no, porque fue ingrato y desconocido á los favores del cielo; no, porque arrojó de sí todas las virtudes sin reservar ninguna; no, porque tenaz é injustamente desconfiado, verá y no creerá la salvacion de Enrico, ó creyéndola pensará que Dios está obligado á salvarle sin que penitente y arrepentido le implore; y no en fin, porque fiado en el engaño del demonio, que él mismo provocó, olvidará la palabra de las Escrituras que aseguran al hombre el premio ó el castigo segun sus obras.

No se crea empero que la Providencia le abandone; su condenacion ha de proceder del mal uso que haga de su albedrío. Sin embargo de tanta obstinacion, la gracia prestará sus auxilios al infeliz Paulo hasta el último suspiro. Revelado le fue natural y milagrosamente el fin dichoso de Enrico, para que sabido, abriese su corazon al consuelo. ¡Mas ay, que fue en vano! La desconfianza y el orgullo endurecieron la voluntad contra los avisos del cielo. Paulo en fin, herido en una refriega, muere impenitente.

A nadie que conozca la doctrina, la fé y la idea predominante del siglo en que Tirso escribió este drama, le sorprenderá su desenlace, ni estrañará la impresion que debió producir en unos espectadores, que sabios ó ignorantes, llevaban su alma dispuesta y preparada á recibir las impresiones de consuelo y de terror que el poeta, tan creyente como ellos, quiso inspirarles.

Largo ha sido este análisis; mas no lo juzgarán tanto los que quieran apreciar con exactitud las obras de nuestros antiguos dramáticos, y aplicar á su estudio la crítica filosófica, hija de nuestro siglo. En una época de escepticismo, en que se desconocen las causas y efectos de una fé viva y encendida, es preciso analizarlos y esplicarlos para que se entiendan, como se analiza y esplica la historia civil y religiosa de los pueblos antiguos, cuyas sociedades y costumbres se quieren conocer, y cuyos autores clásicos estudiar.

Presentada y juzgada nuestra poesia popular y el teatro antiguo, que es parte esencial de ella, como objeto de estudio filosófico, y no como modelo de servil imitacion, ha contribuido no poco á conservar en la moderna el caracter nacional, y á separarla del exagerado y delirante sistema que mancha y oscurece con salvajes é inmorales creaciones las glorias literarias de la nacion que en mejores tiempos produjo un Corneille, un Molière y un Racine. Hasta ahora, y en buen hora lo digamos, apenas ha penetrado en nuestra escena el asqueroso, repugnante y atroz mónstruo, hijo del desenfreno revolucionario que se pasea por toda Europa, y que no falta tampoco en nuestras ciudades. Algunos de nuestros ilustres y jóvenes ingenios fueron deslumbrados por el romanticismo malo; pero despues que estudiaron la poesia nacional, le abandonaron; y siguiendo el camino trazado por la buena crítica, produjeron obras que honran la presente generacion. Otros, escapándose por estremo contrario, creyeron que eramos ahora los mismos que fuimos trescientos años hace, y que para agradar al público, bastaba violar de propósito todas las reglas del saber y del buen gusto, introducir variedad de metros y cambiar muchos telones. A estos tambien desengañará el buen uso de la crítica, demostrándoles que por lo mismo que el actual siglo es menos creyente, necesita en el teatro mas verosimilitud material

que en el antiguo, y en fin, que como mas perito en la historia y las costumbres, no sufre anacronismos de ninguna especie.

En la actualidad, por ejemplo, no se toleraria un drama teológico como el de Tirso, dividido en dos acciones casi diversas, y lleno de medios sobrenaturales y de escenas y situaciones desligadas. En el dia quien intentase renovar este asunto, necesitaria poseer mucho conocimiento de la actual sociedad, mucho ingenio y mucho tino práctico de la escena: tendria que concebirlo de otro modo, y que buscar en la razon medios supletorios á la falta de fé; tendria que inventar recursos de verosimilitud é interés dramático mas análogos á nuestra manera social, y á la idea predominante del siglo; y tendria en fin que hallar para España el *Fausto* que Goethe produjo para su pais. Acaso ya poseeriamos esta obra maestra acomodada á nuestro carácter, si el distinguido autor del *Alfredo* estudiara el teatro antiguo español, como es capaz de hacerlo cuando quiera. Siguiendo otros escelentes ingenios la senda que llevamos trazada, produjeron á *Cárlos el Hechizado*, *Doña Maria de Molina*, *Los Amantes de Teruel*, *Rosmunda*, *Fernando el Emplazado*, *Bárbara Blomberg*, *D. Alvaro*, *El Trovador* (1), con otros muchos dramas históricos y novelescos de diversos jóvenes apreciables por sus talentos, donde se conserva el tipo característico nacional, y se percibe el estudio de nuestra antigua poesia popular, modificada empero por el influjo que la moderna civilizacion ha introducido en las costumbres, creencias y necesidades sociales.

Réstanos algo que decir sobre las bellezas de detalle contenidas en el drama de Tirso: bellezas que por hallarse en la naturaleza general, no dependen de los cambios de opiniones ni de ideas. Es admirable, por ejemplo, la esposicion con que el ermitaño Paulo abre la escena. (Pág. 223

(1) En algunos de estos dramas quizá se ha sacrificado en demasía á circunstancias transitorias la verdad de los caracteres históricos y la idea de la época; ¿mas quién hay que se prometa en un espectáculo, esencialmente popular, hacerse comprender del público, sino á costa de tales concesiones y sacrificios? Ni Calderon, ni Shakespeare, ni Racine, ni Corneille, ni Voltaire, ni Eurípides, ni Sófocles, ni aun Homero, retrataron sus héroes tales como fueron estos en la época en que existieron, sino tales como podian concebirse y entenderse por el pueblo y el siglo ante quienes se presentaban.

y siguientes.) De esta hermosísima égloga puede con razon decirse que exhala el perfume de las flores, el ambiente puro de eterna primavera, y la paz de las cabañas de los primeros patriarcas. Delicada y tierna es la escena donde el angel pastor se presenta en busca de la oveja perdida (P. 281.), y para quien, esperando reducirla al rebaño, va tejiendo una guirnalda de flores. ¡Cuán bello contraste presenta con el diálogo en endechas, en que el angel ya casi desanimado, se aparece de nuevo á Paulo deshaciendo (Pág. 325.), pausadamente y pesaroso la misma corona que para él formó! Si en la primera brillan destellos de esperanza, en la segunda reina un indefinible sentimiento de terror y compasion que conmueve las almas mas duras é insensibles.

Digna es tambien de notarse aquella en que Enrico asistiendo á su anciano padre le regala y consuela, absteniéndose de cometer un asesinato, porque habia de ejecutarlo en un hombre cuyas canas le recuerdan las de aquel á quien debe su existencia. Llenos de verdad son los lances de la carcel, donde con vivos colores se retrata lo que pasa alli con los foragidos. Mas sobre todo, es maravillosa la idea contenida en la escena donde el demonio ofrece á Enrico su libertad, y este la rehusa escuchando la voz del cielo que le detiene. En igual trance y situacion, doscientos años despues, presentó Goethe á Margarita en su drama de *Fausto*, tomando tambien su argumento de una tradicion popular religiosa.

En fin, en este drama, como en todos los del autor, son importantes y reparables las escenas donde retrata costumbres campestres, malicias aldeanas, desafueros de bandidos y rufianes, y torpezas deshonestas de las malas mugeres. En todas partes ostenta Tirso un profundo conocimiento de la naturaleza y de la moralidad de las acciones. Asi en esto, como en fuerza cómica, en aprensiones felices, en la pureza de lenguaje, en agudeza del diálogo y en riqueza y soltura de versificacion no tiene rivales este poeta, y puede presentarse por modelo á cuantos quieran adquirir dotes tan apreciables y necesarias para distinguirse en el teatro y obtener merecidos aplausos. ¡Ojalá nuestros jóvenes ingenios imiten á Tirso en tan buenas y sobresalientes cualidades, y no en aquellos estravíos propios de su tiempo, que si entonces pasaban de incógnito, en el dia nadie pudiera tolerarlos!

ÍNDICE.

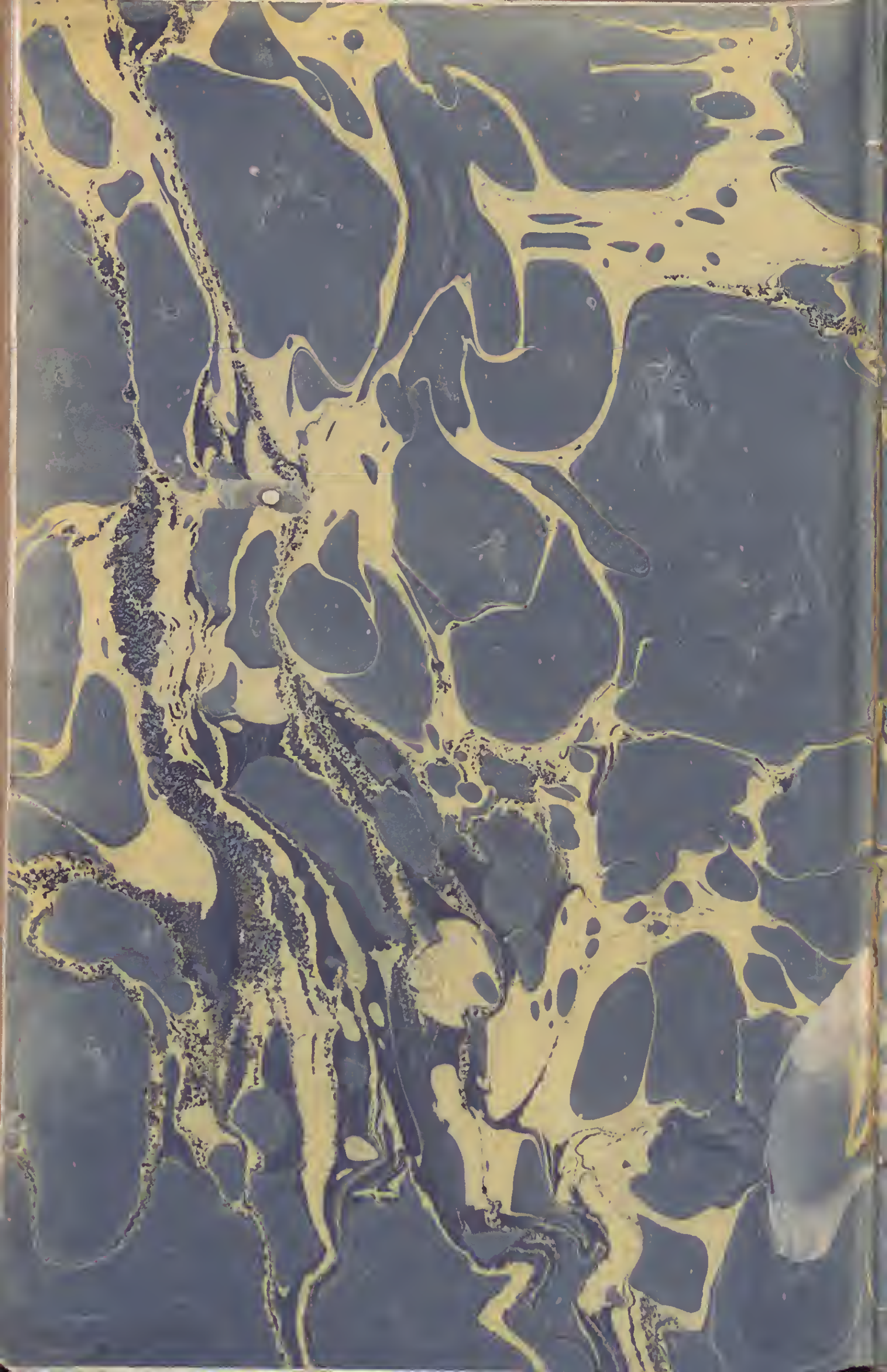
ERRATAS.

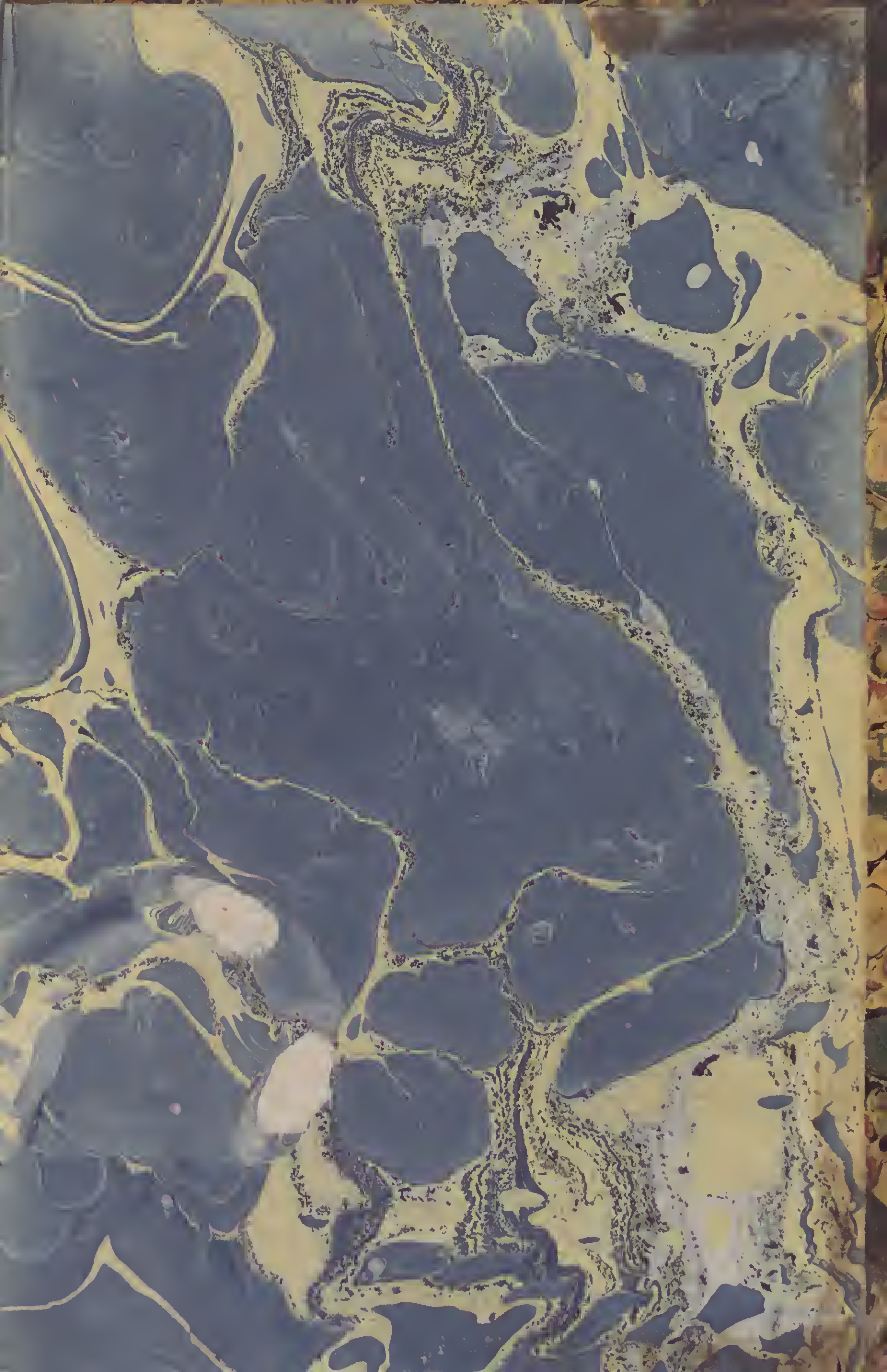
Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
20	10	conspiro	compito
75	14	ofendlla	ofendella
80	7	con	con que
83	2	peleona.	peleona:
88	14	castigos	castigos;
143	20	enfrena;	enfrena,
195	1	VIII.	VII.
264	29	blanco	blando

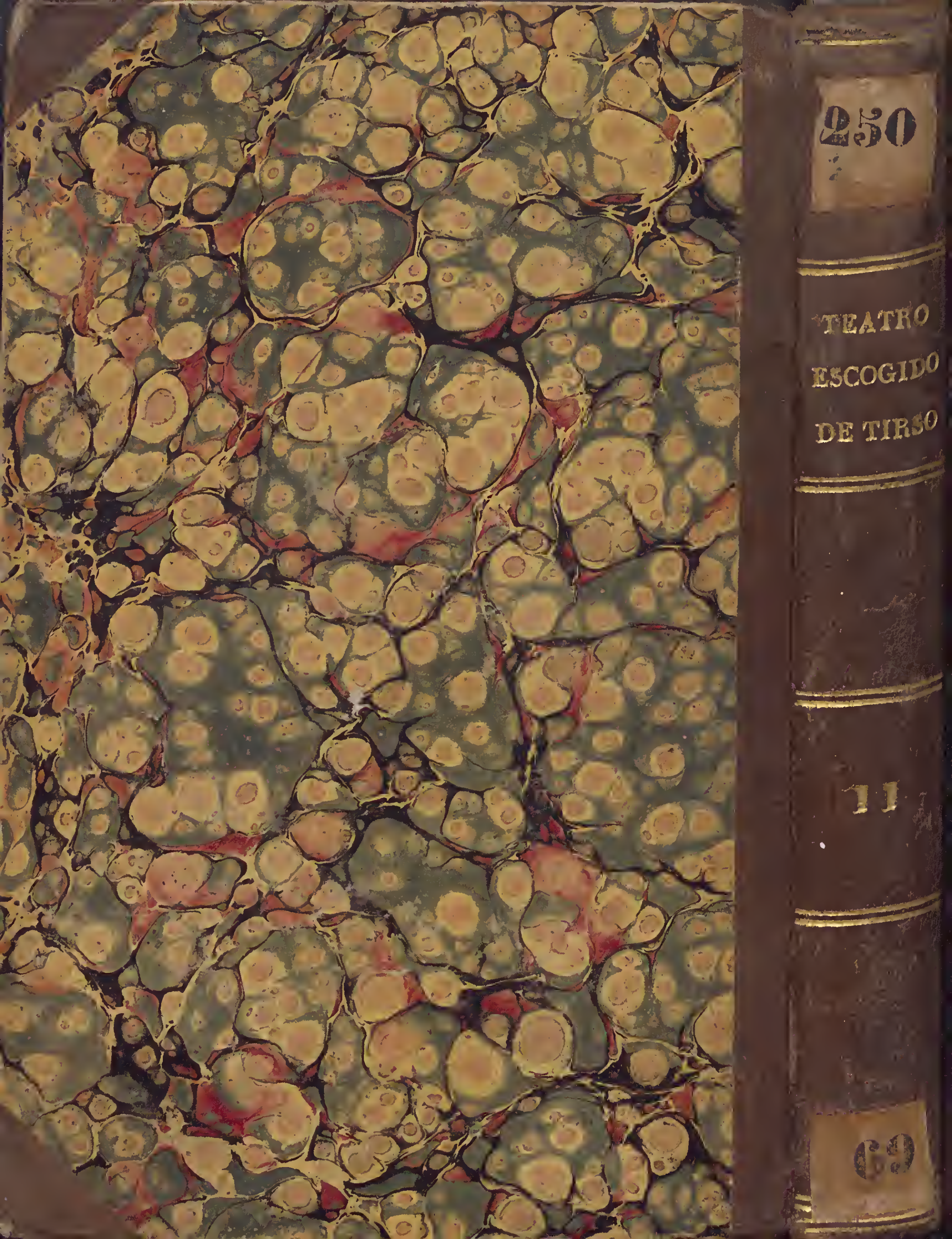
CORRECCION AL TESTO.

3	7	*Milan.*	*Milan y estramuros.*








250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
11
69